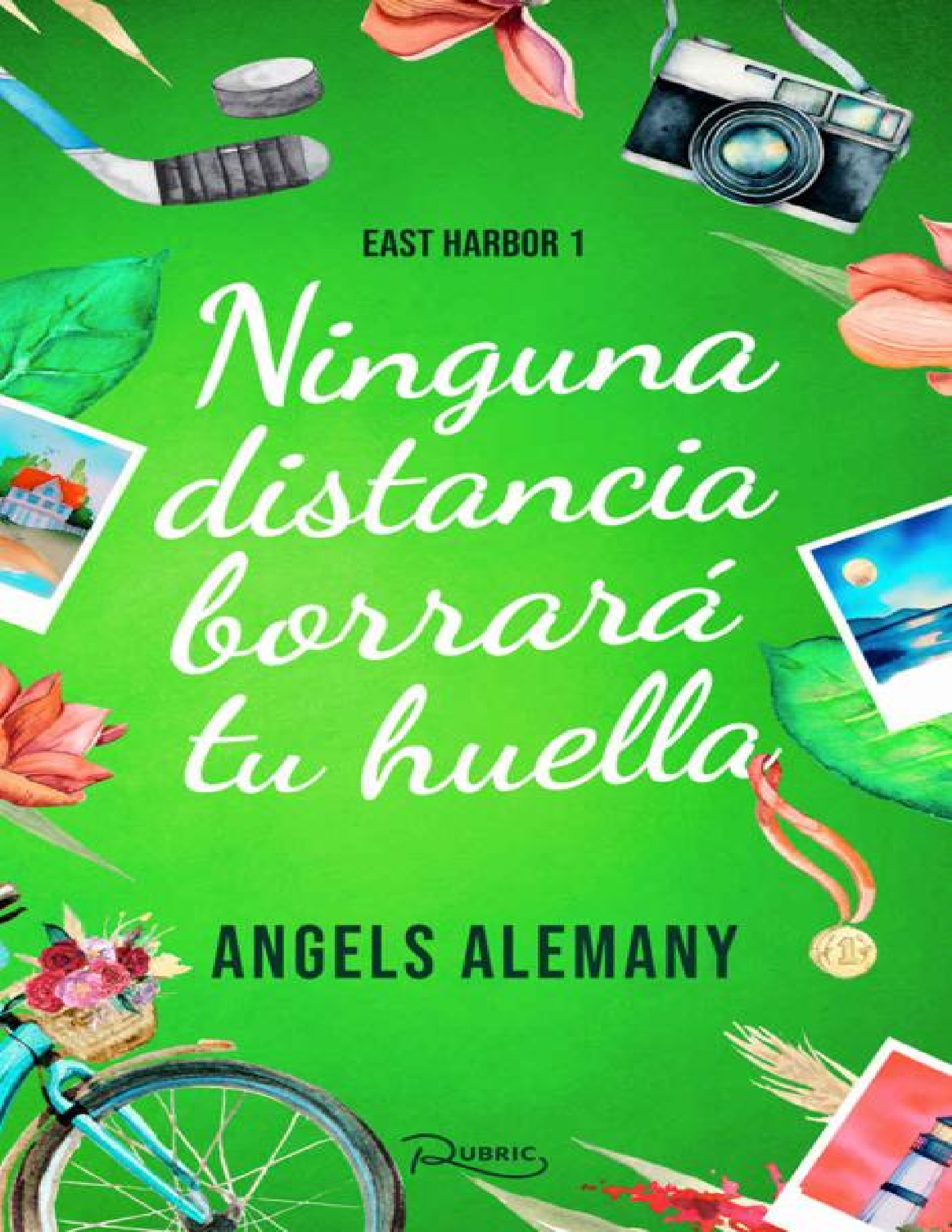

EAST HARBOR 1
Ninguna distancia borrará tu huella
ANGELS ALEMANY
RUBRIC

Ninguna distancia borrará tu huella

EAST HARBOR 1

ANGELS ALEMANY

Derechos de autor © 2025 Angels Alemany

Todos los derechos reservados

Edita: Rubric
www.rubric.es
C/ María Díaz de Haro, 13 1ºa
48920 Portugalete
Tel. 688611213

ISBN: 979-13-990123-0-9
Depósito legal: BI-00377-2025

Diseño de cubierta e ilustraciones interiores: Amparo Tárrega (@muyyoamaparotarrega)

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Contenido

Derechos de autor
¡Regalo!
¡Welcome to East Harbor!
Listado de canciones
Prólogo
SEMANA 1
1. Un día cualquiera
2. Me tengo que ir
3. Siempre ha sido muy guapa
4. Cuento de hadas roto
5. Huella imborrable
6. Duncan no es «mi primer amor»
7. No la miras como un amigo
8. Oveja descarriada
9. Tiene que irse de aquí
10. Ojalá pudieras verte a través de mis ojos
11. Muy orgulloso de ti
SEMANA 2
12. La vida que dejé aquí
13. Una chica con tu historial
14. No quiero ser la novia de un jugador de hockey
15. Un antiguo Mustang
16. La chispa
17. Las parejas no se buscan, se encuentran
18. Conversación pendiente
19. El primero
20. Querías que te encontrara
21. Un amigo haría esto
22. Voy a acabar jodidísima
23. Cuidado con él
24. Ventana al pasado

25. Eres un buen hijo
26. Hermanos
SEMANA 3
27. Tictac
28. No quería ser madre
29. Detalles
30. No pienso irme
31. Solo Duncan, solo Holly
32. Algo más de tres minutos
33. Nuestra familia
34. Estamos juntos
35. Una muestra
36. No quiero que esta noche termine
37. ¡Sorpresa!
38. Necesitas otra clase de chica
39. Un sueño hecho realidad
40. Incertidumbre
SEMANA 4
41. Miedo
42. Odio
43. Lo siento
44. Te echaremos de menos
45. Solo lanzo discos
46. La imagen que tienes de mí
47. Tiene todo que ver
48. No puedo yo sola
49. Muñeca rota
50. No quiero que él lo tenga todo
51. Nuestro hogar
52. Punto final
Epílogo
Cómo empieza: East Harbor 2
Otras obras publicadas
Nota de la autora
Agradecimientos
Angels Alemany

Para las «ovejas negras» de todas las familias que se atreven a salir del camino marcado.
Para aquellos que se atreven a perseguir sus sueños.

¡Regalo!

Conoce más detalles de esta historia descargándote este ebook con escenas inéditas.

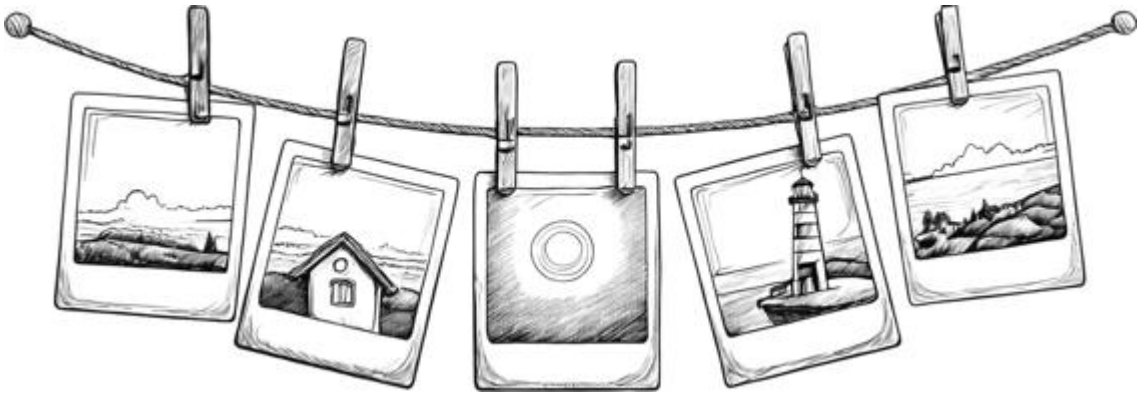
¡¡GRATIS!!

Solo puedes conseguirlo aquí porque no se incluye al final del libro ni a la venta en ninguna plataforma.

Escanea el código y disfruta de estos momentos adicionales al acabar de leer esta historia. ¡Te encantará saber más de ellos!



¡Welcome to East Harbor!



East Harbor es un lugar donde la vida gira en torno a los turistas que llegan en verano, las barcas que zarpan al amanecer y las cosas sencillas que encierran la felicidad más absoluta, como desplazarse en bicicleta mientras sientes cómo la suave brisa mece tu pelo, o competir en unas carreras de relevos en la famosa feria de verano.

Tiene un solo gimnasio, la ropa de las tiendas de moda es algo vintage y en los supermercados no encontrarás todo el surtido de productos que hay disponible en las ciudades.

Pero hay langosta. Mucha. Y la puedes encontrar de todas las maneras en todos los restaurantes. Quesadillas de langosta, *mac and cheese* con langosta, ensalada de langosta… ¡hasta el famoso gofre con langosta!

El wifi va lento, aunque los rumores vuelan.
Las noticias corren más rápido que el viento, y en cuanto alguien nuevo pisa el muelle, medio pueblo ya ha hecho sus apuestas sentimentales.

Y, sin embargo, pese a todo, East Harbor es hogar.
Uno de esos lugares que te reciben con sal en el aire, arena en los zapatos y una comunidad que a veces se mete demasiado en tu vida… pero que nunca te deja de lado.

Listado de canciones



Amnesia, 5 Seconds of Summer

Greedy, Tate McRae

I like the way you kiss me, Artemas

Adore U, Khalid

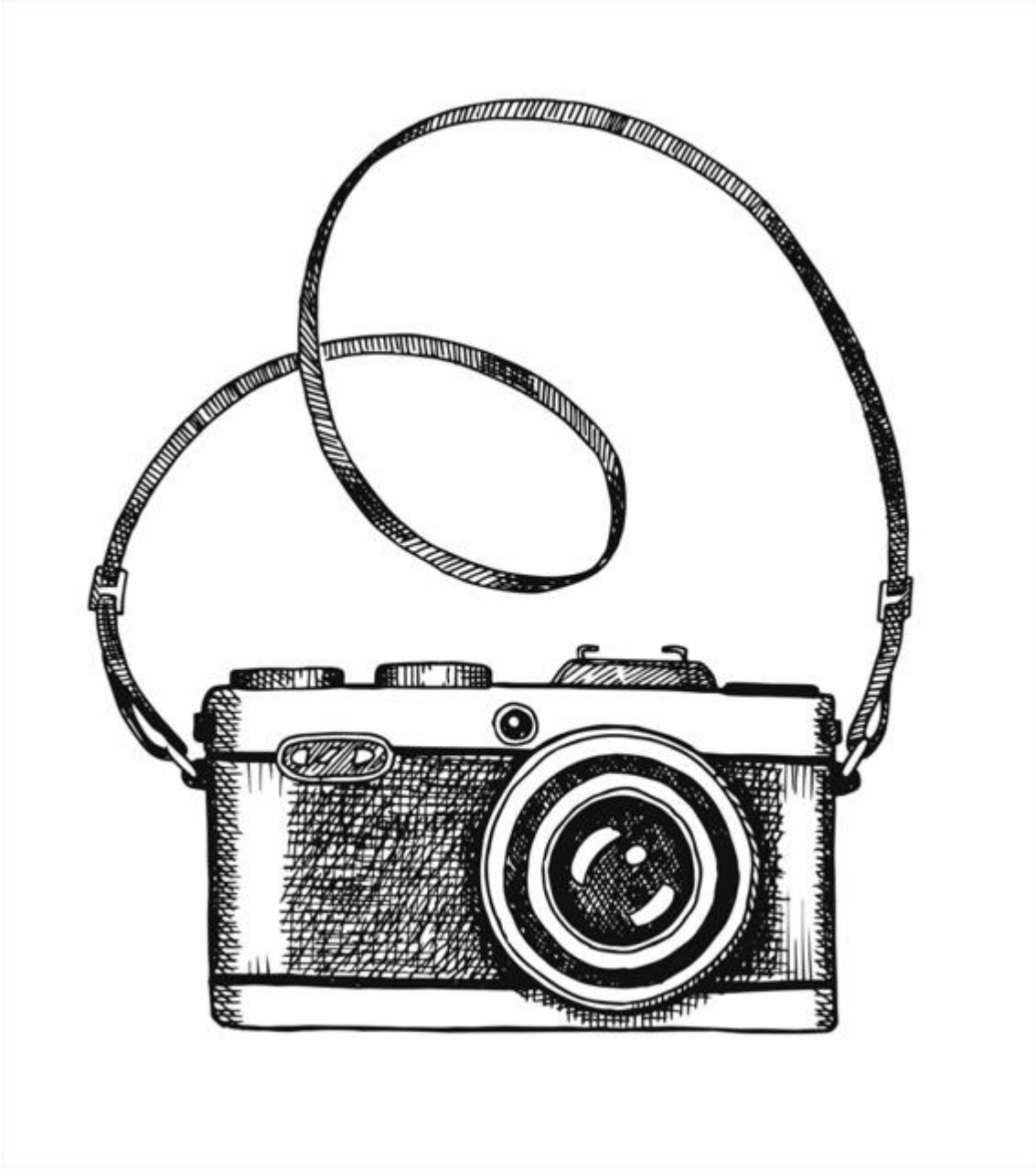
Lose Control, Teddy Swims

Beautiful Things, Benson Boone

Training Season, Dua Lipa

Youngblood, 5 Seconds of Summer

Espresso, Sabrina Carpenter



Prólogo

Duncan

Era consciente de que esa llamada iba a alterar mi vida nada más ver el prefijo desde donde se realizaba. Llevaba años sin mantener el contacto con nadie de Estados Unidos, y las pocas veces que lo hice,

al poco de llegar a Europa, fueron mediante aplicaciones de mensajería y videollamadas gratuitas. Pero hacía mucho que había abandonado toda relación con mi pasado. De modo que solo podía significar una cosa.

—¿Duncan Harris?

—Sí —logré pronunciar tras aclararme la voz.

—Soy Dave, un primo de tu padre. No sé si te acordarás de mí…

—Vagamente —mentí.

Claro que lo recordaba. Otro ser repugnante como el que me tocó como progenitor. Los momentos que pasé junto a ellos siempre fueron difíciles de olvidar, y eso que llevaba siete años lejos de todo.

—Ya, verás… Tu padre llevaba enfermo unos meses y… falleció esta madrugada.

Me expresó sus condolencias y me dio muchos detalles que no necesitaba saber. Ni quería. Bill Harris fue el causante de que mi madre, mi hermana y yo tuviéramos que huir de East Harbor casi con lo puesto. Por su culpa dejé atrás toda mi vida: casa, amigos, equipo de *hockey,* instituto, lugares conocidos… y, lo que más me dolió, a ella.

Tuve que empezar de cero en un lugar que ya no recordaba —por mucho que mi madre me insistía en que allí viví mis primeros años—, empezar en un nuevo instituto, en un nuevo equipo, hacer amigos nuevos, encajar en una cultura que ya había olvidado, adaptarme a un clima que, aunque similar, no era el mismo, a un acento que ya no era capaz de reproducir… Y a todo eso había que añadirle que no la tenía a ella en la casa de al lado para ayudarme a que lo malo pesara menos, como solía hacer Holly con su sola presencia.

Por todo eso, me importaba menos que nada que ese señor que legal y biológicamente fue mi padre ya no estuviera en este mundo.

—Lo que quería decirte, Duncan, es que deberías venir a la lectura del testamento. Según me comentó Bill, iba a dejarte a ti como único heredero de todos sus bienes.

Su herencia me importaba aún menos que su muerte, pero…

—¿Y qué hay de mi hermana?

—Nunca mencionó nada al respecto y el notario no la ha citado.

Ese cabrón nunca la trató como a una hija, no sé de qué me sorprendo. Aún recuerdo uno de sus últimos y brillantes «consejos»: «Mucho cuidado con las mujeres, Duncan; si pasas mucho tiempo en casa, no hay suficiente dinero, y si trabajas mucho, puedes acabar manteniendo al hijo de otro».

No siempre fue así. Tengo pocos recuerdos del «antes», pero ahí están. Era un padre normal, de los que se perdían los partidos y eventos importantes, pero que disfrutaba del poco tiempo libre que le quedaba en familia. Luego la abuela enfermó y nos mudamos a East Harbor para poder estar cerca y cuidarla. Tanto él como mi madre tuvieron que dejar sus empleos, pero el tío Dave enseguida le consiguió uno a mi padre en una fábrica a pocas millas de la nueva casa.

Todo iba bien, me adapté rápido, supongo que por la edad y la ingenuidad. Para mí era como un juego. Aunque las cosas enseguida empezaron a torcerse. Mi madre estaba tardando en conseguir un trabajo a pesar de su sobrada formación y experiencia en banca, y a mi padre lo despidieron porque hicieron reducción de plantilla.

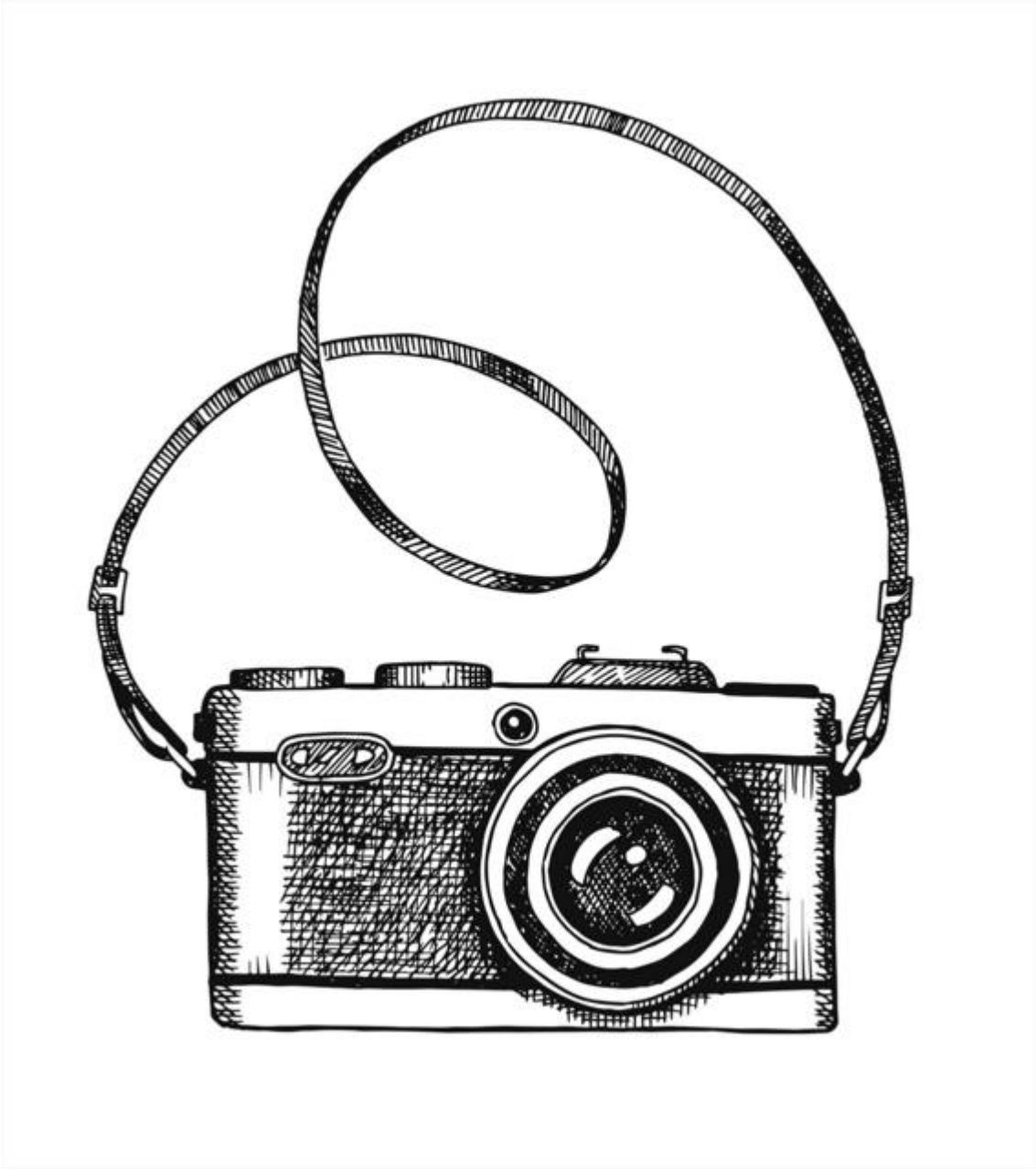
Ahí empezaron los gritos, las discusiones y las malas palabras. Cuando Dave, nuevamente, le trajo a mi padre la posibilidad de trabajar como camionero, las cosas se suavizaron por un tiempo. Mi progenitor se pasaba días y semanas enteras fuera, transportando mercancías por todo el país. Volvió a entrar dinero en casa y mi madre empezó a trabajar en el banco del pueblo como cajera, algo para lo que estaba sobrecualificada, pero no podía rechazar aquella oportunidad que nos proporcionaba la tan ansiada estabilidad económica.

La paz duró poco y la llegada de Gina, unos años después, lo precipitó todo.

Colgué el teléfono con rabia y nervios, confundido por mis emociones. Debería sentirme triste, pero estaba aliviado y, a la vez, esperanzado. Porque, tras siete años sin pisar sus calles, regresaría al pueblo en el que descubrí el amor y quizá, porque en realidad no tenía ni idea de si seguiría allí, la vería también a ella.



SEMANA 1



1. Un día cualquiera

Holly

Hoy es un día de verano en el que haré lo mismo que llevo haciendo desde que salí del instituto. Limpiaré un poco la casa, revisaré el *e-mail* por si Camden me hubiera propuesto una nueva sesión de

fotos, me haré las trenzas y me iré al bar a servir las comidas. Me quedaré allí hasta la hora de las cenas, a menos que haya poco jaleo —cosa que dudo, porque siempre hay algún partido de algún deporte que ver— y, al finalizar, regresaré a casa.

—Muñeca, ¿estás despierta? —ronronea Mike a mi espalda mientras me agarra por la cintura para atraerme más a su cálido cuerpo. Su erección matutina se me clava en el culo y su boca me hace cosquillas en la nuca.

Vale, quizá hoy no será como todos los días, sino como los días que me despierto en casa de Mike. Nuestra relación es muy simple: somos amigos desde críos, pero, debido a las escasas opciones que brinda este pueblo, recurrimos el uno al otro para satisfacer nuestras necesidades más primarias. Ambos sabemos lo que tenemos y nunca hemos confundido nada.

—Sí, pero tendría que irme —respondo soltándome de su agarre para levantarme de la cama y empezar a vestirme.

Él me libera sin oponer resistencia, aunque el gruñido que emite me hace entender el grado de frustración que esto le produce.

—Al menos, desayuna conmigo —suplica con la voz ronca.

Suelto un bufido.

—Está bien. Pero solo porque me muero de hambre y no me quiero desmayar durante el trayecto a casa —alego de camino a buscar la ropa para vestirme.

—¿Podemos ducharnos primero? —tantea, juguetón, llevando su mano hasta esa erección que crece ante la posibilidad de otro encuentro.

—Creo que anoche nos quitamos las ganas por un buen tiempo —lo corto con una medio sonrisa, porque es cierto que nos entendemos muy bien en la cama, pero necesito establecer límites porque esto es lo que es y ayer quedamos bastante saciados los dos. Repetir ahora mismo es completamente innecesario.

—Mi colega no está de acuerdo —rebate con guasa.

Lo miro de arriba abajo sin tan siquiera ruborizarme. Tiene un cuerpo espectacular, todo hay que decirlo, pero no es… especial. Ninguno lo es, supongo.

—Voy tostando pan. ¿Quieres que te prepare algo mientras te duchas? ¿Huevos? ¿Beicon? —suelto a punto de salir por la puerta de la habitación, tras ponerme la última prenda que me faltaba.

—Lo que hagas para ti estará bien, gracias —concluye, resignado, y espera a que salga para entrar en el baño.

Pongo música para tener algo con lo que ocupar la mente y enciendo el hornillo para calentar un poco de aceite en la sartén. Mientras tanto, meto varias rebanadas de pan en el tostador y abro el frigorífico para sacar el beicon, los huevos y el queso rallado.

Preparo todo con la familiaridad que esta casa me otorga mientras me asomo a la ventana para observar el bullicio de la calle principal a primera hora de la mañana. Gente que se dirige al trabajo a pie o en su viejo automóvil, gente entrando y saliendo del Lighthouse Bakery y algunos turistas madrugadores dispuestos a comenzar su jornada.

East Harbor es un destino muy popular en verano por sus temperaturas agradables y por la amplia oferta de actividades recreativas en la naturaleza, como senderismo, ciclismo o avistamiento de aves y ballenas. Y eso nos salva. El turismo no solo nos trae chicos guapos y deportistas que nos alegran la vista y otras partes del cuerpo de vez en cuando, sino que también gastan dinero en nuestros negocios para que sean rentables. En el Joe's, por ejemplo, el bar de mi padre, las ganancias entre mayo y septiembre son tan elevadas que sirven para compensar los escasos ingresos en los duros meses de invierno. De hecho, en verano trabajo de lunes a domingo porque las propinas son muy buenas. Aunque las malas lenguas dirán que los hombres son tan generosos por mis escotes.

Dispongo el desayuno sobre la mesa y me siento para empezar a hincarle el diente a la comida. No puedo esperar, lo siento. Le doy un sorbo al café y advierto el calor a lo largo del esófago.

Cuando llevo un par de bocados, Mike aparece descalzo, con un pantalón corto y el pelo húmedo. Se sienta a mi lado y me agradece el desayuno.

—De «gracias» nada. La próxima vez, cocinas tú —bromeo, y él se ríe.

—Si no fueras tan ansias, podría haberlo preparado yo.

—O podrías haberte duchado después —rebato llevándome la taza a la boca.

—¿Y desayunar desnudo? —Me río y casi escupo el café—. No, así te llevo luego con el coche y voy directo al taller.

—No es necesario, ya lo sabes.

—Me gusta hacerlo, ya lo sabes —replica con un guiño, y sonrío.

Ojalá pudiera enamorarme de él. Es guapo, divertido, nos llevamos genial y ambos tenemos claro que este pueblo es nuestro lugar en el mundo. También tendría que enamorarse él de mí, porque si no sería una putada. Pero a lo que voy, ojalá pudiera sentir eso por alguien como él.

No es que sueñe con casarme y tener hijos como la mayoría de las chicas de aquí. Lógico, aquí hay poco más que hacer. Pero llevo años buscando la manera de conectar así con algún chico y me resulta imposible. Solo lo hice una vez, y luego él se fue para siempre. Sentí algo que me hacía flotar, sonreír todo el rato, un burbujeo en el estómago… Y luego la decepción más profunda.

Nunca más reviví aquella sensación con nadie, y no es porque no haya conocido chicos increíbles. Es más, yo siempre pasaba mucho tiempo con ellos. Jugábamos al béisbol, al básquet o al *hockey.* Era la única niña a la que le gustaba más el deporte que las muñecas. Crecí como una más del grupo y, cuando la adolescencia empezó a llegar a nuestros aniñados cuerpos, las chicas comenzaron a envidiarme y a dejar de hablarme. Todas menos Madison.

En el instituto creían que siempre estaba liada con alguno de ellos. Liada estaba, sí, pero no había ninguna relación romántica con ninguno. Mike fue mi primera vez. Él iba un curso por delante y un día de lluvia y aburrimiento en mi casa decidimos descubrirlo. Para mí era como un juego, aunque entendí que Madison quisiera esperar a encontrar al «amor de su vida», que al final resultó ser un idiota que se aprovechó de ella.

En esa época me gané la mala fama que aún me sigue, porque, obviamente, sigo haciendo lo que me da la gana y me acuesto cuando y con quien quiero. Fui muy precoz y no seguía las normas establecidas. Eso, en un pueblo como este, da mucho de que hablar.

Cuando nos acercamos a mi casa, hay algo que me llama la atención. Un BMW aparcado frente al jardín de la vivienda de al lado. Está con las puertas abiertas, por lo que supongo que quienes se hayan mudado estarán descargando cajas. Mi cabeza empieza a imaginarse qué clase de gente tendría tantas ganas de vivir aquí como para adquirir la vivienda nada más salir al mercado.

Mike estaciona frente a mi garaje y salimos igual de sorprendidos. El coche es carísimo, por lo que pertenecerá a alguien que maneja mucho dinero. Repito, ¿por qué quiere vivir aquí?

—Vaya, muñeca, parece que tendrás vecinos nuevos… ¡Menudo cochazo! —Se aproxima al vehículo para inspeccionarlo desde el exterior como el experto de la automoción que es—. Aunque yo soy más fan de los *coupés,* este SUV no está mal, ¿eh?

—¿Mike?

Una voz me sobresalta y mi mirada viaja hasta su dueño. Lo que descubro me paraliza por completo. No puede ser que Duncan esté a tan pocos pasos de mí. Mis ojos me traicionan observándolo más segundos de los que me gustaría en este momento que parece volverse eterno. Mi cuerpo empieza a hacer cosas raras y lo que siento es más parecido a una crisis de ansiedad que a la alegría de reencontrarme con un viejo amigo. Desde mi posición alcanzo a ver que sigue siendo el mismo chico de hace siete años, aunque la madurez ha ido ganando terreno en su cuerpo, que ahora se muestra más alto, grande y musculoso. Está… demasiado guapo. ¡Mierda! No puedo dejar de mirarlo.

—¡Duncan! ¿Qué haces aquí? —La voz de Mike me trae de vuelta a la realidad y lo agradezco, porque necesitaba apartar la mirada y no era capaz.

—¿En mi casa? —rebate extrañado por su pregunta. Quizá esperaba más entusiasmo. Eran mejores amigos y siguieron en contacto después de que se marchara.

Mike se encoge de hombros como respuesta y no parece que vaya a decir nada más. Duncan se cruza de brazos y adopta una postura bastante defensiva, como si estuviera molesto con él por algo más allá de su reacción. Cuando decide ignorarlo y su vista se centra en mí, no hago otra cosa que contener la respiración. Soy

incapaz de soltar el aire y mi corazón late tan fuerte que creo que va a salir disparado por la garganta en cualquier momento.

—¿Holly? —pregunta. Resulta obvio que le cuesta aceptar que estoy frente a él. Su voz es rasgada y casi inaudible, como si temiera estar sufriendo una alucinación.

Quiero responderle y decirle todo lo que he acumulado estos siete años, aunque no podría hacerlo sin gritar ni llorar. De modo que opto por lo más fácil.

—Tengo que irme a… Tengo prisa. Adiós.

No sé a quién se lo estoy diciendo, pero me giro y emprendo mi marcha. Sirve de poco, pues Mike corre hasta mí y me detiene. Me da la vuelta y ubica sus manos en mis caderas.

—¿Nos vemos luego?

Una pregunta simple, pero a la que, por alguna razón, ha dotado de una ternura que no existe entre nosotros. Me incomoda, aunque no tanto como la presencia de Duncan. Asiento porque nada deseo más que huir de aquí.

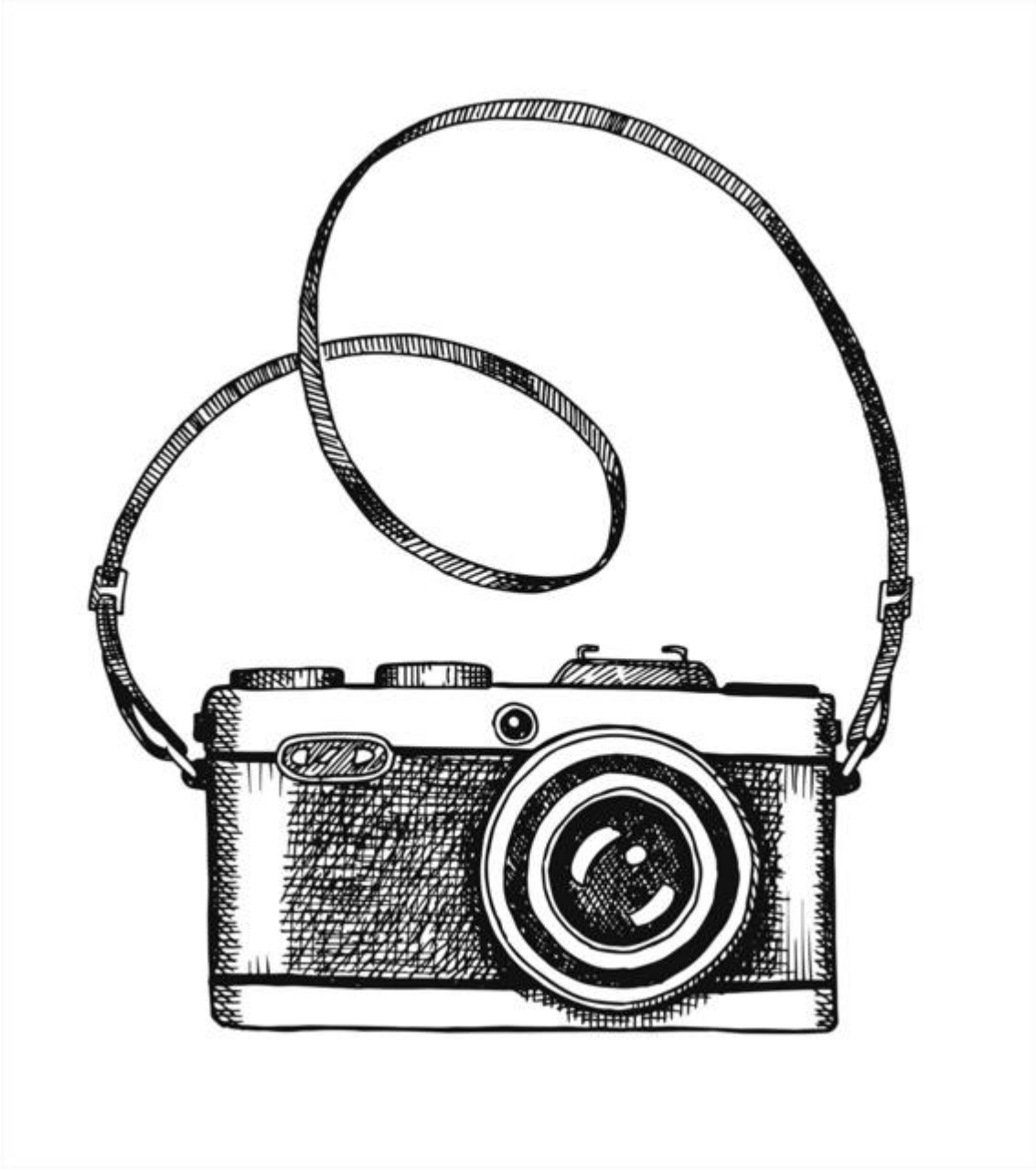
—Claro, hoy hay quesadillas de langosta.

—Sabes que no me refería a la comida.

Me encojo de hombros. Empiezo a tener una necesidad muy urgente de largarme. No sé qué decir ni qué hacer. Regresa la crisis de ansiedad y me concentro en mirar a Mike porque, si desvío la vista un poco hacia mi derecha, Duncan la atrapará con la suya y me derrumbaré.

Mike me sonríe como si supiera por lo que estoy pasando, algo imposible porque nunca se lo he contado. Así que me da un pico en los labios que no entiendo a qué viene, me suelta y se despide de mí con la promesa de que más tarde hablaremos.

Cuando entro en casa, cierro con llave y subo corriendo hasta mi habitación. Voy en piloto automático, me acuesto sobre la cama y atrapo una almohada para amortiguar el grito que sale sin control. Ya más liberada de toda esa tensión, me permito llorar como no dejé que sucediera hace siete años.



2. Me tengo que ir

Holly

Hace siete años…

Ese día tuve revisión en el dentista y llegué a casa más tarde de lo normal. Duncan me esperaba apoyado en la carrocería del coche de su madre. Su postura, su actitud, su… Todo me puso en alerta. Estaba distinto.

Se volvió hacia mí al oír mis pisadas sobre la gravilla que delimitaba el asfalto con el césped del patio delantero. Su mirada era la más triste que nunca me había mostrado, y eso que él estaba mohíno en muchas ocasiones.

—Me gustaría hablar contigo.

Asentí y, acto seguido, empezó a caminar. Yo lo seguí. Sabía perfectamente a dónde se dirigía, a nuestro lugar especial, ese mismo al que íbamos a confesarnos secretos o a hablar de cosas que nos hacían sentir mal. No estaba lejos de nuestras casas, pero había que subir una cuesta que a veces me dejaba sin aliento.

Unos quince minutos después, llegamos a un claro rodeado de árboles con unas vistas al puerto que quitaban el hipo. Teníamos muchísimos miradores en la zona, todos famosísimos y llenos de turistas en verano. Pero ese en concreto solo lo conocíamos nosotros. O quizá no era tan secreto, pero jamás vimos a nadie más. Supongo que porque estaba tan escondido y tan dentro del bosque que nadie llegaba ahí ni por casualidad.

Me agarró la mano para ayudarme a subir el último tramo, algo más empinado que el resto, y nos sentamos en unas rocas que parecían colocadas adrede para que pudiéramos admirar la belleza que nos rodeaba. Esa misma belleza que me encantaba fotografiar.

Recuerdo que mi padre me escribió preguntándome dónde me encontraba y Duncan, entre risas, le respondió desde su móvil que estaba conmigo. Eso le daba mucha tranquilidad porque confiaba en él. Siempre había cuidado de mí, protegido, defendido ante otros chicos. Él era como un hermano mayor. «Como» un hermano mayor.

Obviamente no lo era, nunca nos criamos como tales, y en algún momento empezó a gustarme mucho más que antes pasar tiempo con él, sobre todo a solas. Me descubrí a mí misma probándome la ropa antes de decidirme entre un modelito u otro, o comprando otro tipo de prendas deportivas. Todo por llamar su atención. Porque quería que él también sintiera lo mismo y quisiera pasar más tiempo

conmigo y no con esas chicas que parecían rodearlo últimamente y que estaban más desarrolladas que yo.

Me asusté cuando me dijo que quería hablar conmigo porque no tenía claro qué iba a cambiar entre nosotros, pero era evidente que no sería cualquier tontería si me llevaba a «nuestro lugar».

Pasamos varios minutos en silencio y a cada segundo me rompía un poco más. Si no se atrevía a decírmelo, no iba a ser nada bueno. Yo jugaba con mis manos para intentar calmar mis nervios y evitaba a toda costa mirarlo a la cara.

—Me tengo que ir, Holly —anunció, finalmente.

—¿Ya? Pensaba que querías decirme algo… —balbuceé, sintiéndome tonta de repente.

—No, ehm…, eso es lo que tenía que contarte. Que me voy de aquí, de East Harbor. Esta misma noche.

—¿Te mudas a otro pueblo?

—No.

—¿A una ciudad? ¿A Portland?

Suspiró.

—No, Holly. Vuelvo a Inglaterra.

—Pero… eso está muy lejos —protesté, sintiendo cómo anidaba un dolor cada vez más grande en mi pecho.

—Está la hostia de lejos, sí.

Sus ojos se mostraban tristes, tanto o más que los míos. Quería llorar, pero no me atrevía a hacerlo frente a él, pese a la confianza que nos teníamos. Aun así, no pude evitar que empezaran a picarme por la formación de unas primeras lágrimas.

—Pero ahora no puedes irte… —supliqué con la voz rota.

Él me miró con tanta intensidad que sentí miles de mariposas revolotear en mi estómago. Acortó la distancia que nos separaba aún más y contuve la respiración cuando su aliento bañó mis inocentes labios. Su mano enmarcó mi cara y esa sutil caricia encendió una chispa en mi interior que revolucionó los latidos de mi corazón.

—Ojalá no tuviera que hacerlo —susurró, resignado, con el pulgar trazando círculos en mi mejilla y su rostro cada vez más cerca del mío.

Abrí la boca para insuflar aire a mis pulmones porque había dejado de respirar sin darme cuenta. Nuestras narices chocaron, resbalaron y encajamos nuestros labios de una manera tan natural que parecía que lleváramos haciendo eso toda la vida. Como si nuestros cuerpos estuvieran preparados para este momento desde la primera vez que se conocieron, hacía ya siete años, cuando Duncan y sus padres se mudaron a la casa de al lado.

Era un beso de despedida con sabor a comienzo de algo nuevo. Era mi primer beso y fue como llevaba meses soñando que sería. En ese mismo lugar que habíamos convertido en algo nuestro, el guardián de nuestros secretos y refugio de nuestras desgracias, donde acudíamos para desahogarnos y liberarnos de aquello que nos angustiaba. El mismo que ahora sería testigo de ese primer amor puro, inocente e interrumpido por los fatales contratiempos de la vida.

No teníamos claro qué iba a suceder con nosotros, pero sí sabíamos que lo que sentíamos era de verdad.

—¿Volverás? —pedí desesperada.

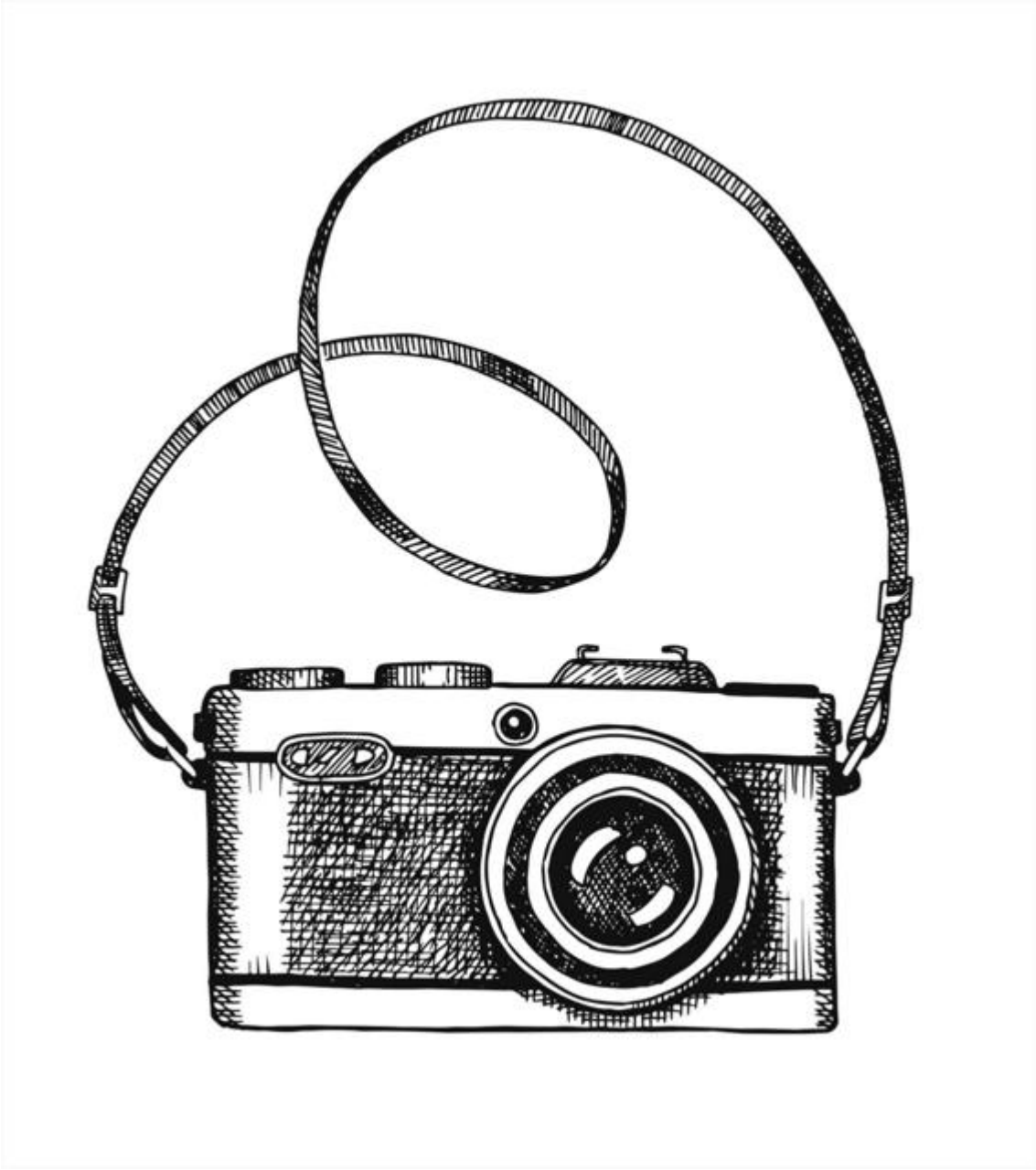
—No creo que pueda.

Su respuesta me destrozó tanto por dentro que no quise que especificara si se refería a «nunca» o a «pronto».

—Pero te prometo que seguiremos hablando todos los días.

Decidí quedarme con aquellas últimas palabras y me aferré a esa esperanza de mantener el contacto. Iba a ser imposible sostener una relación a esa distancia, y más siendo unos críos como nosotros. Pero su amistad era algo que valoraba demasiado. Siempre había estado en la casa de al lado y disponible para mí. Siempre pude contar con su ayuda y protección. Ahora me veía vulnerable y sentía que me habían arrancado una parte de mí. Iba a ser muy duro. Seguiríamos siendo amigos, seguiríamos charlando de nuestras cosas y algún día me enamoraría de otro chico.

Pero nada de eso ocurrió.



3. Siempre ha sido muy guapa

Duncan

La vida puede darte muchos golpes y, de todos los que he recibido, ser invisible para Holly es el que más me duele. Supuse que estaría en la universidad cursando… cualquier cosa. Mierda, ni siquiera sé

qué carrera le habría gustado estudiar. Aunque tenía la esperanza de encontrarla aquí y me aferré a ella como el adolescente enamorado que fui al marcharme, la cabeza me pedía que no me hiciera ilusiones.

No me sorprende que esté con Mike, si bien una punzada de dolor me ha atravesado cuando los he visto tan cariñosos. Me parece lo más lógico del mundo que se olvidara de mí. Que haga como si no existiera, eso no puedo soportarlo.

Cuando entro en el Joe's, un aroma familiar a cerveza y comida casera me golpea y me lleva de vuelta al pasado que dejé aquí. Me siento en casa, como si nunca me hubiese marchado, y a la vez como si fuese un extraño. Yo prefería comer en cualquier otro lugar, pero mi madre se ha empeñado en venir aquí. No entiendo su insistencia, pues, tal y como imaginaba, unos cuantos pares de ojos conocidos nos observan sin ningún tipo de disimulo y oigo algunos cuchicheos lejanos. A pesar de ello, mi madre no se siente intimidada y sonríe al ver el nuevo aspecto del bar.

—Vaya, parece que han modernizado algunas cosas —exclama entusiasmada rodeándonos por los hombros con ambas manos.

Joe pasa cargado con unos platos y nos indica que tomemos asiento en una de las mesas junto a la ventana. Su mirada es de sorpresa y alegría, como si llevara tiempo deseando que volviéramos, y no parece juzgarnos como hacen los demás. Al sentarnos, Gina coge la carta que está en un extremo y empieza a ojearla. Por cómo abre los ojos parece que le va a costar decidirse y la entiendo, porque aquí siempre se ha comido de puta madre.

Yo me dedico a observar a mi alrededor. Los camareros vuelan de mesa en mesa para poder atender a todos los clientes y la cocina parece estar a tope, a juzgar por la cantidad de platos que salen. Cuando Holly aparece en mi campo de visión, ya no soy capaz de desviar la mirada hacia otro lado. Se ha hecho unas trenzas para que su melena no le moleste al trabajar y lleva un mandil color rojo, al igual que el resto del personal, con el logo del bar. Está tomando nota de las bebidas en una mesa con cuatro, seis, ocho hombres que no paran de ligar con ella. Y ella les ríe las gracias como si realmente se sintiera halagada por esa panda de cromañones.

—Deberías dejar de mirarla, pareces un baboso —me pincha Gina. Yo aparto los ojos de Holly para posarlos en mi hermana. ¿Cuánto tiempo llevo abstraído?

—Anda, trae —gruño, arrebatándole la carta para disimular.

Mi madre inspecciona el establecimiento en busca de lo que yo estaba mirando con tanto interés y sonríe al darse cuenta.

—Bueno, es que Holly siempre ha sido muy guapa.

—No la estaba mirando a ella —me quejo sin apartar la vista de la carta.

—¿Quién es Holly? —quiere saber Gina.

Tenía tres años cuando nos fuimos y no recuerda casi nada de este pueblo, ni los lugares, ni las personas, ni la casa. Todo es nuevo para ella.

—Es…

—La vecina —atajo, interrumpiendo a mi madre antes de que diga cosas innecesarias y vergonzosas.

Holly abandona la mesa de los salidos y cruza su mirada con la mía, pero la desvía enseguida y sigue su camino hacia la barra. Otra vez esa indiferencia, como si yo fuera invisible para ella.

—Creo que está fuera de tu alcance.

—Perdona, Mocosa, pero soy un jugador de *hockey* profesional. ¿Tú sabes el éxito que tengo con las chicas?

Mi madre carraspea.

—Pues parece que eso no te va a funcionar con ella.

Suspiro.

No, para ella no soy ningún deportista famoso. Para ella solo soy Duncan, el inglés que llegó a este pueblo con seis años y que ella se encargó de presentar a todo el mundo. El que no se separaba de su lado.

Aparece un camarero que no me suena de nada —y eso es raro, porque aquí nos conocemos todos— para traernos unos vasos de agua y preguntarnos si queremos algo más para beber. Ellas aprovechan para pedir refrescos que no hay en Europa y yo le aclaro que agua está bien. Vuelve a desaparecer de nuestra vista y mi hermana me sonríe. Para ella, esto son unas vacaciones y piensa

disfrutarlas al máximo. No como yo, que tengo que hacer muchas gestiones, arreglar la casa y ponerla a la venta.

Mi madre me ha insistido en que la mantenga porque así tendré un lugar al que venir en verano, cuando no juego. Yo creo que es ella la que quiere venir y no lo entiendo, puesto que nunca fue feliz aquí. Además, tengo la sensación de que nadie sabe la verdad y por eso parece que no somos bien recibidos en este pueblo. Porque es muy posible que mi padre —por llamarlo de alguna manera— se encargara de contar su versión a todo el mundo. Aunque quizá ese interés en mantener la casa sea por mi hermana.

—Ya estoy con vosotros. Bienvenidos de nuevo a East Harbor, se os echaba de menos. ¿Sabéis ya lo que vais a pedir? —La voz grave y efusiva de Joe me trae de vuelta a la mesa. Aunque no me pasa desapercibida la mirada tan intensa que le echa a mi madre. Es como si detrás de ese entusiasmo tan propio de un anfitrión como él se escondiera una enorme inquietud. Pero no puede ser que Joe lo sepa.

—Yo no, parece que todo me va a gustar —protesta Gina.

—Un momento, ¿tú eres…? No puede ser…

—Cómo crecen, ¿eh, Joe? —responde mi madre.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —contraataca él, señalando con la cabeza a Holly, quien nos mira, desde un par de mesas de distancia, al sentirse aludida.

—Bueno, la tuya al menos no te ha abandonado…

—Mamá… —me quejo.

—Es lo que tiene que tu hijo sea una estrella del *hockey.* Aquí no ponemos tus partidos porque están vetados —carraspea; por el gesto que acaba de hacer noto que se arrepiente de sus palabras—, pero todos somos conocedores de tus progresos —me explica a mí directamente.

—Ya… —intervengo sin saber cómo responder a eso y mis ojos se dirigen, una vez más, hacia Holly, que ahora está tomando nota a una familia de turistas.

—¿Te gusta el queso? —pregunta Joe a mi hermana. Entiendo, por el cambio de conversación, que tiene cierta prisa por tomar el pedido, ya que el restaurante está lleno y no debe de sobrarle el

tiempo. Así que intenta recomendarle algo para terminar con su indecisión.

—¿A quién no le gusta el queso? —replica Gina como si fuera algo universal.

—Vaya, eres como mi hija —se ríe, y a mí se me contrae el estómago ante la avalancha de recuerdos—. Te recomiendo el especial de pasta. Es como un *mac and cheese,* pero con carne de langosta, gambas y cebolla.

—Vale, pues ese.

—Yo la langosta rellena al horno —pide mi madre, que apenas ha examinado la carta. Era uno de sus favoritos.

—¿Duncan? —me pide al ver que no digo nada.

—Una sopa del día y una hamburguesa California sin beicon.

—Perfecto, ahora os lo pido. Lamento no poder quedarme a charlar con vosotros.

—Tranquilo, lo entendemos —lo tranquiliza mi madre, tan educada como siempre—. Volvemos a ser vecinos, ya nos veremos —añade con una sonrisa y un ligero brillo en los ojos al encontrarse con alguien que parece no juzgarnos.

Joe se despide con prisas y nos indica que ahora vendrá Jay con las bebidas.

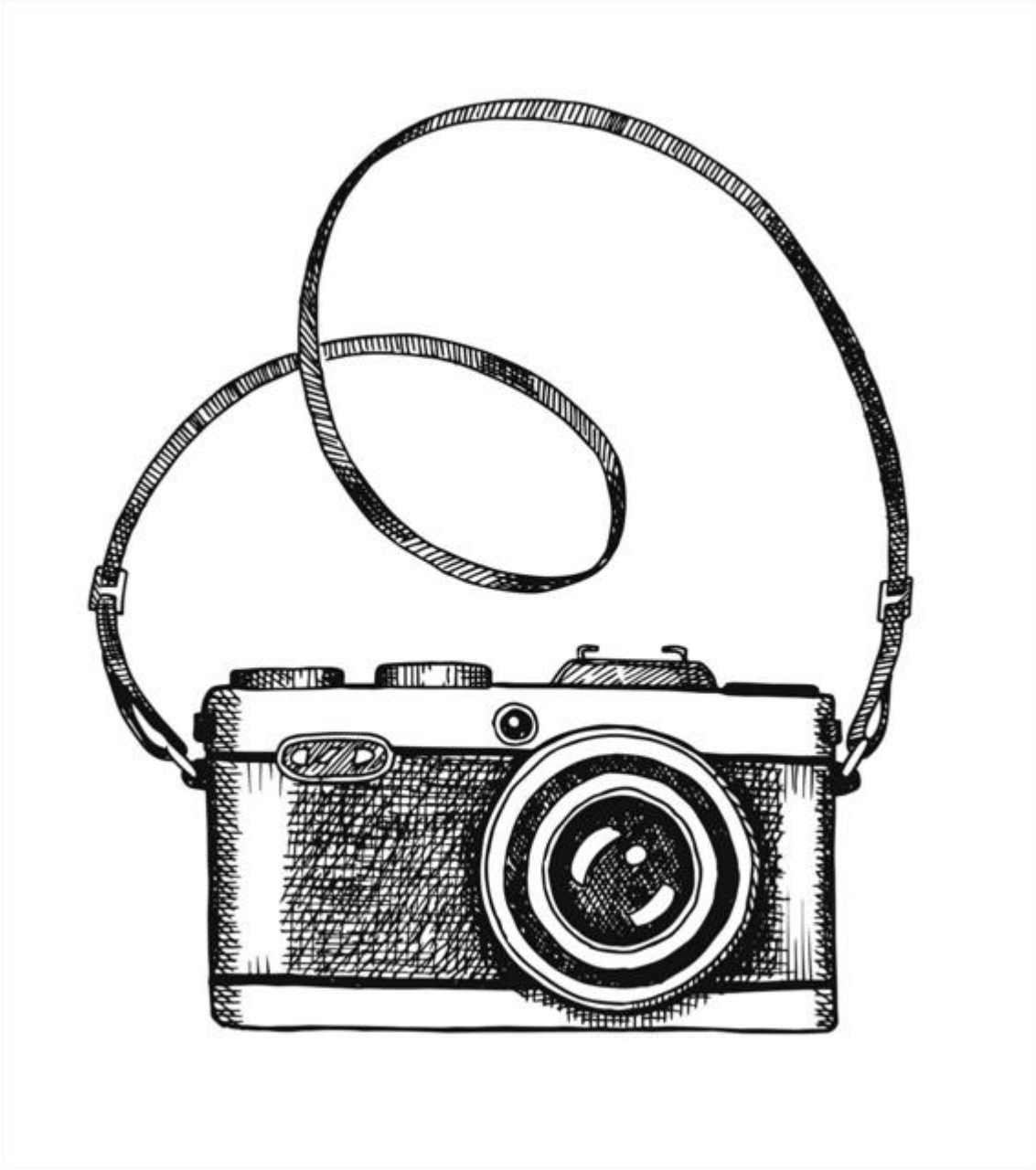
El silencio se adueña de nuestra mesa y ambas esperan a que yo diga algo, pero no soy capaz. Me he quedado un poco en *shock* al saber que Holly no quiere que se pongan mis partidos. Bueno, su padre no lo ha dicho con esas palabras, aunque, por su reacción, entiendo que es así.

Viene el camarero de antes a traernos las bebidas y una jarra de agua para mí y vuelve a retirarse. Veo que entra Mike, me saluda a lo lejos sin demasiada efusividad y se dirige a una mesa que, por lo visto, tiene reservada.

Me quedo observándolo mientras pienso en cómo hemos acabado así. Era mi mejor amigo y ahora no parece alegrarse de que haya vuelto. Cuando lo he visto esta mañana quería hablar con él, preguntarle qué es de su vida, pero él se ha despedido con prisas alegando que tenía que abrir el taller. Otro que me evita.

Con lo cual, sin que me digan nada, ya he averiguado tres cosas: que están juntos, pero viven separados; que él se ha convertido en un mecánico como su padre —aunque no sé si de manera voluntaria o porque ninguno de sus hermanos se quiso hacer cargo del taller— y que Holly trabaja aquí con su padre.

Y todo ello solo por lo que he visto y me han dicho ellos mismos. Pero esto es un pueblo y no tardarán en llegarme los cotilleos.



4. Cuento de hadas roto

Holly

—Sabía que vendrías, ya me han contado la última noticia —manifiesta Madison nada más abrir la puerta de su casa y encontrarse con una botella de ginebra en la cara—. Anda, pasa —

añade apartándose. Batman, Capitán América y Lobezno —sus perretes— me saludan, saltan y ladran como si trajera algo para ellos.

Entro y me arrastro hasta el sofá —donde Black Panther, un gato negro precioso, está tumbado y haciéndose el dormido— mientras ella cierra y va a buscar unas copas. Calma a los animales y estos van a sus camitas. Es genial tener amigas con alcoholismo solidario, es decir, que beben por no dejarte sola. Aunque sé que se tomará solo unos sorbos porque alguien tiene que controlar que la borracha no haga locuras.

Lleno su copa hasta la mitad y la mía hasta arriba. Bebo media de golpe y me echo para atrás. Ella me acompaña en silencio y siento que podría pasarme la noche así. Porque tenemos tanta complicidad que sobran las palabras.

—Acaba de llegar y ya lo he visto dos veces. No quiero volver a casa, no quiero encontrarme con él cada vez que salgo o entro, no quiero verlo, no quiero ser consciente de que está ahí al lado…

—Ya sabes que puedes quedarte aquí el tiempo que quieras —me recuerda, y Capitán América ladra como si estuviera de acuerdo con esa invitación. Me adora y yo a él.

—Gracias. —Se hace el silencio de nuevo. Me siento bien. Me quedaría aquí. Pero no tengo doce años. He optado por ignorarlo y hacer como si no existiera. Creo que es lo mejor, definitivamente—. Pero no hará falta. Quizá hoy sí. Voy a beber hasta que deje de importarme su regreso y no quiero volver en ese estado.

—¿Tu padre sabe que estás aquí?

Saco el móvil del bolso, lo desbloqueo y veo mensajes de Mike que no voy a responder ahora. El chat con mi padre es el segundo de la lista y le escribo para avisarle de mi paradero.

—Ahora sí.

—Por si te sirve de algo… —continúa un rato después, observando cómo doy otro largo trago a mi ginebra—, he oído que solo ha venido por papeleo y para poner la casa en venta.

—Eso ya me lo imagino —mascullo sin devolverle la mirada—, tendrá que volver a su equipo cuando empiecen los entrenamientos.

—Tendrías que verlo jugar, es…

—No —la corto. La miro con unos ojos tan llenos de dolor que parece olvidarse de lo que estaba diciendo—. No me interesa él, no quiero verlo jugar ni saber nada de su vida. Duncan Harris no existe.

—Pues a mí me gustaría veros jugar juntos de nuevo —vuelve a la carga, y pongo los ojos en blanco—, erais increíbles, teníais una conexión brutal… Normal que os pillarais el uno por el otro.

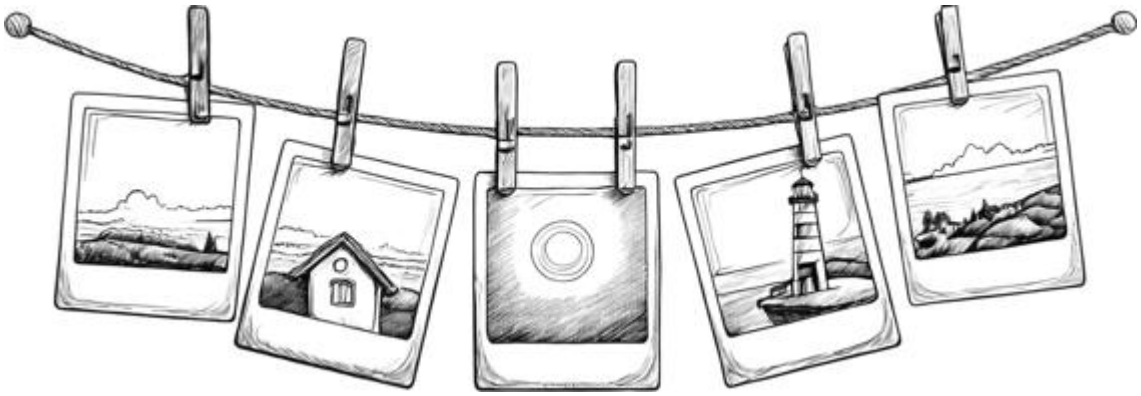
—Él no se pilló por mí, nunca le importé —aclaro con mucha pereza en mi voz—. Solo me besó para hacerme creer que sí, pero después desapareció, ¿recuerdas?

Madison se calla y deja de insistir. En su cabeza fue un cuento de hadas roto porque tuvieron que largarse, aunque nadie sepa realmente por qué. Hay muchas historias circulando por el pueblo. Que Ava tenía un amante es a la que más validez parecen darle, aunque a mí no me convence. Otros dicen que, al igual que vinieron porque la madre de Bill enfermó, tuvieron que volver por algún otro tema familiar. Incluso los hay que aseguran que no tenían papeles y no pudieron permanecer más tiempo en el país. Y el que más divide a la población de este pueblo: que su padre era un maltratador, algo que nunca he sido capaz de creer. Bill era intimidante, arisco y parco en palabras, pero vivían al lado, lo habría sabido. Me costó mucho tiempo, pero he llegado a la conclusión de que el motivo por el que tuvieron que irse es lo de menos. Es decir, me duele, pero no tanto como el silencio que vino después.

No obstante, no fue ningún cuento de hadas. Solo fue un chico cobarde que eligió la peor manera para despedirse de mí, mostrándome todo lo que nunca podríamos ser y olvidándose de mí nada más salir del pueblo. Un miserable que me hizo creer que había algo entre nosotros y que prometió cosas que no iba a cumplir.

Los minutos transcurren, las copas de ginebra se vacían y los temas de conversación pasan a ser otros más livianos a medida que el alcohol se apodera de mí. Llega un momento de euforia muy grande en el que Madison tiene que pararme los pies porque quiero irme a bañar desnuda en la playa. Pero, como la música amansa a las fieras, pone los mejores temas de mi banda favorita y los canto tan alto que pierdo la voz en cada estribillo hasta que dejo de luchar contra mis emociones y me rindo. Caigo de nuevo sobre el sofá,

cansada de bailar y saltar como una adolescente en un festival, y me duermo.



Llego a mi calle tras un paseo a pie que me ha sentado de maravilla, aunque no me ha quitado la resaca. No recuerdo mucho de anoche, pero Madison me ha asegurado entre risas que fue una de mis mejores borracheras. Voy tarareando una canción que me ha acompañado todos estos años, y que es imposible borrar de mi cabeza, cuando Duncan me adelanta corriendo y lo oigo cantar esa misma canción que parece hablar de nosotros, de nuestro beso y de cuando me contó que se marchaba.

—*I wish that I could wake up with amnesia and forget about the stupid little things…* —entona con una voz dulce.

Freno cuando él se detiene frente a mí y finjo no conocer la canción, esa misma que yo estaba tarareando unos segundos antes y que él sabe de buena tinta que me encantaba.

—*Amnesia*, 5 Seconds of Summer, ¿no?

Lo rodeo para seguir mi camino porque hablar con él no es una opción, y menos ahora. Él acaba de llegar tras correr varias millas por la montaña y está *sexy* a pesar del sudor y el pelo despeinado. Yo estoy hecha una mierda y me va a estallar la cabeza.

—¿Vas a seguir mucho tiempo sin hablarme? —suplica a mis espaldas cuando estoy alcanzando el jardín delantero de casa.

Alzo el brazo para hacerle una peineta sin molestarme en girarme y sigo mi camino hacia la entrada. No puedo malgastar mis pocas energías en él. Pero me sigue y me detiene a escasos diez pasos.

Su mano rodea mi muñeca y una chispa me recorre el brazo hasta el pecho. Cuando me doy la vuelta, el corazón se me encoje tanto que tengo miedo de que regresen las malditas mariposas. Me concentro en seguir respirando porque teniéndolo así de cerca me cuesta mantener mi actitud de indiferencia.

—No puedes volver después de siete años y pretender que todo siga igual a como lo dejaste. Hace tiempo que tú y yo dejamos de ser amigos —lo encaro, y me anoto un tanto mental por la valentía.

—Podemos volver a serlo —pide acercándose un poco más a mí. Demasiado. Su voz es dulce, pero, a la vez, rota, anhelante. Sus dedos se deslizan por el dorso de mi mano hasta que se entrelazan con los míos.

Ojalá pudiera reanudarlo exactamente donde lo dejamos. Ojalá pudiera acercarme a él y lanzarme, juntar nuestros cuerpos y nuestros labios, sentir que es posible y olvidar el pasado.

Pero, al menos esta vez, gana la razón, me aparto y sacudo la mano para que me suelte. Esta me hormiguea al sentirse desnuda y me suplica que vuelva con él.

—No fui yo quien decidió ponerle fin —pronuncio con dificultad, tras lo cual reemprendo mi marcha hasta la puerta de casa.

Él se queda plantado en el mismo lugar, abatido y pensativo. Me creo vencedora hasta que entro y descubro a mi padre de pie en mitad del salón mirándome fijamente. Me doy la vuelta y observo a Duncan por la ventana. Tarda, pero finalmente se marcha.

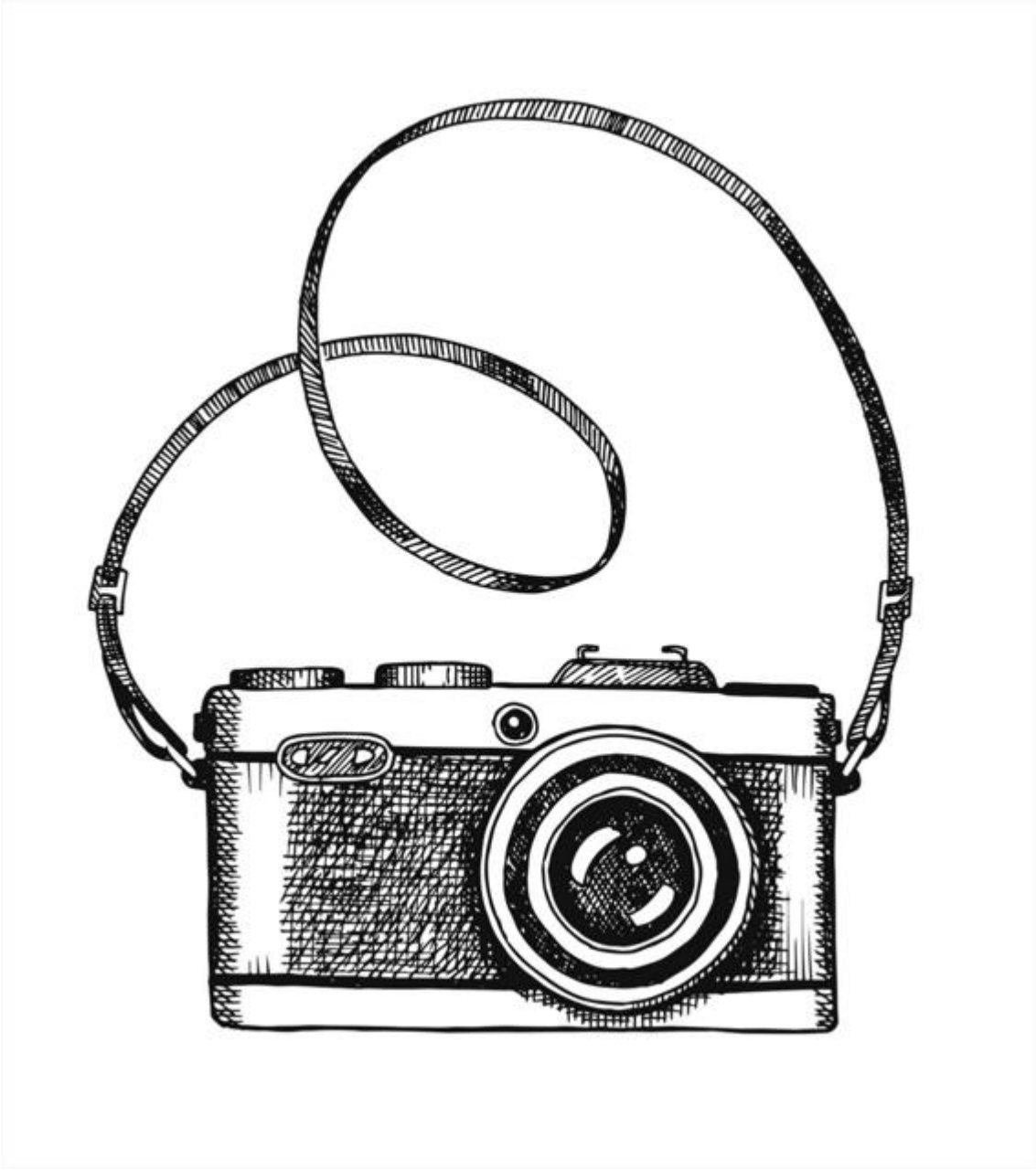
—Solo va a estar aquí un mes —interviene, como si fuera algún dato relevante.

—Pues espero que pase rápido —escupo para, acto seguido, pasar por delante de él a fin de entrar en la cocina.

Soy muy consciente de que mi padre no quiere terminar la conversación aquí, pero lo hace porque entiende que estoy un poco al borde de todo y no es el momento de insistir. Ahora solo quiero desayunar y meterme en la cama a pasar la resaca. A ser posible, sin llorar ni gritar de la rabia como hice ayer.

Pero no hago nada de eso. Me dirijo al garaje y localizo la caja. La abro y saco una bolsa con un disco duro que hace años guardé aquí. Subo a mi habitación para conectarlo al portátil y un montón

de antiguas fotografías aparecen en la pantalla. Duncan y yo jugando, haciéndonos *selfies* o en nuestro refugio. Y lloro. Y grito de la rabia. Todo lo que no quería hacer.



5. Huella imborrable

Duncan

Sigo sintiéndome como un extraño a pesar de haber vivido tantos años en este lugar. Llegué ayer sin ninguna expectativa, pero echo

de menos a la gente a la que solía considerar como mi familia, especialmente Holly y Mike.

Con ninguno de los dos me hablo desde hace años, pero estar aquí de nuevo me hace buscar su amistad de manera constante. Como si lo que tuviera en este pueblo no fuera solo una casa, sino un hogar, una comunidad. Y para volver a sentir que encajo los necesito a ellos en mi vida.

Entro en el taller y me cuesta encontrar a Mike entre tanto coche. Parece que tiene bastante trabajo. Viendo los modelos y la antigüedad de los vehículos no me extraña. Aquí la mayoría no puede permitirse un coche nuevo y eso implica comprar automóviles de segunda, tercera y hasta cuarta mano, que normalmente acarrean un gasto en mantenimiento y reparaciones bastante elevado. De modo que los Curtis siempre han tenido ingresos.

—Así que decidiste hacerte cargo de este sitio… —suelto a modo de saludo cuando llego hasta él.

Mike está inspeccionando el motor de un viejo Chevrolet Suburban y se da la vuelta al oír mi voz. Sus manos están llenas de grasa, pero las limpia de manera apresurada en un trapo un tanto sucio que cuelga de su cinturón.

—¡Ey! Pero si es Duncan Harris, el lateral izquierdo del Hjorthagens —exclama él haciendo una especie de reverencia.

—Corta el rollo, aquí solo soy Duncan —atajo, acompañando mis palabras con un gesto de la mano para restarle importancia.

Se ríe y me parece sincero. Si cerrara los ojos, casi me sentiría como si nunca hubiera dejado este pueblo.

—Bueno, yo no iba a ser médico ni abogado ni ingeniero, como mis hermanos, y con la lesión de la rodilla no podría entrar en ningún equipo profesional, así que…

—Podrías haber estudiado cualquier otra cosa —lo animo como solía hacer cada vez que la negatividad lo invadía.

—¿Con mis notas?

Se ríe de manera irónica y me siento mal por él. Tenía puestas todas sus esperanzas de futuro en ser un gran jugador de *hockey,* obtener una beca para la universidad y entrar en alguno de los mejores equipos del país. Pero, al inicio de la temporada de mi

último año aquí, uno del equipo rival lo empujó y Mike, tratando de no perder el equilibrio, hizo un mal movimiento y acabó cayendo al suelo muerto de dolor. En ese momento ninguno sabíamos qué acababa de pasar exactamente ni qué consecuencias tendría. A él se lo llevaron al hospital y al poco tiempo el entrenador nos confirmó que no volvería a jugar lo que quedaba de temporada.

Cuando me marché del pueblo Mike seguía recuperándose, pero su rodilla aún tenía demasiados movimientos limitados. Desconozco si nunca lo volvió a intentar tras toda la rehabilitación o si simplemente trascurrió tanto tiempo que había perdido rendimiento y decidió abandonar. Pero no me parece apropiado preguntar.

—Además, aquí estoy fenomenal. Me pude comprar un apartamento en la calle principal, la vida es tranquila, conoces a todo el mundo, se come bien… —añade con una sonrisa.

—… y está Holly, ¿no? —termino la frase por él, aunque me duela pronunciar su nombre.

—Puede que ese sea el mejor atractivo de este lugar —zanja señalándome con el dedo, dándome la razón, y siento su respuesta como si fuera una patada en el esternón. No necesitaba que me confirmara que están juntos, no debería haberla mencionado y darle pie a que me hable sobre ella, tal y como su sonrisa indica que va a hacer—. ¿Sabes? Siempre pensé que acabaríais juntos vosotros dos. Creo que eso es algo que pensábamos muchos, de hecho. No había manera de separaros… —Hace una pausa y noto una tensión enorme—. Pero, bueno, te fuiste y…

—… y ahí estabas tú —replico con mucho sarcasmo, o reproche, según se mire, y me callo todo lo que pienso. Me recuerdo que estoy aquí para recuperar su amistad. Lo que pasó hace años no importa ahora, yo tengo mi vida ahí fuera y Holly no debería ser un problema entre nosotros.

Él asiente con una sonrisa que da a entender demasiadas cosas. Solo espero que esta vez prosiga con la conversación en vez de quedarse en este tema que parece no ser el mejor.

—Bueno, ya sabes… Esto es un pueblo pequeño —aclara como si lo más obvio del mundo fuera que, si yo no estaba aquí, ellos

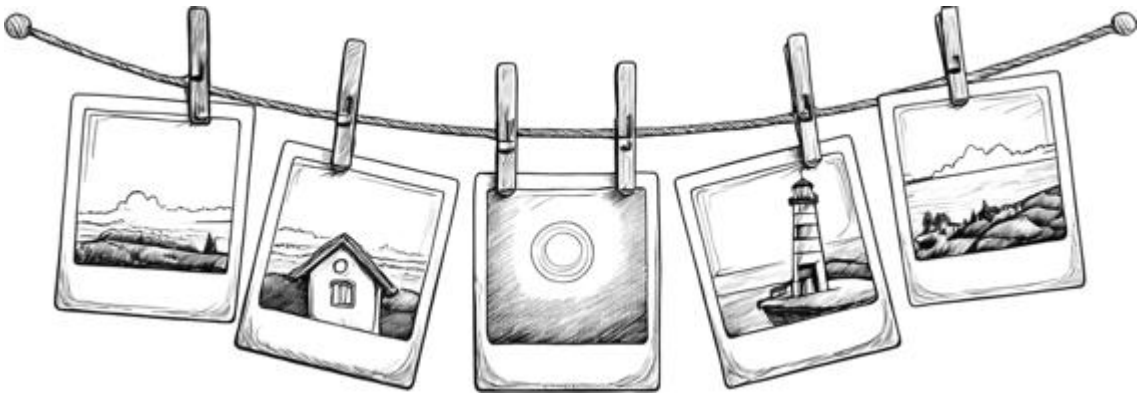
acabaran juntos. Quizá hasta tenga razón en eso. Chasqueo la lengua—. Por cierto, ¿qué hay de ti? ¿Sales con alguien?

Agradezco al universo que decida cambiar de tema —por fin— y le explico que estuve saliendo varios meses con una azafata de congresos a la que conocí en un evento. Aunque rompimos unas semanas antes de enterarme de que mi padre había muerto, por lo que ahora no estoy con nadie. Por ahora, me guardo algunos pormenores sobre por qué rompimos u otras relaciones anteriores porque es irrelevante y, aunque esté decidido a hacer borrón y cuenta nueva con él, no significa que volvamos a ser íntimos.

Porque soy incapaz de olvidar lo que nos separó. Recuerdo todo lo que sentí cuando me contó que se había acostado con Holly, casi dos años después de marcharme. Me dolió que ella ya hubiera pasado página o que yo no hubiera sido tan importante para ella como ella lo fue para mí. A la vez, me molesté y mucho con él, aunque no tuviera derecho porque nadie sabía lo que yo sentía por mi antigua vecina. Gestioné el golpe lo mejor que pude, terminé la videollamada y no volví a iniciar ninguna conversación en varios días. Él tampoco lo hizo y así fue como me di cuenta de que Mike, al igual que Holly y este pueblo, formaban parte de mi pasado. Residía en otra ciudad, tenía otros amigos y había otras chicas —que no eran ella—.

Salí con algunas, follé con ellas como lo hacían mis compañeros con sus novias e intenté borrar como fuese la huella que Holly había dejado en mí. Esa huella que no hacía otra cosa más que propagarse cada vez más en mi interior, como un cáncer que no para de crecer. Holly era imborrable y su recuerdo me acompañaría durante años.

Seguimos charlando de mil asuntos pendientes y nos ponemos al día mientras él continúa arreglando el Chevrolet con el que está. Aun a pesar del tiempo que llevábamos sin hablarnos y de lo mucho que me jode que esté saliendo con Holly, me resulta curiosa la naturalidad con la que fluye nuestra conversación.



Al salir del taller, paso por el banco para ver si puedo arreglar las cuentas de mi padre. El señor Jefferson, el director desde hace años y antiguo jefe de mi madre, me atiende y me comenta cómo están los números.

—No tenía ninguna deuda, al menos aquí, aunque tampoco disponía de una gran fortuna —me informa.

—Eso es lo de menos.

—Bueno, pues te explico…

Empieza a enumerar todos los documentos que necesita y los anota en un papel para que no se me olvide. También aprovecha la ocasión para expresarme su voluntad de ayudarme en lo que necesite y me da algunas sugerencias sobre cómo proceder en estos casos con algunos trámites.

Me agobio mucho porque esto no ha hecho más que empezar y me espera muchísimo trabajo en casa también. Me gustaría hacer algunas pequeñas reformas y dejarla lista para que los posibles compradores la vean perfecta.

Miro mi agenda al terminar y reviso lo que me queda por hacer hoy cuando veo que me llega un mensaje de mi madre:

Mamá:
Vamos al Joe’s a comer. ¿Te unes a nosotras o estás muy ocupado?

Al menos esta vez me da la opción de escaquearme, pero quizá porque me rugen las tripas, o solo porque necesito despejar un rato la mente, mis pies ponen rumbo hacia ese restaurante en el que

comí tantísimas veces que los camareros me trataban como a otro hijo de Joe. Incluso él mismo me trataba como a un hijo.

Holly siempre fue mucho más que una vecina o amiga. No íbamos juntos a clase porque yo era un año mayor. Pero, desde que llegué a East Harbor por primera vez, se pegó a mí, me enseñó el pueblo y me presentó a sus habitantes. Algo alucinante teniendo en cuenta que ella era una cría de solo cinco años. Pero, claro, se pasaba el día en el Joe´s porque no tenía madre y la cuidaban entre todos como la gran familia que es este lugar.

Desde que llegué me sorprendió que los niños se movieran en bici solos, ajenos a los peligros de las grandes ciudades. Más tarde descubrí que aquí todos se conocen y nunca ocurre nada porque siempre hay algún vecino cerca para ayudar. Por eso es el mejor sitio para crecer. En clase conocí a Mike y nos hicimos amigos enseguida. Así de fácil era conectar aquí, con habitantes tan abiertos de corazón. Empecé a reunirme con él y su grupo, me apunté al mismo equipo de *hockey,* aunque nos gustasen todos los deportes. De hecho, continuábamos jugando a todos ellos en los parques del pueblo, donde Holly siempre me seguía.

A ella no le costó nada integrarse en nuestro grupo y no tuvo ningún reparo en jugar a cualquier deporte con nosotros, menos al fútbol americano —más conocido aquí como fútbol «a secas»—, ya que a su padre no le gustaba por ser demasiado peligroso para una niña. Algunos de ellos se burlaron porque «las niñas no entienden de deportes», pero ella les calló la boca demostrándoles que no solo se sabía todas las reglas, sino que jugaba tan bien o incluso mejor que ellos.

A lo que iba, rápidamente se convirtió en algo así como una hermana pequeña para mí, alguien a quien cuidar y proteger y de quien nunca pensé que llegaría a desarrollar otro tipo de sentimientos.

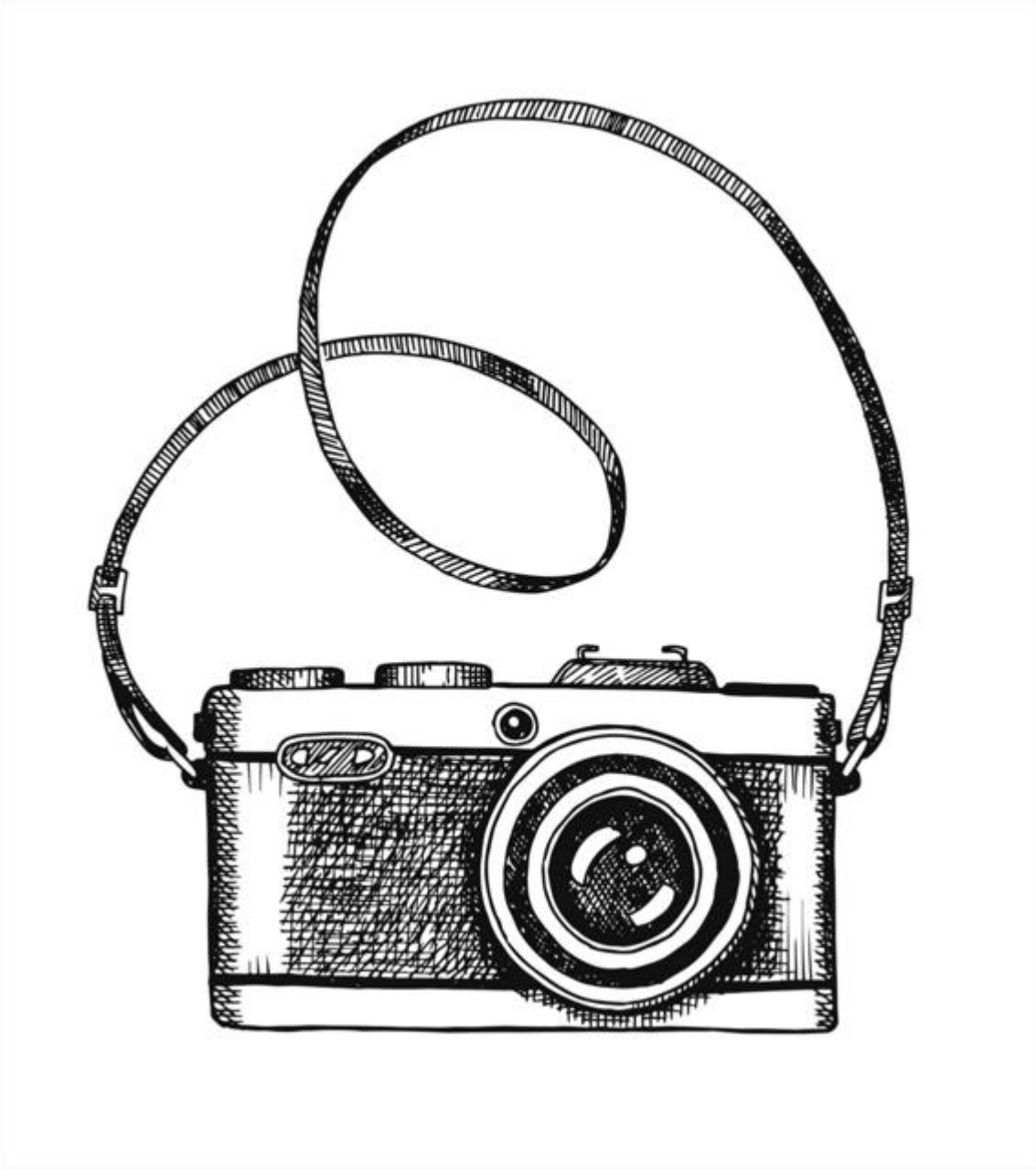
Me encantaba la relación que había entre los dos y la calma que me transmitía. Encontré un escondite perfecto para evadirme de la realidad que habitaba en mi casa y quise compartirlo con ella —solamente con ella y nadie más— a fin de que pudiéramos despojarnos juntos de nuestros miedos. Poco a poco se convirtió en

nuestro lugar secreto, donde acudíamos muchas tardes para charlar de nuestras cosas y, cuando la adolescencia empezaba a alcanzarnos, un lugar en el que arañarle unos minutos al día para estar con ella.

No recuerdo en qué momento empecé a verla de ese modo. Solo sé que las chicas de mi clase comenzaban a verse distintas y que no me interesaban en absoluto, mientras que Mike y los demás disfrutaban de sus atenciones. En esa época Holly también cambió y dejó de ser una niña. Quiso ser como las demás y llamar la atención de los chicos. Desconocía si de alguno en concreto, aunque deseaba que no fuese un idiota quien ocupara su mente, sino… yo.

¿Yo? Ese pensamiento me sorprendió, pero sí, joder, Holly me gustaba. Por eso, cuando mi madre me pidió aquella tarde que recogiera todo lo que cupiera en una maleta porque nos íbamos para no volver, me rompí por dentro. Me negué a discutir, pues ella estaba muy nerviosa y Gina gritaba presa de una rabieta épica. Aquel día no entendí lo que había ocurrido y me siento estúpido por no haberlo visto.

Obedecí y salí a esperar a que Holly volviera del dentista. Fuimos a nuestro rincón secreto y le expliqué que no volveríamos a vernos. Lo que no imaginé ni remotamente fue descubrir que ella sentía lo mismo, justo cuando tenía que irme, y que dejaría aquella huella impresa en mí.



6. Duncan no es «mi primer amor»

Holly

Cuando vi entrar a Gina y a su madre, pensé que Duncan no vendría con ellas esta vez. Me equivocaba. Por algún motivo no aparecieron juntos, pero las ha alcanzado poco después de llegar.

—Holly, el agua para la quince —me comunica Jay desde el otro lado de la barra.

—¿La quince?

—Están los nuevos esperando.

Me giro y veo a los Harris ya sentados.

—¿Recuerdas cuando te hablé de Duncan?

Jay, que estaba sirviendo cervezas, se detiene frente a mí y dirige la vista hacia su mesa, entrecerrando el ceño.

—¿Es él? —cuestiona—. ¡Es él! —exclama alzando la voz.

—Shhhhhh…, cállate —lo regaño.

—Perdona. Claro, los nuevos que no son nuevos porque ya estuvieron aquí.

—Vaya lumbreras estás hecho, ¿eh? —me burlo.

—¿Quieres que me encargue yo de su mesa? No me dijiste que era tan guapo…

—Anda, ya voy yo, tranquilo.

Cojo la bandeja con los vasos y la jarra de agua y la llevo a la mesa quince, una de las mejores.

—Buenas tardes, aquí os dejo el agua —anuncio mientras coloco todo con cuidado para no derramar nada—. ¿Sabéis lo que queréis? El plato especial de hoy es filete de ternera con láminas de aguacate y mermelada de tomate servido con unas patatas al horno gratinadas.

—A mí ponme uno —pide Ava.

—Yo quiero otro.

—Vaya, ¿tú eres Gina? ¿Cuántos años tienes ya?

—Once.

—¡Qué mayor!

Sonríe avergonzada y le guiño un ojo. Seguro que no se acuerda de mí porque era muy pequeña, pero me tenía un cariño enorme. Cuando yo estaba cerca, su hermano se volvía invisible de repente.

Ava se ríe y, por un momento, me siento en casa con ellos, porque realmente lo eran. Desvío la vista hacia Duncan, pues es el único que queda por pedir, pero nuestros ojos conectan de una manera tan eléctrica que me obliga a apartarla de nuevo.

—Otro especial del día.

Asiento sin ser capaz de sonreírle ni de devolverle la mirada.

—¿De beber?

—Holly…

Ava y Gina piden sus refrescos de manera atropellada, como si fueran capaces de adivinar que mi intención es largarme cuanto antes. Se lo agradezco con la mirada y, cuando estoy a punto de darme la vuelta, Duncan atrapa mi mano con la suya. La misma chispa de ayer me recorre de nuevo y no se me ocurre otra cosa que deshacerme de su agarre de manera violenta, con tan mala suerte que le doy a un vaso, empieza a tambalearse, cae al suelo, se estrella y se convierte en una peligrosa lluvia de cristales. Todo el restaurante nos mira y yo aprovecho el momento de desconcierto para huir. Lo siento venir tras de mí, por lo que me refugio en el despacho de mi padre.

Oigo a Jay tras la puerta advirtiéndole a Duncan que no puede pasar y que regrese a su mesa. Justo después, mi padre entra y cierra con llave.

—¿Qué ha pasado ahí fuera?

Directo. Serio. Se dirige a mí como jefe.

—He tirado un vaso —simplifico. En realidad, es: No soporto la cercanía con Duncan, ni cómo me mira, ni cómo me hace sentir cuando me mira, ni esa maldita corriente eléctrica que me corta el aliento con solo un pequeño roce de sus dedos. Y como me he puesto nerviosa por todo esto y no he sabido gestionarlo como la adulta que se supone que soy, pues he tirado un vaso. Sin querer.

Pero me lo callo.

—No estás así por «un vaso».

Me ha calado.

Resoplo y me siento en una de las sillas que hay frente a su mesa, con los brazos cruzados como una niña enfadada. No pienso contarle nada.

—Reformularé la frase. ¿Qué ha ocurrido con Duncan?

Pongo los ojos en blanco y echo la cabeza hacia atrás.

—¿Te refieres a ahora o a hace siete años?

Suspira, cruza y descruza los brazos varias veces y, cuando todo apunta a que va a abandonar su interrogatorio, camina despacio

hasta mí.

—¿Qué ocurrió hace siete años? Porque me da la impresión de que eso explicaría lo de ahora.

Me vuelvo hacia él y compruebo que está calmado y menos beligerante que antes. De nuevo, vuelve a ser el padre cariñoso y preocupado. Ese al que siempre podía acudir cuando lo necesitaba.

—Que me gustaba, me besó, se largó y nunca más volvió a contactar conmigo a pesar de haberlo prometido.

Hace una mueca que no sé muy bien qué significa cuando pronuncio «me besó» y después cambia su expresión de manera radical.

—Eso no suena muy a Duncan —replica sentándose en la otra silla a mi izquierda.

—¿No deberías estar furioso con él? —exclamo señalando hacia la puerta.

«¿No te acabo de decir que me partió el corazón? ¿Qué haces, que no lo estás echando del bar y del pueblo para siempre?».

—Hija…, quizá creías que no me enteraba de nada, pero no era así. Era obvio, al menos para mí —se señala—, que algún chico te gustaba y, cuando Duncan y su familia desaparecieron del pueblo de la noche a la mañana, tu actitud me confirmó que se trataba de él —expone despacio y con la voz sosegada.

—¿Tan obvio era? —inquiero, avergonzada.

—Soy tu padre —declara con media sonrisa, como si no hiciera falta más explicación que esa—. Y, a efectos prácticos, tu madre también. Dos por uno.

Desvío la mirada hacia el suelo y me froto las palmas de las manos contra los muslos.

—Nunca quise agobiarte —prosigue, aunque estoy demasiado avergonzada para poder mirarlo a la cara—, siempre me he mostrado disponible para cualquier problema que tuvieras. Pero, bueno…, entiendo que para estos temas recurrieras a otra persona que no fuera un bruto que no tiene ni idea de estas cosas.

—No es eso —me apresuro en responder, y le devuelvo la mirada —. Es solo que…

—Lo sé. No se habla de los primeros amores con los padres.

—Duncan no es «mi primer amor» —lo corto de manera seca levantando la palma de la mano—. Duncan ni siquiera fue nunca «un amor».

Mi padre sonríe. Estoy segura de que no cree una sola palabra, pero no me contradice.

—Bueno —interviene mientras se levanta—, amor o no, creo que es mejor que vayas a casa para descansar, y no vuelvas hasta que podamos estar seguros de que no vas a montar ningún otro numerito como el de antes.

—¿Me estás castigando? —pregunto levantándome molesta.

—No es un castigo. Tómatelo como unas vacaciones.

Ahora sonríe enseñando los dientes. ¿Está disfrutando con esto?

—¡Pero, papá!

—Aprovecha el tiempo para reflexionar sobre el porqué de ese odio hacia Duncan —comenta mientras camina hacia la puerta.

—¡Te lo acabo de contar! —protesto. ¿Es que no me escucha?

—Y yo te he respondido que me parece que eso no es así. Él no es así —rebate, señalándome con el dedo, y sale del despacho, dejándome con la boca abierta.

Pierdo un montón de segundos, e incluso de minutos, aquí parada porque mi cabeza está tan ocupada pensando en lo que mi padre me acaba de decir que no le pide a mi cuerpo que reaccione. Pero, finalmente, lo hace. Deshago el nudo del mandil, me lo quito y lo cuelgo en el perchero. Busco mi bolso en el armario y salgo a la sala para despedirme de Jay y recordarle que luego nos vemos.

—Él también se ha ido.

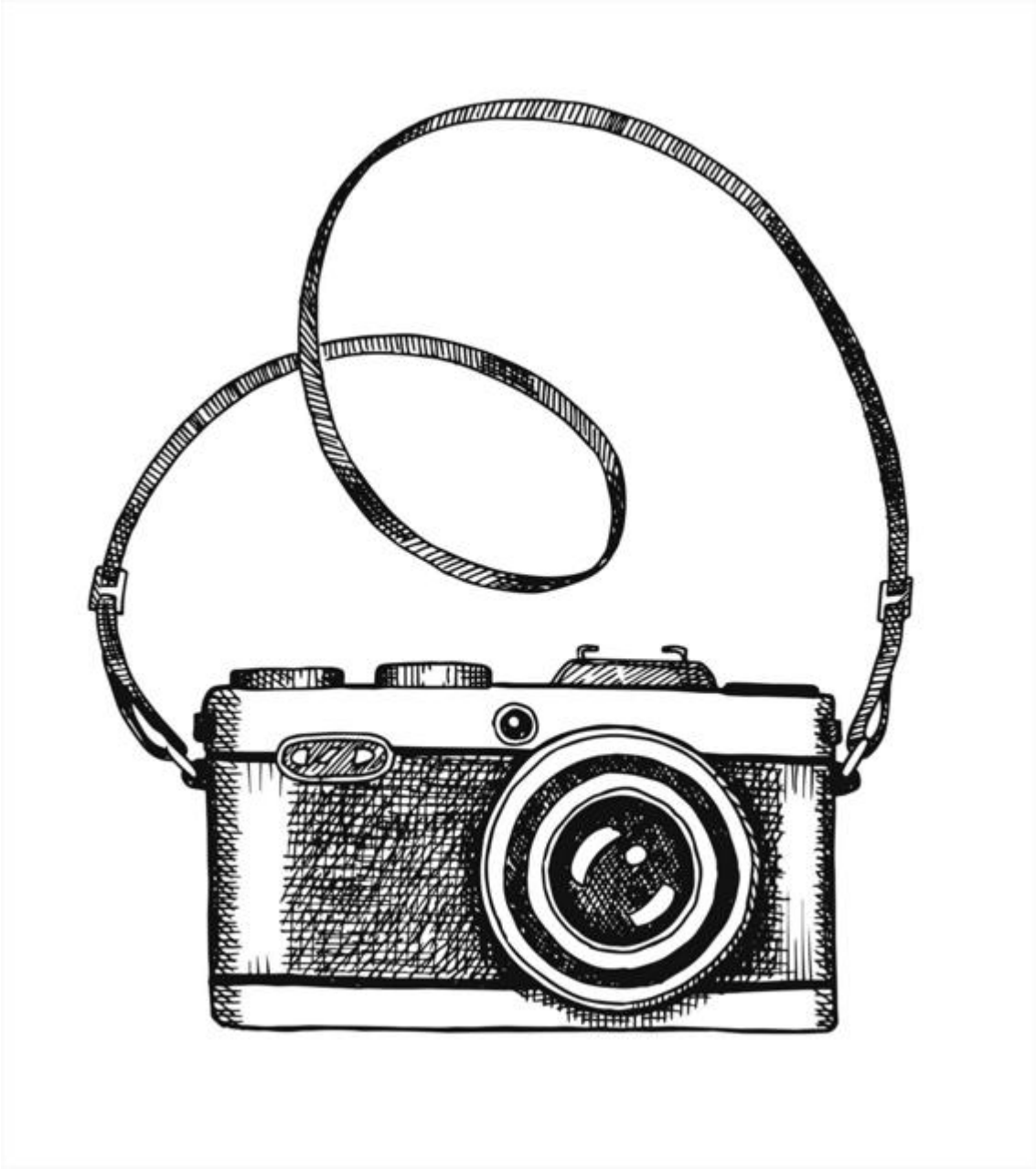
—Me da igual —respondo mientras me acerco a mi compañero y amigo para saludarlo con un beso en la mejilla.

—¿Qué vas a hacer ahora? —se preocupa, porque sabe de sobra que esto es mi vida.

—No tengo ni idea.

Alzo los hombros con una sonrisa demasiado débil y me doy la vuelta para salir del restaurante. No quiero mirar hacia la mesa quince, pero lo hago. Mi padre está charlando con Ava, mientras que Gina me observa con curiosidad. En otras circunstancias me despediría de él, pero hoy estoy enfadada, así que lo ignoro.

Una vez fuera, el aire me sacude. El día de hoy es soleado, pero hace bastante viento. ¿Qué voy a hacer esta tarde? Y lo peor de todo, ¿qué voy a hacer con todo este tiempo libre que tengo por delante?



7. No la miras como un amigo

Duncan

¿Por qué sigo pensando que con ella será igual de fácil que con Mike? Con él fue raro al principio, pero ahora parece que sigue todo —casi— igual. Antes me ha escrito para contarme que el domingo

por la mañana irá con algunos de nuestros amigos al área polideportiva a jugar un partido de béisbol. Le he dicho que cuente conmigo, a pesar de que hace años que ni tan siquiera lo veo por la tele y no tengo claro si recordaré las reglas. Pero me gustaría hacer un poco de vida social durante este mes que esté por aquí.

En cambio, con Holly es distinto y no sé por qué. Me tuve que ir en contra de mi voluntad, aunque de eso han pasado ya muchos años. Ella ha hecho su vida, se ha olvidado de mí y está con Mike. No tuvo que cambiar todo lo que conocía y adaptarse de nuevo a un lugar que ya no recordaba. Sigo sin entenderlo y, encima, cada vez que intento hablar con ella, lo único que hace es huir. ¿Por qué?

Oigo cómo se abre la puerta, y enseguida mi madre y mi hermana entran en mi campo de visión. Gina se sienta a mi lado en el sofá y curiosea lo que estaba viendo en la tele. Nada especial, un canal de noticias que he dejado puesto para mantenerme informado de lo que está ocurriendo aquí. Como no le convence, se hace con el mando sin que yo oponga resistencia y empieza a buscar algo más de su agrado, hasta que encuentra uno en el que ponen videoclips.

Mi madre nos mira desde la cocina y sonríe. Supongo que le hace feliz que estemos los tres juntos. Abre el lavavajillas y empieza a colocar cada cosa en su sitio.

—Es posible que Holly necesite tiempo —comenta como si fuera algo sin importancia, pero consciente de que la tiene y mucho.

—Pero solo voy a estar un mes aquí, mamá —me quejo desesperado.

—Pues entonces deberías empezar a asumir que a lo mejor nunca volveréis a ser amigos.

—Yo no creo que lo que quiera es que sea su amiga, ya que estamos —nos interrumpe mi hermana sin desviar la vista del televisor. Me parece a mí que está más pendiente de nosotros de lo que quiere hacernos ver.

—Bueno, eso está claro —responde mi madre.

—¡Mamá! —protesto porque decida hacer lo mismo que mi hermana: empezar a meterse en mi vida y opinar de ella como si no estuviera aquí delante.

—No la miras como un amigo, precisamente, como sí lo hacías antes, cuando la tratabas como si fuera tu hermana.

—Bueno, pero es que está… diferente —me excuso torpemente.

—Muy guapa, puedes decirlo —me pincha Gina.

—¿Podemos hablar de otra cosa? —mascullo—. Y tú, ¿no puedes mirar la tele calladita?

Mi hermana suelta una risita y sigue a lo suyo. Mi madre termina con lo que estaba haciendo y se sienta en el sillón que se encuentra a mi lado.

—Si está con Mike y tú pretendes conservar la amistad con él, no puedes desearla para algo más.

—Tampoco creo que pueda tenerla como algo más —admito, dejando caer mis hombros y mi cuerpo hacia delante.

—Estoy de acuerdo —remata mi hermana, a punto de reírse. Decido ignorarla esta vez.

—Entonces, ¿qué quieres? —me pregunta, y sé que se interesa por saber cómo estoy y cómo voy a afrontar esta situación mientras esté aquí.

¿Qué quiero? Honestamente, no lo sé. Es decir, sí que lo sé, a Holly. Como amiga y como todo lo demás. Retomar el último momento antes de irme y cambiar el destino. Redescubrir sus labios, conocer el sabor de su piel y el sonido de sus gemidos en mi oído. Imaginar que lo nuestro es real y algo por lo que vale la pena luchar.

—Supongo que me gustaría que todo siguiera como antes —simplifico.

—Qué lástima, me gusta para ti.

Resoplo. Mi hermana me está poniendo de los nervios.

—Mocosa…

—¿Qué? Está claro que te gusta y tú no le eres indiferente, pero parece enfadada contigo, como si le hubieras hecho algo. ¿Seguro que no pasó nada entre vosotros antes de irnos de aquí?

—¡Ay, Dios! —gimotea mi progenitora—. ¿Cómo fui tan mala madre de no verlo? ¿Es eso, Duncan?

—Mamá, tú estabas ocupada intentando sobrevivir y cuidando de Gina. No podías estar pendiente de mí también.

—Era mi deber como madre.

—Tu deber era seguir viva —bramo—. ¿No lo entiendes? ¿Qué habría pasado si hubieras sabido que Holly y yo…?

—No nos habríamos ido.

—¿Lo ves? —grito señalándola con la mano—. Teníamos que irnos y pronto. Papá estaba perdiendo el control, quizá a la próxima hubiera sido demasiado tarde. ¿Qué habría sido de Gina y de mí?

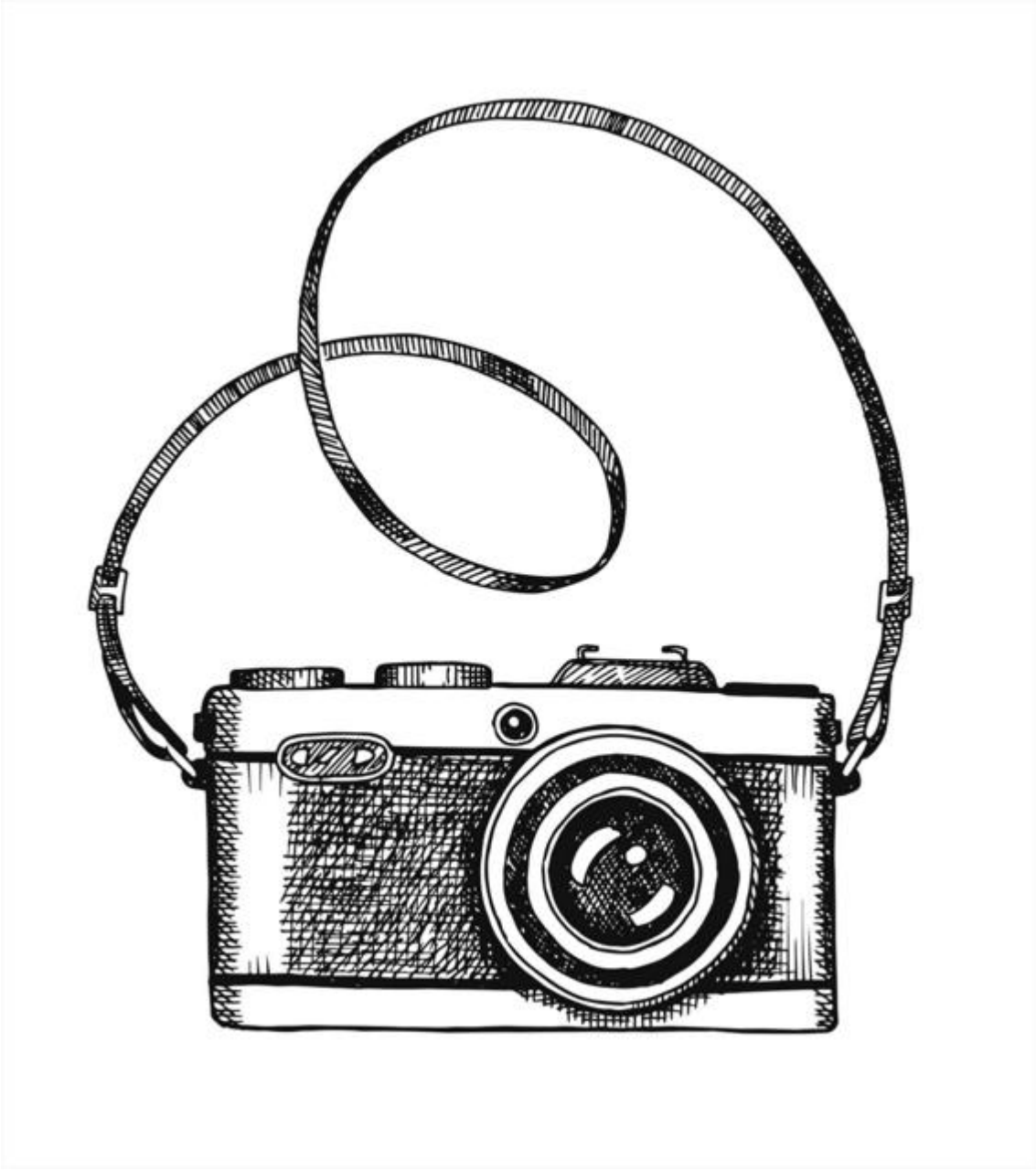
—Quizá te podrías haber quedado tú.

—¿Con ese monstruo? —Mi madre no responde y empieza a llorar. Mi hermana se queda impactada y no ha podido despegar la vista de nosotros. Conoce la historia, pero no es algo de lo que solamos hablar y menos así. Es un tema que siempre ha estado presente en casa porque nos afecta a todos, aunque seguimos sintiéndonos incómodos mencionándolo. La culpa y la vergüenza siempre flotan en el aire y es una sensación que tendemos a evitar. Mi madre ha necesitado muchísima terapia y hacía años que no se sentía así de mal consigo misma—. Olvida eso, mamá. El *sheriff* te sugirió que nos fuéramos, te puso en contacto con esa abogada que te ahorró mil problemas por llevarnos a otro país y que papá no te denunciara por secuestro, se encargó del divorcio y tú pudiste volver a ser tú, conseguir un trabajo para el que sí estabas cualificada y cuidar de nosotros.

»Lo que tuve que sufrir yo es poco comparado con lo que hubiera sido si me hubiese quedado, sobre todo, si «nos» hubiésemos quedado.

Mi madre sigue llorando y Gina pelea por no hacerlo. Yo, en cambio, siento mucha rabia. Porque es mi padre el culpable de todo esto, hacia él dirigí todo mi odio desde que me subí a aquel avión. Por esa razón no quiero nada de lo que me ha dejado. Aún no sé qué haré con el dinero del banco o lo que saque con venta de la casa, pero tengo claro que no lo quiero para mí.

Me levanto para irme a mi habitación, no sin antes asegurarle a mi madre que nunca jamás la he culpado u odiado por lo que ocurrió. Que ella siempre fue una madre genial y que tomó una decisión por el bien de la familia que muchas no se atreven a tomar, con las consecuencias que eso conlleva. Fue muy valiente y la admiro por ello.



8. Oveja descarriada

Holly

Respiro aliviada cuando entro en casa de Jay. Llevo toda la tarde sintiéndome como si huyera de algún depredador que no quiero que

me alcance. El silbido que me dedica al verme me hace sentir poderosa porque hoy me he esmerado mucho en elegir el atuendo.

—No quedará ni un turista vivo esta noche, princesa.

—Bueno, esperemos que alguno sí.

Nos reímos y caminamos hasta la cocina, donde Madison ya está controlando las *pizzas,* que acaban de hacerse en el horno, y yo dejo las latas de cerveza en la nevera.

—Vaya, vaya, ¿ese vestido es nuevo?

Madison no ha podido pasar por alto que me haya arreglado como nunca ni tampoco esta prenda tan corta.

—He ido de compras esta tarde.

—Eso no lo has conseguido en el pueblo —conjetura señalándome de arriba abajo.

—He ido al centro comercial, quería salir de aquí —admito.

—Jay ya me ha puesto al tanto de lo ocurrido hoy.

Resoplo porque no me apetece nada recordar ese momento. Ni mucho menos todo lo que me hace sentir.

—Voy a pasar de él, ¿vale? Duncan Harris no existe. Al final le tendré que dar las gracias a mi padre, porque parecen empeñados en comer en el Joe's cada día.

Madison me mira con tristeza y Jay parece satisfecho, así que me quedaré con la reacción de mi amigo. Debería hacer lo contrario, dado que ella me conoce más y también lo conoce a él, pero soy demasiado cobarde y decido esconder la cabeza e ignorar el asunto.

—¿De verdad no te gustaría saber qué podría haber pasado entre vosotros? —insiste—. Él parece decidido a recuperar lo que teníais.

—Pero para él solo fuimos amigos y yo no puedo ser «solo» su amiga. No puedo abrirme a él, que pase lo que sea y que vuelva a irse otro millón de millas para no regresar nunca más —confieso, sintiendo que todo el esfuerzo que he hecho no ha valido de nada y retrocedo hasta la casilla de salida. No quiero estar triste, quiero pasar una cena agradable con mis amigos, quiero emborracharme, quiero bailar y quiero acostarme con algún guiri cañón que esté disfrutando de sus vacaciones.

—Quizá ahora vuelve más a menudo —contraataca.

—La gente comenta que va a vender la casa. Olvídalo, nunca va a existir un «Duncan y Holly». Ese cuento se rompió. —Ambos se quedan en silencio sin saber qué decir y odio este momento—. ¿Le queda mucho a la cena? Me muero de hambre.

Jay carraspea y se vuelve hacia Madison, quien por fin ha decidido dejar atrás esta conversación y revisa el horno.

—Unos minutos. ¿Ponemos la mesa?

Jay me acerca platos y vasos y voy llevándolos al comedor en silencio. Ponemos música y dejamos que *Greedy,* de Tate McRae, llene la estancia y eleve los ánimos que la charla sobre aquel chico-del-que-no-vamos-a-hablar-más había hundido.

Las *pizzas* salen del horno y el olor a queso derretido potencia mi apetito aún más. ¿Hay algo mejor que una *pizza* cuatro quesos? Nos sentamos y charlamos sobre nuestra semana, obviando a ese inglés con irresistible acento inglés que no significa nada para mí. ¿Por qué tiene que hablar así?

Jay cuenta entusiasmado que su hermana vendrá a visitarlo durante la feria de verano y aprovechará para quedarse unos días. Madison afirma que Lobezno está un poco raro y que es posible que lo lleve al veterinario. Espero que no sea nada, esos animales son su vida. Y yo les hablo del último encargo del periódico. Mañana por la tarde me tocará hacer las fotos para una entrevista de alguien importante que no me han querido decir quién es.

Dedicamos los últimos minutos de la cena al deporte autóctono de este pueblo, los cotilleos. No es que me encanten, pero así es como funciona la vida aquí. No siempre es algo malo. A veces, cuando alguien tiene algún problema, corre la noticia tan rápido que enseguida encuentra a quien le puede ayudar. Otras, simplemente, son pura maldad, como los que hablan sobre mí. No suelen afectarme, he tenido que aprender a mostrarme indiferente para sobrevivir. No obstante, hay alguien nuevo en este pueblo que desearía que nunca los llegase a oír. ¿Qué pensaría de mí?

Mierda, otra vez pensando en él.

Tras hora y media de cena y charleta llegamos al *pub* de O'Sullivan, un irlandés que terminó aquí por amor —según él— y

montó este bar con música porque no había nada similar para que los jóvenes del pueblo pudiéramos salir de fiesta. Así que «gracias, novia de O'Sullivan, por traer aquí a alguien con un poco de cabeza».

Los viernes y sábados de junio a septiembre hay música en vivo y el local se llena porque viene gente de otros pueblos, que se suma a los turistas y a los residentes. Por suerte es bastante amplio y tiene una terraza muy chula. El grupo de hoy se llama The Candy Shop y tocan un *rock* bastante alternativo, muy de los noventa. La cantante tiene un aire a Gwen Stefani y me recuerda a Katy Perry disfrazada de chuches. El nombre les viene al pelo.

La banda está con la última canción y nosotros estamos deseando que Johnny, el DJ, se haga el dueño del local. La música está bien, son muy originales y hacen un *show* bastante entretenido, pero yo estoy deseando bailar.

Voy a la barra para pedirme otra copa, espero dos millones de minutos a que me la sirvan porque esto está a reventar y las camareras parecen dar prioridad a los chicos guapos y fuertes que intentan ligar con ellas. Cuando, por fin, lo logro y me doy la vuelta, me estampo contra alguien a quien no tenía ganas de ver hoy —ni nunca—. Con tan mala suerte que toda la ginebra con limón vuela por los aires e impacta en nuestra ropa, sobre todo en la mía.

—¡Joder! —grito con rabia. No sé si más por lo que acaba de ocurrir o por encontrarme con él otra vez.

Duncan pone cara de apuro y me quita el vaso para que no se lo lance. Lo deja sobre la barra de nuevo y se ofrece a pagarme otra copa.

—Se me han quitado las ganas, gracias —respondo todo lo borde que soy con él, y trato de hacerme camino entre la gente para ir al baño a ver si puedo arreglar este desastre, cosa que dudo.

Pero me detiene y esta vez no me agarra de la mano. Estamos tan cerca y es tan difícil separarnos más que me ha sujetado por la cintura para evitar que dé un paso hacia mi huida. El corrientazo que siento llega a partes de mi cuerpo que no deberían encenderse con él. Me da la vuelta y quedamos frente a frente, a tan poca distancia que llevo mis palmas a su pecho para tratar de ganar unas pulgadas.

Aunque eso solo sirve para hacerme consciente de lo fuerte que está.

«Pues claro, es jugador de *hockey,* debe de entrenar varias horas al día».

Nuestros ojos no pueden dejar de mirarse y la piel que está en contacto con su cuerpo arde. Las mariposas reaparecen. La respiración se agita. Los latidos se intensifican.

—¡Suéltame! —protesto dándole un golpe en el brazo y haciendo un esfuerzo brutal por apartarme, en vez de lanzarme a sus brazos tal y como mi cuerpo me pide que haga.

—Muñeca, ¿qué haces aquí?

Mike aparece a nuestro lado con una expresión difícil de descifrar. Parece contrariado por verme aquí.

—Es viernes —respondo, porque no hace falta más explicación que esa. Ya sabe que Madison, Jay y yo siempre cenamos juntos y venimos aquí a rematar la noche. Por eso no entiendo de qué se sorprende—. ¿Y tú?

—Venimos a celebrar que Duncan ha vuelto.

Asiento de manera lenta, como si la cabeza me pesara y procurando no mostrar ninguna emoción. Ya sabéis, eso de la indiferencia que he comentado antes con mis amigos. Las ganas de largarme siguen creciendo. Tengo que limpiarme el vestido, que es a lo que iba antes de ese momento raro con Duncan en el que no he pensado que estaba guapísimo y no quería besarlo. Sobre todo, eso último.

Pero Mike me observa de arriba abajo y me señala con una mirada bastante obscena.

—¿Qué ha ocurrido?

Abro la boca para hablar, aunque luego mira a Duncan y ve que también tiene restos de alcohol encima.

—Nos hemos chocado —se apresura a explicar él.

—Vaya, y yo que pensaba que querías que volviera a beber ginebra de tus tetas.

La cara de agobio y vergüenza que pongo no es nada comparada con la de Duncan. Asombro. Incredulidad. Decepción. ¿Decepción? ¿Tiene derecho a estar decepcionado? Seguro que él ha hecho cosas

peores en esas juergas que se montan los deportistas jóvenes y solteros de su nivel. Porque está soltero, ¿no? Bah, qué más da. No es una información relevante para mí. En absoluto.

Decido ignorarlo, nuevamente, para centrarme en quien tengo delante y acaba de soltar esa barbaridad delante de Duncan. Porque, por algún motivo, lo que él piense de mí me importa, aunque no debería. No puedo controlar el bofetón y todo el mundo nos mira, pues hace un rato que Candy Girl y su banda están recogiendo y Johnny aún no ha empezado a pinchar. Todo el mundo a nuestro alrededor acaba de oír lo que ha dicho Mike. Detecto gente del pueblo cuchicheando y no aguanto más.

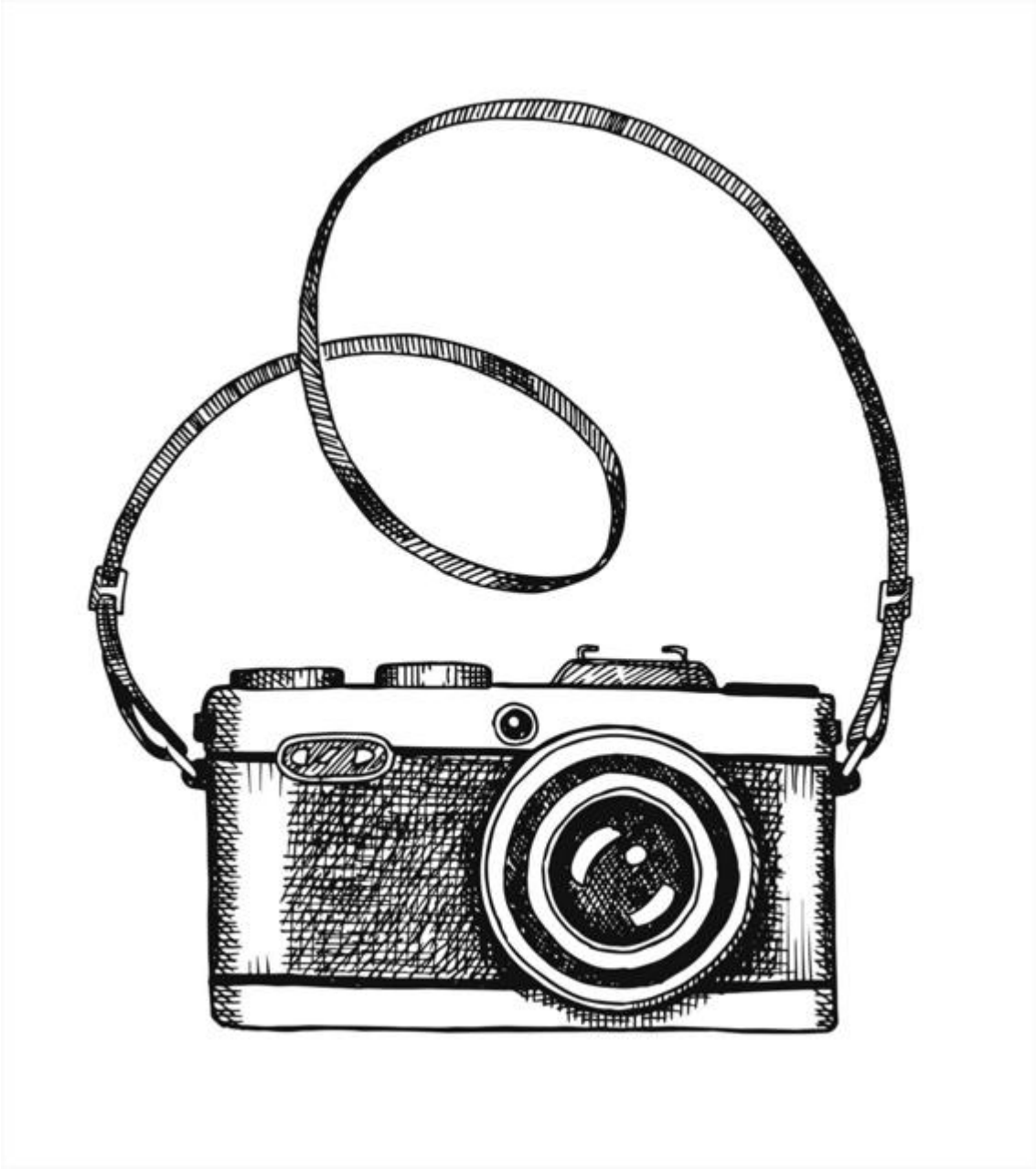
Me voy. Nadie intenta retenerme. La gente se aparta y corro tanto como puedo. Tras unos metros, me quito las cuñas porque me están matando y no puedo ir tan rápido como quisiera. Los pocos habitantes de East Harbor que están en la calle me miran como si estuviera loca por ir descalza, pero me detienen porque, al parecer, estoy llorando, y aquí todos ayudamos cuando vemos a alguien mal. Aunque sea a la oveja descarriada de Holly Miller. Se preocupan y se interesan, se ofrecen a llevarme a casa.

Mañana el nuevo cotilleo habrá volado a todos los rincones del pueblo y, como suele ocurrir, a la verdad la acompañarán tres mentiras que la gente se creerá igual.

—¡Holly!

Alguien grita para intentar retenerme cuando estoy entrando en un coche. Sé quién es sin lugar a duda. Su voz es perfectamente reconocible y el efecto que esta causa en mi cuerpo, imposible de pasar por alto. Aunque lo hago porque ahora mismo no puedo hablar con él, y menos aquí. Me subo y quiero echar la vista atrás, algo que solo hago cuando hemos avanzado un par de metros y estoy segura de que no me verá.

Pero ahí está, de pie, viéndome marchar.



9. Tiene que irse de aquí

Duncan

Las cosas se suceden a mucha velocidad y mi cabeza no puede procesar todo lo que está ocurriendo. ¿En qué momento he pasado de agarrar a Holly por la cintura y estar convencido de que íbamos a

besarnos a ver cómo le arreaba una hostia a Mike que se ha oído hasta en nuestras casas, que están al otro lado del pueblo?

«Ya pensaba que querías que volviera a beber ginebra de tus tetas» es una frase que no necesitaba oír. Ni yo, ni todos los que están cuchicheando a nuestro alrededor. Holly se percata de la cantidad de pares de ojos que nos observan y huye despavorida sin que nadie haga algo por retenerla.

Mike se frota la mejilla adolorida y gruñe. No se muestra arrepentido y no tiene intención de salir tras ella y pedirle perdón. Estoy a punto de enfrentarme a él por cómo se acaba de comportar. Pero estoy bloqueado. Madison y el camarero que me cae mal llegan hasta nosotros y les explico lo ocurrido con toda la discreción posible, aunque no soy capaz de pronunciar «tetas» y me señalo el pecho al decir «beber ginebra de sus…». Ambos me miran horrorizados.

—¿Eres imbécil o qué te pasa? —le recrimina el otro a Mike, dándole un golpe en el hombro, que hace que casi pierda el equilibrio.

—Jay, vamos a tener la fiesta en paz… —lo amenaza el susodicho alzando las palmas de las manos a la altura del pecho.

—¿Qué haces aún aquí, Duncan? ¡Ve con ella! —me pide su amiga, ignorando adrede la riña entre mi amigo y el suyo.

—¿Por qué tendría que ir él? —se queja Mike. Yo también estoy esperando a que haga algo. ¡Es su novio, joder! Y está más enfadado que arrepentido.

—¿Acaso estás yendo tú? —le reprocha el camarero, leyéndome el pensamiento. Ya me cae un poco mejor. Mi amigo gruñe, me hace una seña para avisarme de que vaya con él y se pierde entre la gente, pero yo no soy capaz de seguirlo ahora mismo.

Madison continúa observándome a la espera de mi próximo movimiento y yo sigo debatiéndome entre lo fácil y lo que siento que debo hacer. Ella hace un gesto, instándome a moverme.

—¿Aún no te has dado cuenta de que no quiere saber nada de mí?

—¡Duncan! ¡Corre!

La miro y sigo sin entender nada, pero no necesito que me diga nada más. Me doy la vuelta y salgo todo lo rápido que la gente me permite. Una vez fuera, corro y no me detengo hasta que la veo a lo lejos.

—¡Holly! —grito para detenerla cuando está a punto de subirse a un coche.

Pero no me oye. No se detiene. No se gira a mirarme. No espera a que la alcance. No viene conmigo. No deja que la abrace y la consuele. El coche arranca y desaparece de mi vista en cuestión de segundos.

Vuelvo a correr todo lo rápido que puedo por las calles oscuras, iluminadas exclusivamente por algunos pequeños faroles en las puertas principales de las casas. No obstante, a pesar de la velocidad a la que me desplazo, cuando llego a casa de Holly solo veo oscuridad. No hay ninguna luz que me llegue desde las ventanas.

Doy la vuelta a mi casa para entrar por atrás y así comprobar que no está en el patio, en la cocina o en alguna otra habitación que no dé a la calle. Pero sigue todo igual de oscuro y silencioso. Tanto que no me atrevo a llamar a la puerta, aunque sé que no está dormida porque no le ha dado tiempo.

Echo un último vistazo a las ventanas, suspiro agotado y entro. Mi hermana y mi madre están viendo alguna película de esas que a ellas tanto les molan y que seguro que ya han visto doscientas veces. Se giran sobresaltadas al oír mis pasos, pues no esperaban que nadie entrase por la puerta de la cocina, y menos yo, que prácticamente acabo de salir de casa y que pretendía pasar gran parte de la noche fuera. O toda. Mike estaba convencido de querer cerrar el pub y acabar borrachos en la playa al amanecer como unos turistas. Yo eso no lo terminaba de ver, pero cualquiera le llevaba la contraria.

—¿Qué haces aquí tan pronto? —pregunta mi madre. Mi hermana me mira con el ceño fruncido.

—Bueno, es que cuando he llegado… nos hemos chocado… ha habido ginebra por todas partes —me señalo la camiseta— y luego… luego ehm… y Mike ha dicho… y ella… —Resoplo y me tapo la cara.

Me miran como si fuera gilipollas y las entiendo porque no estoy diciendo nada.

—Mamá, ¿Duncan se cayó de la cuna cuando era un bebé? —se burla Gina.

—Ha pasado algo con Holly, ¿vale? —simplifico, ignorándola.

—¿Entre vosotros? —inquiere mi hermana con tanta ilusión acompañando sus palabras que me sabe mal romperle la burbuja.

—No.

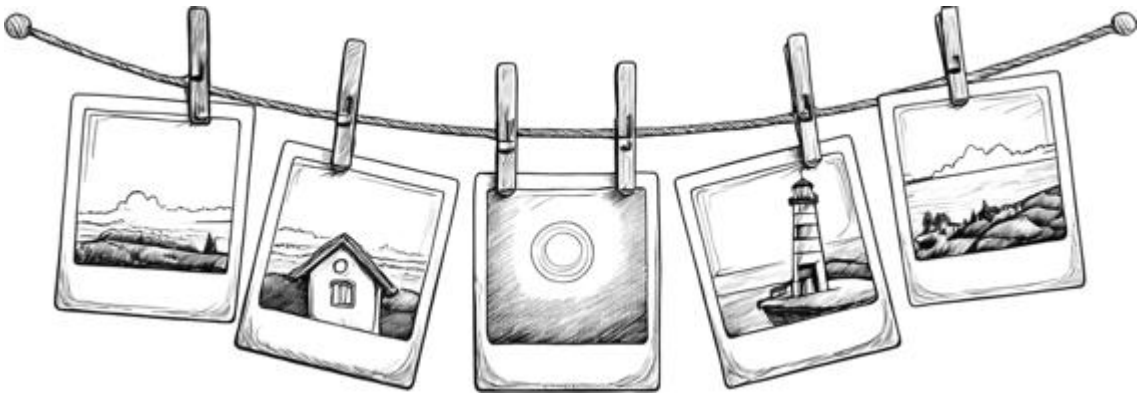
—Pues no me interesa —suelta como si nada, y vuelve a enfocar su vista en la pantalla.

Mi madre sigue pendiente de mí. Sé que podría hablar con ella, pero ni siquiera me siento a gusto contándole esto. No es algo mío. Y no sé ni por qué me siento así. Como si la Holly que ha salido huyendo fuese otra muy distinta a la que dejé aquí hace siete años. Ya no somos amigos, ya no la conozco, no me permite acercarme a ella… Casi me alegro de no haber podido hablar con ella porque no tengo ni idea de qué debería decirle.

—Supongo que mañana el pueblo entero estará hablando de lo ocurrido —digo a modo de explicación, tras lo cual emprendo la marcha hasta mi dormitorio—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Mi madre suena preocupada, consciente de que hay algo que me inquieta. Mi hermana, en cambio, me responde ajena a todo lo que me ocurre, como si yo no me sintiera extraño y roto y totalmente fuera de lugar aquí. Como si no tuviera a varias personalidades dentro de mí discutiendo qué posición debería tomar ahora con todo esto. ¿Sigo intentando recuperar la amistad de Holly, aunque sé que lo que quiero es mucho más que eso y que vivimos separados por una distancia insalvable? ¿Le recrimino a Mike su comportamiento y me cargo para siempre nuestra reciente amistad? ¿Sigo como si nada y sintiéndome como una mierda por ello?



Al despertarme me veo envuelto en el silencio. Gina y mi madre siempre han sido muy nocturnas y yo, muy madrugador. No obstante, hoy son las diez cuando abro los ojos. Ayer me costó dormirme y llevo varios días en los que descanso muy poco, y no solo es por el *jet lag.*

Debería salir a correr, darme una ducha y desplazarme hasta la inmobiliaria. Pero no hago nada de eso. Me preparo un café y salgo a tomármelo al jardín trasero. El frescor mañanero es agradable; el aire, puro, y el ruido del centro llega amortiguado por todos estos árboles que nos rodean. Realmente es un entorno único y especial para vivir. Ojalá no hubiese tenido que irme, esto es una maravilla.

Me llega el murmullo lejano de una conversación y desvío la vista hacia la derecha. Hay movimiento en la cocina de Holly. Ella y su padre están desayunando y charlando. No sé qué se dicen, pero ella está tensa y él… angustiado, protector, prudente. Como mi madre ayer.

Me olvido de la poca estima que mi vecina me tiene y me acerco hasta ellos, aún con mi taza en la mano. Golpeo con suavidad el cristal de la ventana y los saludo levantando una mano. Y sonrío para que vean que vengo en son de paz. Joe imita mi gesto y me saluda, de hecho, viene a abrirme la puerta. Holly resopla y no parece encantada con esta visita.

—Buenos días, Duncan. ¿Ya te has adaptado de nuevo a esta vida tan tranquila?

—Bueno, tampoco es que esté de vacaciones.

Sonrío y hace lo mismo. Me cae bien este hombre y lo admiro a muerte por lo que hizo. Se tuvo que hacer cargo de su hija cuando esta apenas tenía seis meses de edad porque su mujer se largó sin dar señales de vida. Le tocó ser padre y madre, todo ello mientras levantaba un negocio que ahora debe de ser de los más rentables y prósperos del pueblo. Lo hizo lo mejor que pudo, y lo hizo genial. Ojalá yo hubiera tenido un padre como él.

Miro hacia el interior y la urgencia me puede.

—¿Podría hablar con tu hija?

—¡Lárgate, Harris! —ruge Holly echándome. Hemos pasado de la indiferencia al odio. No sé si es bueno o malo.

Joe me observa detenidamente y después a ella. Luego a mí de nuevo. Me estoy poniendo nervioso. Finalmente, da un paso hacia afuera y cierra la puerta a sus espaldas. Pone el brazo sobre mis hombros y me obliga a caminar.

—¿Tú sabes lo que ocurrió anoche? —me pregunta cuando estamos llegando a mi casa.

Su pregunta me sorprende. Ahora soy yo el que lo observa. Él me suelta y miro hacia todos lados. Los vecinos podrían escucharnos, de modo que abro la puerta y lo invito a entrar.

—¿Ella te lo ha contado? —indago.

—Si lo hubiera hecho, no te estaría preguntando. —Suspira y se sienta en una de las sillas que rodean la mesa de la cocina, y yo lo hago frente a él—. Lo único que sé es que la oí llegar demasiado pronto y estuvo llorando en su habitación. No quiso contarme nada entonces ni tampoco esta mañana. Estoy convencido de que ha ocurrido algo que le ha afectado.

—Yo no sé si soy quién para contártelo… Mike hizo un comentario anoche que debería haberse callado y la gente lo oyó. Gente del pueblo.

Especifico eso último porque creo que el problema es precisamente que hablen e inventen rumores que no son ciertos. Y ayer tuvieron bastante munición.

—¿Qué tipo de comentario? —gruñe sin hacer ninguna entonación. Por cómo lo ha pronunciado y por cómo me mira, creo

que ya tiene una ligera sospecha. Es posible que ya se haya enfrentado a esas habladurías.

—No me siento muy cómodo con esto, Joe, ella es tu hija… es de índole sexual…

—Vale —me corta y se levanta. Está enfadado—. No necesito saber las palabras que dijo. —Se lleva el pulgar y el anular a la frente y se estira la piel. Hacía tiempo que no veía ese gesto y me embriaga la nostalgia—. Mi hija solo podía enredarse con ese idiota.

Alzo las cejas porque no me esperaba esa frase. Es decir, ¿no le gusta que salga con Mike? ¿Ha ocurrido algo anteriormente? Arrugo el entrecejo al pensar que quizá le haga daño, que sea como mi padre o, simplemente, alguien que no sabe apreciarla. Controlo mi rabia a duras penas y contengo mis ganas de indagar en esto.

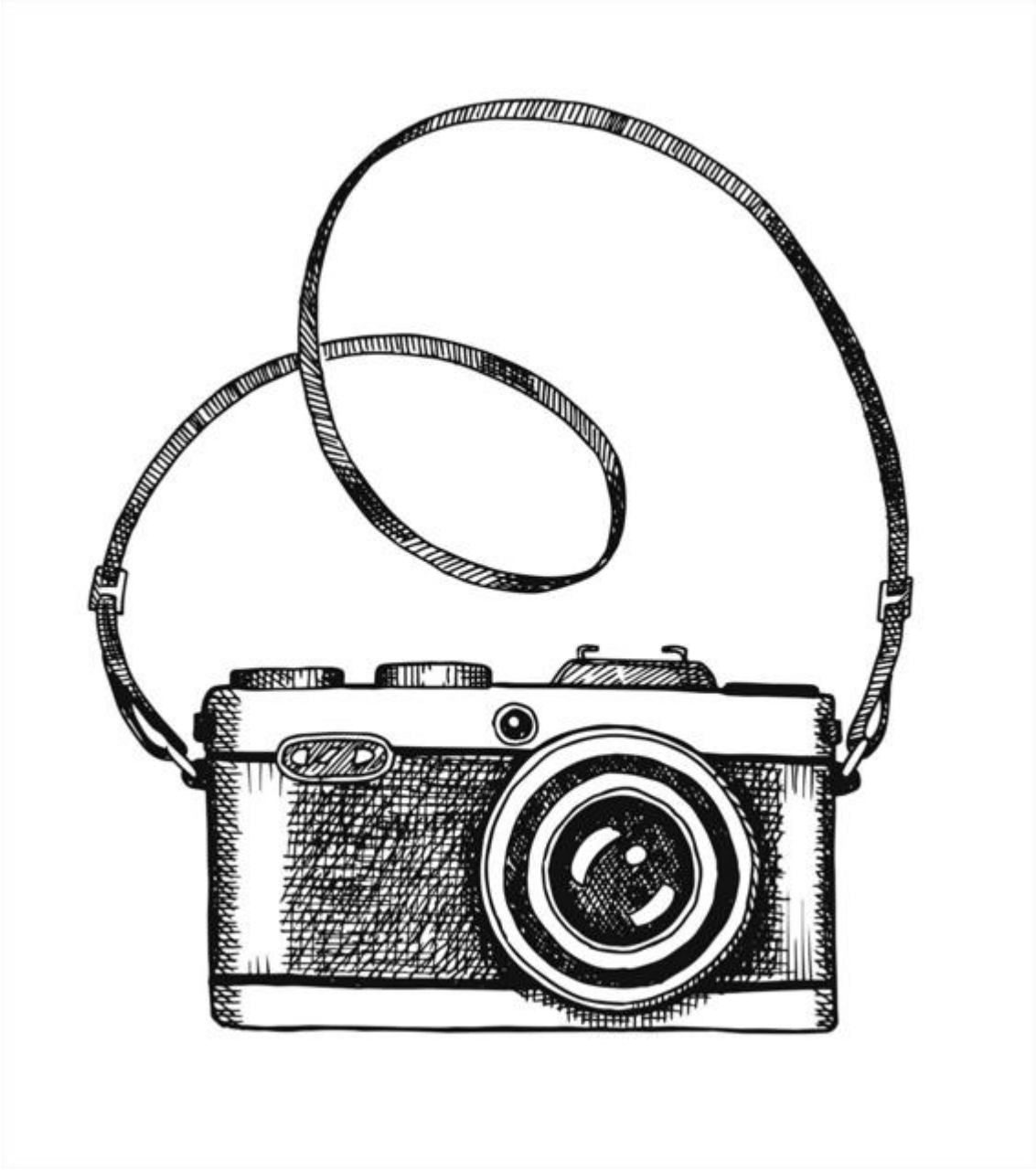
—¿Sabes? Eres muy joven para tener hijos y quizá no lo entiendas, aunque yo a tu edad ya estaba cambiando pañales. Los padres solo ansiamos que seáis felices y no estamos satisfechos hasta que lo lográis. Sea lo que sea la felicidad para vosotros. Y ella no lo es. Aquí nunca lo será. La gente es…, no digo que sea mala. Aquí todos me han ayudado a cuidarla todos estos años y siguen haciéndolo, todos cuidamos de todos, ¿recuerdas? —Asiento. Así es —. Es solo que… no se dan cuenta del daño que hacen cuando hablan. Y ella…

Deja la frase en el aire y yo no insisto. Seguro que Holly pensaría que ya ha revelado demasiada información. No necesito que me odie más.

—Ella tiene que irse de aquí.

Me dirige una mirada que no sé cómo cojones interpretar. ¿Puede querer decirme algo con eso? ¿Algo como…? Es imposible. Joe no quiere que su hija se enamore de mí y me la lleve. No, tiene que ser otra cosa. Siempre fue como un padre para mí y quizá él me trataba como a un hijo también. Pero de ahí a que me vea como el yerno perfecto que hará feliz a su hija y se la llevará lejos de esta gente chismosa…

Joe se despide de mí y regresa a su casa sin ser consciente del terremoto que han desatado sus palabras en mi cabeza. Y su mirada, joder, eso ha sido lo que más confundido me ha dejado.



10. Ojalá pudieras verte a través de mis ojos

Holly

Llego al hotel diez minutos antes de la cita, así que la recepcionista me manda esperar en uno de los sofás del *lounge.* Me he pasado la mañana ignorando al mundo. Tanto Madison como Jay me han

escrito y llamado hasta la saciedad, pero no he tenido el valor de responder ni de leer sus mensajes. Mike ni siquiera se ha puesto en contacto conmigo de ninguna manera para pedirme disculpas. Lamentable. Y a Duncan no puedo ni mirarlo a la cara. A saber de qué ha estado hablando con mi padre, porque cuando este último ha vuelto no ha insistido más en sonsacarme información.

Al final tendré que agradecerle estas vacaciones, ya que ir al restaurante ahora a atender a unos clientes que me mirarían como si fuera una vergüenza para este pueblo no es lo que me apetezca más. Suerte de este trabajito, que me encanta y es de las pocas cosas buenas que tengo y que me hacen sentir bien conmigo misma, que valgo para algo.

—¿Holly?

No puede ser. NO PUEDE SER. ¿Qué hace Duncan aquí?

Me giro y veo que lleva unos vaqueros largos y una camisa. Nada que ver con su vestimenta informal de siempre. Mi vista se pierde demasiado en él, tanto que creo que me sonrojo al volver a dirigir la mirada a sus ojos y darme cuenta de que me ha pillado contemplándolo embobada como una colegiala. En mi defensa diré que está muy bueno y está guapísimo con cualquier cosa que se ponga, solo que así no lo había visto nunca. Creo.

—¿Qué haces aquí?

Quiero sonar borde y alejarme emocionalmente de él, pero creo que sueno alegre y eso no puede ser. Tengo que mantenerme firme en mi actitud «no quiero saber nada de ti».

—Me ha citado un tal Mathews para una entrevista en un periódico.

No. No. No.

—¿Tú eres la persona tan importante? Esperaba a alguien más…

—¿Más qué?

—Importante.

Encaja el golpe con entereza, aunque sé que le ha dolido porque él era todo para mí. El hermano mayor que me cuidaba, el amigo que me hacía partícipe de sus aventuras y confidencias, el vecino que me prestaba su casa cuando no tenía manera de entrar en la

mía y el chico con el que descubrí el amor. «Importante» se quedaba poco en esa época.

—Holly, siento lo de anoche.

—Tú no tienes que disculparte.

Me ablando, lo nota y aprovecha para sentarse a mi lado. Hace dos días lo habría echado del sofá, o me hubiera movido de sitio. Habría puesto distancia como fuera. Pero ahora me siento vulnerable y él es… ÉL. Quien siempre me hacía sentir mejor.

Siento sus ganas de abrazarme, aunque supongo que no quiere tensar la cuerda y se contiene.

—Ya sabes cómo funciona esto. Enseguida encontrarán otra cosa de la que hablar. Ya ves, hasta ayer estaban hablando de la estrella del *hockey* que ha regresado al pueblo para cobrar la herencia que no se merece porque no ha visitado a su padre en todo este tiempo.

Sí, algo había oído. En el Joe's todo el mundo se pone al día de los cotilleos. Los buenos y los maliciosos, como en este caso.

—Lo sé. El que parece que no ha entendido cómo funciona eres tú —lo encaro, y parece sorprendido—. Eso es cuando hay alguna novedad. Cuando no hay ningún cotilleo nuevo, de lo que hablan todos es del «pobre Joe, qué desgracia de hombre, primero lo abandona su mujer con un bebé y luego su hija se descarrila y se convierte en una fresca que se acuesta con todos los turistas y hombres del pueblo. Cuidado con vuestros maridos, no os los vaya a robar». «Pobre niña, está así de perdida porque su madre la abandonó» —explico poniendo voces, como si imitara a la gente que suele decir esas frases, que vienen a resumir un poco por encima los temas candentes. Porque hay más, obvio, pero ya los oiréis.

Creo que no esperaba este ataque de sinceridad y bordería gratuita porque se ha quedado un poco impactado por la crudeza de mis palabras.

—No es cierto todo lo que dicen, ya sabes que hay más mentiras que verdades —responde tras unos segundos de silencio.

—Ya no soy la niña inocente que dejaste aquí cuando te fuiste. —Va a hablar, pero no se lo permito—. Todos esos rumores, aunque la mayoría sean falsos, se apoyan en algo de verdad. Esta gente no es tan mezquina ni tan creativa para inventarse todo esto de la nada. Y

lo que dijo Mike ayer en medio del pub —añado levantando el índice — no hace otra cosa que alimentar la fama de zorra que tengo.

Me levanto del sofá porque de repente su cercanía me quema y empiezo a dar vueltas por la estancia tratando de rebajar este mal humor que se me ha generado en tan solo unos minutos. Duncan se cree que sigo siendo aquella princesita y no es así. Le disgusta ver en lo que me he convertido, y a mí me molesta la decepción que detecto en sus ojos cada vez que comprueba lo lejos que estoy de ser esa niña inocente. Que he crecido y he vivido muchas más cosas de las que él esperaba. Me duele reconocer el desencanto en su rostro, como si dejara de quererme cada vez un poco más con cada uno de esos rumores. Como si su cariño y atención siempre hubiesen tenido condiciones. Como si, al no ser esa persona que él esperaba que fuera, ya nunca quisiera estar conmigo. En ningún sentido.

—Está claro que la misma no eres. —Mi corazón se rompe un poquito con esa frase, sobre todo por el tono con el que la pronuncia; es la confirmación de que le molesta ver en lo que me he convertido—. Porque la Holly de antes me habría recibido con los brazos abiertos y no se habría separado de mí hasta haberme puesto al corriente de todo lo que ha ocurrido en el pueblo durante mi ausencia.

Dejo de moverme y lo miro desde el otro lado del sofá, a punto de sentarme. Quiero responderle algo, pero no me queda nada más por añadir.

—¿Sabes? —Se levanta—. Deberías dejar de obsesionarte con eso. —Da un paso hacia mí—. Tu valor no se mide por nada de lo que diga esa gente. Tú vales mucho, Holly. —Otro paso. Quedamos a escasas pulgadas de distancia, pero no nos tocamos. Nuestros brazos cuelgan a ambos lados del cuerpo—. Ojalá pudieras verte a través de mis ojos.

Vale, ¿qué se responde a un comentario como este?

Las palabras se me atascan en la garganta. La boca se me seca. Las mariposas vuelven. El corazón se agita de nuevo. Nuestras miradas se han quedado enganchadas y solo puedo desear que

mueva una mano y me acaricie. En el brazo, en la cara o donde sea. Pero que me toque y vuelva a producir esa chispa.

Con la respiración agitada y los nervios a flor de piel, alzo una mano con el propósito de llevarla hasta su nuca. Para sentirlo, para acercarlo a mí y para…

—Ah, ya estáis aquí.

Mathews me interrumpe y nos separamos como si el hechizo se deshiciera y volviéramos al «nosotros» de antes. Ese en el que no me siento cómoda con su cercanía porque me aterra no ser capaz de resistirme.

Se disculpa por la tardanza y le propone a Duncan hacer la entrevista en una de las terrazas, aprovechando el buen día que hace. Me pregunta si la luz es buena y le confirmo que sí.

Una vez fuera, les guío sobre cómo colocarse para que las fotografías queden bien y Mathews empieza con sus preguntas mientras yo voy sacando unas primeras tomas. En las entrevistas siempre suelo hacer lo mismo: saco varias fotos mientras dura la conversación y luego hago unas cuantas posando. También aprovecho y saco fotos del entorno, aunque esas serán para mí.

Me gusta que el periodista centre sus preguntas en el ámbito deportivo, aunque es posible que el mismo Duncan lo haya pactado así. Hago más fotos suyas de las que debería, y es que me encanta fotografiarlo. Siempre me gustó hacerlo. Me deleito en el placer de observarlo mover sus manos mientras explica diferentes asuntos de su carrera, o en cómo se aparta esos mechones rebeldes de la frente. Su postura es relajada, se siente cómodo y confiado y no parece en absoluto turbado por lo que casi acaba de ocurrir hace apenas unos minutos. Eso mismo por lo que mis piernas siguen temblando.

Terminan y llega el turno de los posados. Le pido que se levante y se apoye en la barandilla mientras mira al horizonte. Luego otra igual, pero mirando a cámara. Me sonríe y tengo que explicarle que debe mostrarse serio. Siento unas burbujas en mi interior conforme los recuerdos aparecen en mi mente como una cascada. Su mirada me indica que él también está experimentando lo mismo. Porque esto nos traslada a nuestra infancia, a nuestras excursiones y a mi

antigua cámara. A los miles de fotos suyas que aún conservo como el tesoro más preciado.

Vuelvo a centrarme en lo que estoy haciendo. Tomo varias fotos en distintos ambientes y desde varios ángulos para asegurarme de que alguna le sirva al editor. Aunque puede que me haya emocionado con este trabajo y haya sacado más imágenes de las necesarias, solo por el mero placer de tenerlas para mí. Porque es demasiado guapo y siempre me ha gustado fotografiar la belleza.

Creo que Mathews se percata de mi exceso de empeño y llama mi atención con un carraspeo.

—¿Son suficientes las que has hecho? Tendría que irme a la redacción para seguir trabajando.

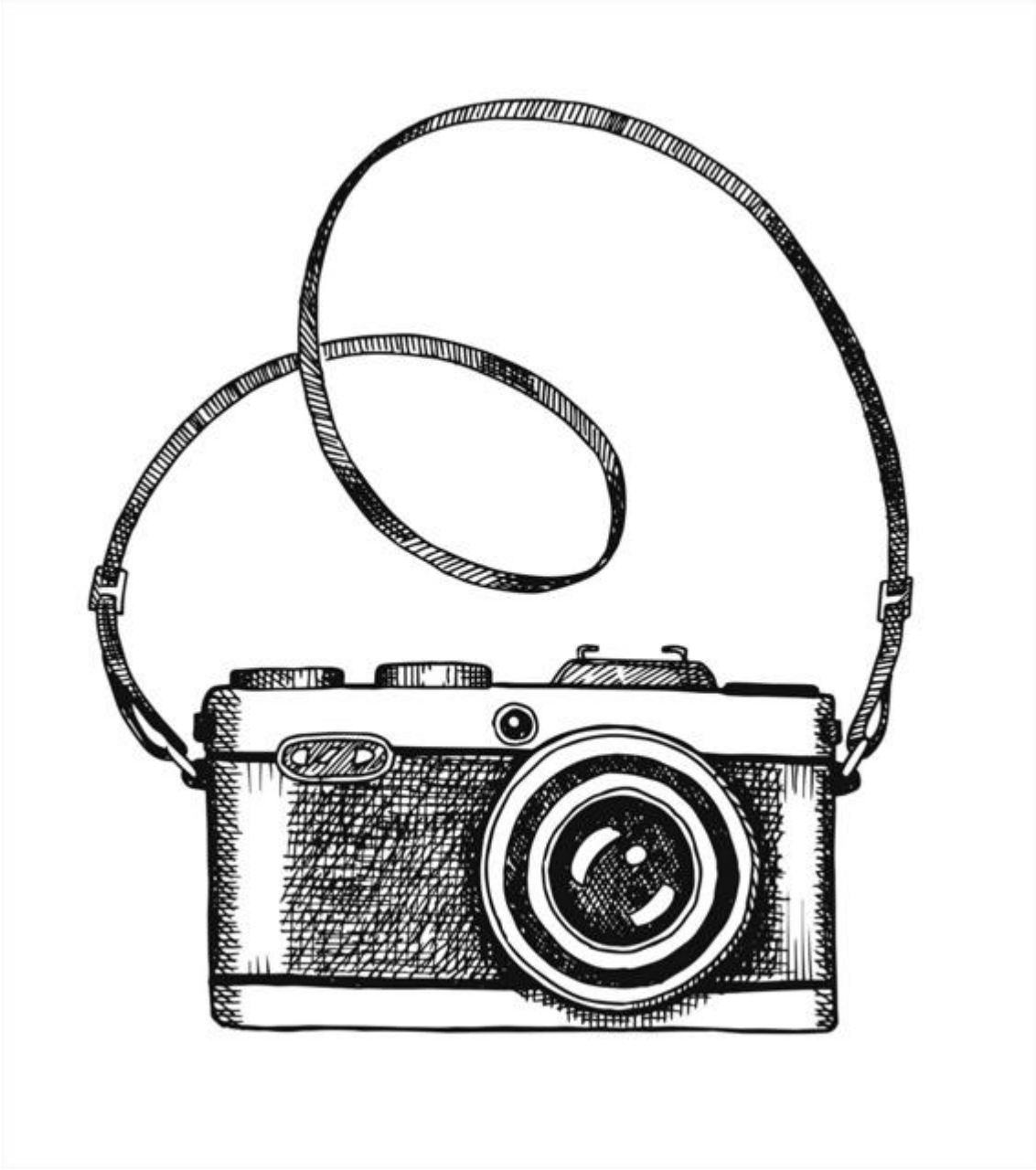
Creo que me pongo roja y empiezo a revisar las fotos en la pequeña pantalla de mi cámara. Paso unas cuantas hasta que me doy cuenta de que es imposible que Duncan salga mal en alguna de ellas.

—Sí, alguna valdrá —simplifico.

—Perfecto, cuando las tengas, envíaselas a Camden. Yo me voy. Espero coincidir contigo en alguna otra ocasión, preciosa —añade con un guiño que normalmente me hace sonreír, pero no en esta ocasión.

Le estrecha la mano a Duncan, quien ahora parece estar más tenso que en toda la entrevista y que esquiva mi mirada. Luego se despide de mí con un beso en la mejilla. La confianza, ya sabéis. No es el primer trabajo en el que coincidimos. Y si os lo estáis preguntando, no, no nos hemos acostado. No hemos querido traspasar la línea de lo profesional y lo sexual, aunque me encanta el tonteo que a veces nos traemos entre manos.

Mathews desaparece de nuestra vista y desearía volver al momento que él mismo interrumpió al llegar, pero Duncan está demasiado lejos. Y no solo hablo de distancia física. «Ojalá pudieras verte a través de mis ojos». Esa frase regresa a mí una y otra vez, pero él, no. Él solamente desvía su mirada un segundo hacia mí para despedirse con un triste «adiós, Holly, nos vemos».



11. Muy orgulloso de ti

Holly

—¿Qué tal el reportaje? —pregunta mi padre nada más llegar a casa, mientras yo me acabo de preparar una ensalada y me dispongo a empezar a cenar.

Se acerca hasta mí, me da un beso en la frente y se sirve un vaso de agua.

—El entrevistado era Duncan.

—Vaya… —responde canturreando, y se sienta en la silla que hay frente a mí para observarme.

Pongo los ojos en blanco y pincho unas hojas de lechuga para metérmelas en la boca.

—Te estás montando una película y te advierto que no tiene final feliz.

—¿Yo? —se señala medio descojonado.

Sigo comiendo, no voy a entrar en sus provocaciones. Si no respondo, seguro que se cansará y lo dejará estar.

Deja de reírse y sigue observándome. Vale, no, no parece que vaya a dejarlo estar. Hoy no.

—No le gusta la Holly que soy ahora —admito, permitiendo que la tristeza y la amargura tomen mis palabras.

—¿Qué Holly es esa?

—Ya lo sabes, la oveja descarriada.

Hace una pausa sin dejar de mirarme, como si fuera capaz de leerme la mente, y luego sacude la cabeza.

—Me ha contado lo que ocurrió anoche. No he querido saber los detalles —añade levantando un dedo cuando voy a protestar—, pero lo he visto preocupado. Ha venido a interesarse por ti, no a juzgarte. Es más, nadie tiene derecho a hacerlo, ya sabes que aquí no hay nadie perfecto.

—Yo… —dejo el tenedor sobre el plato— lamento hacerte sufrir con todo esto.

—Tú no me haces sufrir. Ni siquiera los chismosos lo hacen. Eres buena persona, ayudas a todo el mundo, tienes una sensibilidad por algunas cosas que ya quisieran los demás para sí mismos, eres honrada y trabajadora… Te has convertido en la adulta que siempre deseé que fueras. Ya les gustaría a muchos tener una hija como tú.

No puedo reprimir unas lagrimillas. Mi padre se mueve a la silla de al lado y me abraza. Me agarro a él con muy poca fuerza sintiéndome querida y protegida.

—Ojalá todos me vieran como tú —reconozco.

—Todos lo hacen. Es la envidia lo que les empuja a hablar tanto.

—Sí, claro —ironizo sorbiéndome la nariz.

—Pues sí, créetelo. Eres una jovencita con las cosas muy claras, con muy buen sentido de la comunidad, con valores y que se siente libre de vivir su vida como le plazca sin hacer daño a nadie. No todo el mundo es así de valiente. Y —añade haciendo una pausa— me siento muy orgulloso de ti. Creo que te lo tendría que decir más.

Me aparto un poco para mirarlo a los ojos y compruebo que solo hay verdad en sus palabras. No lo dice por decir. Joe Miller rara vez dice algo por decir, de hecho.

Una sensación de plenitud se expande por mi pecho y me entran ganas de llorar otra vez. No es que me haya sentido poco querida por mi padre, más bien al contrario. Ha sido el mejor padre que podría haberme tocado, solo que ha tenido que dedicarle muchas horas al bar y en ocasiones he sentido que necesitaba más atención por su parte. Pero siempre nos ha gustado pasar tiempo juntos y hablar de nuestras cosas, ver películas o jugar a las cartas. Siempre lo desplumo y sospecho que se deja ganar.

—¿Por qué tengo la sensación de que todo esto te afecta más ahora que tenemos a cierto inglés por aquí? —inquiere con una sonrisa ladeada y un alzamiento de cejas de lo más gracioso.

—Porque lo que él piense de mí sí me importa —suelto, a la vez que varias toneladas de aire.

Ojalá pudiera borrar esa parte de mi pasado y que él me viera como siempre he sido, como quiero ser con él. Puedo aguantar que los demás piensen mal de mí, pero él no.

—¿Y eso por qué, si a ti no te gusta ese inglés? —contraataca.

—No vas a parar hasta que lo diga ¿verdad? —Sonríe. Qué malo es cuando quiere—. «Me gusta» se queda corto.

Mi padre me estrecha entre sus brazos nuevamente y vuelve a besarme la frente. Se levanta y trastea en la nevera en busca de algo para cenar.

—¿Sabes lo que me preocupa a mí? Que también se te quede corto este mes.

—¿Qué quieres decir?

—Pues… —se gira con mucha teatralidad, moviendo un brazo y haciendo una pausa dramática de las que te ponen los pelos de punta— que estás perdiendo el tiempo odiándolo cuando deberías aprovecharlo para hacer otras cosas. Con él, por si no estaba claro.

Me pongo roja y él se descojona. Vuelve a entretenerse en su cena y a mí se me ha quitado el hambre de repente.

—Ningún padre les dice estas cosas a sus hijas. Te das cuenta, ¿verdad?

—Soy un padre joven y molón —rebate entre risas—. Quiero que seas feliz y tú te crees muy lista, pero la felicidad la tienes ahí, en la casa de al lado —añade señalando hacia la pared que da a los vecinos. Los Harris, no los otros.

—Se volverá a marchar —zanjo, y espero que, con esto, finalice nuestra conversación. Por su silencio y su mirada, entiendo que sí.

Él saca unos filetes y empieza a prepararse unas patatas en el *air fryer.* Yo arrastro la silla para atrás haciendo un ruido infernal, me levanto y subo a mi habitación. Supongo que mi padre esperaba esta reacción por mi parte, porque ni se inmuta.

«La felicidad la tienes ahí, en la casa de al lado». Lo sé, pero él no va a permanecer aquí mucho tiempo y ya me quedé destrozada una vez. No fui capaz de sentir eso por nadie más y me dediqué a tener sexo sin importarme con quién, buscando algo que me hiciera sentir viva de nuevo. Fue un error y me arrepiento de ello, sobre todo de las estupideces que cometí en el instituto. Porque el dolor nunca se fue y me gané una fama que ya siempre me acompañará.

No sé qué es lo que pretende mi padre con todo esto. Que me enamore un poco más de Duncan y luego ¿qué? Volverá a marcharse para siempre y yo tendré que quedarme aquí con mi padre porque no puedo dejarlo solo con el bar. No tenemos a nadie más.

No sé por qué lo hago, pero me asomo a la ventana y se me dibuja una sonrisa estúpida al mirar hacia la casa de los Harris. Las luces están encendidas y me imagino qué estarán haciendo. Gina seguro que está viendo algún programa en la tele. Ava estará leyendo, o quizá esté buscando algún ligue en Tinder. Sigue siendo guapísima y se merece una vida de felicidad junto a algún buen

hombre o, en su defecto, alguien que le haga temblar las piernas. ¿Y Duncan?

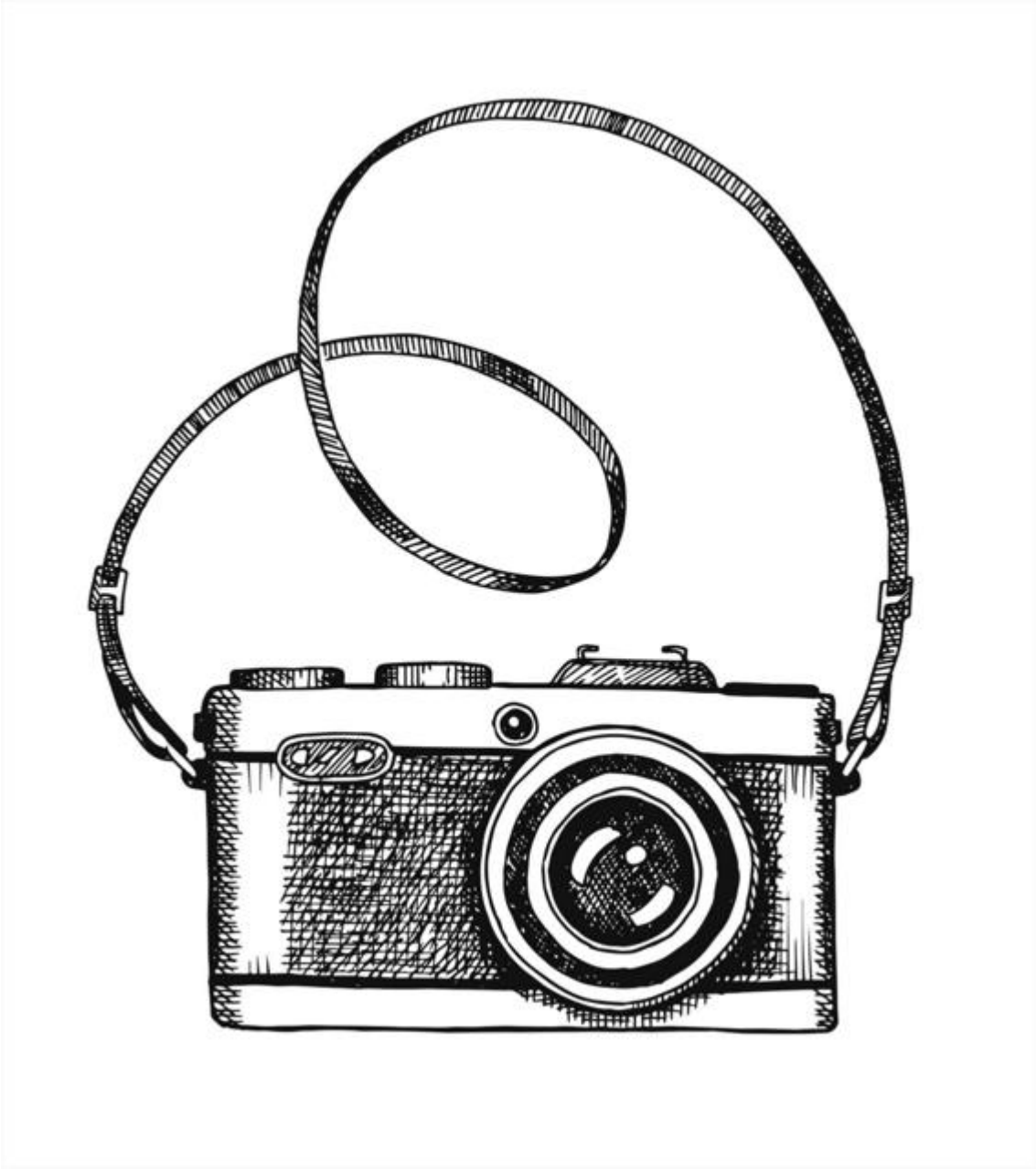
Las dudas se me disipan al verlo sacar varias bolsas al jardín. Seguramente llenas de cosas que quiere tirar. Se sacude los brazos para desentumecer los músculos. Viste exclusivamente con un *short* deportivo y la camiseta se la habrá quitado por el calor, a juzgar por el sudor que le recorre la espalda. Mis dedos desean pasearse por ella y mi centro se enciende ante tal pensamiento.

Aparto la vista de la ventana y corro la cortina. Me desnudo y me pongo una camiseta gigante de esas que le regalan a mi padre las marcas de refrescos y que yo uso para dormir. Me tumbo en la cama y doy dos millones de vueltas hasta que decido sacar alguno de los juguetes del cajón porque me será imposible conciliar el sueño con este calentón. Cierro los ojos y no me cuesta nada encontrar la inspiración. Varios jadeos silenciosos me acompañan hasta la culminación de un sueño imposible.

Ya más relajada, me acomodo y no tardo en dormirme. Nada mejor que un buen orgasmo para caer rendida, aunque sea a solas. A veces son incluso los mejores.



SEMANA 2



12. La vida que dejé aquí

Duncan

No me puedo creer que ya haya pasado una semana desde que volví a poner un pie en este pueblo. El recibimiento no pudo ser peor: comprobar que la chica que nunca logré borrar de mi disco duro y

aquel que fue mi colega estaban juntos fue una noticia bastante dolorosa, casi tanto como ver la manera en que todos cuchicheaban a mi alrededor sobre mí, mi madre, mi padre o, peor aún, mi hermana.

El día de la entrevista tuvo cosas buenas y malas. Por un lado, estuvimos a punto de besarnos nuevamente, eso tiene que significar algo. Me jode verla así de hundida por algo tan superficial como los rumores. Solo son eso, habladurías de gente que no tiene ni idea del daño que hace y que no tiene ningún derecho a juzgar a nadie. ¿Se creen perfectos o qué? Holly no ha hecho nada malo. Si fuera un tío, nadie en este puto pueblo estaría comentando nada. Aunque, honestamente, descubrir qué había sido de ella durante estos años fue un golpe de realidad que al principio me costó aceptar, voy comprendiendo que esta versión de sí misma me gusta aún más que la que conocí de adolescente.

Cuando me fotografiaba tuve la sensación de retroceder en el tiempo y fue una sensación asombrosa en la que pude confirmar que estoy tan hasta las trancas como cuando me fui, y eso es un problema. Porque no va a abrirse a mí tan fácilmente esta vez, sabiendo que mi presencia en el pueblo es temporal.

Por otro lado, verla tontear con otro cuando aún creía que estaba saliendo con Mike —aunque me jodiera que saliera con él— no me molaba y me despedí de ella de una manera tan seca que espero que no creyera que la estaba juzgando. Porque ahora sé, gracias a los rumores, que nunca han estado juntos y me inquieta pensar que mi actitud le haya hecho sentir mal, cuando precisamente le acababa de decir que ella valía más que todo eso. Han pasado varios días y Holly sigue en su actitud esquiva conmigo, pero no he querido presionarla y me he dedicado a liquidar todas las gestiones pendientes.

¿Lo bueno? Que ya no tengo que hacer más trámites. Así que, en unos días, voy a empezar con unas pequeñas obras con el objetivo de hacer esta casa más atractiva para posibles compradores. Reformaré los baños y la cocina, añadiré un dormitorio en la planta baja y pintaré todas las paredes. Mientras tanto, seguiré tirando

cosas, aunque también estoy haciendo una montaña para donar y otra para vender.

He quedado algunas veces con los chicos para jugar o tomar algo. Me gusta volver a sentirme integrado en el pueblo y hacer algo que no sea puro papeleo o arreglar la casa, aunque percibo la relación con Mike algo tirante desde el incidente del *pub.* Ignoro si le ha pedido disculpas a Holly o cómo están ellos dos porque considero que no es de mi incumbencia. O quizá es que no quiero saber la manera en que hicieron las paces.

Dentro de dos días es la feria de verano, un acontecimiento muy especial en el pueblo. Se celebran competiciones deportivas, conciertos, actividades para niños y todo tipo de eventos para atraer tanto a turistas como a vecinos. Llevo desde ayer revisando la planificación y dándole vueltas a una idea. Quiero participar en una carrera por parejas con Holly. Es la mejor y quiero ganar. Con ella. Quiero volver a correr con ella, a tener esa complicidad que nos convertía en los mejores y que nos hacía invencibles. Quiero que todo el pueblo se acuerde de nosotros y abrazarnos al proclamarnos vencedores. Y, ya de paso, besarla frente a todos y confesarle lo que llevo sintiendo desde poco antes de irme.

Vale, me conformo con que acepte participar conmigo.

Salgo al jardín trasero con un vaso de limonada casero y la imagen de Holly tomando el sol en una tumbona mientras escucha música con los ojos cerrados me hace sonreír.

—¡Vecina! —grito para que me oiga por encima de la música—. He visto que hay una carrera de relevos. ¿Quieres ser mi pareja?

—Piérdete.

—Antes te gustaba participar conmigo.

No me oye. Creo que ha subido el volumen. Ojalá pudiera escribirle. ¿Tendrá el mismo número? Nunca lo apunté cuando me mudé y cambié de móvil, pero me lo sabía de memoria. Añado su contacto y lo guardo. Lo busco en la aplicación de mensajería del iPhone y ahí está. Agrando la imagen de perfil y su cara junto a la de Madison y el camarero que ya no me cae tan mal aparecen frente

a mí. Sujetan unos vasos con alguna bebida alcohólica y sonríen a la cámara.

Mis dedos actúan antes de que mi cabeza les dé la orden.

Yo:
Antes te gustaba participar conmigo.

La veo mirar la pantalla, confundida, como si no se esperara ese mensaje, como si fuera increíble que le escribiera después de tantos años. Por cómo se mueven sus dedos, creo que también está observando mi imagen de perfil. Mi madre, mi hermana y yo frente al árbol de Navidad del año anterior. Podría haberla cambiado porque no pega nada con esta época del año, pero son mis personas favoritas y no tenemos muchas fotos juntos desde que me fui de Inglaterra al fichar en uno de los mejores equipos de *hockey* de toda Europa, el Hjorthagens de Suecia. De eso hace ya dos años y, aunque siento que estoy donde quiero, cumpliendo mi sueño, no puedo sentirme más solo al encontrarme tan lejos de la gente a la que más quiero.

Holly aparta la vista de la pantalla un segundo y me observa como si pudiera leer mi mente. O quizá no, porque, simplemente, me enseña el dedo corazón y sigue a lo suyo.

Mejor lo intento en otro momento.

—Deberías dejar de mirarla así, pareces un pervertido —susurra mi hermana, quien acaba de aparecer a mi lado, en bikini.

—Yo no… ¿Qué haces así?

—He quedado con Holly.

Alzo una ceja y juro que me parece haber retrocedido en el tiempo, cuando mi hermana me cambiaba por la vecina a las primeras de cambio. Porque daba igual que yo jugara a las cocinitas con ella, que aprendiera a hacerle trenzas o que la llevara al parque; Holly aparecía en su radar y yo desaparecía.

—¿Cuándo os habéis hecho amigas?

Se encoge de hombros y se dirige hacia ella. Mi vecina la saluda con efusividad y simpatía y le presta un auricular para escuchar música. Gina coge una revista y empiezan a charlar sobre famosos

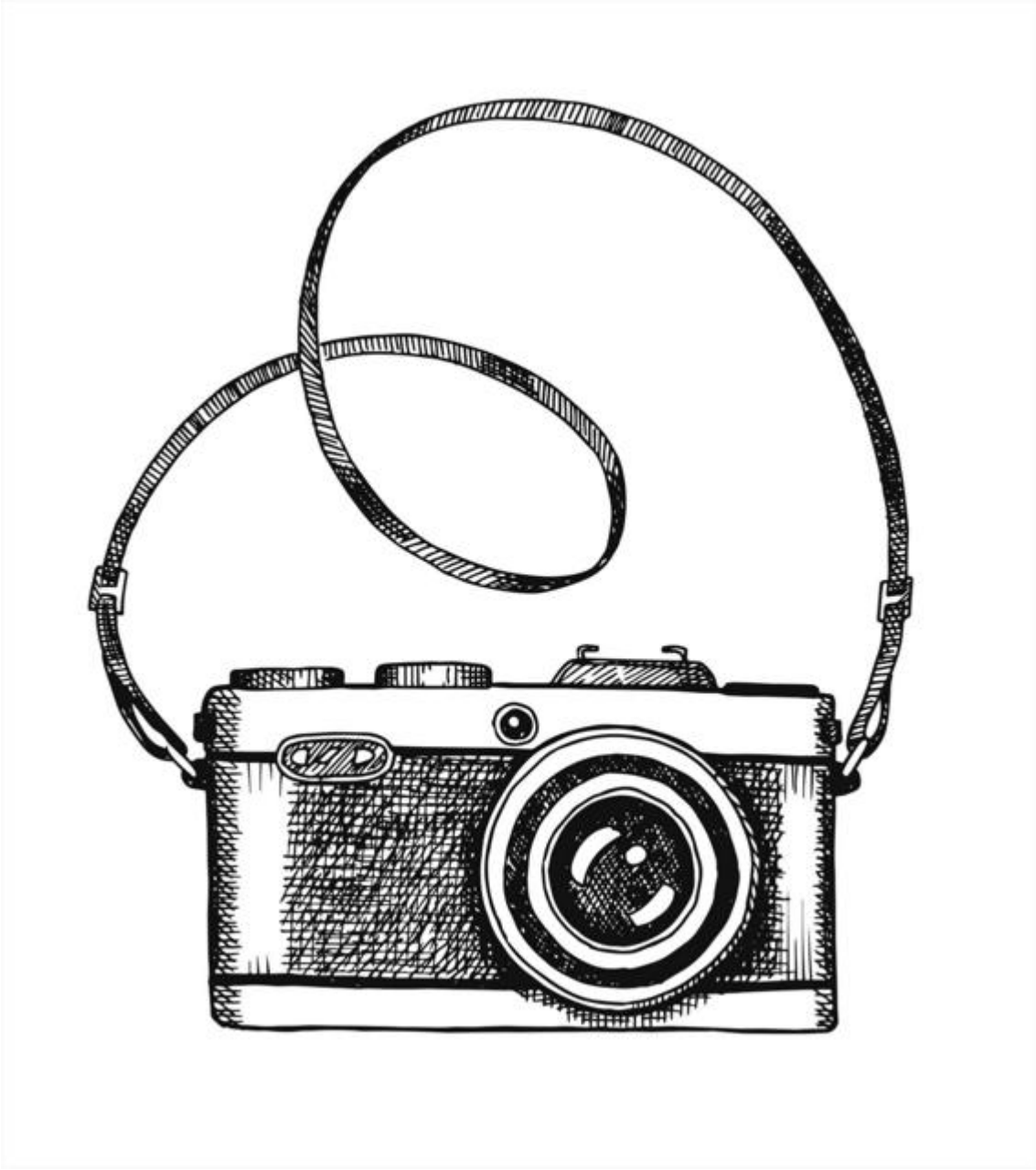
que no conozco mientras toman el sol en mi cara. Opto por volver a entrar en casa por no parecer un pervertido, porque la verdad es que cuando Holly está en mi campo de visión me parece imposible ignorarla.

El pantalón me vibra ante la entrada de un nuevo mensaje y saco mi teléfono para comprobar quién me escribe.

Gina:
Me gusta Holly. ¿Vas a tardar mucho en salir con ella?

Decido ignorarlo porque creo que está burlándose de mí, como siempre. Me termino la limonada y vuelvo al garaje a hacer la selección de objetos que hay que tirar, vender o donar. Hay que ver la cantidad de trastos que mi padre ha ido acumulando a lo largo de los años.

Llevo media hora cuando alcanzo algunas cajas con mi nombre. Abro una y me encuentro con varias carpetas repletas de dibujos y algunas manualidades escolares. Abro una segunda que está hasta los topes de juguetes que jamás pensé que seguirían aquí. Sigo abriendo cajas en las que parece estar guardada gran parte de mi vida, la vida que dejé aquí, hasta que encuentro una llena de fotos y una antigua cámara que ni recordaba. Tan antigua que para saber qué fotos oculta tendría que revelar el carrete, y eso es algo que en la actualidad no tengo ni idea de cómo hacer.



13. Una chica con tu historial

Holly

Una jodida estampa de Navidad con su familia es lo que Duncan tiene en la imagen de perfil. Un árbol con muchas bolas y un jersey feo a juego con el de Gina y Ava. No sé qué me esperaba que

tuviese, pero eso desde luego que no. Tal vez una foto con una chica. ¿Una novia quizá? ¿Tiene novia?

—¿Tu hermano tiene novia? —Cierro los ojos con fuerza y me doy una hostia mental al darme cuenta de lo que acabo de pronunciar en voz alta—. Olvídalo, no me interesa en absoluto.

«No te lo crees ni tú».

Gina suelta una risilla y, por un momento, creo que está tan inmersa en la revista que no me ha oído. Pero sí lo ha hecho.

—No tiene.

No me da más detalles y no quiero preguntar. No quiero saber nada de él. Ni siquiera cómo ha conseguido mi número de teléfono.

—Ha tenido algunas, pero, por alguna razón, nunca funciona.

Asiento, aunque evito continuar esta conversación. Gina sonríe y veo de reojo cómo trastea con el móvil. Vuelvo a cerrar los párpados y me dejo envolver por la voz de Artemas, en *I like the way you kiss me.* Mi cabeza me juega malas pasadas al traerme de vuelta un pasado que duele, porque ya no está y lo echo de menos. Pero es que no hay manera de recordar el pasado sin verlo a él, porque se encuentra en todos y cada uno de los momentos que viví desde que llegó a este pueblo hasta que se fue. Estábamos tan unidos que solo nos faltaba vivir juntos.

—Creo que le iría bien tener una.

—¿Qué? —pregunto, porque no sé a qué se refiere.

—Muchos lo envidian porque creen que lo tiene todo: fama, dinero… Es un soltero de oro. —Me guiña un ojo con picardía mientras dice eso—. Pero está muy solo, necesita a una buena chica que lo quiera por cómo es y no por quién es. Alguien para quien solo sea Duncan, no el extremo izquierdo de un equipo brillante o el chico guapo y rico de moda.

No me pasan desapercibidos ni la mirada ni el tono con el que me lo cuenta. Es una insinuación bastante clara. Lamentablemente, yo no puedo ocupar ese puesto.

—Seguro que esa chica está en alguna parte —simplifico. No le convence la respuesta—. Mira, Gina, quien sea que acabe con tu hermano debe ser alguien que pueda tolerar la vida con periodistas

y fans, alguien a quien le dé igual que especulen e inventen rumores, que pueda seguirlo a donde sea…, y esa no soy yo.

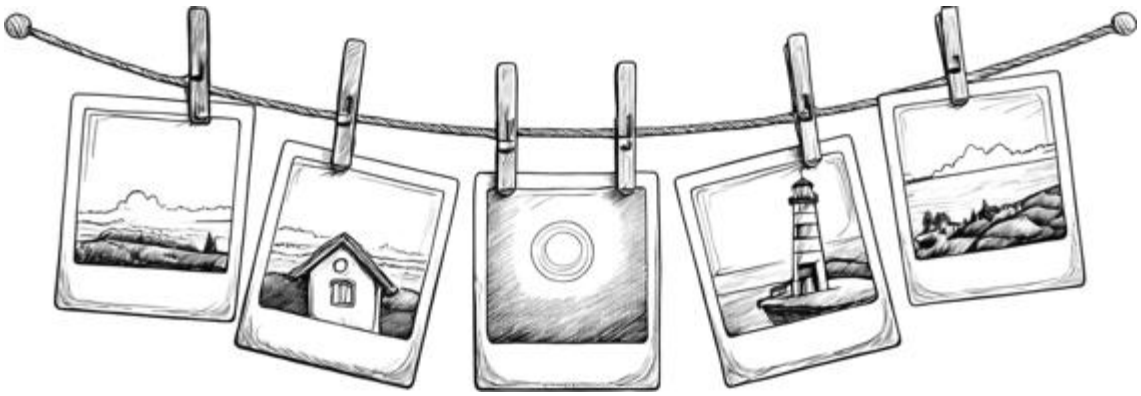
—¿Pero te gustaría? —insiste. Creo que me sonrojo y maldigo en silencio las reacciones de mi cuerpo ante la simple esperanza de un futuro con él. Pero eso no puede ser, de modo que intento recuperar la seriedad.

—No.

—No lo miras como si no quisieras ser esa chica —me provoca. Es demasiado lista.

—No negaré que tu hermano es guapo, habría que estar ciega para no verlo. —Ahora sonríe de oreja a oreja, como si estuviera satisfecha con mis palabras—. Pero eso que insinúas es imposible. —Va a abrir la boca, aunque la corto antes de que siga—. Se acabó hablar de él.

Cede y vuelve a concentrarse en la revista. Hace comentarios sobre algún actor o cantante de moda que yo no oigo porque estoy dándole vueltas a lo mismo otra vez. A lo maravilloso que sería poder ser esa chica algún día. Pero ni puedo serlo ni él quiere que yo lo sea.



Me muero de hambre y entro en el Joe’s como clienta por primera vez en mucho tiempo. Antes de trabajar aquí, venía a almorzar casi a diario. Pero, desde entonces, solo lo hago como empleada que luego va a tener que ponerse el mandil y servir a los demás. Además, en mis días libres, harta de estar aquí, suelo optar por comer en casa, sola y tranquila, sin que nadie me moleste, sin

clientes que me pidan que les atienda. Pero no tengo ni idea de cuándo mi padre me dejará volver y ya me he cansado de alimentarme a base de sobras congeladas del bar que él trae al finalizar la jornada. Muero por algo recién hecho.

Me dirijo a la barra para saludar a Jay, que está sirviendo cañas y me sonríe al verme frente a él.

—Pero qué guapa que estás…

—Si estoy como siempre —replico riéndome—. ¿Te va bien que me siente en la ocho?

—¿No vas a comer con Mike?

Hago una mueca.

—Mejor en la ocho. El especial de pasta y una limonada. Cuando puedas, tranquilo, atiende a las otras mesas.

—Por algún motivo ya sabía lo que ibas a pedir.

—Eso es porque me conoces demasiado.

Me guiña un ojo y voy a sentarme a una mesa libre cerca de la puerta. Desde aquí, controlo todo el local de un simple vistazo. Como siempre, el bar está casi lleno a esta hora. Hay clientes habituales y turistas que vienen por las recomendaciones o porque, simplemente, pasan por aquí delante. El bar es muy céntrico y la carta es muy atractiva, con lo cual a la hora de comer hay mucho trabajo.

Me distraigo mirando el móvil para no sentir las miradas de algunos habitantes de East Harbor hasta que una mano se posa en mi hombro. Alzo la vista pensando que será mi padre, pero resulta que es Mike.

—¿Puedo sentarme contigo?

—Tienes tu mesa reservada.

—Lo sé, pero me gustaría que habláramos.

«Pues has tenido días para llamarme si querías hablar».

Asiento y le indico que se siente.

—Lamento lo que dije aquella noche. No tendría que haberlo hecho. Sé que a ti no te afecta, pero no era necesario darles más munición.

—Claro que me afecta —rebato alzando la voz más de lo que pretendía. Montar un espectáculo es lo último que quiero.

Al pasear la mirada por el local, diviso a Duncan y familia a varias mesas de aquí. No estaban cuando llegué y no los he visto entrar. No sé por qué, pero me siento desilusionada por el hecho de que él no haya insistido en saludarme y ponerme de los nervios. Sus ojos me observan con recelo y parece más atento a mí que a la conversación que están manteniendo entre ellos tres.

Cuando logro volver la vista a mi acompañante, Mike ha cambiado su expresión.

—¿Te has acostado ya con él?

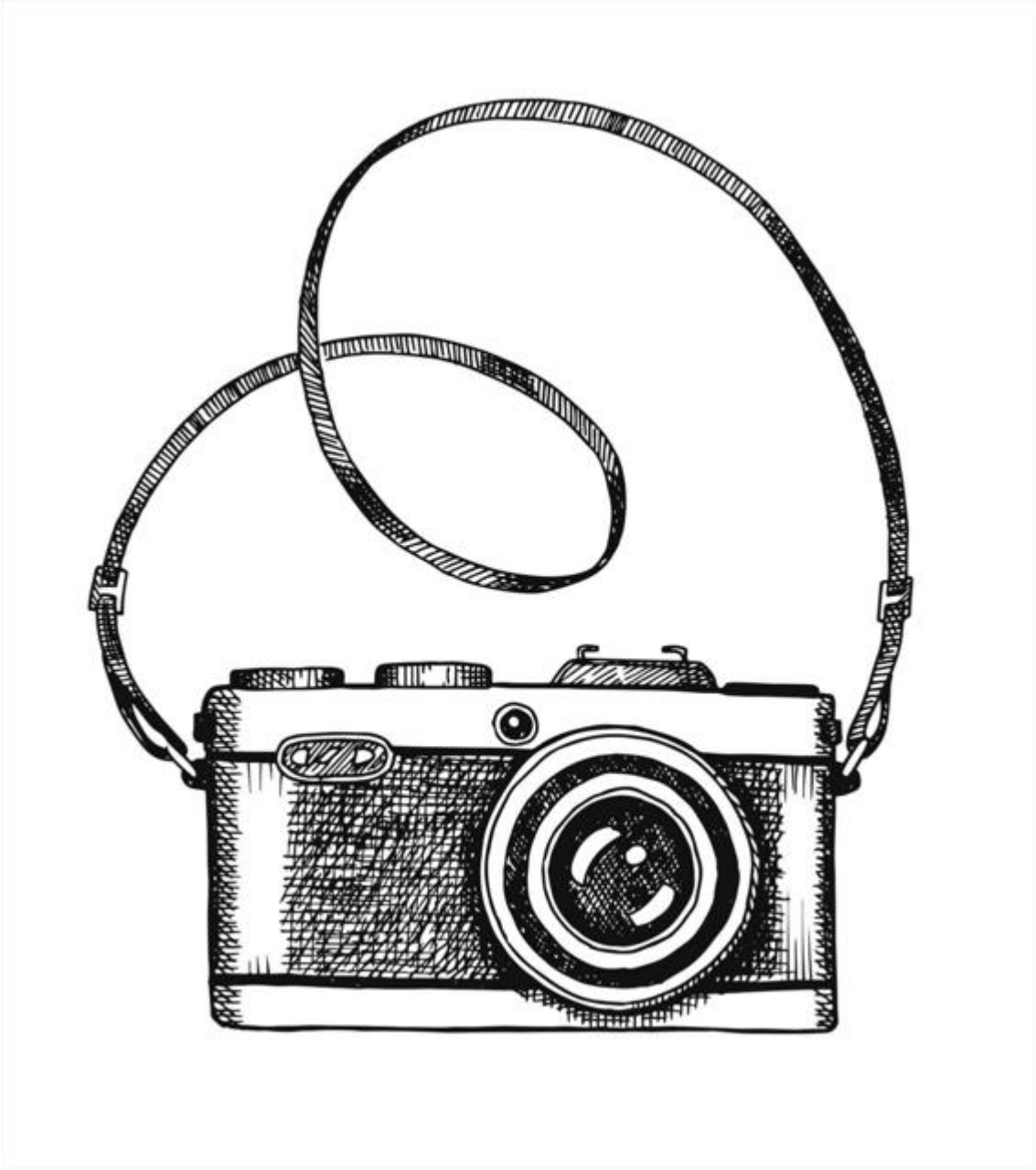
Alzo las cejas. No me esperaba esta pregunta y menos por su parte.

—No sé por qué piensas que es algo que va a ocurrir con tanta certeza. No está en mi lista de pendientes.

—Porque es tu tipo y es un deportista de élite.

—Ya me he acostado con otros deportistas, Mike. Son todos iguales.

—En el fondo eres una romántica y solo buscas encontrar un buen chico del que enamorarte. —Contengo una risa falsa—. Pero tú y yo sabemos que esos hombres que buscas no quieren casarse con una chica con tu historial. —Trago saliva—. Por eso siempre recurres a mí —añade con un guiño de ojos antes de alzar la mano para que Jay lo vea—. ¿Tú ya has pedido?



14. No quiero ser la novia de un jugador de hockey

Holly

En los últimos quince minutos, Madison no ha parado de hablar de lo increíblemente guapo, joven, educado, amable, atento, inteligente y

profesional que es el nuevo veterinario del pueblo. Recordemos que tiene tres perros y un gato —los cuales están por aquí siendo felices en su casa con gente que les hace caso—. Pues bien, su gasto presupuestario en la clínica veterinaria es superior a cualquier otro habitante de East Harbor. Es lógico que conociera al señor Phelps —que no tiene nada que ver con el nadador— como si fuera su padre. Se entristeció ante la noticia de que decidiera jubilarse —por fin, pues el hombre tenía ya más de setenta años— porque ese señor conocía de sobra el historial de todos sus hijos perrunos y gatunos sin tener que consultarlo en ninguna parte. Estaba realmente angustiada por la nueva persona que había decidido hacerse cargo del negocio, ya que, en su opinión, «nadie cuida tan bien de los animales del pueblo como él y va a venir alguien de fuera a quien no le importemos nada».

Pues ya parece haberse olvidado del señor Phelps, porque, por lo visto, Caleb —a este lo llama por su nombre, como si fueran colegas de toda la vida— es increíblemente maravilloso.

—Al parecer él tiene un labrador llamado Thor, ¿no os resulta asombroso? Es mi media naranja —sigue explicando con el rostro anegado de ilusión.

—¿Ya les has puesto nombre a vuestros ocho hijos? —me burlo, pero ella sigue en su burbuja.

—Estoy en ello —me sigue la broma—. Me ha dicho que regrese la semana que viene para volverlo a examinar y que lo llame si me surge cualquier problema.

—El señor Phelps también te decía lo mismo.

Madison hace una bola con la servilleta y me la lanza. Jay se ríe.

—Y tú, ¿qué? ¿Alguna novedad que compartir con tus mejores amigos? ¿Algo que tenga que ver con un inglés muy guapo que juega al *hockey*?

—Eso… —me instiga Jay.

«Ojalá».

—¿Por qué iba él a querer algo conmigo? —lanzo la pregunta al aire como si hablara sola mientras me concentro en mi pulgar subiendo y bajando por el cristal de mi vaso—. Está decepcionado conmigo, con la Holly que soy ahora. Seguro que ya le han llegado

mil rumores. Los hombres no eligen a chicas como yo para casarse, solo para pasar el rato.

—¿De dónde has sacado esa basura? —demanda Madison—. ¿Él te lo ha dicho?

Me encojo de hombros.

—Lo he visto en sus ojos.

—Creo que ha sido Mike —murmura Jay—. Hoy han comido juntos.

—No me lo puedo creer. ¿Es eso? Primero lo de la otra noche, ¿y ahora esto? Holly, ese tío se ve amenazado por Duncan. Está colado por ti.

Río de manera sarcástica.

—Mike y yo solo somos amigos.

—¡Y una mierda! Te aferraste a él cuando Duncan se marchó y él se aprovechó de lo rota que estabas. Te llevó por el mal camino y ahora te hace creer que no eres digna de merecer el amor por tu *bodycount.* Siempre quiso que fuera así para atraparte, porque, si de verdad piensas que nadie te va a querer, puede que solo entonces te fijes en él.

Balbuceo, pero ninguna palabra sale de mi garganta. Jay cruza una mirada con Madison y sé que está de acuerdo con ella. Aunque él no conozca ni la mitad de mi historia, este discurso lo ha convencido. Le cuadra, tiene sentido. Pero yo soy incapaz de creérmelo. Mike es mi amigo, no está enamorado de mí y no me haría daño.

—Eso es ridículo. Además… no quiero ser la maldita novia de un jugador de *hockey.*

Jay se ríe. Muy fuerte. No sé por qué, pero le ha hecho gracia de verdad. Madison me mira preocupada.

—¡Cualquiera querría salir con un tío así! —exclama mi amigo.

—Pero es que ella está enamorada de Duncan, no del extremo izquierda, ni del campeón, ni del deportista, ni del famoso.

—No-estoy-enamorada-de-él —mascullo con los dientes apretados.

—Cuéntaselo a otro.

Frunzo los labios porque me muero por contarles una cosa y, a la vez, no quiero que lo sepan. Así que intento hacer todo lo posible por que las palabras no salgan. Pero temo explotar si no lo hago y ahora es el momento.

—¿Os acordáis de la entrevista a la que tenía que ir? Pues la persona importante era él.

—¡No jodas! —exclaman los dos a la vez.

Les hablo de nuestra conversación, de sus palabras y también del desprecio con el que se despidió de mí. Les explico que Mike tiene razón, Duncan no va a quererme jamás. Ni él ni nadie. Y, aunque no la tuviera, no podría irme de aquí y dejar a mi padre, así como tampoco podría vivir en una gran ciudad y enfrentarme a rumores que acabarían en internet.

—Otro que está colado por ti. Te ve coqueteando con otro y se pone celoso —afirma Madison.

Pongo los ojos en blanco.

—Yo creo que tiene razón —coincide Jay.

Me encojo de hombros.

—Apenas hemos hablado desde entonces. Solo para pedirme que participe con él en la carrera de relevos.

—¿Y qué le has dicho? —pregunta Madison con un brillo especial en los ojos.

—¡Que no! Tengo que trabajar.

Mi amiga se desinfla tras mi respuesta.

—¿Con el periodista ese que vino un día al Joe's? —quiere saber Jay.

—Sí, el mismo de la entrevista.

Madison y él se miran y alzan las cejas.

—¿Se lo dices tú? —pide ella.

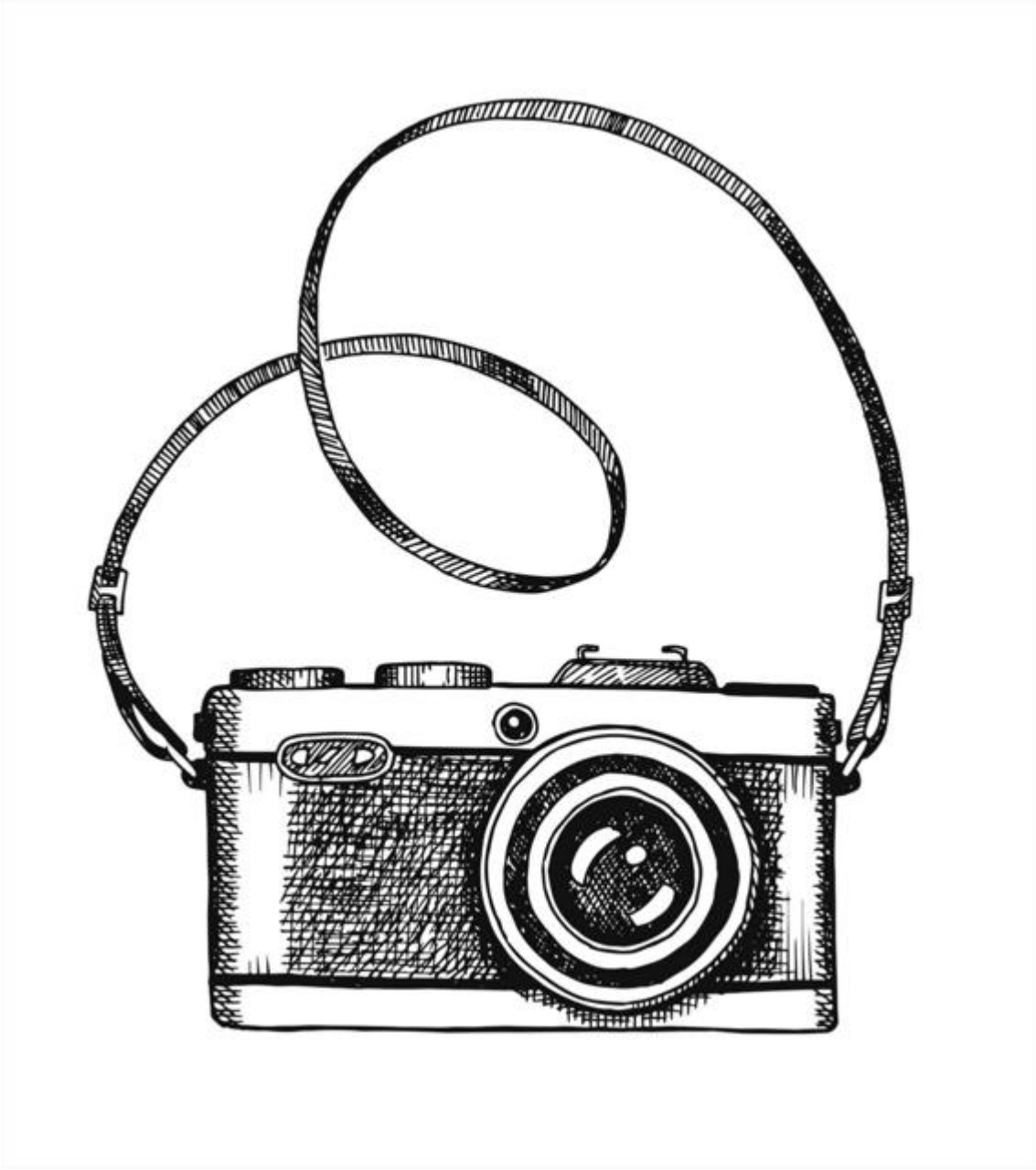
—Ese te quiere echar un polvo.

—¿Qué dices? Somos compañeros, no queremos mezclar nada.

—Te tiene unas ganas que no sabe ni cómo disimularlas. Y tú lo llamarás «tonteo inocente», pero hasta Duncan lo vio —asegura Jay. Mi amiga parece estar bastante de acuerdo con él.

Yo me rindo y ellos se apiadan de mí. Cambiamos de tema. Hablamos sobre la feria de verano de mañana, de lo bonito que han

dejado el pueblo para uno de los acontecimientos más esperados del año, de la hermana de Jay, que tiene ganas de apuntarse a algo, y, cómo no, nos ponemos al día de cotilleos sanos y nada maliciosos para estar al tanto de todo lo que ocurre en este pequeño rincón del mundo que yo llamo «hogar».



15. Un antiguo Mustang

Duncan

Hoy es uno de esos días por los que vale la pena vivir aquí. —Siempre lo vale, ya me entendéis, pero hoy todavía más—. El pueblo está precioso y me alegra haberme presentado voluntario al equipo

que iba a engalanarlo. Hay flores y banderines en el centro y en los parques, guirnaldas de luces para la noche y varios *foodtrucks* en los lugares donde se desarrollarán las principales actividades.

Ahora mismo estoy viendo un partido de baloncesto, aunque lo que mis ojos no dejan de buscar una y otra vez es a la rubia que se pasea por aquí con una cámara de fotos y no para de inmortalizar el día. Me parecería tierno que quisiera guardar un recuerdo para el pueblo o para sí misma, pero la acompaña el periodista que me entrevistó y con el que sospecho que tiene un rollo.

—¡Ey! ¿Estás mirando al partido o a la fotógrafa? —pregunta Mike, ubicándose a mi lado, acompañado de otros dos antiguos colegas con los que he estado jugando algún partido estos días.

—¿Por qué me hiciste creer que estabas con ella?

Se ríe y me palmea la espalda.

—En ningún momento afirmé nada de eso. Ella no es de las que sueñan con bodas y niños. Nunca ha salido con nadie.

—¿Quién querría eso? —pregunta uno de ellos, a mi otro lado—. Holly es como un antiguo Mustang. Todos pagaríamos por dar una vuelta, pero nadie lo compraría; tiene demasiadas millas recorridas y muchos conductores. No sé si me entiendes… —Choca un puño con Mike frente a mí y yo me tenso de oír las barbaridades que dicen.

¿En serio piensan eso? ¿Que una chica pierde valor con cada chico con el que se acuesta? No estoy nada de acuerdo con esa afirmación. Si ellos tienen miedo de que las chicas comparen y salgan perdiendo es su problema, no el mío ni el de ellas. Creo sinceramente que la experiencia siempre suma y que nosotros también podemos aprender si dejamos de ser unos cromañones que creemos saberlo todo.

Me aparto de ellos y voy en busca de Holly, que desaparece de la pista para ir a buscar unos refrescos con el gilipollas ese que no sé qué pinta aquí.

—Todavía estás a tiempo de participar en las carreras de relevos —le digo a su espalda, obligándola a girarse y a dejar de sonreírle al otro.

—Por si no te has dado cuenta, Harris —hago una mueca porque odio que me llame por mi apellido—, estoy trabajando.

—Solo es una carrera. Luego sigues haciendo fotos.

—Tendría que ir a casa para cambiarme.

La miro de arriba abajo. Lleva un *short* vaquero que no es lo más cómodo del mundo, aunque se ha calzado unas buenas deportivas y la camiseta es demasiado escotada, pero con ponerse algo encima valdría.

Chasquea los dedos frente a mí y me trae de vuelta. Es posible que crea que me la estuviera comiendo con la mirada y me jode que piense eso.

—Olvídalo, Harris. No voy a participar. Hace años que no lo hago.

El periodista le entrega su bebida y siento que hay demasiada cercanía entre ellos. Holly levanta su vaso a modo de despedida y se va con él a ver otro partido.

No puedo comportarme como un acosador y seguirla, pero tampoco me siento cómodo volviendo con Mike y los demás trogloditas. Es Holly de quien están hablando, creció con nosotros, jugaba con nosotros, íbamos en bici a la playa… Me parece increíble que le pierdan el respeto de esta manera tan fea. Estaría mal si fuera otra chica, pero ella siempre fue como una hermana para nosotros.

Mis pies me arrastran hasta el parque donde se encuentran Gina y mi madre. Ambas están charlando animadamente con otras vecinas, mientras otros niños del pueblo se lo pasan en grande con las actividades que han montado para ellos. Mi hermana se ve demasiado mayor para estas cosas, porque está entrando en la preadolescencia y prefiere escuchar música con sus amigas y forrar sus cuadernos y carpetas de tíos que no conozco. Todo esto a la vez que sigue usando pijamas de unicornios y arcoíris.

—¡Duncan! —me llaman al verme, y me acerco hasta ellas.

—Vaya, todavía no había coincidido contigo —expresa la farmacéutica—. Qué guapo estás, seguro que te llevas a las chicas de calle. ¿Tienes novia?

—No —respondo llevándome una mano a la nuca—. La verdad es que me centro en mi carrera deportiva.

Gina se ríe por lo bajini y mi madre me dedica una sonrisa triste.

—Como debe ser. Pero tienes que pensar en el futuro, encontrar una buena chica que te dé unos hijos preciosos.

—Me da a mí que la buena chica no quiere saber nada de él —murmura Gina. Por suerte, no la oye, pero la mirada que le dedico a mi hermana le hace pedirme disculpas en silencio. Aunque no me pasa inadvertida su sonrisa.

Mi madre cambia de tema y no puedo estar más agradecido. Me relajo y me distraigo perdiéndome en los niños que corren y ríen en el parque como tantas veces lo hice yo de pequeño. Siempre con Holly pegada a mis talones.

De repente, como si la hubiese invocado, la veo aparecer a lo lejos. Se está paseando por todo el pueblo retratando todas las actividades. Supongo que no solo hará fotos para el periódico, sino que la alcaldesa le habrá pedido algunas para el archivo municipal.

Camina riéndose por algo que le ha contado el tal Mathews y pasa a escasas yardas de mi ubicación. Me ignora, aunque me dedica una mirada durante un segundo y saluda al grupo de mujeres con el que me encuentro. Gina me da un codazo muy poco disimulado, pero que nadie ve.

—¡Holly! ¿Irás a ver a mi hermano hacer el ridículo en las carreras? —llama su atención con una sonrisa de oreja a oreja.

—Supongo, me toca fotografiarlo todo.

—Pues espero que me saques bien guapo cuando me entreguen la medalla de ganador.

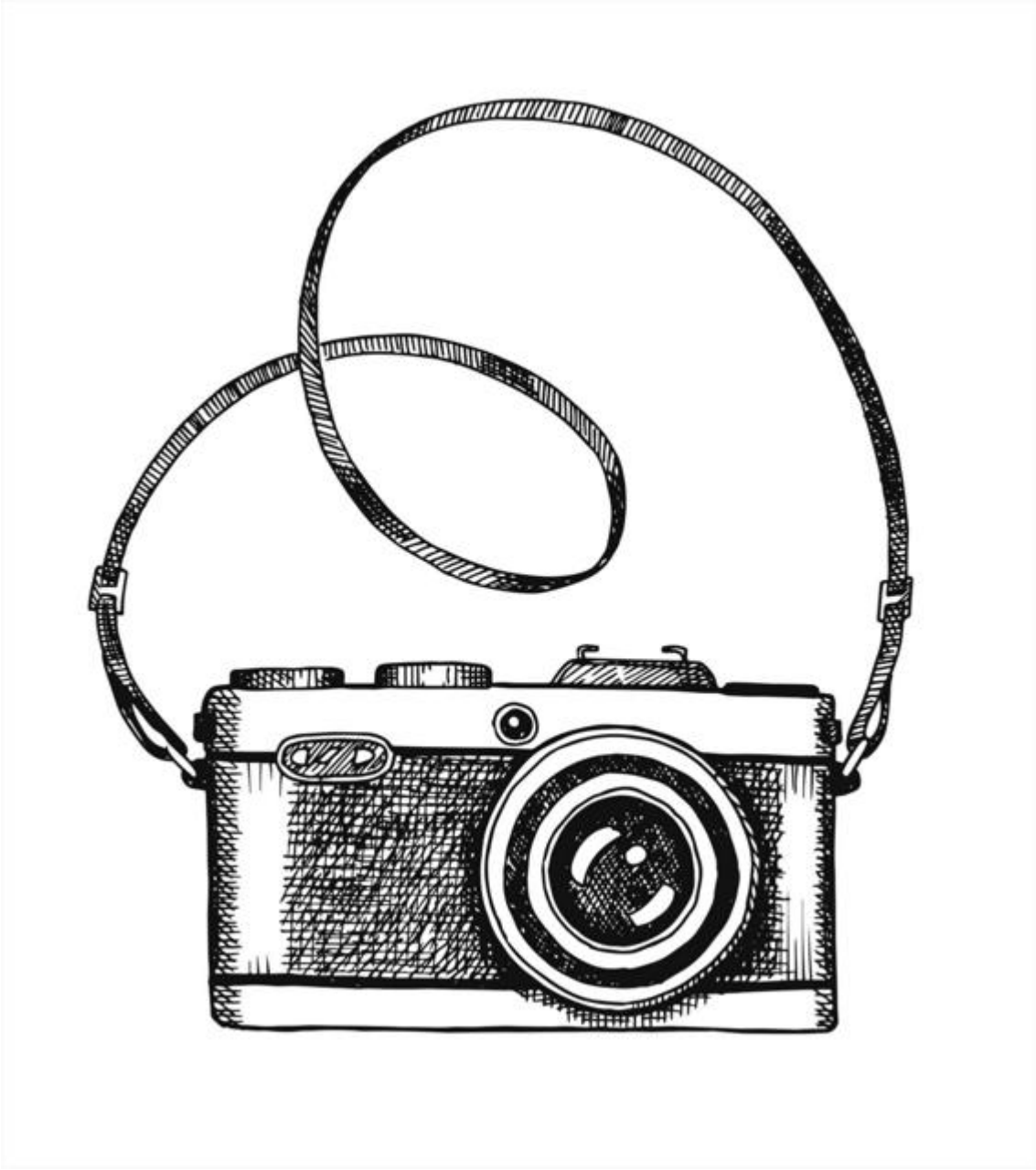
Holly sonríe, aunque se está conteniendo.

—Para eso te falta una pareja.

—Tengo la mejor. Una campeona nata. Solo me falta convencerla de querer añadir otra medalla a su colección.

Veo un pequeño destello de ilusión en sus ojos. Creo ingenuamente que va a decir que sí, que la he ablandado, pero no. La sonrisa traviesa que me dedica me demuestra que no será tan fácil.

—Suerte con eso, Harris. Sería decepcionante que una estrella del deporte como tú pierda en un juego de niños como las carreras de relevos.



16. La chispa

Holly

Le sostengo la mirada el tiempo justo para ver cómo se desencaja su sonrisa. No debería sentirme bien con esto, pero me gusta. Gina se lleva las manos a la boca, tapándose la risa que no es capaz de

contener. Mientras me doy media vuelta, agarro a Mathews de la mano y lo guío hasta la siguiente parada.

Caminamos sin soltarnos durante varios minutos, recorriendo algunas calles abarrotadas de gente. Siento la adrenalina impregnando mi cuerpo por primera vez desde que Duncan regresó. Me siento capaz de recuperar mi vida sin verme influenciada por su presencia.

—Vale, ahora sí vas a tener que contarme qué hay con Harris —demanda él, explotando mi burbuja.

—Era mi vecino, crecimos juntos —simplifico haciendo un gesto con la mano que tengo libre.

—¿Y no os llevabais bien? —intenta adivinar.

—Oh, no, nos llevábamos genial.

—Entonces, supongo que ocurrió algo entre vosotros y no acabó bien —elucubra.

—Podría decirse así —admito mirando al frente.

Se queda callado y no intenta llenar este silencio. No me suelta, no me detiene ni me pide más explicaciones, a pesar de que debe de estar haciéndose mil preguntas ahora mismo. No insiste y lo deja estar.

La siguiente parada es la playa, donde se está jugando un minitorneo de vóley y, por lo que veo, el equipo de Madison le está dando una paliza al otro. Me voy moviendo alrededor de la pista para captar el partido desde diferentes ángulos mientras Mathews toma algunas notas. Me encanta que haya venido él a hacer la crónica de la feria. Es un gran periodista que, aunque se haya especializado en deportes, vale para casi cualquier temática.

Pasamos la mañana recorriendo el pueblo y presenciando las diferentes actividades, aunque ahora nos hemos tomado un descanso para comer unas hamburguesas en un puestecito del parque. Él es la primera vez que viene y lo está disfrutando. Me ha rogado que le avise el año que viene porque le gustaría competir y ganar alguna medalla.

—No es gran cosa. Piensa que los participantes somos bastante *amateurs.* La gente se apunta por la fiesta, no por ganar. Muchos están hasta borrachos —me río.

—¿Cuántas medallas tienes tú? —pregunta con interés.

—Un par —miento. Quince es un número más aproximado.

—¿Participabas con él?

Parece que toca volver a hablar de Duncan. Sacudo la cabeza.

—Era bastante competitivo. No me extraña nada que haya llegado a un gran equipo, siempre se esforzaba muchísimo. Pero, además, parecía que no le costara nada ganar. Yo, en cambio, tenía que aplicarme y entrenar mucho más.

—Y, aun así, lo hacías.

—En esa época no había un Duncan sin Holly ni una Holly sin Duncan. Si él hacía algo, yo también. Si jugaba un partido con sus amigos, ahí estaba yo. Si se apuntaba a algún torneo de la feria de verano…

—… tú te apuntabas con él —termina la frase por mí.

—Parece que lo vas entendiendo.

Lo veo dubitativo y supongo que le está dando vueltas a una pregunta que no sabe si hacer o no. Aprovecho la pausa para mirar hacia las otras mesas. Ahora mismo no hay ninguna actividad y todos están comiendo aquí o en alguna otra parte. Seguro que en el Joe's están a tope.

—¿Tan malo fue lo que ocurrió para no querer participar con él?

Su pregunta me hace volverme hacia él. No me gusta este tema que ha decidido sacar y que parece empeñado en estrujar hasta saberlo todo. Aunque pueda considerarlo un amigo, nunca nos habíamos adentrado tanto en los sentimientos del otro y, por raro que parezca, estoy muy cómoda con él.

—Éramos amigos y dejó de hablarme. Me besó y se fue. Y ahora viene aquí y pretende que todo siga igual siete años después.

Su mano envuelve la mía sobre la pequeña mesa plegable. Me gusta que trate de reconfortarme sin recurrir a palabras vacías. Entrelazo mis dedos con los suyos y sonrío. Me siento bien a su lado. No sé si esto tenía que llegar en este preciso momento o ha sido fruto de la casualidad, pero por una vez quiero algo con un chico que va mucho más lejos de meterme en su cama. Tampoco podría decir que quiero una relación porque, para eso, a lo mejor tendría que ser capaz de olvidarme de cierto inglés con irresistible acento

inglés que produce electricidad cuando me roza. Pero no es como Mike. No es alguien a quien recurrir porque me siento mal conmigo misma y solo puedo empeorar este círculo de autodestrucción.

Jake, que ese es su verdadero nombre, aunque siempre me acostumbré a llamarlo por el apellido, alimenta mi interior de cosas buenas, me transmite la confianza necesaria para hablarle de mí y ser sincera —algo que no me ocurre con mucha gente— y siento que puede convertirse en alguien especial.

Solo necesito que sea capaz de encender también esa chispa.

Tras la comida, llega el turno de las carreras de relevos a las que me he negado a participar. Mentí cuando le dije a Duncan que son para niños. Hay una categoría infantil, en la que participamos durante años, pero también hay una adulta con otras pruebas. Aquí no solo hay que saltar vallas o pasar por un túnel, también tienes que hacer flexiones, entre otras cosas. Parece una prueba bastante dura, pero, me reitero, ningún participante es profesional. Excepto uno que me observa tomar fotos y a quien mis ojos no dejan de buscar. Está sudado, por lo que seguro que ya ha practicado el recorrido ocho veces, y lleva un *short* deportivo y una camiseta sin mangas bastante retro que solo le puede sentar bien a él.

Todas mis preguntas encuentran respuesta cuando lo veo de la mano de Beth, la hermana de Jay.

«Así que al final ha encontrado pareja para la competición».

Los veo reírse con bastante complicidad y desearía intercambiarme por ella. No sé por qué creí que Duncan no sería capaz de participar sin mí. Nunca hemos hecho esto separados, yo jamás volví a apuntarme a nada desde que se marchó. Pero él me ha sustituido sin ningún problema ni remordimiento.

No puedo apartar la vista de ellos dos. Beth no para de buscar su contacto de cualquier forma. Posa la mano sobre su brazo de manera inocente, como sorprendiéndose de lo duro que está. Se ríe y él se crece. Le encanta que una chica le haga caso y lo admire. Meneo la cabeza y me obligo a dejar de mirarlos porque rozo la obsesión.

Sigo fotografiando un poco más y vuelvo con Jake a la espera de que dé comienzo la competición. Lo encuentro trasteando el móvil, pero alza la cabeza al sentir mi presencia junto a él y se lo guarda en el bolsillo.

—Me alegro de que el periódico te haya mandado a ti.

Una chispa de ilusión baila en sus ojos y me dedica una sonrisa preciosa. Me tiende una mano y tira de esta hasta que caigo sobre él, que está sentado en una de las sillas que la organización ha dispuesto para los que trabajamos, como nosotros. Me acomodo sobre su regazo y le paso un brazo por los hombros mientras él me abraza por la cintura.

—Le supliqué a Camden que me dejara venir a mí. Quería estar aquí, me habías hablado tanto de este día que moría por vivirlo.

—¿En serio? —pregunto con una sonrisa en los labios.

—Siempre le pido los trabajos en los que voy a coincidir contigo, aunque no siempre me los da.

Se me corta la respiración y creo que Jay y Madison no tienen razón respecto a él. Creo que no quiere echarme un polvo, sino que hay algo más. Nuestras cabezas se acercan, pero el pitido que da comienzo a la carrera nos aparta. Doy un salto, recupero la cámara y vuelvo a hacer fotos.

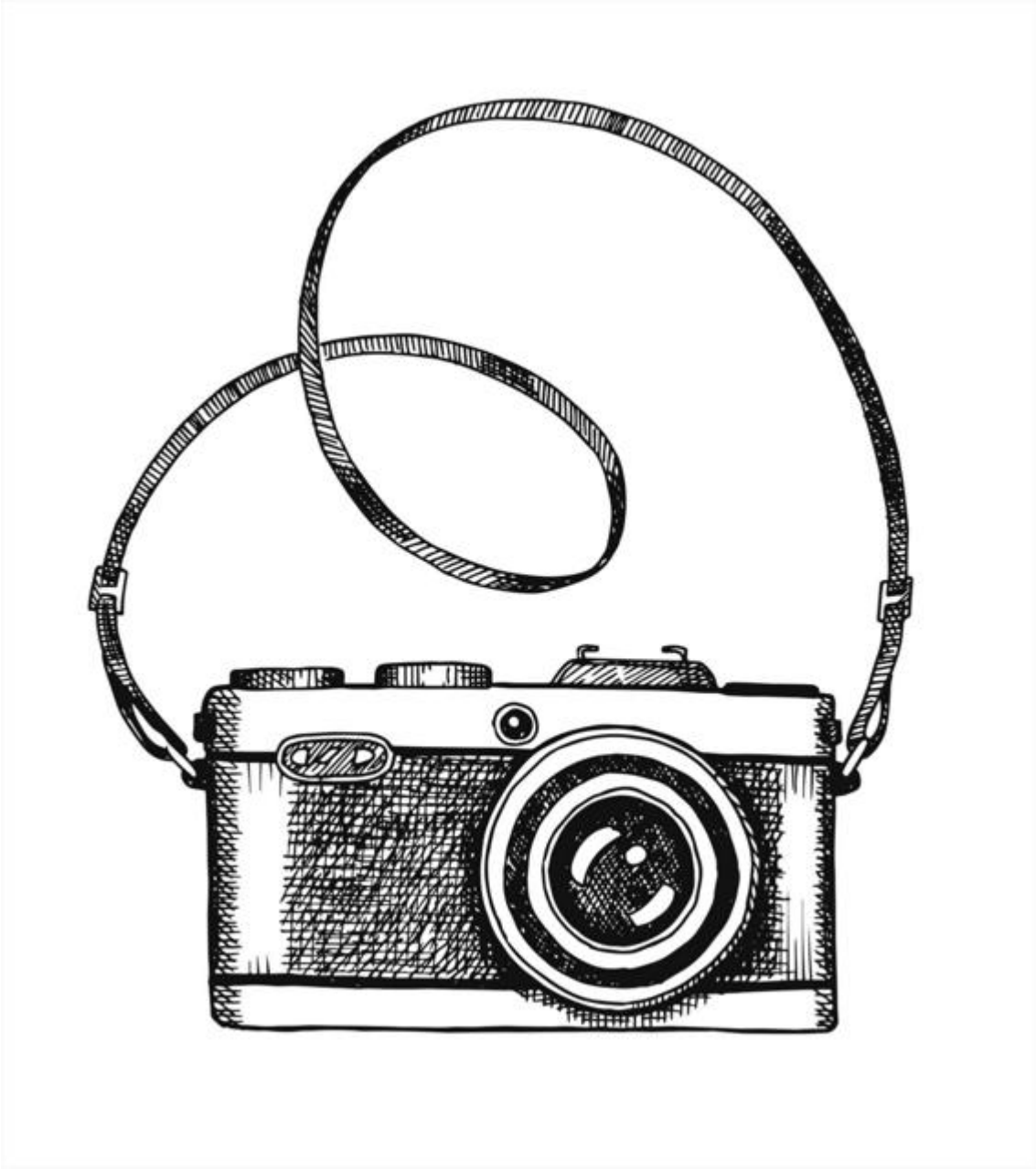
Me encanta este trabajo. Ojalá pudiera vivir de esto algún día, pero pagan fatal. Lo hago porque me gusta y es mi pequeño refugio, además de codearme con gente de fuera del pueblo y conocer historias maravillosas. Una vez estuve en el reportaje de una esquiadora que había perdido una pierna en un accidente de moto y no se rindió. Se recuperó y siguió entrenando para los paralímpicos. Un claro ejemplo de superación.

Pero, hasta que ese día llegue, tendré que conformarme con las generosas propinas del Joe’s, aunque este verano mi padre me impida acceder a ellas. Suerte que no tengo que pagar alquiler y puedo comer en el bar.

La carrera está a punto de terminar y mi dedo dispara sin parar para inmortalizar a los ganadores, que no podían ser otros que Duncan y Beth. Está mal decirlo, pero él ha hecho todo el trabajo y ha recuperado el tiempo que ella ha perdido en las pruebas.

Nuestras miradas se cruzan un momento y siento que podría detenerse la rotación de la tierra en este preciso instante. Porque parece que el tiempo deja de transcurrir, a pesar de estar en plena celebración.

Hasta que se besan y parecen la maldita pareja perfecta.



17. Las parejas no se buscan, se encuentran

Duncan

Hice mal en creer que salía con Mike y mucho más al descartar por completo la idea de que pudiera estar con alguien. Hay más chicos aparte de él y Holly es demasiado valiosa para que nadie sepa

apreciarlo. Además, con lo que le gusta a la gente hablar sobre ella no me extraña que se haya buscado a alguien de fuera y que lo mantuviera en secreto. ¿Cuánto llevan juntos? ¿Me estoy montando una película? Quizá es solo otro más con el que se acuesta, aunque estaban demasiado acaramelados para que la relación sea puramente física.

La carrera ha resultado una auténtica basura. Beth es la peor pareja que podría haber elegido, le he cedido las pruebas más fáciles y unos participantes que venían con unas cuantas cervezas de más han resultado ser más hábiles. Todo por empeñarme en participar y ganar para poder celebrarlo con Holly, y ella no estaba para nada pendiente de mí. Es una profesional y no ha dejado de hacer su trabajo ni un solo segundo, pero a quien tenía en mente no era a ningún participante, ni tan siquiera al ganador, sino al que parece ser su novio.

Cuando sus ojos, por fin, se posan sobre los míos y parece querer decirme mil cosas, Beth me agarra por el cuello y me besa. Salta y no me deja otra opción que sostenerla para no caer los dos, aunque eso solo hace que anude sus piernas a mi cintura. Tardo demasiado en reaccionar y, cuando lo consigo y logro apartarla, Holly ya no está. Ni ella ni el periodista se hallan en mi campo de visión. Hay mucha gente y es muy fácil perderse entre la multitud.

«Vaya puta mierda».

Quiero salir a buscarla, pero estoy rodeado de habitantes de East Harbor que se acercan a darme la enhorabuena. Empiezo a agobiarme mucho. Algunos comentan lo guapa que es Beth, asumiendo que es mi novia porque sí, así es como funcionan las cosas en este pueblo —e imagino que en todos los demás del planeta— y ella aprovecha para colgarse de mi brazo como si fuera un bolso.

Cuando logro salir, media hora después, no sé por dónde empezar a buscar. Beth sigue a mi lado y habla de lo emocionante que ha sido. Habla mucho y muy deprisa mientras empiezo a caminar hacia el parque.

Para cuando llegamos ya me sé el nombre de toda su familia, el colegio en el que estudió, a lo que se dedica y que su color favorito

de ropa interior es el violeta. Eso último lo ha comentado con una voz bastante sugerente, por cierto.

—Disculpa, Beth, no quiero ser grosero…

—Pues no lo seas —me interrumpe con una sonrisa—. Mi madre opina que hacemos buena pareja. ¿Tú crees en el destino?

—No estoy buscando pareja ahora mismo —respondo tratando de ser lo más educado posible al ignorar su insinuación nada sutil.

—Las parejas no se buscan, se encuentran. Y creo que esto podría ser el principio de una buena novela romántica.

—No me queda la menor duda —convengo. No le falta razón, pero esta historia no va de mí y de ella. De eso estoy seguro.

—Por cierto, ¿a dónde estamos yendo?

—Tengo que hablar con alguien. Oye, ¿por qué no buscas a tu hermano y nos vemos en la entrega de medallas?

—Como tú quieras. Luego nos vemos, Duncan.

Se despide de mí con un guiño bastante seductor. No sé cómo ha pasado esto y tengo que aclararlo antes de que se imagine siendo la señora Harris, pero antes tengo que arreglar otra cosa. Necesito encontrar a Holly y explicarle que no hay nada entre Beth y yo.

Logro llegar al parque, aunque no hay rastro de la chica que estoy buscando. A quien sí me encuentro, por desgracia, es a mi hermana, quien socializa con unas niñas de su edad. Me resulta extraño verla sin mi madre, pero la diviso a lo lejos charlando con una antigua amiga.

—¡Eh! ¿Cuándo pensabas contarme que tenías novia? —exige saber nada más verme.

—Cuando la tenga.

—¿Entonces no es verdad?

—No hagas caso de nada de lo que oigas, ¿entendido? —Asiente poco convencida; al fin y al cabo, también habrá visto cómo me ha besado y es demasiado joven para entender ciertos asuntos. Por favor, que no crezca nunca—. ¿Has visto a Holly?

—No. Estaba en la carrera.

—Lo sé, estoy buscándola.

—¿Crees que te ha visto besar a tu novia y se ha puesto celosa? —Entrecierro los ojos y la señalo—. Vale, no es tu novia.

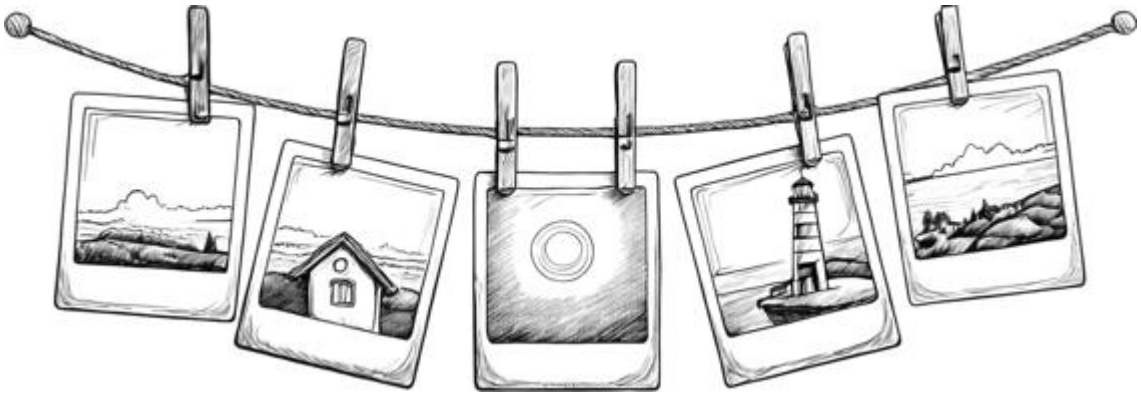
—No lo sé. Cuando he podido salir, ya se había marchado. ¿Qué competiciones hay ahora? Lo está fotografiando todo con el periodista ese pegado a su culo.

—¡Anda! Tú también estás celoso —se burla con una risilla.

—Solo quiero hablar con ella —sintetizo. No necesita saber más detalles.

—Pues yo no la he visto.

—¡Duncan, tío! —Mike me llama y apoya una mano en mi hombro—. No te hemos vuelto a ver. ¿Unas cervezas?

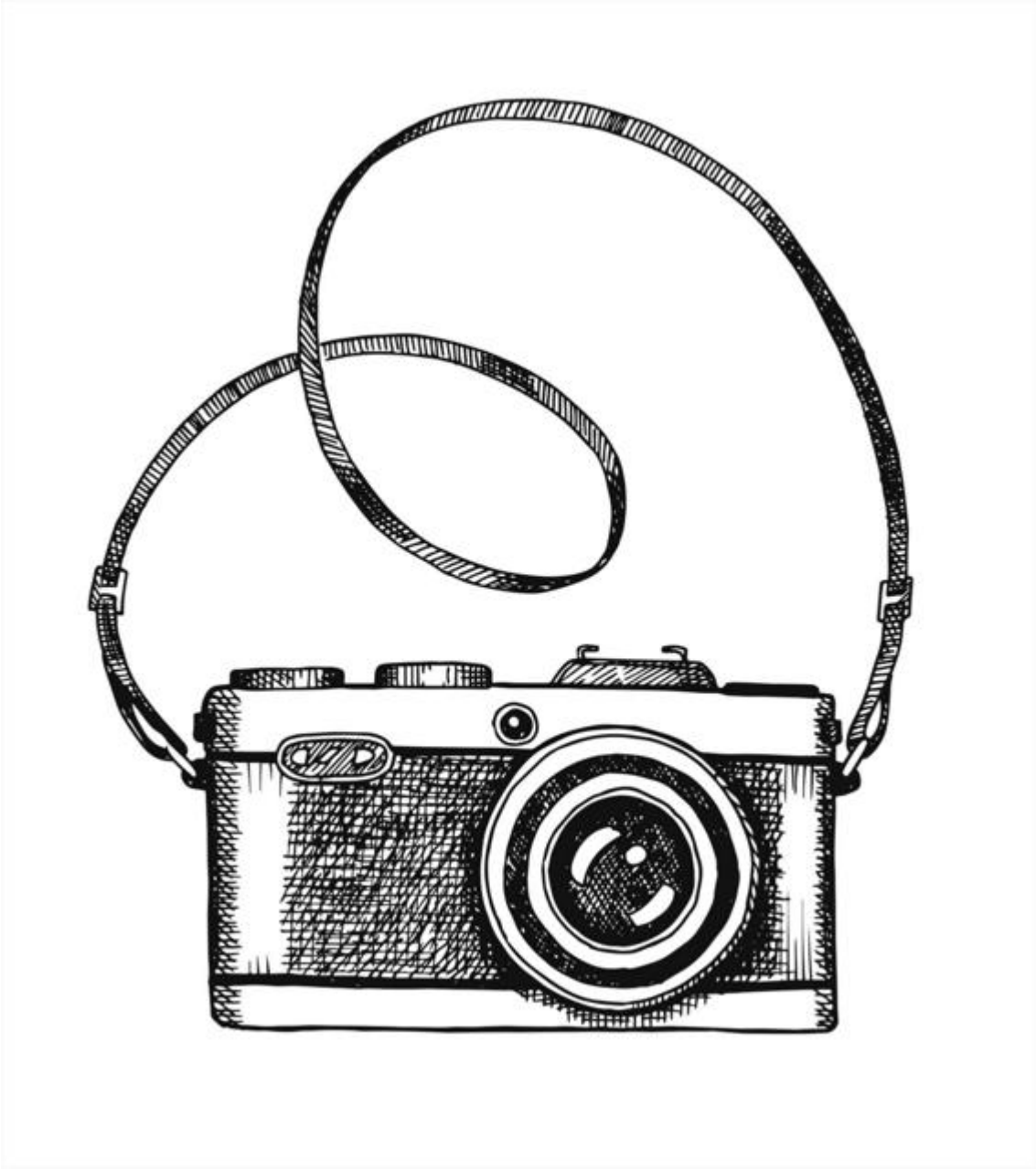


No sé por qué hemos acabado en el Joe's. Peor aún, no sé por qué sigo siendo amigo suyo. Dejamos de hablar por un motivo muy concreto. ¿En qué momento se me ocurrió pensar que me sentiría a gusto con ellos de nuevo?

A dos mesas, el periodista está trabajando en su MacBook, pero ni rastro de Holly. Obviamente no le voy a preguntar. En la barra diviso a Jay, el camarero que me caía mal, luego no, pero ahora no sé qué pensar porque me mira como si fuera alguien a quien se quiere cargar y está pensando en maneras de hacerlo sin dejar huella. Sería tan fácil como meter cacahuetes en mi comida. Lo de las alergias es un asco. Cualquiera puede matarte y no sería ni homicidio imprudente, solo un accidente. La culpa sería mía por no llevar un cartel gigante advirtiéndolo.

Al menos, la conversación que ahora mantienen mis «todavía» amigos —ya veremos cuándo vuelvo a dejar de hablarles— no es sexista, machista ni homófoba.

La campanilla de la entrada suena al abrirse la puerta y varios de los presentes nos giramos para ver de quién se trata. Todos vuelven a lo suyo inmediatamente, como si no les importara lo más mínimo. Dos de nosotros nos quedamos embobados. Uno soy yo y el otro seguro que adiviná is quién es.



18. Conversación pendiente

Holly

Cuando abro la puerta del Joe’s siento dos pares de ojos masculinos que me miran fijamente. Al llegar, mi padre me ha preguntado si podía entregar unos pedidos porque estaban con el personal justo.

De modo que he dejado a Jake redactando el artículo que va en el periódico de mañana y le conviene empezar. Yo quería ponerme con las fotos, pero no podía decirle que no a la persona que más quiero en este mundo, a pesar de castigarme sin trabajar —y, por lo tanto, sin propinas—.

Aunque tengo muy claro a quién me gustaría saludar, decido ignorarlo y paso frente a su mesa sin decirle nada, para sentarme al lado de mi compañero. Su sonrisa me deja claro que se alegra de que haya vuelto y le correspondo con una igual que la suya.

Enciendo mi portátil y le enchufo la tarjeta de memoria para empezar a descargar las imágenes. Seguro que tendré que descartar la mitad. Empiezo a clasificarlas porque, como siempre, mando unas pocas a Camden y las demás suelen ser para mí. Aunque, esta vez, la alcaldesa también quiere unas cuantas para el archivo y a los habitantes del pueblo les hará ilusión tener alguna en la que salgan ellos. Ahora bien, lo importante es lo importante. Primero, las que van a la redacción.

Jay me trae una limonada que no he pedido, pero me conoce y sabe que es lo que quiero ahora mismo. La deja sobre la mesa y se despide echando una miradita a Jake que no entiendo.

No me da tiempo a dar un primer sorbo cuando siento una presencia masculina a mi lado. Soy consciente de quién se trata sin necesidad de mirarlo. Emana alguna especie de feromonas que es imposible que mi cuerpo pase por alto.

—Holly, ¿podemos hablar?

—Estoy trabajando, Harris —respondo con la vista fija en la pantalla de mi portátil.

—Es importante —insiste.

Ahora sí lo miro. Error. Trago saliva. Su mano trata de alcanzar la mía, pero se lo impido. Ahora no es un buen momento para sentir ninguna chispa.

—Para mí lo importante es terminar esto y así poder ir luego a disfrutar un poco del concierto. Seguro que lo tuyo puede esperar.

Quiere responderme que no. Quiere decírmelo aquí mismo, delante de todos. Lo veo dudar, observarme a mí y a Jake y apretar los dientes. Entrelazo una mano con mi compañero para que él lo

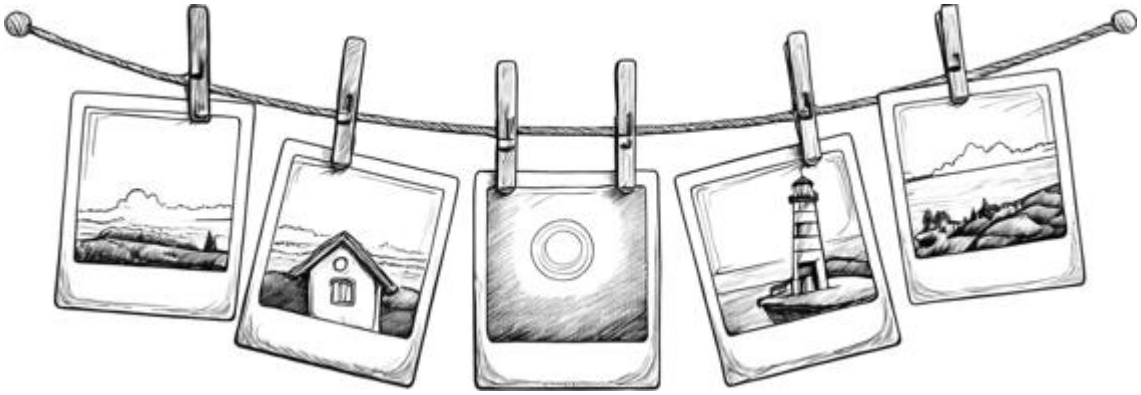
vea, pero, sobre todo, para darme fuerzas y no caer. Se va mostrando cada vez más abatido y aprovecho su debilidad para girarme hacia el rubio que se sienta a mi lado con cara de no estar muy de acuerdo con lo que estoy haciendo. Vuelvo a respirar con normalidad cuando Duncan se retira y regresa a su sitio. Mejor aún, sale del bar.

«Bien, una pequeña victoria».

—Holly —pronuncia Jake, soltándome la mano.

Alzo las cejas, animándolo a seguir hablando porque se ha quedado callado de repente. Menea la cabeza.

—Tú y yo tenemos una conversación pendiente, pero ahora hay que terminar esto.



Lo que quedaba de tarde ha pasado volando. Hemos aprovechado para adelantar trabajo y ya tengo las fotos seleccionadas para Camden, editadas y en su bandeja de correo. Mi compañero también tiene el artículo casi listo, a falta de añadir dos líneas sobre el concierto.

Al terminar, he dejado mi portátil en el despacho de mi padre y he acompañado a Jake a llevar sus cosas al hotel en el que se está quedando estas dos noches. Como vive en Portland, a poco más de tres horas de camino de aquí, decidió buscar alojamiento en el pueblo para llegar ayer por la noche y salir mañana a primera hora. Así podía descansar más porque el día de la feria es muy intenso y largo, y añadirle casi siete horas de viaje es una locura.

Es uno de los pequeños hoteles familiares que hay en el centro y, al sentirme reconocida por la recepcionista, sé que mañana volveré a estar en boca de todos por algo que no sé si habré hecho.

La habitación es pequeña, aunque tiene todo lo necesario para descansar y asearse cuando vienes aquí a pasar el día entero fuera, como ocurre en la mayoría de las veces. A East Harbor no viene turismo de alto nivel adquisitivo, salvo con los cruceros o la gente que tiene alguna casa de veraneo. Por eso no me extraña la simplicidad en el espacio.

—Holly, te he traído aquí para hablar de algo que me parece importante.

Su voz suena firme y me hace volverme hacia él, deteniendo mi inspección a esta estancia.

—Claro.

—Se nos quedó una conversación a medias y creo que deberíamos reanudarla.

Sé de qué habla. Del momento en que casi nos besamos y la competición estalló nuestra burbuja. Asiento. Se acerca a mí y toma mi mano para llevarnos al borde de la cama.

—Lo dije en serio. Siempre intento que Camden me mande a mí cuando tú eres la fotógrafa. Puedes preguntárselo, si quieres.

—No necesito hacerlo —aseguro con una sonrisa sincera—. A mí también me gusta coincidir contigo y el día de hoy habría sido muy diferente con otro periodista.

Ahora sonríe él. Su agarre de mi mano se torna más fuerte y su mirada, dura.

—¿Qué tienes con Harris?

—Lo que te he dicho.

Suspira y agacha la cabeza. Quizá esperaba otra respuesta, pero he sido bastante sincera. Bueno, igual he omitido el hecho de que estoy bastante colada por él, pero no tiene sentido ahondar en esos detalles porque es una relación sin futuro, ¿verdad?

—Holly, iba a besarte. Me gustas y querría intentarlo contigo porque eres una chica estupenda. —Alzo las cejas, pues no esperaba este ataque de sinceridad—. No estoy enamorado, ¿vale? No es eso

lo que estoy diciendo. Pero no quiero que pienses que lo único que busco es echar un polvo.

Me acaba de dejar sin palabras y completamente desarmada. Jamás ningún chico me había hablado de esta manera y me había considerado para algo más. Empiezo a sentir algo dentro de mí que no tiene nada que ver con lo que me produce cierto inglés en el que no debería estar pensado ahora mismo. Es una sensación cálida y agradable que me empuja a besarlo. Me inclino un poco hacia delante, sin embargo, su voz me detiene:

—Pero, si estás enamorada de otro, esto no va a funcionar. Y, aunque todavía no esté tan pillado, no quiero meterme en algo que pueda hacerme daño.

—No te preocupes por él, en serio. Se va a ir en unas semanas.

—Eso no es lo que necesito saber.

Su voz muestra seriedad y prudencia.

—Da igual lo que sienta por él —insisto—, no habrá nada. Ni ahora ni nunca. Tuvimos nuestra oportunidad, pero no lo vimos hasta que él se fue. No he sabido nada de él en siete años y estoy convencida de que cuando vuelva a irse, para siempre esta vez, dejaremos de hablarnos de nuevo. Volverá a ser un extraño por el que no siento nada.

Jake me observa con detenimiento, buscando algún resquicio de duda en mis ojos y me acojona que encuentre algo porque creo, con sinceridad, que este hombre es lo mejor que me ha ocurrido en años y no quiero dejarlo escapar. Podría enamorarme de él y ser feliz a su lado.

«No te lo crees ni tú».

«Cállate».

«Te estás engañando a ti misma. Te ha sentado fatal que Duncan haya participado con otra y, peor aún, que la haya besado».

«No necesitaba verlo».

«Sabes que es un error esto que estás haciendo, ¿verdad? No dejas de buscar excusas para alejarte de Duncan y ahora pretendes hacerme creer que no sientes nada por él. No nos hagas esto, no va a funcionar y perderemos un amigo».

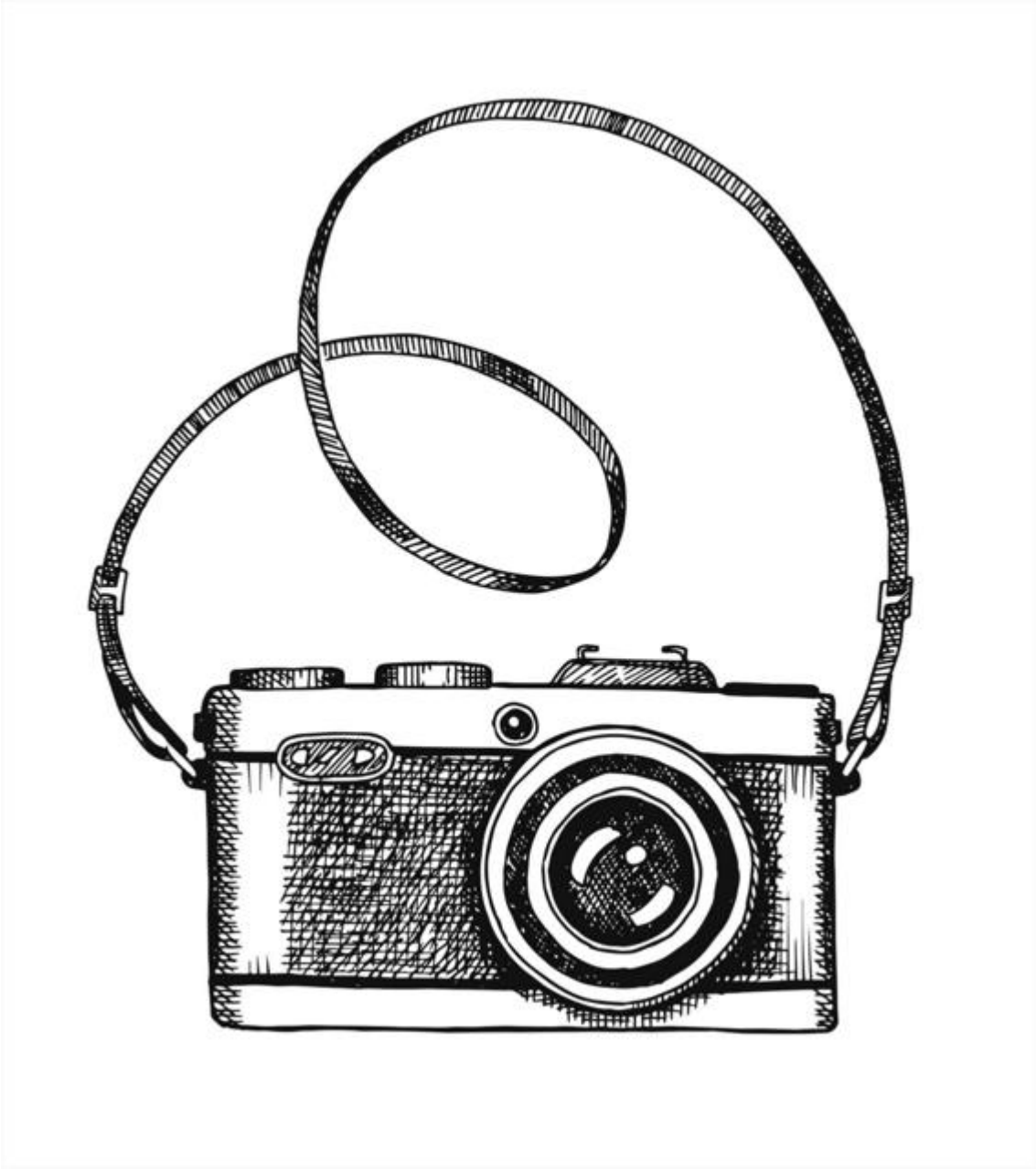
Decido apagar la voz de mi conciencia. ¿Esto es un error? Es posible, pero puede salir bien. Pondré todo mi empeño en que salga bien. Jake es todo lo que hace años busco en un hombre. Además, hay química, confianza, hemos estado tonteando desde hace meses… Seguro que me enamoro de él más pronto que tarde.

—A mí también me gustaría intentarlo —añado posando una mano en su mandíbula.

Su corta barba de varios días le da un aspecto de madurez irresistible y sus ojos azules me maravillan. ¿Cómo es posible que nunca me hubiera fijado en él? En serio, quiero decir, obviamente tenía muy claro que era un hombre bastante atractivo. Quizá porque pensaba que solo podría haber sexo entre nosotros, que es lo único que los chicos quieren de mí.

Su postura se relaja y yo lo atraigo para poder besarlo. No se resiste y es maravilloso. Aunque no sé cómo actuar en esta situación, lo natural para mí es enredarme en sus brazos, subirme encima de él y restregarme. Pero no hago nada de eso. Dejo que sea él quien me guíe y me encanta saber que lo único que espera de este momento es un simple beso y un par de caricias.

Salimos del hotel de la mano y con una sonrisa, ¿y a quién nos encontramos al salir? Correcto.



19. El primero

Duncan

Creo que, con suerte, he dormido media hora. El día de ayer fue una soberana mierda y me jode enturbiar los recuerdos que tengo de las ferias de verano solo porque en el actual me salió todo mal.

Siempre me pareció uno de los mejores días del año, Holly participaba conmigo en cualquier cosa que le propusiera y nos enorgullecía declararnos vencedores verano tras verano. Pensé, de manera ingenua, que lograría conectar ese sentimiento con ella y convencerla de participar. Creí que eso avivaría algo en nosotros y que, quizá, nos atreveríamos a soñar y a buscar el modo de estar juntos más allá de estas vacaciones. Pero no fue así.

Siguió imponiendo distancia entre nosotros como lleva haciendo desde que llegué, y he descubierto por qué. Sale con el jodido periodista. Y esta vez seguro que no me equivoco. Pasaron juntos todo el día, paseando cogidos de la mano, tonteando mientras estaba a punto de comenzar la carrera y, por si fuera poco, los vi salir de un hotel. Juntos. De la mano. Sonriendo. Felices.

Vamos, que habían estado follando para quitarse las ganas que acumularon durante todo el día.

Se acabó. Terminaré lo que tengo que hacer con la casa y me iré del pueblo. No necesito estar aquí para venderla.

—Buenos días —me saluda Gina robándome la botella de leche —. Tenías razón, la feria de verano mola un montón.

Hago una mueca que no le pasa desapercibida.

—Solía serlo.

—Has ganado y te has echado novia. No puedes quejarte.

La asesino con la mirada, pero ella no se inmuta. Sigue preparándose el tazón de leche con cacao y cereales de colores sentada en un taburete de la isla de la cocina.

—Tengo que cortar con ella.

—Pensé que no era tu novia —bromea.

—Y no lo es. Pero me gustaría dejárselo claro.

—¿Conseguiste hablar con Holly? —continúa, llevándose una primera cucharada a la boca. Por cómo me mira, ahora no hay rastro de burla.

—Ya no hace falta —zanjo. No le convence mi respuesta, pero no le permito seguir insistiendo porque salgo de casa.

Nada más abrir la puerta, me encuentro a la increíble vecina alejarse por el césped del jardín delantero y decido seguirla.

—Buenos días, espero haber salido bien en las fotos que nos hiciste con las medallas —pido al alcanzarla—. Quiero una para enmarcar.

—Te pasaré la mejor, aunque no prometo nada. Cuando los modelos son tan poco fotogénicos poco se puede hacer sin recurrir al Photoshop.

—Muy graciosa.

—Tengo que felicitarte por la victoria. La verdad es que, con Beth como pareja, no pensé que llegaras a lograrlo. Es un poco negada para el deporte.

—¡No me digas! —ironizo—. Tuve que buscarme un plan B porque la mejor no estaba disponible, ya que se encontraba coqueteando con cierto fotógrafo.

Holly se detiene y yo también. Pero aprovecho para quedar muy cerca de ella. Huele a vainilla y tiene su melena rubia húmeda secándose al aire libre.

—No quiero que estropees esto, Duncan. —Encajo el golpe porque no me esperaba estas palabras. Pensé que me seguiría el juego—. Él me gusta y es el primer chico que se fija en mí de verdad, no como un objeto de satisfacción personal. Alguien con quien tener una relación seria. ¿Sabes lo que significa eso?

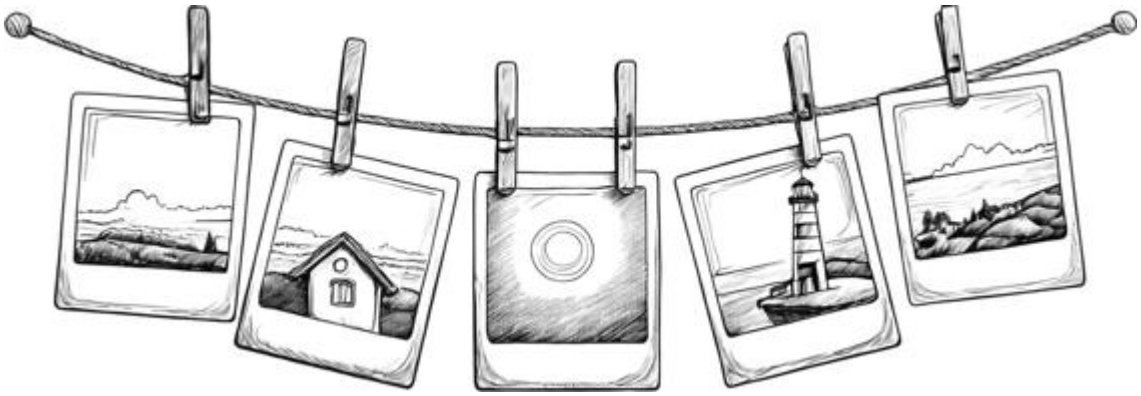
¿El primero? El primero fui yo, joder. Yo me fijé en ella, en su físico, en su carisma, en su bondad, en su afición por los deportes, en sus ganas de ir a contracorriente, en su interés genuino por todas las personas que la rodeaban. Debería explicarle lo equivocada que está, pero no puedo. Sus ojos me suplican que no lo mande a la mierda por un capricho de adolescente que va a morir en cuanto tenga que volverme a marchar. Porque hay muchas cosas que no sabemos, pero mi futuro próximo es de las más certeras que existen. Me reincorporo a los entrenamientos antes de terminar el verano para empezar la temporada en plena forma y no es algo que pueda retrasar. Ese momento llegará y nos volveremos a separar.

No puedo pedirle que se olvide de Mathews ni decirle que la amo. No es justo para ella ni tampoco para mí. No puedo quedarme y ella jamás dejará solo a su padre. Lo nuestro podría ser precioso, pero es imposible.

—Espero que seas todo lo feliz que te mereces. —Es lo único que acierto a decir, y ella me agradece en silencio que la deje marchar.

Me queman los dedos por detenerla y mandar a la mierda mis buenas intenciones. Porque debería luchar por Holly, demostrarle que yo la vi mucho antes que Jake y mucho antes de que los chicos de este pueblo la utilizaran a su favor. Demostrarle que podemos querernos y buscar una opción para nosotros porque un amor como este sobreviviría a cualquier situación. Me mata no hacer nada por retenerla y renunciar a la felicidad una vez más, volver a aprender a vivir sin ella.

Pero no hago nada porque la amo, la respeto y, de verdad, quiero que sea feliz. Y ahora mismo parece que lo es. ¿Quién soy yo para estropearlo?



Cuando llego al bar, aún está cerrado, pero percibo movimiento en el interior, así que golpeo la puerta para llamar la atención de alguien y el camarero que ayer quería matarme me abre con el ceño fruncido. Creo que aún no lo descarta.

—Todavía no estamos abiertos.

—Lo sé. Necesito hablar con Beth.

—¿Eres su novio y no tienes su teléfono?

Me paso una mano por la cara.

—No salgo con ella, eso es lo que quiero aclararle. No sé en qué momento lo pensó, pero…

—O sea, que vas a destrozarla —me interrumpe no muy conforme con mi explicación.

—No quiero hacerle daño, pero es que no hay nada, de verdad.

—¿Quizá porque estás enamorado de otra? —tantea. Es demasiado listo.

—Sí, pero ella me ha dejado claro que no quiere nada conmigo y no voy a utilizar a tu hermana para olvidarla.

Creo que me gano su confianza al pedirme que entre. Diviso a Beth en una mesa cerca de la puerta y su mirada me hace entender que lo ha oído todo.

—Jay me comentó que sería imposible que te fijaras en mí, pero tenía que intentarlo —explica cuando me siento frente a ella.

—Lamento haberte dado esperanzas.

—No, no lo has hecho. En ningún momento me has dado a entender nada. Soy yo, que me hago ilusiones muy rápido —admite encogiéndose de hombros—. Holly es buena chica.

—¿Cómo…? ¿Cómo sabes que es ella?

—Por favor, no la perdías de vista.

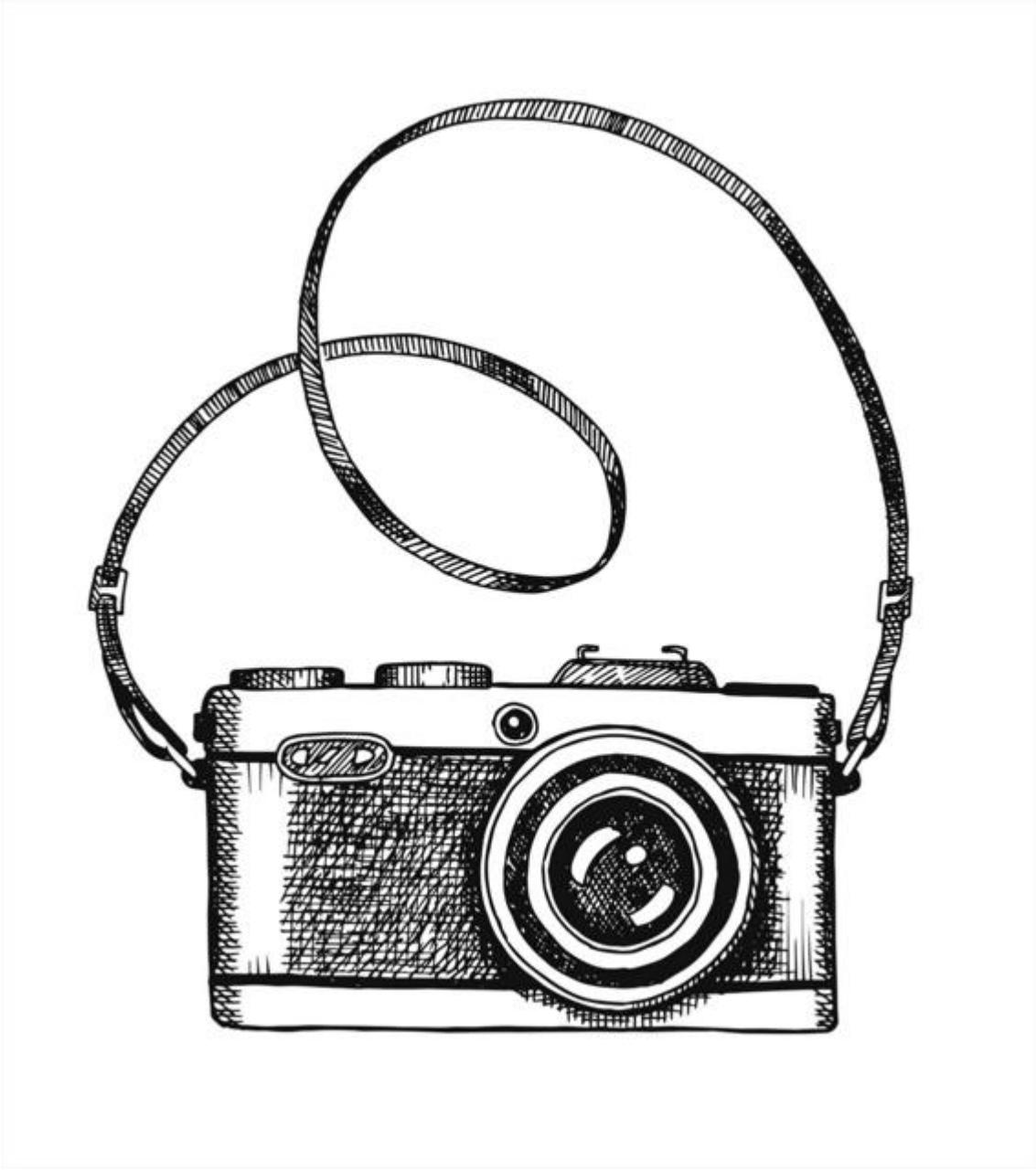
Asiento y me dejo caer hacia delante.

—El destino no deja de alejarme de ella. Supongo que será su manera de decirme que no tenemos que estar juntos.

—¿Y qué tal la chica que te ayudó a conseguir la victoria ayer? Quizá el destino te esté diciendo algo con eso —insinúa alzando las cejas varias veces.

—Beth…

—Es broma —añade guiñándome un ojo.



20. Querías que te encontrara

Holly

Las pulsaciones me van a mil y siento que el corazón se me va a salir del pecho. Tengo la cara empapada en lágrimas y me tiembla

todo el cuerpo, incluida la mano que uso para sujetar el móvil en la oreja.

—¿Holly?

—Jake, necesito verte.

—¿Ahora?

—¿Puedes venir? —imploro.

Agarro el aparato con tanta fuerza que temo romperlo.

—Ahora mismo, no, cielo. Estoy bastante ocupado y date cuenta de que son tres horas de camino. Ayer volví a Portland y estoy exhausto. No contaba con conducir a East Harbor hasta mi próximo día libre. —Ahogo un sollozo porque lo último que quiero es que venga por lástima—. ¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes. Son muchas horas…

—Luego te llamo, que tengo mucho lío.

Cuelgo y no puedo detener más el llanto. Me sorbo los mocos y me limpio las lágrimas a manotazos. No quiero llorar. Termino de llegar a mi escondite, ese que antes era «nuestro», y me siento en la roca.

Llamadas y mensajes de diferentes personas llegan en cascada y no puedo hacer otra cosa que apagar el teléfono. Ahora mismo no me apetece hablar con nadie.

La última vez que vi a mi madre tenía siete meses y ocho días. No la recuerdo, no la conozco y no tenía derecho a presentarse así, como si nunca se hubiera largado.

Debido a que se habían suavizado las cosas, mi padre accedió a dejarme volver a trabajar, con la condición de no servir a los Harris. Estaba pletórica recogiendo una mesa cuyos comensales me habían dejado una propina bastante elevada cuando oí que alguien preguntaba por mí. Era una hora tranquila y había pocas mesas. Me di la vuelta y una mujer de entre cuarenta y cincuenta años se acercó a mí.

—¿Eres Holly?

—¿Puedo ayudarla en algo?

Pareció extrañada ante esa pregunta, como si no se la esperase.

—¿No sabes quién soy?

Arrugué el ceño y la observé de arriba abajo, pero no me sonaba su cara, así que negué, moviendo la cabeza de lado a lado.

—Ahora mismo no caigo, lo siento.

—Soy tu madre.

Se me heló la sangre de repente y me paralicé. Cuántas veces deseé de pequeña que mi madre regresara. Seguro que tenía una buena explicación. Desde mi más pura inocencia quería perdonarla, la necesitaba. Pero entonces era tarde.

—No tengo nada de que hablar contigo —me obligué a decir mientras hacía como que seguía trabajando.

—Sabía que no iba a ser tan fácil. —Seguía hablando, aunque yo no mostrara ninguna intención de escucharla—. Tengo cáncer. Los médicos dicen que me quedan unos meses de vida y quería verte una última vez.

Se me cayó una montaña de platos al suelo y el estruendo llamó la atención de los pocos clientes que había en ese momento y de la camarera que compartía turno conmigo.

—¿No te has parado a pensar que yo quizá no querría verte? Para mí no existes. No eres mi madre. ¿Sabes quién sí lo es? Papá. Él ha hecho de madre, así como todos los vecinos de este pueblo que han cuidado de mí durante años. Tú solo eres una egoísta que únicamente pensó en sí misma. La gente como tú debería nacer estéril antes de joderle la vida a los demás.

—No sabes lo que ocurrió.

—No hay excusa para abandonar a una hija de tan solo medio año de vida sin dar una maldita explicación. Una cosa es que tengas que ausentarte temporalmente por un motivo de peso y mantener el contacto. Tú te arrepentiste de tenerme. Por mí, puedes morirte ya mismo.

—Holly —sollozó.

—Ni te atrevas a darme lástima —escupí justo antes de darme la vuelta y salir corriendo calle arriba sin parar. No me detuve cuando alguien se interesaba por mí al verme. No quería saber nada de nadie. Corrí hasta que llegué aquí.

Mi padre no guarda fotos suyas y está tan deteriorada por la enfermedad que cuesta reconocer en ella cualquier parecido conmigo. Lo poco que sé de la historia es que mis padres eran muy jóvenes. Él nunca me contó nada más y yo llegué a perder el interés por conocer más detalles. Si ella no quería saber de mí, ¿por qué iba a querer yo saber de ella?

Me pasé años culpándome porque seguramente habría sido un bebé horrible de esos que no paran de llorar. Se hartó y se largó. Pero nada de esto es mi culpa. Solo suya. De pequeña, y no tan pequeña, tejí una historia, porque tenía que haber una razón. Aunque con el paso de los años acabé desistiendo. Mi madre no me quería y debía empezar a asumirlo. Me dolía cuando mis amigas hacían planes con sus madres, las acompañaban a comprar sujetadores, compresas o las ayudaban con cualquier tema. ¿Os imagináis eso con un padre?

Os avanzo que mi adolescencia fue muy complicada y, como ya he mencionado anteriormente, este pueblo me salvó. Porque tuve que ir sola a la farmacia el día que me bajó la regla por primera vez, esperé a que se despejara y me metí en el pasillo de los productos de higiene femenina. Para mi sorpresa, había demasiados artículos y no tenía ni idea de lo que necesitaba. Cogí varios de distinto tipo y me acerqué al mostrador. Mi idea era comprarlos todos, pero la chica se apiadó de mí, me dio uno de los paquetes y me pidió que pasara al baño a cambiarme. Se enteró todo el pueblo, porque a estas alturas ya sabéis lo rápido que corren los rumores aquí, y algunas mujeres pasaron por casa para darme una charla explicativa sobre qué le estaba ocurriendo a mi cuerpo. Una, incluso, se aventuró a advertirme que podría quedarme embarazada si no tenía cuidado.

Tampoco os creáis que fuera tan ingenua. En clase nos habían enseñado algunas cosas, pero en casa no se hablaba de estos temas, así que agradecí pertenecer a una comunidad como esta en la que todos nos apoyamos entre nosotros. De la misma manera que yo he ejercido de niñera sin que nadie me pagara nada. Me invitaban a un helado o me compraban mi revista favorita y me daba por satisfecha.

Desconozco el número de horas que llevo aquí sentada, viendo el puerto de East Harbor por este pequeño, improvisado y desconocido mirador que Duncan y yo hicimos nuestro, cuando oigo unos pasos acercándose.

—¿Estás bien?

Asiento. Él da unos pasos más hacia mí y percibo su cercanía como lo más agradable del mundo.

—Si te has escondido aquí es porque querías que yo te encontrara.

—No «tú», pero sí «alguien» —contraataco, porque es verdad, quería que fuera él quien me encontrara, aunque no lo voy a admitir en voz alta.

Duncan niega con una sonrisa en los labios y se sienta en su lado de la roca.

—Echaba de menos esto —confiesa en un suspiro.

—¿No has subido en estas semanas?

—¿Qué sentido tendría hacerlo si no ibas a estar conmigo? —pregunta con una mirada intensa que hace que me burbujee el estómago—. ¿Tú has venido aquí sin mí?

—Una vez. Me di cuenta de que me faltaba algo —admito.

El silencio nos envuelve y nuestras miradas se enganchan. Como si fuera magia, se borra todo mi dolor de un plumazo. Mi corazón se acelera y las mariposas regresan, igual que aquella tarde de 2017 en que mi vida se rompió. Noto sus labios cada vez más cerca de los míos y deseo de verdad que me bese, pero gana mi cordura.

—No lo hagas —suplico con un hilo de voz.

Percibo la frustración y la desesperación en su rostro, pero se aparta. Vuelve su vista al frente y yo me reprendo mentalmente por haber dicho eso.

—Lo siento, es verdad, tienes novio.

—No es por él… —me muerdo la lengua porque no estoy muy segura de que sea conveniente darle tanta información.

—¿Entonces? —exige saber.

—¡Por ti, Duncan! —exclamo señalándolo, y me levanto—. Porque no sé si te acuerdas, pero es este mismo sitio en el que me

besaste antes de marcharte para no volver a dar señales de vida nunca más.

Se levanta él también y se acerca a mí. Mucho. Tanto que todas las células de mi cuerpo son conscientes de su proximidad y se sincronizan para provocar multitud de respuestas.

—¿Crees que ha habido un solo día que lo haya olvidado? —pregunta con la voz tomada.

—No lo sé, dímelo tú. Porque a mi entender te olvidaste de mí nada más poner un pie en el avión.

Se cubre la cara con ambas manos y niega.

—Me temblaba el pulso al seleccionar tu contacto, así que llamé a Mike primero para quitarme los nervios y me contó que estaba enamorado de ti. —Resopla—. No le vi sentido a mantener la comunicación contigo, tenía que apartarme y olvidarte.

—¿Lo conseguiste? —suplico saber, y siento como me tiembla el labio.

Niega con la cabeza sin apartar sus preciosos ojos pardos de mí.

—Pues vaya manera de mandar a la mierda nuestra amistad.

—Yo también estaba destrozado.

—No me hables de dolor. Mi madre me abandonó, luego tú…

—¡Me tuve que ir! —exclama alzando los brazos.

—Pero yo me quedé aquí esperando una llamada o un mensaje de texto que nunca llegó. Me sentía sola, triste, dolida… y no podía compartir mi malestar contigo porque decidiste que yo no era importante para ti.

—Eso no es verdad.

—¡¿Y qué querías que pensara?! —le reclamo desesperada.

Lo veo rumiar la respuesta, pero no pienso quedarme a esperar. Doy media vuelta y me pongo en marcha.

—Lo siento, ¿vale? —grita para que le oiga—. Me equivoqué. ¿Podemos dejar eso atrás y empezar de cero?

Me reiría si me quedaran fuerzas. El momento ha sido demasiado intenso y ha habido confesiones que no esperaba. Necesito procesar todo esto.

—No me gusta hablar de ello, pero mi padre era un monstruo. —Freno y abro los ojos al descubrir cuál de todos los rumores que han

corrido sobre los motivos de su huida era cierto—. Mi madre… —se calla y no estoy segura de que vaya a continuar.

Sin ser consciente de ello, me doy la vuelta y avanzo un par de pasos.

—No hace falta que me lo cuentes, creo que ya sé lo que me vas a decir. Lo siento mucho —añado suavizando mi voz.

Él sacude la cabeza y vuelve a posar los ojos sobre mí.

—Entonces… —tantea con la enorme esperanza de que esa explicación sea suficiente.

—Duncan, entiendo que tuvieras que irte. El motivo es lo de menos. Lo que me destrozó fue que rompieras tu promesa y te olvidaras de mí.

Asiente dolido y con una tristeza enorme en los ojos. Decido girarme y reemprender mi marcha, ya que parece que está todo dicho.

—Me ha explicado Joe que tu madre se queda en un hotel y no te molestará. Estará por aquí un tiempo y luego se marchará a donde sea que viva. Pero entiendo que prefieras irte a casa de tu novio.

Sus palabras vuelven a detenerme.

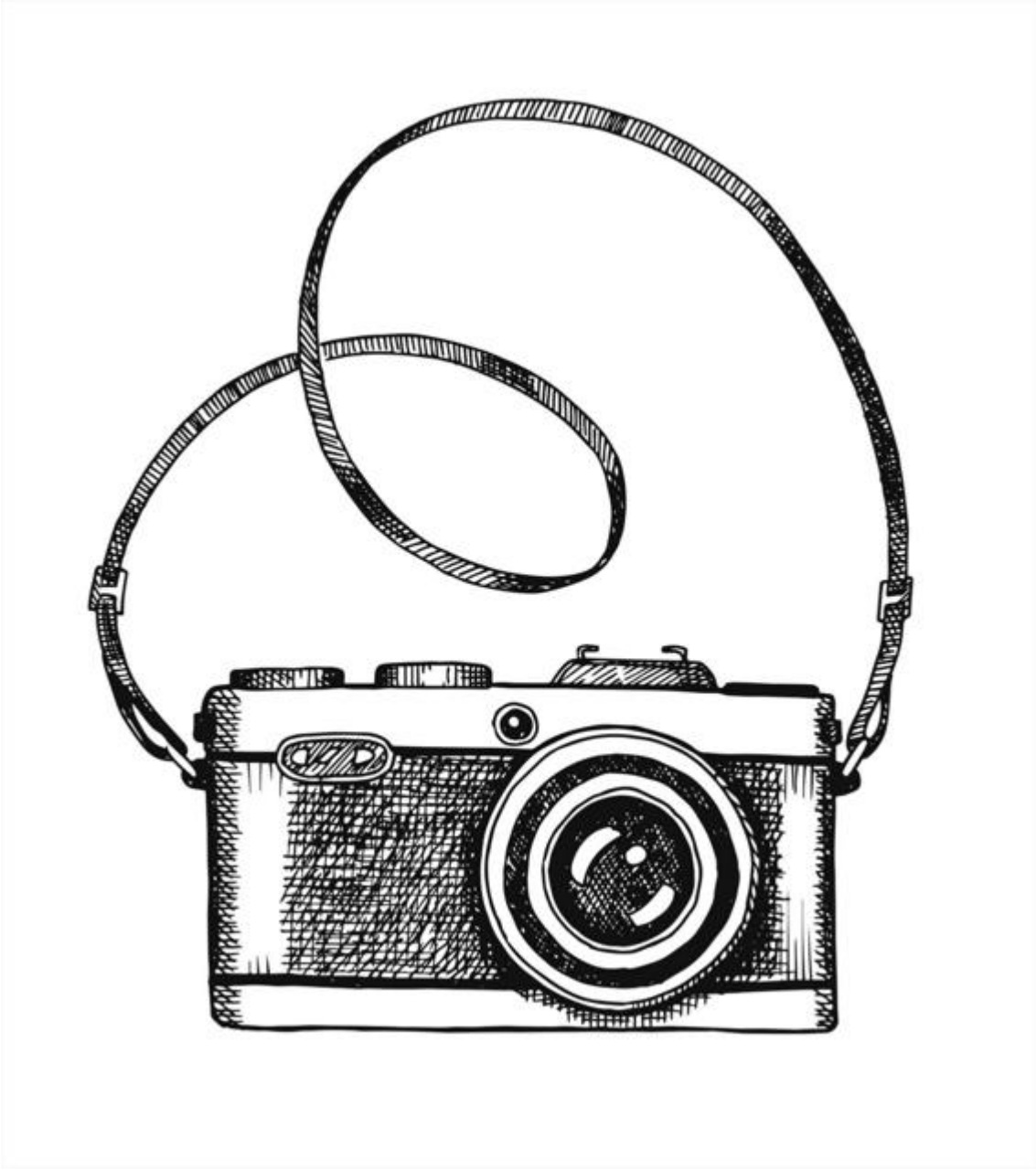
—No voy con él —murmuro cuando lo noto justo detrás de mí—. Lo he llamado y está demasiado ocupado para perder tres horas de camino hasta aquí y otras tres de vuelta.

Su mano se apoya en mi hombro y se desliza por el brazo hasta entrelazar nuestros dedos. Suspiro profundamente y se me encoge el estómago.

—Yo conduciría seis horas cada día si con ello pudiera verte cinco minutos, Holly —susurra en mi oído, y mi interior se derrite.

Cierro los ojos echándome hacia atrás. Duncan me abraza por la cintura y siento sus labios sobre mi hombro.

—Ojalá fuera tan fácil —me obligo a decir, tras lo cual salgo huyendo sin que me lo impida.



21. Un amigo haría esto

Duncan

La vida está llena de decisiones que tenemos que tomar. Unas nos harán mejores personas y otras, todo lo contrario. Como ahora, que podría aprovecharme de la situación, de su vulnerabilidad, para

apartar a Mathews. Pero decido que ahora mismo lo único que puede unirme a Holly es la amistad, si logramos rescatarla. Y un amigo haría esto.

—*Maine Herald,* buenas tardes.

—Hola, soy Duncan Harris. ¿Podría hablar con Jake Mathews?

—Un momento, no cuelgue, por favor.

Me pone en espera y alguna melodía cutre suena por el altavoz. Pasan varios minutos y empiezo a desesperarme.

—Me confirman que el señor Mathews no se encuentra en la redacción. Puede llamarlo en otro momento o puedo pasarle con un compañero suyo de deportes.

—No, no, mire, es urgente. Y tiene que ser con él. Es un tema personal.

—Entonces quizá pueda localizarlo en su móvil privado.

—Pero es que no tengo su número.

—Ahm, vale. Un momento, no cuelgue.

«Aaaaaaaargh».

Pensé que sería más fácil. Por suerte, esta vez la espera es mucho más corta.

—Señor Harris, me indica su jefe que avisará para que lo llame. Dice que ellos ya tienen su número. ¿Es correcto?

—Así es.

—Muy bien, pues en breve el señor Mathews se pondrá en contacto con usted.

Cuelgo y me quedo mirando el teléfono a la espera de que el periodista que me caía mal y que ahora me cae aún peor decida llamarme. Normalmente los periodistas no tienen mi número, ya que de contactar con ellos se encarga mi representante. Pero aquí iba a estar un mes y con un número americano que solo usaría estos días, así que les aseguré que podían llamarme a mí directamente.

Mathews no se hace de rogar y el móvil vibra entre mis manos apenas un minuto después.

—¿Harris? Me han dicho que era un tema personal y urgente. ¿Es por Holly? ¿Está bien?

—Creo que deberías venir.

—¡Mierda! Me ha asegurado que se encontraba bien.

—Te ha mentido para no hacerte sentir mal. ¿Alguna vez te ha hablado de su madre?

—Ahora que lo dices…, nunca la ha mencionado.

—La abandonó cuando era un bebé y ahora ha vuelto a aparecer porque se está muriendo.

—¿Qué? ¡Joder!

—Mira, eres mayorcito, pero creo que, si no vienes, lo vuestro tiene los días contados.

Lo oigo resoplar varias veces. Está claro que lo estoy metiendo en un aprieto porque tiene algo que no puede dejar y son unas cuantas horas de camino. Pero, como le he dicho antes a ella, ojalá lo que me separara a mí fueran tan solo tres horas y no un océano entero. 3536 millas, para ser más exactos.

—Está bien, gracias.

Cuelga y no me queda claro si aparecerá por aquí o no, aunque eso ya no es cosa mía. Mi trabajo ha terminado.

Cuando entro en casa, me sorprende no ver a nadie. Voy hasta la nevera para servirme un vaso de agua y me llegan voces desde el exterior. Abro la puerta de la cocina, me asomo al jardín trasero y me encuentro a mi madre y a Gina charlando con Joe. Me llaman para que me acerque, pero mis ojos me delatan buscando desesperadamente la presencia de Holly.

—No está —confirma mi madre, como si me acabara de leer el pensamiento.

Me siento junto a ellos.

—Ya me contarás el secreto, muchacho —pide Joe palmeándome la espalda.

—¿Cuál?

Él sonríe, mi madre sonríe y Gina también. Me gustaría saber qué me he perdido.

—Cómo encontrarla cuando desaparece. Me vendría bien esa información cuando te vayas.

Me siento incómodo ante esa confesión y él carraspea, lamentándose por hablar de más.

—Es un lugar secreto —afirmo sin mirar a nadie en particular—. Pero, según he entendido, no va a volver. ¿Ya había desaparecido otras veces? —pregunto a Joe directamente.

—Una vez. La buscamos por todas partes, recorrimos varias carreteras. Prácticamente todo el pueblo la buscó y nadie la encontró. Yo estaba al borde del infarto cuando apareció por casa como si nada. —Hace una pausa que nos permite recomponernos porque casi nos quedamos sin aliento con el relato—. Fue poco después de que os tuvierais que ir.

Supongo que esa fue la vez que Holly me ha contado que subió sin mí a nuestro refugio y, al no encontrarle sentido, regresó. Pero, si nadie aquí conocía ese lugar, me parece lógico que todos se volvieran locos buscándola.

Toda la atención está puesta en mí, aguardando mi respuesta, y yo siento demasiada presión porque no sé qué cosas debería callarme.

—Puedo enseñarte cómo llegar, pero no creo que haga falta. No irá. Ya se encargará su novio de que no necesite escapar.

—¿Qué novio? ¿Mike? —quiere saber.

Me froto la mano por la cara. Eso tendría que habérmelo callado porque, encima, he sonado molesto y he quedado como un novio celoso cuando no soy ni lo uno ni lo otro.

—No es él. —No me pasa desapercibido el suspiro de alivio—. De todas formas, no es algo que deba contarte yo.

—Ya se te han adelantado… —murmura Gina con cierta desilusión en la voz.

—Nunca fui una opción, Mocosa.

—El otro día me preguntó si tenías novia. Eso tiene que significar algo —añade guiñándome un ojo.

—Desde luego que no lo preguntó porque ella estuviera interesada en ocupar ese puesto.

—Lástima —masculla Joe.

Lo miro alzando una ceja. Mi madre no se pronuncia en este tema, pero me da que se inclina a pensar como el vecino, y Gina está dando palmaditas.

—Creo que no es ningún secreto, muchacho, me haría muy feliz que Holly estuviera contigo. No se me ocurre a nadie mejor que tú como yerno.

—¡Anda! Ya no le tienes que pedir su mano —se burla mi hermana, y mi madre se ríe.

—No creo que eso sea necesario —responde Joe.

Los miro a todos ellos, que sonríen con complicidad. Me siento a gusto y me alegra poder ser yo mismo sin tener que medir mis palabras ni guardarme mis sentimientos para mí.

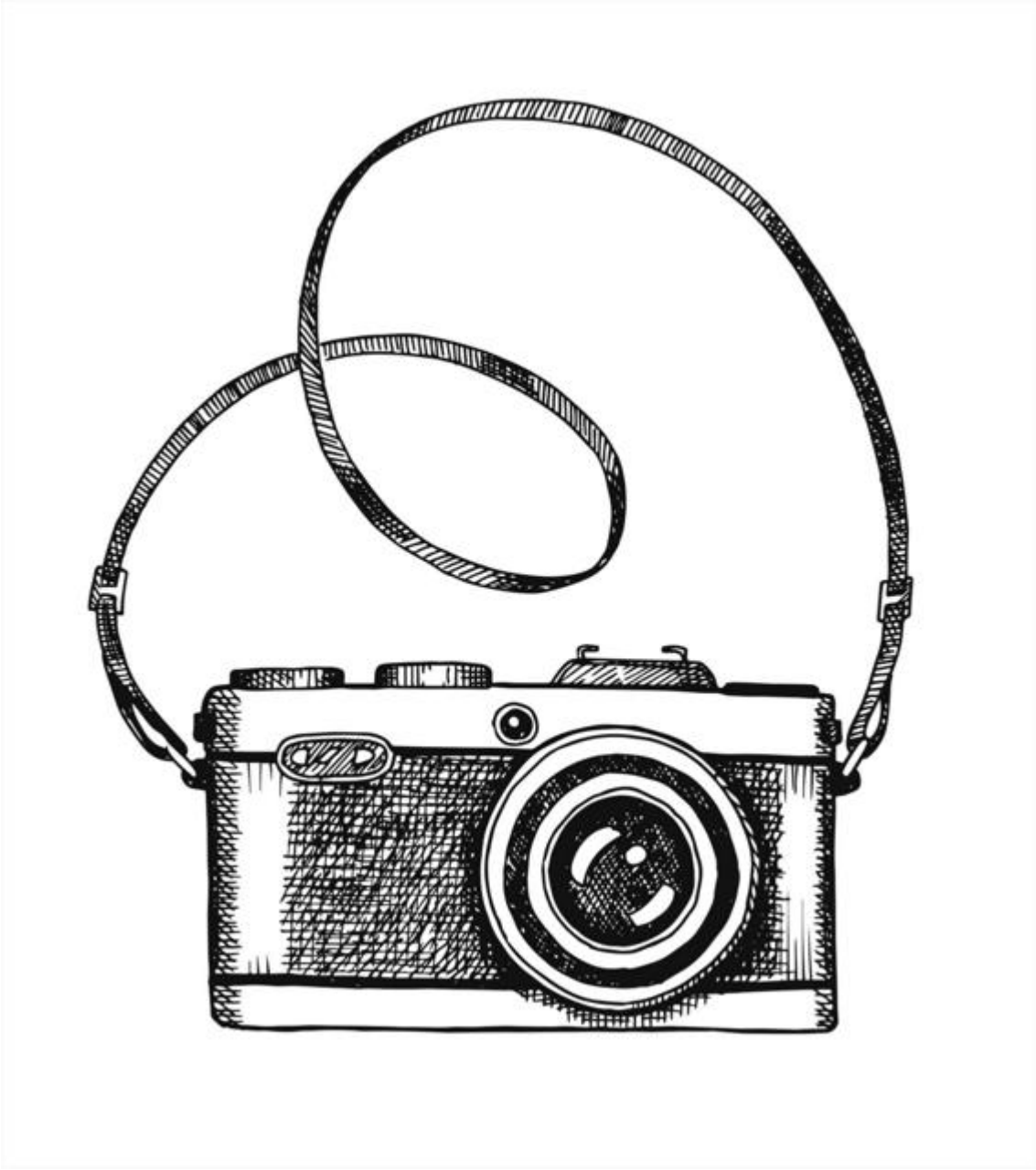
—Ah, que ya habéis arreglado una boda concertada —intervengo siguiendo la broma.

—No nos obligues a ello —dice el vecino con una mano sobre mi hombro.

—No depende de mí.

Esta vez mi voz suena seria de nuevo y deja entrever el dolor que me produce este asunto. Porque llevo años enamorado de ella, porque percibo que Holly siente lo mismo por mí, pero levanta un muro entre los dos que cada vez parece más alto. Porque, siempre que logro acercarme a ella, ocurre algo y vuelve a imponer esa distancia entre nosotros.

Me levanto, me disculpo y me despido de ellos. Debería entrar en casa y tratar de dormir un poco para levantarme temprano y salir a correr. Debo mantener un mínimo de ejercicio físico o la vuelta a los entrenos será un infierno.



22. Voy a acabar jodidísima

Holly

«Yo conduciría seis horas cada día si con ello pudiera verte cinco minutos, Holly». No puedo olvidar sus palabras, su tacto, ni las sensaciones que me asolaron cuando sus labios besaron la fina piel

de mi hombro. Es como si se hubieran quedado tatuados ahí porque los sigo sintiendo. Desearía haberme dejado llevar, pero, si consiento ser arrasada por Duncan, no podré volver a vivir sin él. Porque esta vez todo se ha magnificado. Ni somos unos adolescentes que no sabemos nada de la vida, ni sería un simple beso de niños inexpertos. Sería algo mucho más grande e imposible de olvidar.

Anoche, un rato después de oír como todos parecían estar de acuerdo en una relación que jamás sucederá, apareció Jake por sorpresa. Estaba a punto de dormirme cuando llamaron al timbre. Mi padre, que seguía en la planta baja viendo algún partido en la tele, abrió y se le desencajó un poco la cara.

Le expliqué quién era, aunque no sabía muy bien cómo definir nuestra relación, pero entendió que se trataba del novio que Duncan le había mencionado, a traición, que tenía.

Jake me contó que lo había dejado preocupado y que había venido solo para ver cómo me encontraba. Me resultó tan tierno en ese momento que lo invité a quedarse la noche para que pudiera descansar un poco antes de volver a coger el coche. Le presté algo de ropa cómoda y le conté lo que había ocurrido con mi madre. Me abrazó y nos quedamos dormidos hasta esta mañana.

El desayuno es extraño y reina un silencio bastante incómodo. Mi padre no está muy acostumbrado a que traiga a chicos aquí, pero Jake no es un chico cualquiera, es algo así como mi novio. Alguien con quien me gustaría tener una relación seria. Me cuesta adivinar si le gusta o no el que he elegido como pareja.

Unos golpes suaves en la puerta de la cocina nos sacan a los tres de nuestros pensamientos. Aunque, cuando descubro de quién se trata, siento un burbujeo en el estómago al recordar las sensaciones de ayer.

—Buenos días —saluda Duncan entrando con una caja en la que se aprecia el logo de la *bakery* del pueblo—. Traigo unos *sticky buns.* Por cierto, me he encontrado con Madison y está preocupada por ti, le gustaría hablar contigo.

Hay un duelo de miradas entre él y Jake que menos mal que los cuchillos que se lanzan son imaginarios porque, si no, ambos

estarían muertos ya. Hasta mi padre lo ha notado.

—Luego la llamo. Gracias —tercio mientras recojo la caja y la dejo sobre la mesa—. ¿Quieres quedarte?

«Por favor, di que no. Por favor, di que no».

—No, gracias. Tengo mucho trabajo en casa. Vamos a empezar las obras. —«Gracias a Dios»—. Bueno, me alegro de verte mejor.

—Estaré mejor cuando esa mujer se largue del pueblo.

—¿No vas a hablar con ella? —se interesa.

—¿Para qué?

Se encoje de hombros.

—Quizá te ayude. No digo que la perdones, algunos padres hacen cosas imperdonables. —Se me contrae el estómago al mencionar eso. Sé que se refiere al suyo y que tampoco lo pudo perdonar—. Pero puede que te ayude a cerrar esa herida. Ojalá yo hubiera podido tener una última charla con él. O no, no sé… Ya tuve demasiadas.

—Si te sirve de consuelo —interviene mi padre—, Bill no dejó de ser Bill nunca. Hay gente que cambia cuando la muerte acecha, pero él no era de esos. —Duncan asiente—. Quizá Bonnie sí lo sea —añade mirándome a mí.

Rebufo. El vecino inglés se despide con su encantador e irresistible acento y sale de la cocina para entrar en su casa.

¿Dije que el silencio de antes era incómodo? Pues este lo es más.

Mi padre decide irse para dejarnos solos y no sé si sentirme aliviada o todo lo contrario, porque presiento que la conversación que se avecina no será la más liviana que haya tenido nunca.

—Tu vecino me contó lo de tu madre y me pidió que viniera —suelta tras dar el último sorbo a su café.

—¿Qué? ¿Por qué?

—¿No es evidente?

Le mantengo la mirada tratando de no parecer que escondo algo.

—Creo que me precipité con esto. Me gustas mucho, pero no quiero involucrarme, empezar a quedar contigo, sentir cosas y que acabes yéndote con él.

—Eso no va a pasar.

—Pues yo tengo bastante claro que sí.

—¡No! —exclamo—. Ya te lo expliqué, él se va a ir.

—La respuesta correcta era que no estás enamorada de él, algo que nunca has dicho. —Me dejo caer sobre la mesa—. Mira, si quieres, cuando termine el verano, si no te has ido con él —pongo los ojos en blanco—, podemos retomar lo que sea esto. Pero no tiene sentido meterme en medio sabiendo que voy a perder.

—No te metes en medio de nada y no vas a perder.

—Dímelo en un par de semanas.

—Te lo diré —aseguro con mucha confianza.

—Vale, pues esperaré tu mensaje.

Resoplo. Y gruño.

—Me parece increíble que estés cortando conmigo y ni siquiera hayamos follado. —Necesito recurrir al humor para aligerar este cóctel de emociones que estoy sintiendo ahora mismo—. Eres el primer tío que no me ve como un trozo de carne.

—Me da a mí que el primero no soy —rebate con un movimiento de cabeza hacia la casa de al lado, por donde ha desaparecido Duncan.

Mi cabeza no para de repetir su nombre porque, joder, ¡es verdad! Duncan me vio mucho antes que él. Duncan siempre estuvo ahí y todo este tiempo ha tratado hacerme entender por activa y por pasiva que yo le importo más que los rumores que puedan haberle llegado. Sean ciertos o no. El cóctel que trataba de aligerar se densifica de nuevo y se desborda.

Jake se despide de mí con un abrazo y yo aprovecho para besarlo por última vez. Porque, aunque me haya pedido que lo intentemos más tarde, sé que eso no ocurrirá. Sé que no seré capaz de enamorarme de él ni ahora ni en seis meses ni en cuatro años. No quiero jugar con él.

Fui una ingenua pensando que esto podría funcionar. Solo trataba de poner más excusas para no estar con Duncan, lo cual fue una cagada monumental que podría haber acabado con nuestra amistad. Ha tenido que aparecer mi madre, como una bomba emocional, para darme cuenta de que Duncan es el único con quien yo querría atreverme a tener una vida en común.

No fui a nuestro refugio para que él me encontrara, solo quería tener un momento para mí. Sabía que, cuando el pueblo entero se hubiera hartado de buscarme, Duncan vendría. Yo habría tenido tiempo para pensar y para llorar, para recuperarme. Lo que no esperaba era que todo se pusiera tan intenso entre nosotros, que confesáramos tantas cosas, nos reprocháramos errores del pasado, ni mucho menos esperaba sentirme tan querida como me sentí ahí arriba, en ese lugar tan mágico para nosotros. A punto estuve de mandarlo todo a la mierda y besarlo. Pero antes necesitaba aclararme y hablar con Jake. Algo que no ha hecho mucha falta porque ya lo ha hecho él.

Abro el grupo que mantengo con mis amigos, en el que ayer me amenazaron con matarme ellos mismos si no daba señales de vida y yo solo pude responder que estaba en casa. Al final esto es East Harbor, todo el mundo se enteró en cuestión de minutos de que ya había aparecido.

Yo:
Jake me ha dejado. Ni una semana hemos durado.

Madison:
Ah, pero ¿estabas saliendo con él?

Jay:
Ya te vale. Nosotros preocupados por si te habían secuestrado, violado y asesinado y tú por ahí montándotelo con el periodista.

Yo:
Ni siquiera nos hemos acostado.
Y ayer no estaba con él, sino con Duncan.

Madison:
Espera, que esto se pone interesante.

Yo:
No hay nada que contar.

Jay:
¿Pretendes que nos lo creamos?

Yo:
Casi nos besamos.

Madison:
¿Ves? ¿Qué más?

Resoplo.

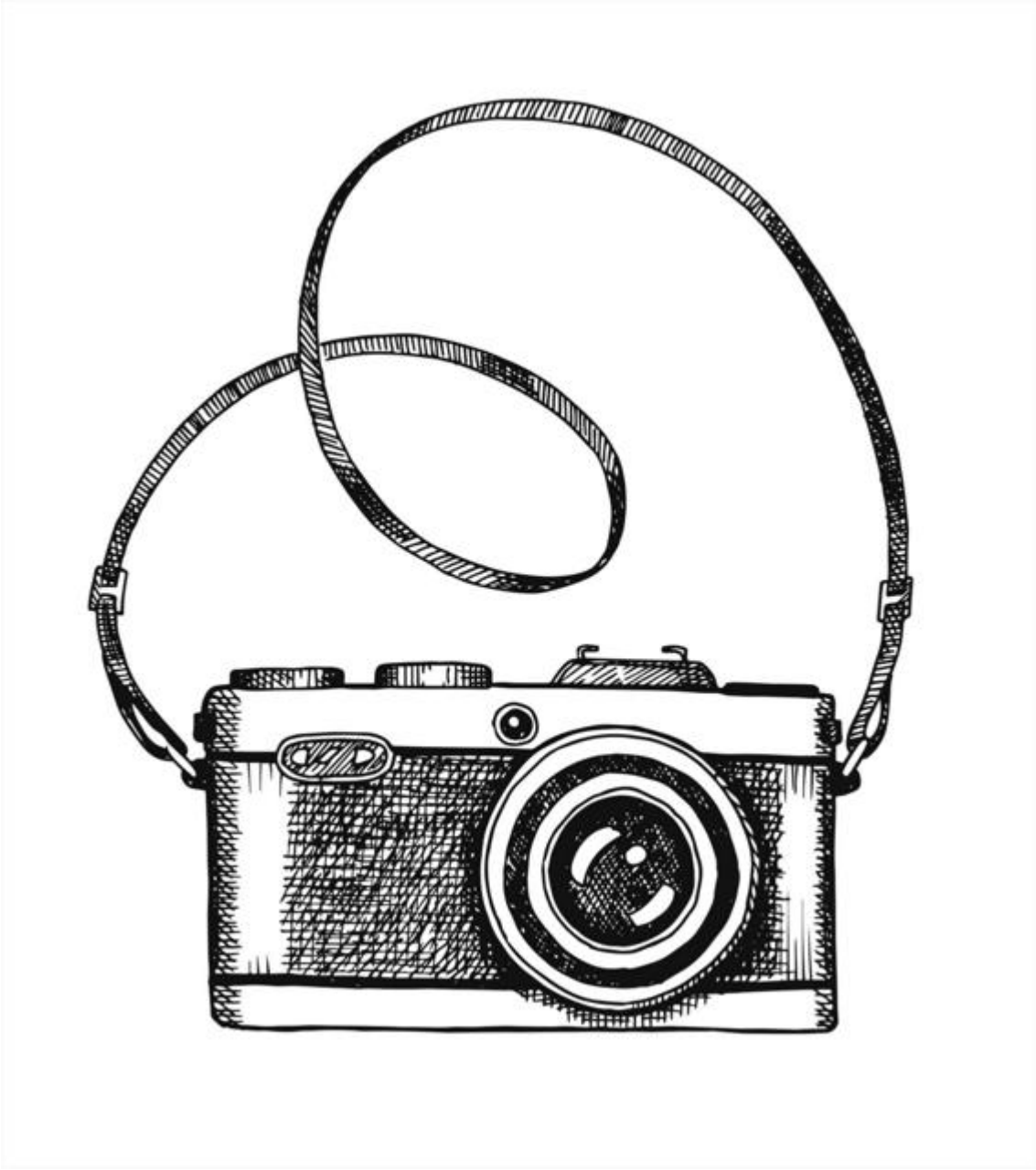
Yo:
Me dijo algo precioso y tuve que huir porque me iba a ser imposible resistirme. Tengo miedo de no poder evitarlo más.

Jay:
Pues no lo hagas.

Yo:
Voy a acabar jodidísima.

Madison:
Pues ya le buscaremos solución. Déjate llevar.

¿Es así de fácil? ¿Me dejo llevar y ya pensaré luego en las consecuencias? ¿O mejor sigo acordándome de lo mal que lo pasé la otra vez?



23. Cuidado con él

Holly

«Llamé a Mike y me contó que estaba enamorado de ti». Llevo toda la mañana con esa frase rondando mi cabeza. Madison también lo

cree, pero yo, que he pasado tanto tiempo con él, no lo tengo tan claro.

Cuando he terminado de hablar con mis amigos y de enterarme de que el nuevo veterinario le pidió una cita a Madison —una de verdad, no para el perro—, no tenía hambre para terminarme el desayuno. La aparición de Duncan y la despedida de Jake me han dejado un poco tocada.

He cogido la bici para salir a dar una vuelta hasta uno de los miradores más famosos, algo que suelo hacer a menudo para pensar. Y hoy necesito poner en orden muchas cosas. Lo que no sabía era que iba a necesitar tanto tiempo y que no iba a servir para nada.

Por eso, a la vuelta, me he dirigido al taller de Mike para zanjar una de las múltiples cuestiones que tengo abiertas ahora mismo.

—Ey —saludo para llamar su atención.

—Joder, muñeca. Eres una fantasía, ¿lo sabes?

Me miro y descubro que me asoma gran parte del sujetador de encaje por el escote. Me recompongo y recoloco la ropa con la mayor dignidad posible.

—Deja de llamarme así —lo corto, ignorando adrede su comentario sobre mi aspecto—. No soy tu muñeca.

—Nunca te había importado —rebate.

—Pues ahora sí.

Suelta un silbido que muestra lo muy a la defensiva que está poniéndose. Me molesta esta actitud que tiene conmigo últimamente.

—¿Le comentaste a Duncan que estabas enamorado de mí? —ataco.

Arruga el entrecejo un segundo y se rasca la mandíbula.

—No recuerdo haber hecho eso.

—O sea, que no. Porque, en ese caso, te acordarías —adivino, cruzándome de brazos.

—Mira, muñeca… —Le hago un gesto para recordarle que no me llame así. Pone los ojos en blanco—. Holly. Probablemente me gustases, pero era muy joven, ya sabes, uno no sabe lo que es el

amor a esa edad. Lo debí confundir. Eres muy guapa y me gusta follar contigo, pero jamás he sentido eso por ti.

Ahora la que arruga el ceño soy yo.

—No te he dicho cuándo fue.

—Pero tiene que haber sido cuando aún hablaba con él. De eso hace mucho.

Le sostengo la mirada un rato y no sé qué pensar. Parece que vivo rodeada de mentiras, manipulaciones y traiciones. Pero lo que dice tiene sentido. Es mi amigo, ¿por qué iba a mentirme en esto?

—Por cierto, ¿cómo estás? Me enteré de lo de tu madre —interviene para darle otro rumbo a la conversación.

—Deseando que se largue —escupo.

—¿No vas a hablar con ella? —tantea.

—No.

—¿No tienes curiosidad?

—No.

—Holly…

—Mike, abandonó a un bebé.

—Lo siento.

Agito la cabeza mientras dejo escapar mucho aire.

—Voy a tener que encerrarme en mi casa unos días. No quiero que todos me pregunten lo mismo.

—Están preocupados.

—Son unos morbosos —lo corrijo, pero me ignora.

—Yo también lo estaba. No había manera de encontrarte.

—Necesitaba huir un momento.

—Qué suerte que Duncan supiera dónde tenía que buscar —canturrea alzando los ojos varias veces.

Me cubro la cara con ambas manos, muerta de vergüenza.

—¿Te puedes creer que me siento otra vez como una adolescente? —confieso recobrando la confianza y nuestra relación de siempre.

—Te gusta, ¿eh? —Asiento. Me pasa un brazo por el hombro y me acerca a sí mismo para darme un beso en la frente—. Ten cuidado. No quiero que vuelvas a romperte.

Me aferro a Mike sin importarme llenarme de grasa. Me alegro de que nuestra amistad no se haya ido al traste, como temía.

—Soy muy consciente de ello. Por eso me mantengo alejada de él.

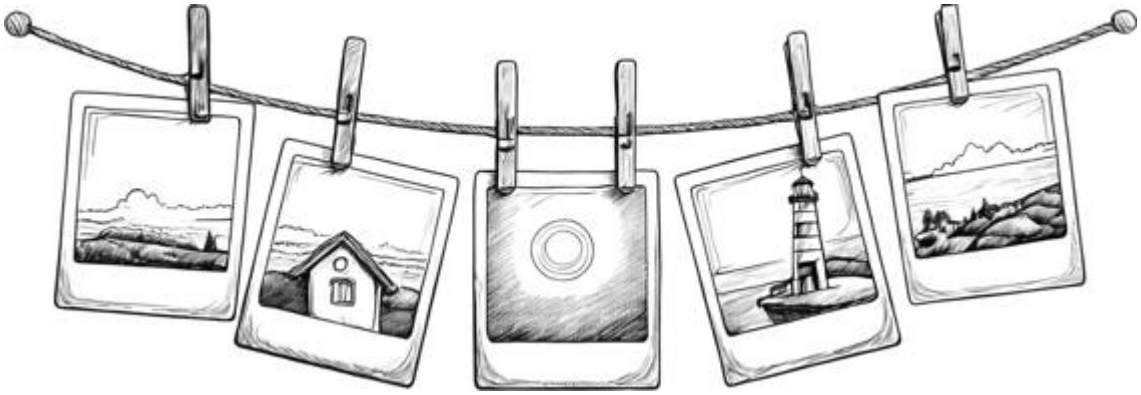
—¿Seguro?

—Es mi vecino, tanta distancia no puedo poner —bromeo.

—Si quieres, puedes quedarte en mi casa —plantea con un guiño.

—Gracias, pero no será necesario.

Ambos sonreímos y mantenemos el abrazo un rato hasta que miro el reloj y me doy cuenta de que tengo que entrar a trabajar en quince minutos. Suerte que estoy cerca y con la bici no tardo ni cinco. Me despido de él, consciente de que en poco menos de una hora lo veré de nuevo en el bar.



—¿Ahora me vas a hablar de ese novio tuyo? —me pregunta mi padre al entrar en su despacho.

—«Hola» a ti también, papá —ironizo, y pretendo que con esta frase se olvide del tema.

No tendré tanta suerte. No se inmuta. Sigue con los brazos apoyados sobre la mesa y las manos unidas, como si estuviera rezando. Vamos, una de sus posturas clásicas para cuando quiere hablar de un tema «complicado».

—Ya no estamos juntos —zanjo. A ver si ahora sí puedo librarme.

—¿Y esas manchas de grasa significan que has vuelto con Mike?

Pongo los ojos en blanco.

—Nunca he estado con él… en ese sentido. Somos amigos. Hemos crecido juntos.

Hace una mueca de disgusto. No recuerdo que le haya caído bien en algún momento.

—Papá, no puedes elegir mis amigos ni mis novios.

—No es que a ti se te dé muy bien hacerlo.

—Las opciones para elegir aquí son escasas —me lamento.

—Pues sal a buscarlos fuera.

Abro mucho los ojos porque esa es la última respuesta que esperaba oír.

—No puedo irme, tú estás aquí.

—¿Y?

—Que no tienes a nadie.

—Tengo un pueblo entero que cuidará de mí. Necesito que tú seas feliz y que tengas lo que mereces. Que estudies algo que te entusiasme, que consigas un trabajo que te fascine y, ya de paso, que salgas con un jugador de *hockey* inglés. —Me río—. Eso ya sería un pleno.

—Papá…

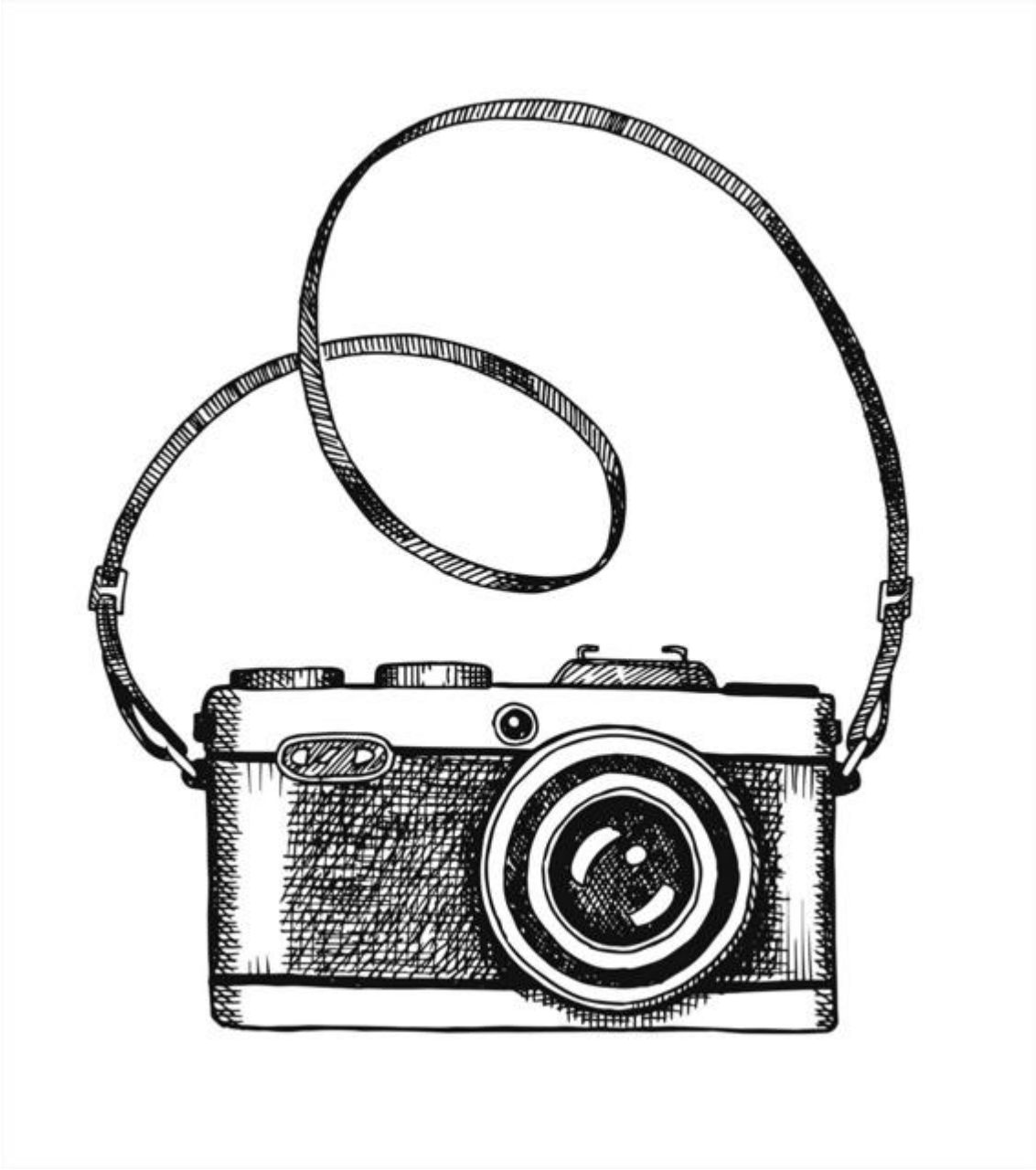
—¿Qué? Ambos sabemos que lo único que te ata aquí soy yo, pues te estoy diciendo que te vayas con él. Podré soportar que me abandones si es por una buena causa.

«Abandones».

Trago saliva. Mi padre no podría haber usado una palabra peor. Él también se ha percatado de ello.

—Tranquilo, yo no soy como esa mujer. No voy a dejarte solo.

Quiere detenerme, pero no se lo permito. Me pongo el mandil y salgo a la sala para empezar mi turno.



24. Ventana al pasado

Duncan

No sé cómo están las cosas entre nosotros ahora mismo. No volvemos a ser amigos aún, pero ya no hay rastro de hostilidad. Haber revelado algunas cosas en nuestro rincón de los secretos creo

que ha ayudado. En ese momento no pensé que le dolería tanto que dejara de hablarle, hasta creí que le haría un favor. Ya veo que fue una estupidez y que, encima, la destrozó. Creyó que la había abandonado yo también. De haberlo sabido, no habría actuado como lo hice.

Ojalá me lo hubiera echado en cara la primera vez que nos vimos. «Te odio porque dejaste de hablarme y rompiste tu promesa». Habría sido más fácil y no habríamos perdido dos semanas enteras. Cada vez tengo menos esperanza de poder llevar esta relación a algo bueno, aunque la idea de la amistad ahora parece más viable que nunca. No es lo que quiero, pero si no puede ser otra cosa, me gustaría, al menos, conservarla como amiga.

Para comprobar en qué punto estamos, voy hasta el garaje y busco la cámara antigua. Abro la tapa y saco el carrete. Me resulta increíble que haya tomado fotos con este aparato y ni me acuerde. ¿Qué esconderá su pequeño cilindro?

Salgo de casa, no tengo que ir muy lejos. Nada lejos, de hecho. Llamo a la puerta de los vecinos, esperando que la suerte esté de mi parte. Holly abre conteniendo una sonrisa que no sé qué significa. Ni la sonrisa en sí, ni que quiera ocultarla.

—Oye, vecina, tú que entiendes de fotografía, ¿sabrías cómo revelar esto? —pregunto enseñándole el arcaico objeto que seguro que si Gina lo viera no tendría ni idea de qué es.

Sus ojos se abren de par en par y toma el carrete en sus manos. Lo inspecciona y seguro que se cuestiona de dónde ha salido.

—Me encontré una caja con fotos y la vieja cámara que usábamos en las excursiones, ¿te acuerdas? —intervengo, apelando a su nostalgia.

Ahora no se resiste y sonríe de manera más abierta.

—Ven —pide, agarrándome la mano y llevándome a su garaje.

Mis ojos examinan cada rincón. Hay tantos cambios que me cuesta recordar cómo era antes de irme. Entramos en una habitación que antes no estaba aquí. No tiene ninguna entrada de luz y, por los muebles y objetos que descubro en el interior, diría que es un cuarto oscuro para revelar fotografías. Nunca había estado en uno, pero los he visto en las películas.

—Esto lo aprendí en el instituto y convencí a mi padre para tener una habitación en la que poder sacar mis fotos artísticas. Compré una cámara de segunda mano y pasé muchas horas con el antiguo fotógrafo para que me explicara los trucos. No se lo digas a nadie, pero me comentó que ojalá alguno de sus hijos hubiera nacido con esta pasión por la fotografía —añade en un susurro y, acto seguido, se lleva un dedo a los labios. Nos reímos.

Entramos, cierra la puerta y empieza a preparar cosas. En algún momento, enciende la luz roja y apaga la normal. Ella sigue concentrada con todos esos líquidos y tengo que decir que me parece una imagen increíblemente bella y sensual. Es Holly haciendo algo que le apasiona, se siente confiada, le da igual todo lo demás. Me encanta.

No la pierdo de vista mientras va pasando los papeles por las bandejas y colgándolos de una cuerda con pinzas como si estuviera tendiendo la ropa. Otra tarea que se ha perdido en muchos lugares con la aparición de las secadoras.

Me parece un proceso abrumador y lento. Supongo que tiene que gustarte mucho, ya que entre una cosa y otra llevamos aquí más de una hora. Una hora a solas con Holly, en silencio y envueltos por esta oscuridad que me está robando el aliento.

Estamos sentados en un banco de madera a la espera de que aparezcan las imágenes cuando me vibra el bolsillo del pantalón y el sonido de un mensaje me delata.

—No lo saques ahora —me pide—. Las pantallas de los móviles emiten mucha luz.

—No iba a hacerlo —la tranquilizo.

—¿Por qué? Puede ser importante.

—Porque estando contigo no hay nada más importante.

Inhala una cantidad brutal de aire, como si sus pulmones se hubieran quedado secos tras mi confesión.

—Duncan…

—Olvídalo —la interrumpo. No quiero que continúe la frase. No quiero saber lo que opina al respecto o, peor aún, la mentira que inventará para no confesarme la verdad—. No tendría que haber

dicho nada. Tienes novio y voy a mantenerme al margen, tal y como me pediste.

Ella asiente y vuelve a respirar. Me siento estúpido por tropezarme constantemente con la misma piedra. He dicho que quería que fuéramos amigos. Eso vamos a ser. No puedo aspirar a otra cosa con ella.

Le pregunto por su padre, para cambiar de tema y rebajar la tensión. Porque queda un rato para que las imágenes aparezcan y el silencio nos iba a matar. Ella habla de manera relajada y me pregunta por mi madre, mi hermana y nuestra vida en Europa. Nos ponemos al día como dos buenos amigos.

Un largo rato de charla después, me avisa para que me gire, pues en algunos papeles empiezan a dibujarse paisajes y rostros. Me parece magia.

Nos levantamos y miramos las fotografías con detenimiento hasta que empieza a verse con claridad lo que parece ser nuestra última excursión con las bicis. Imágenes del mar, de flores, de Holly y mías se van revelando ante nuestros ojos. Las últimas —un burdo intento de *selfie,* pues no había manera de ver si quedaba bien— demuestran la conexión que teníamos en aquel momento. Muchas risas y besos en la mejilla que recuerdo que me sabían a poco. Casi puedo revivir aquel día.

Me llega hasta el olor del perfume que usaba Holly en aquella época y que se mezclaba con el aroma del brillo de labios que se empeñaba en usar para captar mi atención. Incluso creo sentir el tacto de su piel y su pelo en las yemas de mis dedos.

No me pasa desapercibido cómo me miraba y me buscaba. Probablemente habría sido un buen día para confesarle mis sentimientos. Pero estaba demasiado ciego y no creía que ella pudiera fijarse en mí.

—Ya no estamos juntos —murmura, y juro que me cuesta saber si ha pronunciado estas palabras de verdad.

—¿Qué?

—Jake y yo. En realidad, no había nada. Aún. Pero… —deja la frase en el aire y solo quiero que me mire a los ojos.

—Holly, mírame —le pido, y ella se vuelve hacia mí. Quiero decir algo que no se cargue este momento, pero ella es más rápida.

—¿Ves estas fotos? —pregunta, señalándolas con un brazo—. Ahí ya estaba colada por ti. No sabía qué hacer para que dejaras de verme como a una niña. O, peor, como a una hermana pequeña.

Sus palabras me descolocan y tardo unos segundos en responder.

—Tu perfume olía a flor de cerezo y tus labios a fresa. Y tu pelo, a manzana ácida, ya puestos. ¿Crees que alguien que te ve como un hermano mayor se fija en esas cosas? Porque te puedo asegurar que los pensamientos que tenía no eran nada fraternales.

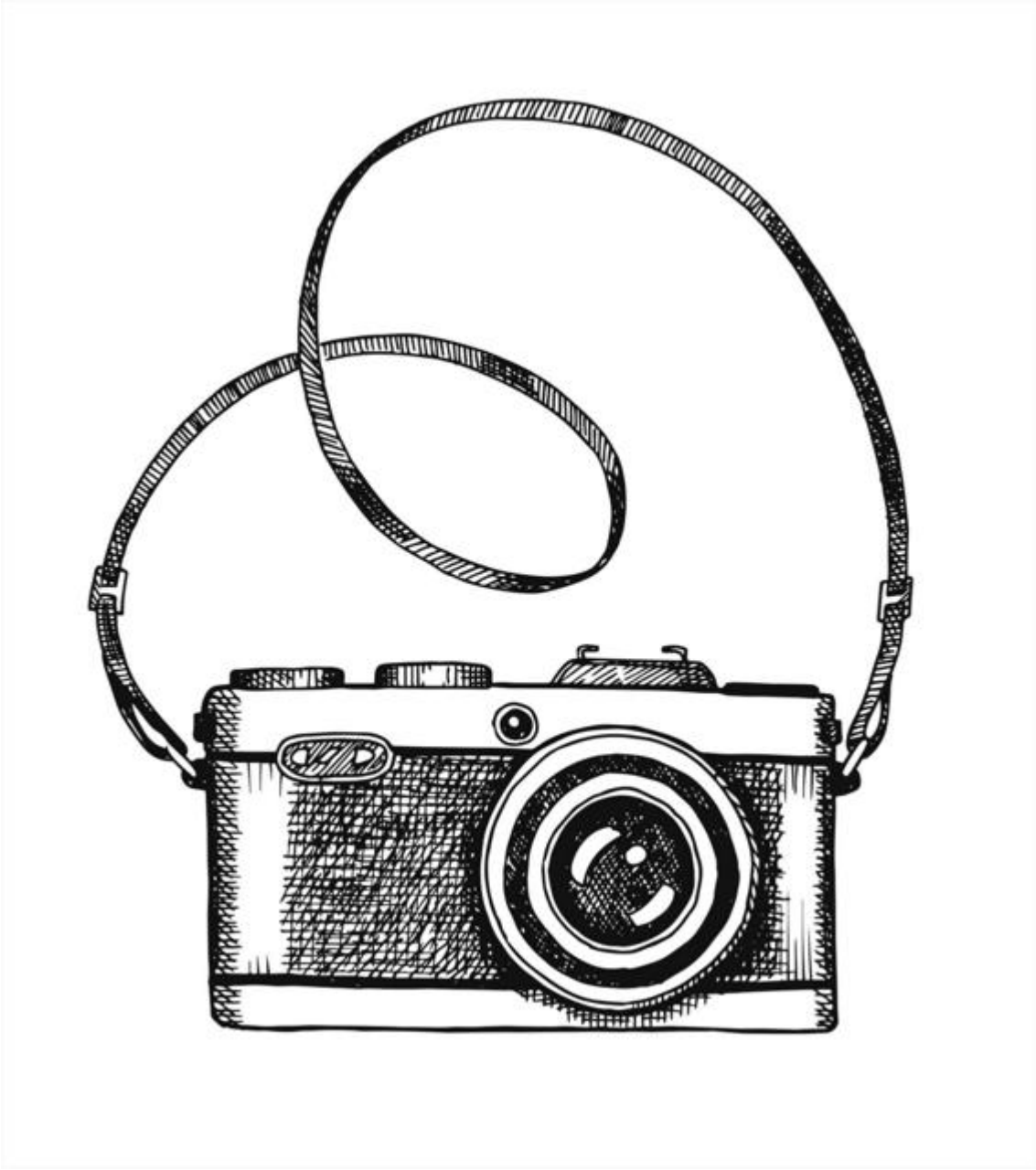
—¿Y ahora? —pregunta con un temblor en los labios que empiezo a conocer demasiado.

—Sigo siendo el mismo Duncan de trece años que estaba colado por su vecina y que soñaba con probar sus labios por si sabían a fresa, como parecía. Porque, cada vez que apareces en mi campo de visión, sigo viendo a aquella niña que significó tanto para mí y de la que jamás quise separarme. Ojalá no hubiera tenido que hacerlo y ojalá no hubiera roto el contacto contigo. Ojalá pudiera volver estos ocho años atrás y empezar de nuevo en el mismo momento en que nos despedimos.

Pasa los brazos por mi nuca y me atrae hacia ella. Nuestros labios chocan y la siento temblar con ese simple gesto. La abrazo fuerte y la aprieto contra mí para devorar su boca como llevo años deseando hacer, explorando cada rincón con mi lengua. Pero el sonido de un gemido la hace apartarse.

Me mira confundida, y creo que arrepentida. Se muestra más vulnerable que nunca y siento que mis deseos se estrellan contra el suelo y se hacen añicos. Holly me aparta con el brazo y huye de mí, nuevamente. Solo que esta vez voy tras ella.

La sigo hasta la entrada de su casa, la veo abrir y trato de alcanzarla antes de que me cierre la puerta en las narices. Pero lo que vemos nos detiene a ambos.



25. Eres un buen hijo

Duncan

Acabo de descubrir que Holly sigue enamorada de mí, aunque sigo sin entender qué la frena, cuál es el obstáculo, por qué sigue levantando un muro entre nosotros. Es agotador estar peleando

contra lo que sentimos. Me gustaría que tuviera la confianza suficiente para contarme cuáles son sus temores para superarlos juntos.

Ese beso que nos acabamos de dar confirma que vale la pena luchar por esto, que quiero esto más que nada en el mundo. Pero, a la vez, que ella tiene el poder suficiente para destrozarme si quisiera. Y eso acojona mucho.

También me he enterado de que no sale con Mathews, aunque no me diera muchas explicaciones sobre ello y, siendo honesto, no las necesito.

Holly abre la puerta y nos quedamos estupefactos viendo cómo nuestros padres se están enrollando como dos adolescentes. Ella se encuentra sobre la encimera y él encajado entre sus piernas. Por favor, que alguien me ayude a borrar esa imagen de mi cabeza.

—¿Mamá?

—Ugh… —Esa es Holly, adquiriendo, además, una expresión de asco. La entiendo perfectamente, yo también quiero arrancarme los ojos.

—Mierda… —farfulla Joe mientras mi madre se baja de la encimera con la cara tan roja por la vergüenza que me da hasta lástima.

—¿Esto está pasando? Holly, pellízcame —suplico extendiéndole el brazo.

Ella me lo aparta de un manotazo.

—¿Qué es esto? No, creo que está muy claro. Mejor explicadnos desde cuándo es esto —demanda ella.

—Es bastante reciente —responde mi madre de manera atropellada, ganándose una mirada acusatoria por parte de Joe.

No entiendo nada. Miro a Holly, que también buscaba mi mirada, y creo que ambos llegamos a la misma conclusión.

—¿Esto es de antes de que nos fuéramos? —pregunto.

El silencio y las miradas me confirman que no es tan reciente.

—No es lo que estás pensando —se apresura a aclarar mi madre.

—¿Papá tenía razón? ¿Nos tuvimos que ir porque…?

No puedo terminar la frase. Me tengo que morder la lengua porque me resulta increíble que todas aquellas frases y palabras que mi padre tanto se esforzó en que asimilara como propias, y de las que siempre había sentido vergüenza ajena, ahora estén a punto de salir por mi boca.

No; mi madre, fuera lo que fuera que hubiese tenido con Joe, no era la culpable de los malos tratos que mi progenitor ejerciera hacia ella. Él no tenía ningún derecho a insultarla ni a golpearla. Fuera verdad que ella hubiese estado liada con otro o no. No es así cómo se resuelven los problemas.

Pero me muero de la rabia al descubrir que las cosas podrían haber sido diferentes, que quizá mi padre podría no haber supuesto un problema, y que podría haberme quedado en este pueblo, junto a Holly.

Esta me mira con una expresión que no soy capaz de descifrar. Entiendo que se está haciendo mil preguntas, al igual que yo, que tampoco entiendo nada y que no sé cómo encajar esta realidad en nuestra peculiar relación.

Me largo de allí y mi madre me sigue. No quiero montar un escándalo ni que todo el pueblo se entere, de modo que entro en casa porque es el único sitio en el que podemos hablar sin riesgos. Echo un vistazo alrededor en busca de Gina, pero seguramente se encuentra en su habitación.

—Nunca ocurrió nada entre nosotros.

—Pero algo hubo —insisto.

Traga saliva y me indica que me siente en el sofá. Le hago caso, tiene pinta de conversación larga. Respira profundamente varias veces y empieza a juguetear con sus manos.

—Yo acababa de terminar la carrera y empezaba unas prácticas en un importante grupo bancario cuando conocí a tu padre. Éramos jóvenes, él estaba «pasando el verano allí» —entrecomilla con los dedos—, aunque más tarde me enteré de que se fugó de casa porque se había metido en líos. Le vino de perlas encontrarse conmigo porque me quedé embarazada y, como tus abuelos eran tan conservadores, me presionaron para que se lo contara y nos casáramos. Eso era lo que buscaba, encontrarse con alguna incauta

que le ayudara a conseguir un permiso para vivir y trabajar allí. Mi idea era no decirle nada, no lo conocía; ¿cómo iba a casarme con él? Ojalá hubiera sabido cómo era en ese momento…

Una lágrima interrumpe su relato, pero la limpia con el dorso de la mano.

—Mientras estábamos allí fue dando muestras de su «verdadero yo», aunque eran señales tan sutiles que ni siquiera la gente de mi entorno lo veía raro. Pero nunca fue un buen padre, se le olvidaba recogerte de la escuela porque estaba en el *pub* bebiendo con sus colegas, llegaba tarde a casa… Sé que tienes algunos buenos recuerdos, pero no era lo habitual.

—En realidad no es que recuerde mucho de esa época.

Asiente.

—Que su madre enfermara representó una oportunidad para él, dado que me alejaba de todo el mundo. Supuso varias discusiones, pues tú ibas a sufrir muchos cambios innecesarios y allí yo tenía un buen trabajo que nos daba para vivir de manera bastante desahogada. Pero insistió mucho y me acusó de tener muy poca empatía al no permitirle estar con su madre en sus últimos meses de vida.

Meneo la cabeza porque me resulta todo tan evidente que no me explico cómo mi madre no pudo prever lo que iba a ocurrir.

—Al llegar, la situación se precipitó porque yo no tenía trabajo y los pocos que conseguía estaban mal pagados, él no tenía estudios superiores, aquí había muchos gastos médicos, seguros… Cuando empezó a trabajar con el camión fue el principio del fin. Pasaba mucho tiempo fuera y esta casa era vieja, se rompían cosas cada dos por tres. Joe era un manitas y me ayudó muchísimo, como hace cualquiera en este pueblo. La atracción surgió sin más. Nunca ocurrió nada y él sabía lo que sucedía aquí porque supongo que le llegaban los gritos. Jamás me habría puesto en peligro.

—Entonces…, ¿papá se enteró de que ocurría algo? —indago.

—Ya sabes cómo funcionan los rumores en los pueblos pequeños. La gente cuchicheaba y algo debió oír.

Rebufo y hundo la cabeza entre mis manos.

—Yo buscaba la manera de poder divorciarme y marcharme del pueblo. Quería alejarme de ese malnacido que me destrozó la vida, aunque me diera dos de las cosas que más aprecio, tú y tu hermana. Me veía incapaz de seguir así el resto de mi vida y tampoco quería que os criarais con él.

—¿Querías divorciarte para estar con Joe?

—No. Mi idea era irme a otro pueblo o ciudad y estar un tiempo solo con vosotros. Necesitaba volver a ser yo, recuperar mi vida y mi autoestima antes de estar con otro hombre. Pero aquella tarde todo ocurrió muy deprisa. Pude poner una denuncia y, con eso, él perdía el derecho de custodia. Lo que significaba que podía huir lejos de aquí. Regresar a casa con mi familia era lo que más anhelaba, iba a necesitar mucha ayuda y no tenía sentido quedarme en este país, donde él pudiera saltarse la orden de alejamiento si le daba la gana.

—Eso lo entiendo, no tienes que explicármelo.

—Aunque, de haber sabido que tenías algo con Holly, nos habríamos quedado en Maine.

—No te sientas mal por eso. Me jodió tener que irme tan lejos, pero sé que era lo mejor para los tres en ese momento.

Mi madre me abraza y me besa en la mejilla, como cuando era pequeño.

—Eres un buen hijo, Duncan.

—Has hecho un gran trabajo, no habrá sido nada fácil. —Le paso un brazo por la espalda y nos mecemos un rato. Ojalá pudiera verla más veces al año para no echarla tanto de menos—. Entonces, ¿tú y Joe vais en serio?

Sonríe y se le ilumina la cara. Sí, van en serio.

—Me gustaría que lo fuera. Mi jefe me ha confirmado que puedo teletrabajar mientras encuentre un empleo por la zona. Solo me faltaba hablar con vosotros.

—Yo solo quiero que seas feliz. Te lo mereces, mamá. Sé que Joe te tratará bien.

—Por eso quería pedirte que no vendas la casa. —Alzo las cejas porque no me esperaba esta petición—. Refórmala si quieres, pero me gustaría conservarla y cambiar los recuerdos que tengo de ella. Que tú vengas en vacaciones, que tu hermana…

—Mamá… —la llama Gina desde lo alto de la escalera—. ¿Vamos a vivir aquí?

—¿Quieres?

—¿Estás de broma? Me encanta este sitio y ya he hecho amigos. Odio a los niños de mi cole, solo me caen bien un par. Son tan egoístas y superficiales… Me gusta la comida, me gusta Holly y Joe me cae genial.

—¿Has estado poniendo la oreja, Mocosa?

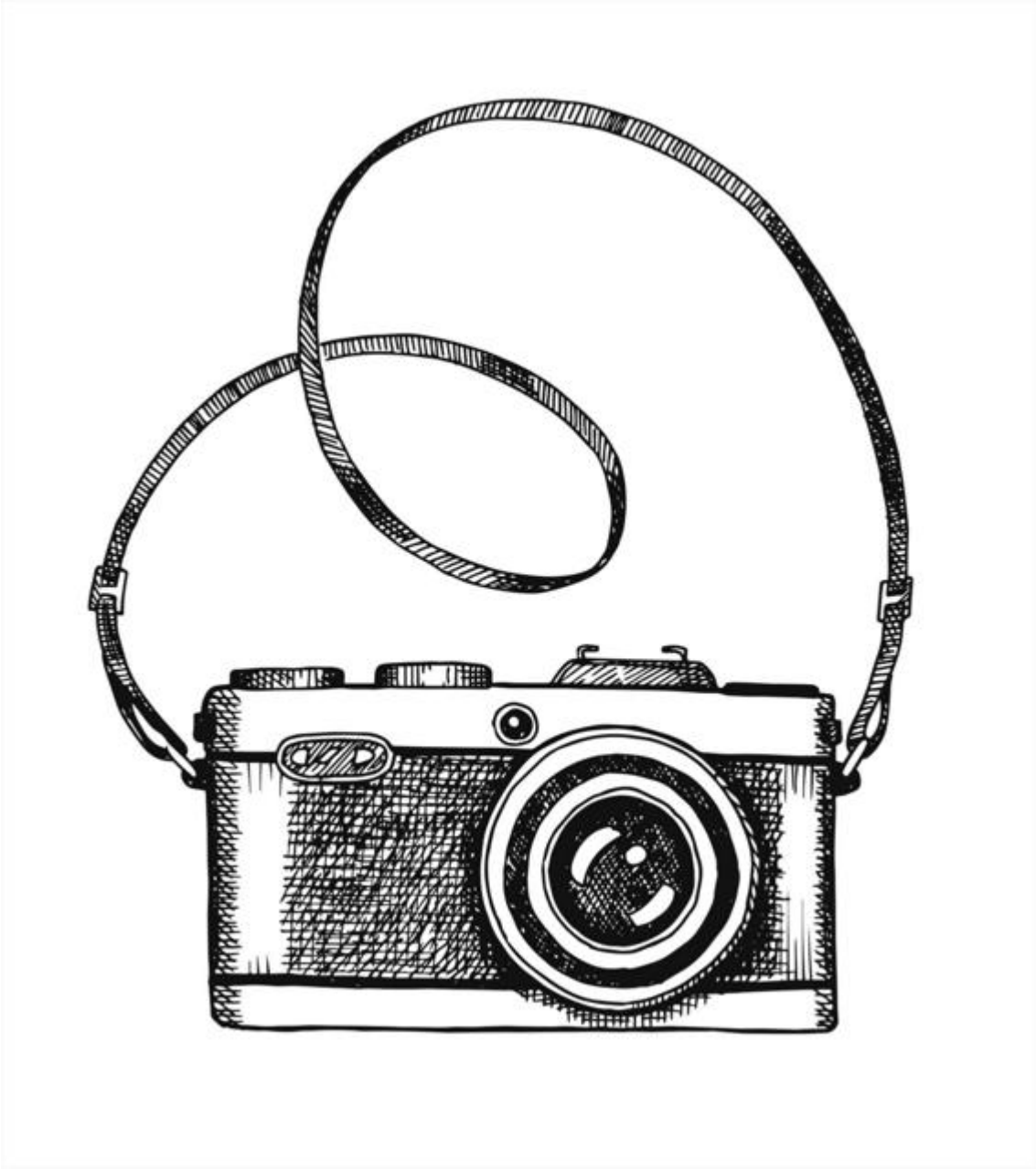
—Por supuesto, es la única manera de enterarse de todo —replica sacándome la lengua.

Gina baja y nos abrazamos los tres como la familia unida y feliz que siempre hemos sido.

—Por cierto, espero que esto no sea un impedimento entre vosotros dos, porque, bueno, no vais a compartir genes de repente, pero que Joe tenga a alguien en su vida creo que le dará un empujón a Holly para irse del pueblo —añade mi madre con un guiño.

No sé si será un problema, aunque sí es raro. Pero tiene razón en que, por más que nuestros padres estén juntos, no vamos a convertirnos en hermanos, ¿verdad? Además, no tendríamos que discutir sobre si vamos a ver a mi familia o la suya en Navidad.

Ojalá que mi madre tenga razón y que esta sea la última barrera que hay entre Holly y yo.



26. Hermanos

Holly

La vida es imprevisible y el destino, travieso. Uno nunca sabe qué cosas le esperan cuando se levanta cada mañana. Llevo años de rigurosa rutina, de hacer lo mismo casi todos los días, de no tener

ninguna aspiración ni objetivo que no sea sobrevivir, de conformarme con lo que tengo, de llevar una vida sencilla y no pensar en el futuro.

Hace dos semanas, Duncan regresó y todo eso ha cambiado. Ningún día es igual, ser camarera en el Joe's me sabe a poco y la vida en este pueblo se me ha quedado pequeña. Por no hablar de que cada vez se me hace más difícil resistirme al inglés que vive en la casa de al lado y que hace que se me encoja el estómago cada vez que me habla, me susurra o me dice cosas como «estando contigo no hay nada más importante».

Aunque ahora parece que ha crecido otro muro entre nosotros porque no sé cómo asimilar que nuestros padres pretendan que seamos hermanastros. ¿Mi familia será la misma que la suya? Lo veré en Navidad estemos juntos o no porque ya no seremos dos familias distintas. ¿No es todo demasiado complicado?

O quizá, en realidad, todo es más sencillo.

—Parece que a Gina le entusiasma la idea de vivir aquí —me anuncia mi padre con una sonrisa de oreja a oreja porque eso significa que no deberá separarse de Ava en dos semanas.

—Me alegro por ti.

—¿De verdad? No estás entusiasmada, precisamente.

—Necesito procesarlo —admito—. Pero me gusta ella para ti. Además, ya tienes experiencia con una adolescente —añado guiñándole un ojo.

Él se ríe y me abraza.

—No te pongas celosa. Tú eres mi hija favorita.

—Ya verás qué pronto cambias de opinión, cuando tu hijastra sea una adolescente que no da disgustos.

—Tú no me has dado ningún disgusto. Aún.

—¿Ese «aún» va por algo en especial? —inquiero apartándome, y alzo una ceja al mirarlo.

—Quedarte embarazada de un idiota como esos con los que te enredas sería un disgusto y aun así te querría igual. Pero si podemos evitarlo, mejor.

—Bueno, ya no me enredo con idiotas, así que…

—¡Qué gran noticia! ¿Se debe a algo en particular? —pregunta levantando ambas cejas varias veces y con una gran sonrisa que me hace reír.

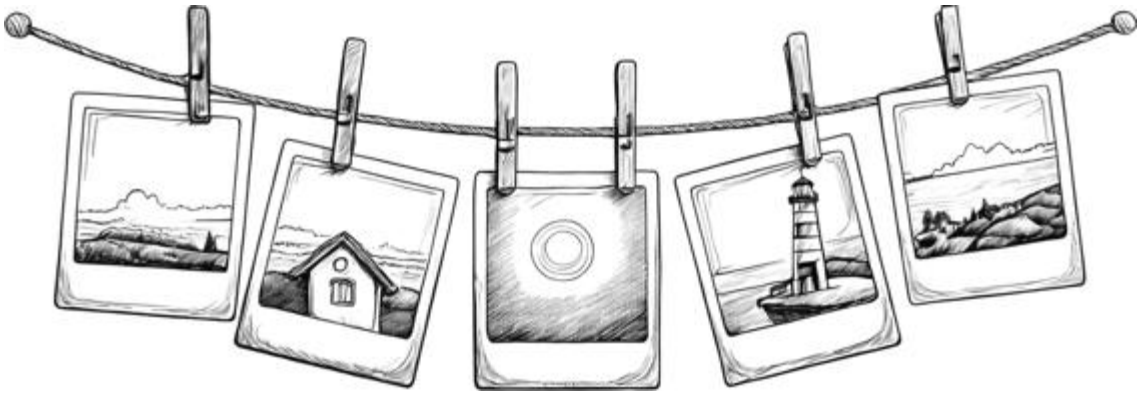
—Sí, y creo que ambos sabemos quién es ese «algo en particular».

—No es por ponerte nerviosa, pero quedan dos semanas para que se vaya.

—¡Vale! —exclamo, cansada del tema y subiendo las escaleras. Tengo que empezar a cambiarme y prepararme para ir a trabajar.

Me siento vencedora al aparcar el tema, pero soy consciente de que es como un bumerán, volverá. Si no es mi padre el que insiste de nuevo, será Duncan, que me lo encontraré en algún sitio y me susurrará que no puede vivir sin mí o algo así y me convertiré en gelatina.

No sé por qué sigo luchando. A estas alturas, parece más que claro que estoy a un par de encuentros de caer rendida y no tiene sentido hacerme la dura. Supongo que quiero darme el tiempo de reflexionarlo bien antes de tomar una decisión de la cual pueda arrepentirme. Estar segura del paso que quiero dar. Y, sí, quedan dos semanas, tiempo suficiente.



La hora de la comida en el Joe’s es como cualquier día de verano. Todas las mesas llenas, sobre todo de turistas que vienen a probar alguno de los famosos platos de nuestro cocinero, y mi padre sirviendo mesas porque no damos abasto.

La campanilla de la puerta suena y veo aparecer a los Harris. La sonrisa de mi padre se ensancha y la mía, también. No me puedo creer que vayan a quedarse aquí, es una gran noticia.

—Ahora mismo no hay ninguna mesa disponible, pero tengo una esperando la cuenta. Podéis hacer tiempo en la barra, si queréis —les indico al llegar hasta ellos—. Pedidle a Jay lo que os apetezca, estáis en vuestra casa.

Duncan echa un vistazo alrededor y se fija en la mesa libre de dos plazas que queda a su izquierda. Suena la campanita, de nuevo, y aparece Mike. Ambos se miran con recelo.

—Muñeca…

—No me…

—Perdón, Holly —añade fingiendo morderse la lengua al sentir que uno de mis cuchillos imaginarios le ha dado en la frente—, te he llamado varias veces, me tenías preocupado. ¿Ha ocurrido algo?

—Estaba revelando algunas fotos —sintetizo. No necesita saber nada más por ahora.

Asiente poco convencido por mi respuesta y creo que está sacando conclusiones erróneas, pero ya me encargaré de explicarle las cosas a su debido tiempo. Ahora estoy trabajando y no puedo con esa mirada que me dedica Duncan y que yo decido ignorar por mi salud mental.

Mi padre aparece, saluda con un beso en los labios a Ava que nos causa un poco de vergüenza, aunque supongo que tendremos que acostumbrarnos, y los guía hasta la mesa que acaba de quedarse vacía. Mike, que seguía aquí, me mira con los ojos abiertos, esperando algún tipo de confirmación por mi parte.

—Por eso no te he podido responder. Ha habido una conversación en casa.

—Vaya, de repente pasas a tener dos hermanos, ¿eh?

La sonrisa que estaba dibujando se me borra de un plumazo. Imaginarme a Duncan como un hermano es incompatible con lo que siento por él. Mierda, solo me faltaba que este pueblo empiece a hablar sobre hermanos que se lían entre ellos como si esto fuera incesto. Pero ya sabéis cómo funcionan los rumores, ¿verdad?

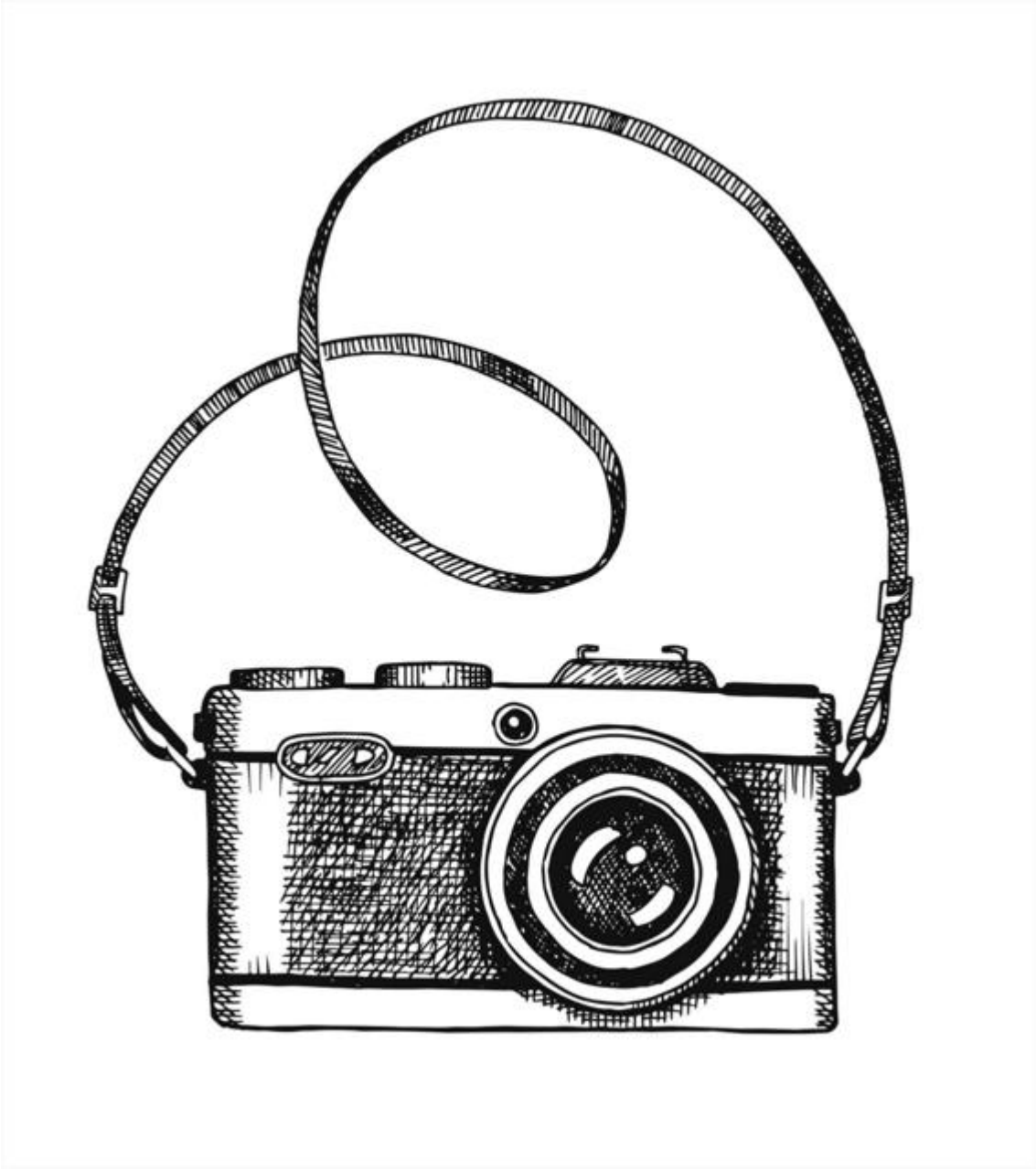
Tengo que olvidarme de Duncan, no podemos estar juntos. Ahora somos hermanos. Da igual que no compartamos ADN de ninguna manera, somos familia. Y es raro.

Mike me pasa la mano por el brazo con cariño y me guiña un ojo antes de sentarse en su mesa de siempre. Sigue a lo suyo ajeno a la tormenta de sentimientos que acaba de provocar en mi interior. Voy hasta la barra a buscar las bebidas que Jay me acaba de preparar y las dejo en la mesa seis.

De reojo, veo como mi padre se encarga del pedido de los Harris. Todos sonríen, menos uno. Uno que debo olvidar, no porque me haya hecho daño en el pasado o porque no quiera dejar a mi padre solo en este pueblo. Tengo que olvidarlo porque es mi hermano.



SEMANA 3



27. Tictac

Duncan

Hoy se cumplen dos semanas desde que llegué y cada vez tengo menos esperanzas de un «nosotros» entre Holly y yo. Me ha estado

evitando desde ayer y creo que el hecho de que nuestros padres estén liados tiene algo que ver en ello.

Mike, Chuck y Bryce se han presentado en casa con unas birras y hemos salido al patio trasero para charlar tranquilos, ya que mi madre y Gina están dentro viendo alguna película. No habíamos quedado y ha sido un poco emboscada. Mi plan para hoy era pasar lo que queda de tarde con ellas porque aún no nos hemos separado y ya las echo de menos. No me acostumbro a estar tan solo en una ciudad desconocida y fría.

—Ey, ¿mañana vamos al *pub* de O'Sullivan? Estará Holly —añade Mike mirándome a mí—. Va todos los viernes después de cenar con Madison y Jay.

—La semana pasada no fue —replica Chuck.

—Seguramente se acostó pronto con tal de estar descansada para la feria.

Bryce se descojona.

—Tío, ¿desde cuándo le preocupa eso? Hablamos de la misma Holly, ¿verdad? —añade acercándose al grupo.

Mike me interroga con la mirada. No sé por qué, no tengo ni idea de qué están hablando desde hace un buen rato.

—¿Tú sabes algo?

—¿Yo? ¿De qué?

—Pues de qué va a ser, de Holly. Está rara, no es la de siempre.

Me encojo de hombros. Está claro que la de siempre no es. Pero parece que vuelve a serlo, y eso me encanta porque significa que está volviendo a ser ella misma y no la chica gris sin aspiraciones en la que parecía haberse convertido.

—¡Vaya! ¿Qué tenemos por aquí, reunión de capullos? —pregunta Holly saliendo de su casa, a unos pocos metros, y acercándose a nosotros.

Su indumentaria me deja sin habla, ya que lleva una especie de camiseta gigante con una chaqueta, porque a estas horas empieza a refrescar, y va descalza. Está claro que se había vestido para estar cómoda en casa y no le preocupa mostrarse así ante estos buitres que la devoran con la mirada. Yo podría incluirme, ya que estamos.

—¿Eso va por mí? —pregunta Mike de manera inocente, aunque yo también espero que no me incluya.

Ella niega con la cabeza y le sonríe. Termina de alcanzarnos y, en su decisión de evitarme, se queda a su lado. Él aprovecha para tirar de su mano y sentarla sobre su regazo, algo que a ella no parece molestarle. Es más, se acomoda pasando un brazo por su hombro y él apoya una mano sobre su muslo desnudo.

—¿Sabes, Duncan? —llama mi atención Mike—. Antes te envidiaba, pero que Holly se convierta en mi hermana no es algo que desee —afirma acariciando la piel suave y desnuda de la chica que tiene encima, haciendo que mis ojos se dirijan hacia ese mismo punto. Al final seré yo quien lo envidie a él.

—Siempre fue algo así como una hermana —miento sin dejar de mirar los ojos de Holly mientras hablo.

—Ya, bueno, para mí también, sobre todo después de que te fueras. Pero un día eso cambió.

Holly empieza a incomodarse, desde aquí veo cómo sus músculos se tensan y oigo cómo su respiración se acelera.

—Entonces, supongo que nunca lo fue —rebato.

Bryce se ríe nuevamente.

—Cuéntanoslo cuando te haya hecho una mamada —contraataca Chuck—. Dinos entonces si puedes verla como a una hermana o no.

Holly se revuelve y trata de levantarse, pero Mike la apresa. Lejos de comportarse como debería y dejarla en paz, el que fue mi mejor amigo afianza el agarre sobre el cuerpo de Holly y la retiene contra su voluntad mientras ella manifiesta claramente sin palabras que no desea estar ahí. No hace falta tener un máster en lenguaje no verbal.

Su actitud me enciende y encierro las manos en un puño que se vuelve blanco. No soy violento y jamás he tenido que recurrir a ello, pero, si tengo que partirle la cara para que la suelte, lo haré. Aunque ellos sean tres y yo vaya a salir perdiendo.

—Suéltala —gruño.

Me mira con una sonrisa ladeada, obedece y Holly huye. Los tres se ríen.

—Os advertí que estaba colado por ella, me debéis cincuenta pavos cada uno —les recuerda Mike a los demás.

—¿Habéis apostado sobre mí y Holly? —ladro, aún molesto con el episodio anterior.

—Nos gustan las apuestas —admite Mike—. Y a ella también.

—Solo que ella no paga con dinero —especifica Bryce, y choca los cinco con Chuck.

—Sois unos cerdos —les reprocho. Me dan asco y me da rabia haber querido recuperar la amistad con esta gentuza. Solo espero que capten la indirecta y se larguen antes de que tenga que echarlos.

—Como si tú no hicieras esas cosas. Seguro que tienes un montón de putillas haciendo cola para meterse en tu cama.

—Las atenderá de tres en tres, seguro.

—Marchaos —gruño.

Se ríen.

—Que tengas mucha suerte con el antiguo Mustang, ya sabes, ese que hemos conducido todos —añade Mike guiñándome un ojo mientras se levanta de su silla y se va junto a los otros dos.

No me extraña que no le guste nada a Joe. Es un imbécil y un cerdo que lo único que le interesa de Holly es que esté disponible para él. Me queda clarísimo que ha montado todo esto para avergonzarla y que me aparte de ella. Porque es tan misógino que piensa que algo de lo que él haya dicho va a cambiar la manera que tengo de verla.

Me levanto, recojo el estropicio y me quedo apoyado sobre la encimera. Mi madre me pregunta si me ocurre algo y reacciono.

—Ahora vuelvo —le informo.

Salgo de la cocina y voy hasta su casa. La puerta de atrás sigue abierta, pero su padre me corta el paso.

—No sé qué ha ocurrido, pero me ha pedido expresamente que no te deje entrar.

—Joe, solo quiero hablar con ella. Sé lo que está pensando y no quiero que lo haga. Quiero decirle que, a mí, todo eso me da igual.

—Lo siento, chico.

—Te juro que no sabía que Mike y los demás iban a ponerse así.

—¿Has dejado que Mike le vuelva a hacer daño? —me reprocha.

—¿Yo? ¡Ella me evita! Lo ha elegido a él. Otra vez. Está claro que la tiene anulada y la manipula como quiere.

—Y a ti también, por lo que veo.

—Joe, por favor.

—No puedo traicionarla yo también, ¿entiendes?

Suspiro.

—Vuelve mañana.

Me doy la vuelta y llego hasta la puerta.

—¿Podrás decirle que he venido?

—Estoy seguro de que lo sabe.

—Si sirve de algo, no pienso volver a dirigirle la palabra a esos hijos de puta.

Agarro el pomo, pero no me atrevo a irme. Lo suelto y vuelvo hacia él.

—Soy un ingenuo, Joe. Llegué aquí y pensé que todo seguiría igual. —Apoyo las palmas de la mano sobre la mesa de madera en la que tantas veces desayuné, comí, merendé y cené—. Holly no me hablaba, Mike estaba raro. Nada parecía haber cambiado en el pueblo salvo algunas pequeñas reformas, como en el bar. —Lo señalo—. Pero tengo que aceptar que nada es como antes y ya no sé cómo actuar. Con tu hija no hago nada más que cagarla. Pensé que hacía lo correcto al permitir que nos olvidáramos el uno del otro y por lo visto la entregué en bandeja al cerdo de Mike, quien también me ha estado manipulando desde que llegué. Primero para que creyera que salía con él y luego para que tuviera una mala opinión de ella.

Me llevo ambas manos a la cara y ahogo un grito con mis palmas.

—Lo siento, no quería… —me lamento, y me doy la vuelta.

—Holly no ha cambiado tanto como crees. —Me detengo a un paso de la puerta y me giro hacia él de nuevo—. Sigue siendo la misma niña abandonada y en busca de cariño de siempre. Tú la tratabas bien, la cuidabas, jugabas con ella, la llevabas a todos lados. Se sentía querida y protegida. Ya sabes que ella le abre el

corazón a todo el mundo. Pero te fuiste y dejaste de hablarle. Entonces te relegó a la misma posición que a su madre.

»La adolescencia es dura para todo el mundo, más aún cuando estás sufriendo. Los chicos como Mike son buitres en busca de carroña. Siempre la han merodeado porque estaba vacía por dentro y ella empezó a pasar más tiempo con ellos porque sentía que alguien le prestaba atención. Aunque no la querían ni le tenían ningún cariño especial. Solo la han usado para lo que han querido y le han hecho creer cosas que no son verdad.

—Joe, me da absolutamente igual lo que digan ellos. Ella merece amor.

—Pues dáselo.

Niego con la cabeza.

—No me lo permite.

—¿La quieres?

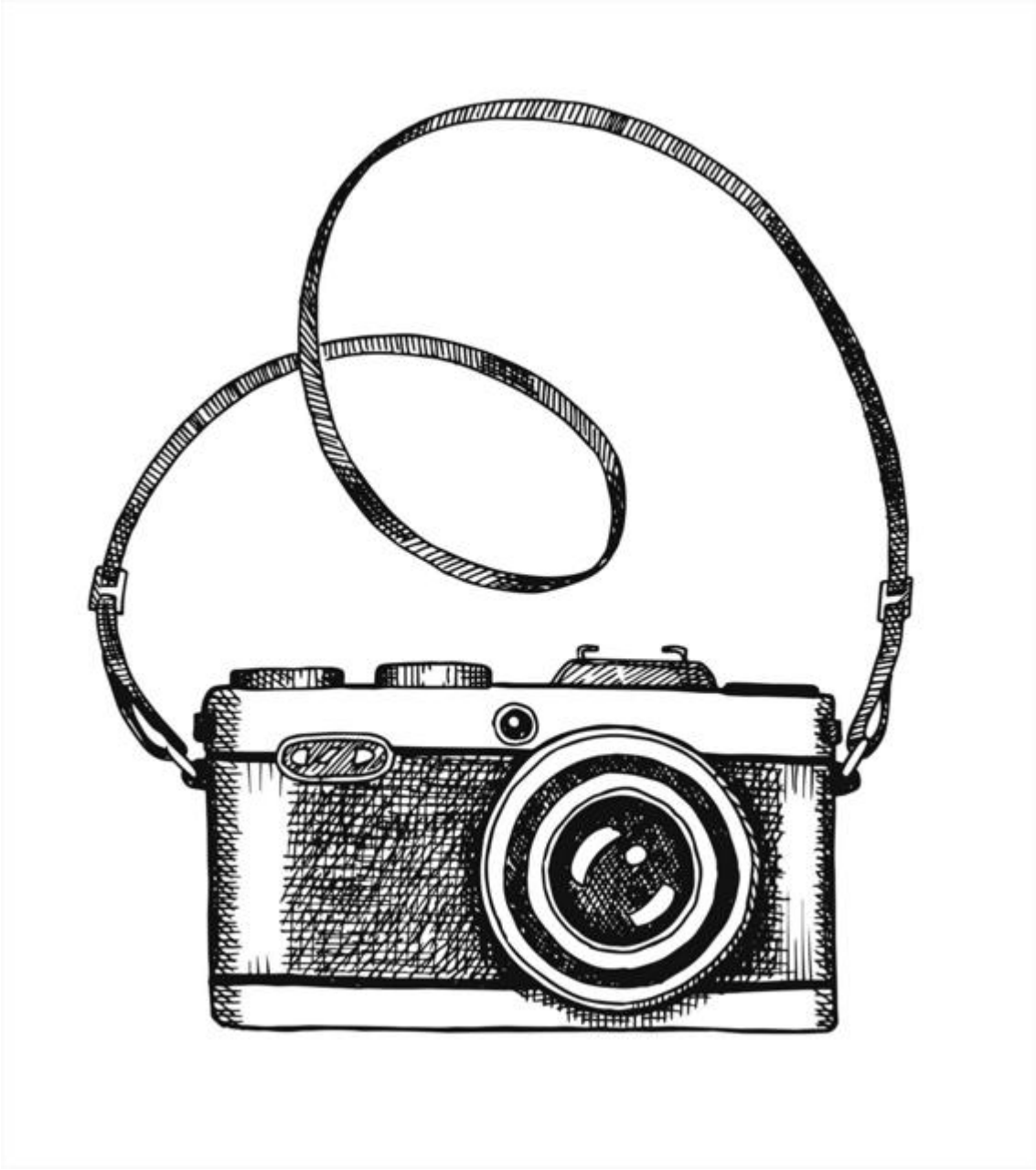
—No he dejado de hacerlo.

Joe cabecea con cierto orgullo en esa sonrisa que dibuja.

—Demuéstrale lo importante que es para ti. Mi hija se iría al fin del mundo contigo, pero tiene miedo de sentirse abandonada y traicionada nuevamente. Hazle ver que no será así.

—Me voy en dos semanas, Joe.

Él me mira dándome a entender que no puede decirme nada más y que tampoco tiene ni idea de lo que tengo que hacer. Así que me palmea el hombro y pronuncia una sola palabra: «Tictac».



28. No quería ser madre

Holly

No me ha costado encontrarla. Una simple pregunta a la persona adecuada y me he hecho con la información que necesitaba. Esta noche la he pasado dando vueltas en la cama. Mi padre subió a

decirme que Duncan trató de hablar conmigo, pero, tal y como yo le pedí, no le permitió entrar. No me sorprendió, sabía que vendría, aunque me sentía tan avergonzada y sucia que no podría haberlo mirado a la cara. Mike me engañó. Hizo que confiara en él y me traicionó. Pero ya me ha quedado claro que no es con Duncan con quien tengo que ir con cuidado, sino con él.

Espero en el vestíbulo a que aparezca hasta que la veo salir del ascensor. Lleva ropa y zapatos cómodos y el pelo medio despeinado. Se acerca a mí despacio, como si le costara mucho caminar. Será verdad que le queda poco de vida.

—Has venido —dice a modo de saludo.

No respondo y ella no intenta acercarse más a mí. Sabe que estoy dando un gran paso al acceder a hablar con ella y no quiere estropearlo.

—¿Nos sentamos? —pide, y accedo porque entiendo que, con su estado de salud, quizá se canse antes.

—¿Por qué lo hiciste? —ataco sin andarme por las ramas. No quiero estar más tiempo del necesario.

Ella suspira. Imagino que esa respuesta la tiene preparadísima.

—Yo era muy joven, más que tú ahora, y estaba veraneando aquí con mi familia. Ellos tienen bastante dinero y siempre fueron muy estrictos conmigo. Tenían mi vida planificada al detalle: la universidad a la que iría a estudiar, el hombre con quien me casaría, el trabajo que desempeñaría, la casa en la que habitaría… No había absolutamente nada que yo pudiera elegir. Por lo que yo estaba en mi época más rebelde, disfrutando de mi último verano de libertad. Bueno, «libertad» —especifica, entrecomillando con los dedos.

»Joe era todo lo que horrorizaba a mis padres: de clase baja, sin estudios, sin… «futuro», como lo llamaban ellos. Pero me enamoré de él porque no era como nadie que yo conociera. Honesto, decía las verdades a la cara, trabajador, sencillo… Me hizo creer que podría aspirar a otra clase de vida y tomar mis propias decisiones.

—Algo que, claramente, hiciste —le reprocho.

—Merezco que me hables así. —Suspira nuevamente y su mirada se pierde unos segundos en el horizonte—. Quedarme embarazada

no entraba en mis planes. Tampoco enamorarme de tu padre. Solo quería divertirme.

—Y supongo que en esos colegios a los que ibas no te enseñaron nada sobre la planificación familiar.

—Pues no mucho, la verdad. Mi familia me puso entre la espada y la pared, debía abortar y dejar de verlo. Volver a mi vida y continuar con el plan que ellos habían trazado. Pero no quería nada de eso.

La miro escéptica porque me parece que lo que cuenta no cuadra con lo que ocurrió finalmente.

—Vale. Te casaste con papá, me tuvisteis y ocurrió algo que te hizo cambiar de opinión.

—Me di cuenta de que no era feliz, pasaba mucho tiempo sola y mi familia me repudió. Anhelaba volver atrás y recuperar mi antigua vida, ir a la universidad que escogieron para mí; estudiar aquella carrera que aborrecía me resultaba tremendamente apetecible, cualquier cosa que no fuera estar encerrada todo el día oliendo a leche y papilla de cereales, sin dormir y casi sin poder ducharme. Me ahogaba. Antes no se hablaba mucho de la depresión posparto y tardé mucho en saber lo que me ocurrió. Está mal lo que hice y no quiero quitarme responsabilidad porque, si alguien me lo hubiese detectado a tiempo, creo que el resultado habría sido el mismo. No quería ser madre.

No sé qué esperaba encontrar. Quizá arrepentimiento, alguna excusa mínimamente válida, pero no esto. No me ha aclarado nada y me ha dejado igual. No quería ser madre, no me quería a mí, no le importé lo suficiente para quedarse, soy el resultado de un acto de rebeldía, existo porque esta mujer quería hacer enfadar a sus padres. No hay nada de amor ni en sus palabras ni en sus gestos.

—Entonces, ¿para qué has venido?

—Ya te lo dije, quería verte una última vez.

—¿Para qué?

Se encoge de hombros.

—Eres mi hija.

—No —la corto—. Soy un error del que te deshiciste demasiado tarde.

—Sabía que te dejaba en buenas manos, de lo contrario no lo habría hecho.

Rebufo y niego con la cabeza. Nunca pude imaginar un momento como este y, mucho menos, con este resultado.

—Sabía que esto era una pérdida de tiempo —zanjo mientras me levanto y emprendo mi marcha hacia la salida.

—Espera —me llama, pero no me detengo—. Quiero que sepas que estoy muy orgullosa de ti.

Mis pies me frenan, aunque no me doy la vuelta. Estoy empezando a llorar. Bonnie me alcanza, pero se queda a medio metro detrás de mí.

—No puedes estarlo, no sabes nada de mi vida.

—Si Joe lo está, yo también. Me fío de su criterio.

—¿Has hablado con él? —pregunto dándome la vuelta.

—El día que llegué. Me echó en cara muchas cosas. Me explicó que eras la mejor hija que alguien podría soñar y que fui muy estúpida por perderte.

Las lágrimas se derraman sin control, no por ella, sino por lo que mi padre le dijo. Él es la única persona que me ha querido de verdad y de manera incondicional. Aunque diga que no, sí le he dado disgustos. Me expulsaron del instituto en una ocasión porque me pillaron en el vestuario masculino con dos miembros del equipo de fútbol, nunca le gustó la clase de chicos de los que me rodeé —y con razón—, no quise entrar en la universidad… Por no hablar de lo pronto que empecé a tener relaciones. Si está orgulloso, a pesar de todo eso, es que es el mejor padre del mundo.

—No sé por qué he venido. Me destrozaste la vida, me abandonaste siendo un bebé y, aunque no tenga recuerdos, el daño que generaste está ahí. Soy como soy y tengo los miedos que tengo por tu culpa. Porque no soy capaz de confiar en que alguien me pueda querer por cómo soy. Me he pasado los últimos años buscando un poco de cariño en cualquier chico que me hiciera caso para subirme la autoestima, ¿y sabes qué? No funciona. —Me limpio la mejilla con la mano—. Duncan tuvo que irse y lo he tratado como el culo porque me dolió que dejara de hablarme. Estaba enfadada con él cuando debería estarlo contigo. Y ahora ni siquiera sé cómo

abrirme a él. Me da miedo que me rechace, ¿entiendes? Es la única persona, después de papá, de la que me importa lo que piense de mí. Pero me aterra que, al descubrir cómo soy y todo lo que he hecho, no quiera estar conmigo.

Creo que mis palabras la han dejado fuera de combate, a juzgar por su expresión. Aunque desde fuera parezca que haya querido reabrir la herida dándome a entender que nunca me ha querido, no se muestra impasible ante mi desprecio.

Estoy a punto de largarme, pues no me queda nada más que decirle, pero mis pies se clavan en el suelo y no se mueven.

—No sé quién es Duncan ni qué hay entre vosotros. Pero, si te quiere de verdad, te aceptará con tu presente, tu pasado y tu futuro.

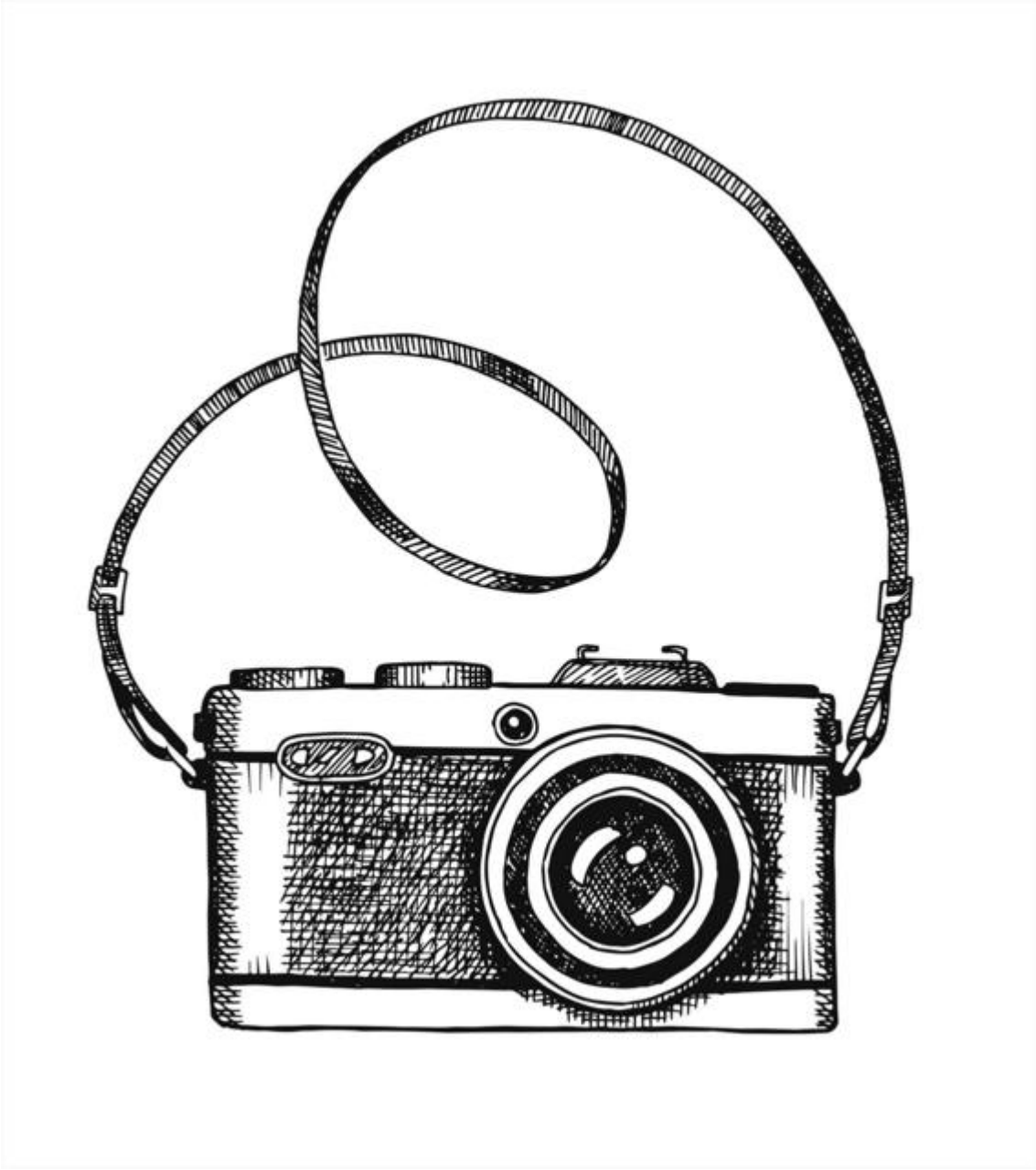
—¿Y si solo quiere lo mismo que los demás?

Bonnie me observa con sus pequeños ojos apagados. Ahora que me fijo un poco mejor, percibo cierto parecido a mí en sus facciones.

—Me temo que no puedo responderte a eso. No creo que tengas nada malo que haga huir a nadie. Mereces ser feliz y que te quieran de verdad, así que espero que, si encuentras eso con alguien, no seas tan estúpida como yo de dejarlo escapar por miedo u orgullo.

Se me crea un nudo en el pecho y me cuesta respirar. No tengo ni idea de cómo responder a eso y creo que ella se da por satisfecha, porque se despide de mí y se da la vuelta.

No me esperaba esta conversación para nada. Ni descubrir que era una persona tan egoísta que me abandonó porque tenerme fue un error, ni que fuera a decirme algo tan increíble justo antes de volver a desaparecer de mi vida.



29. Detalles

Holly

Hoy es viernes, y los viernes ya sabéis. Una cosa buena de que la relación entre mi padre y Ava haya sido descubierta es que ahora puede irse con ella sin tener que inventarse excusas raras como las

que me había empezado a soltar últimamente. No os creáis que me dé explicaciones de su vida privada, pero es un hombre que ha tenido muy pocas citas y hay comportamientos que llaman mucho la atención.

El caso, que tengo la casa libre para poder cenar con mis amigos y estoy muy nerviosa por hacer de anfitriona —algo que no ocurre mucho porque no vivo sola—. Por eso, quizá, se me ha ido de las manos la preparación y tengo un *buffet* libre de pijerías que he visto en Pinterest. Sí, después de ir a ver a esa señora que me parió y poco más —lo siento, pero no me sale llamarla «madre»—, hablé con mi padre y le pedí el día libre. No me sentía con ganas. Así que para distraerme he buscado recetas para esta noche y… digamos que me he mantenido bastante entretenida toda la tarde.

—Por eso no has venido a trabajar, ¿eh, compañera? —Jay me da un codazo—. No hacía falta que trataras de impresionarnos, te vamos a querer igual.

Sonrío y me sonrojo porque hay comida como para quince personas.

—Bueno, ya sabes. Necesitaba tener la mente ocupada en algo.

—Pues para eso podrías haber venido a trabajar —me recrimina, pero sé que a él no le molesta porque yo apenas tengo días libres, y menos en verano. Salvo estas vacaciones que mi padre me obligó a tomar a modo de castigo.

—En realidad ha sido más idea de mi padre que mía. Últimamente está muy blando.

—Porque está enamorado —comenta Madison haciendo ojitos. Otra que lo está.

—¿Qué tal con el veterinario fan de los superhéroes? —pregunto cambiando de tema.

—Nos besamos —explica con una sonrisa de oreja a oreja y los ojos más brillantes que le he visto desde que me contó cómo Jamie la besó bajo las gradas del instituto. Jamie estaba en el equipo de natación y era un lince en matemáticas.

—Queremos más detalles por este sector —pide Jay señalándonos a nosotros.

—Pues que no hubo mucho más. Tuvimos una cita muy bonita, es un chico encantador. Hablamos de nosotros, de nuestra vida, infancia, aficiones… Nos dimos cuenta de lo mucho que congeniamos y de la innegable atracción que había entre nosotros.

—Eso no es lo que queremos saber, amiga —aclaro levantando la cejas varias veces.

Madison se pone roja y me doy cuenta enseguida de que mi amiga ya no espera a sus famosas tres citas para acostarse con un chico.

—Eso, eso queremos saber. Justo eso —la pincho.

—Es maravilloso en todos los aspectos —abrevia haciendo un gesto con la mano que viene a decir que «hasta aquí puede contar».

—Vamos, que han estado retozando durante horas —le traduzco a mi compañero en voz baja.

Nos reímos y empezamos a servirnos un poco de vino para acompañar nuestros platos llenos hasta los topes.

—Bueno, ¿y tú qué? —contraataca Madison señalándome con un levantamiento de cejas.

—No sé de qué me hablas.

Ambos me miran a la espera de que continúe porque es evidente que estoy evitando esta conversación.

—¿Qué queréis que os cuente? Que Duncan ahora es mi hermanastro, o que Jake me dejó porque cree que acabaré con él, o que ayer mismo Mike y los demás estaban explicándole con bastante nivel de detalle las cosas que hice en el instituto y de las que me sigo avergonzando y arrepintiendo cada día. O no, mejor aún, que la mujer que me dio la vida me dijo literalmente que no quería ser madre. Podéis elegir de qué queréis que empiece a hablar.

Jay suelta un silbido y Madison se queda de piedra. No me había dado cuenta de la cantidad de sucesos que me había callado, y es que en poco menos de una semana han ocurrido demasiadas cosas.

Me he pasado, eso está claro. Pero los necesitaba precisamente para esto, para poder explotar con ellos, contarles todo lo que ha ocurrido y volver a llorar. Son mis mejores amigos. Los de verdad, no como Mike. Con ellos puedo ser yo y contarles lo que me preocupa.

Dejo mi plato sobre la mesa y me sirvo otra copa de vino. Relleno las suyas porque también necesitan un poco de alcohol para poder afrontar esta conversación. Vuelvo a sentarme en la butaca y empiezo a contarles todo lo que ha ocurrido estos días. El relato se alarga, con lo que seguimos comiendo y regresando a la cocina a por más. Se me salen unas lagrimitas y me las limpio con el dorso de la mano.

—¿Por qué no nos has llamado antes? No me gusta que te guardes todo esto para ti tanto tiempo.

—Estoy de acuerdo —concuerda Jay.

—Porque… no sé. Vamos hablando, estoy bien y sé que, como mucho, nos veremos el viernes. Así que me aguanto.

—Vale, tenemos que trabajar eso. La próxima vez, nos llamas. O te presentas en nuestra casa, o nos mandas un audio de veinte minutos. Y vamos a tu rescate —propone mi mejor amiga desde que éramos unas crías.

—Normal que no estuvieras para ir a trabajar. Duncan ha preguntado por ti, por cierto. Me ha dicho que quería hablar contigo. Está preocupado por lo que ocurrió con ese impresentable. Ahora lo entiendo todo —añade al relacionar mi relato con el suyo—. Creo que a él no le importa nada de lo que digan esos imbéciles.

Pongo los ojos en blanco.

—Lo mismo me dijo mi padre. También habló con él cuando yo no podía ni mirarlo a la cara.

—¿Entonces?

Rebufo.

—Pues que…

Unos golpes en la puerta de la cocina me interrumpen y cuando veo a Duncan pidiendo permiso para entrar me cambia la cara. Dibujo una ligera sonrisa, aunque la borro al instante. Madison se levanta y va a abrir dando saltitos por el camino.

—Pero a quién tenemos aquí… —canturrea.

—¿Puedo pasar?

—Claro…

Me levanto y la asesino con la mirada, pero ella me ignora y lo sigue hasta el salón.

—Vaya, ¿hay una fiesta? —bromea, ante la cantidad de comida que aún queda en la cocina.

—Puedes llevarte un *tupper* a casa, si quieres. O veinte —intervengo.

Se ríe. Y su risa es muy *sexy.* Demasiado. Todo mi cuerpo es consciente de ello.

—Luego le digo a mi hermana que venga con una carretilla. Está comiendo como si tuviera tres estómagos.

—Vaya, tendría que haberla invitado.

Oigo un carraspeo y me percato de que Jay y Madison se miran y se preguntan si me he olvidado de ellos porque, desde que Duncan ha entrado, solo soy capaz de prestarle atención a él.

—¿Os dejamos solos…? —pregunta mi amigo.

—No hace falta, ya se iba, ¿verdad?

—En realidad…

—Oye, que me ha escrito Caleb y… me voy —anuncia Madison.

—Puta —gruño entre dientes.

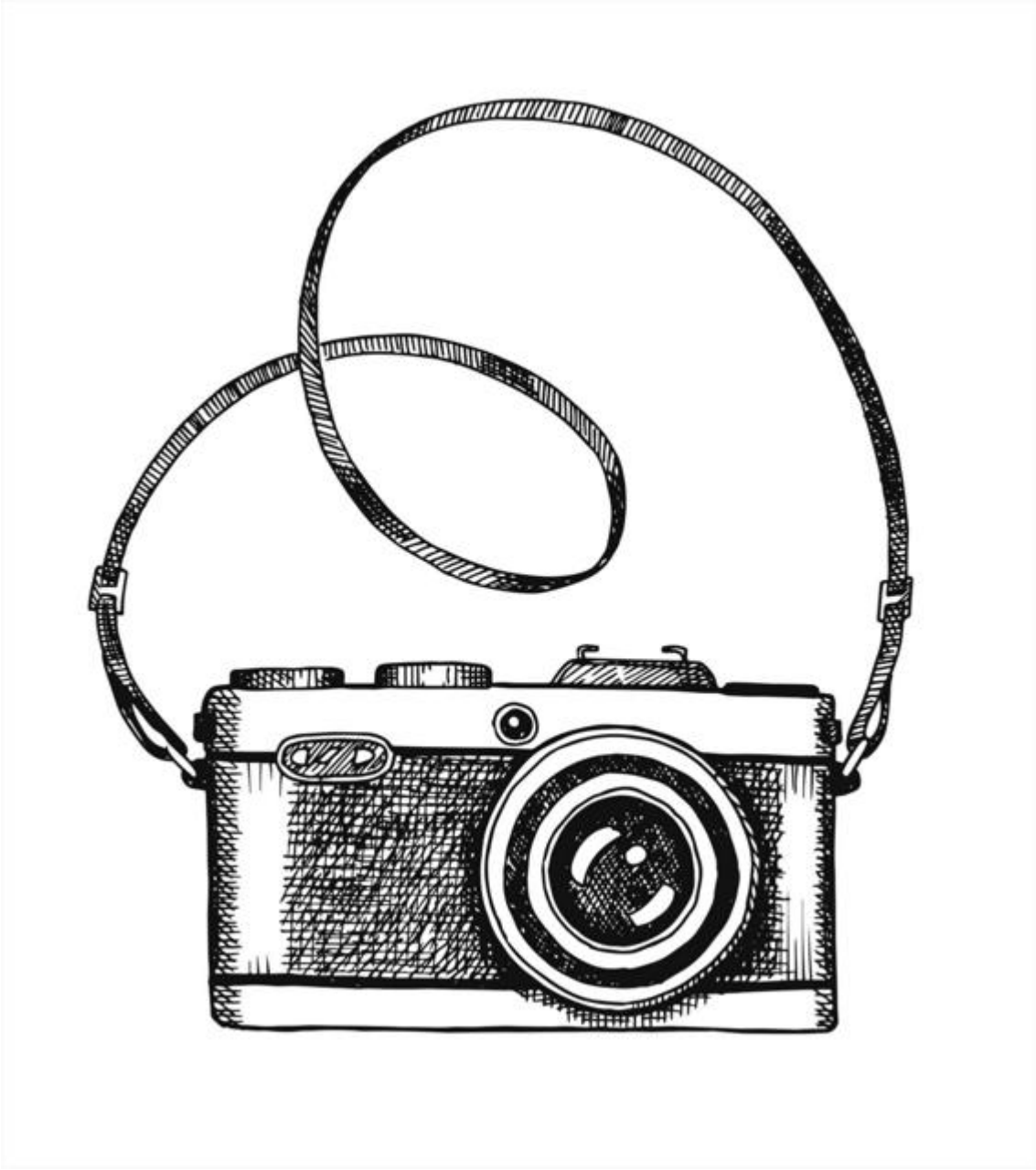
—Luego comentamos esos detalles que tanto te gustan —añade con un guiño.

—Yo no tengo nada que hacer, y paso de inventarme una excusa como Madison. Me voy, que sobro.

—¡No es una excusa! —protesta ella.

—Bah… —Hace un gesto con las manos y sale por la puerta detrás de mi amiga sin despedirse de mí.

Genial.



30. No pienso irme

Duncan

—Llevo todo el día queriendo hablar contigo. Siento mucho lo de ayer, se presentaron en mi casa y, aunque no estaba disfrutando mucho de su presencia últimamente, los dejé pasar porque pensé

que sería una visita rápida e inocente. Si llego a saber que querían hacerte daño, los hubiera mandado de vuelta a sus casas.

—Fui una estúpida volviendo a confiar en Mike —me interrumpe. Porque, a pesar de que he hecho una pausa, aún no había terminado.

—Sinceramente, no sé por qué quería recuperar nuestra amistad. Primero, me hizo creer que salía contigo.

—A mí me hizo creer durante años que éramos amigos —vuelve a interrumpirme. Creo que cada uno de nosotros está teniendo su propio discurso.

—Después, insistía en compararte con un coche con «demasiados» conductores.

—A mí me insistió en que ningún hombre quiere a una chica con mi historial para algo serio.

Hasta este momento, me he ido acercando a Holly y ella no se ha movido, pero ahora da un paso hacia atrás y me mira con los ojos tristes. Siento como si estuviera a punto de romperse.

—Eso es mentira. A un «hombre de verdad» no le importa nada de eso. Un hombre sin complejos y que entiende que la mujer no es inferior a él no mira esas cosas. Ya te lo dije, tu valor no se mide por lo que hablan los demás ni por la cantidad de chicos con los que has estado. Tu valor lo componen muchas otras cosas que sí importan.

Otro paso hacia delante. Otro paso hacia atrás por su parte.

—También me recalcó que somos hermanos.

—No lo somos.

Avanzo otro paso, ella da otro hacia atrás. Se choca contra la puerta por la que se han ido sus amigos hace un minuto. Traga saliva. Me acerco a ella hasta quedar a escasas dos pulgadas.

—Aunque puedes seguir poniendo excusas toda la noche si te parece.

—No quiero que vuelvas a destrozarme.

—No pienso hacerlo. ¿Sabes por qué?

Ella niega con la cabeza, asustada, sin dejar de mirarme a los ojos. Sé que le dolió que me marchara, y mucho más que rompiera el contacto entre nosotros. Pero eso no es una opción ahora mismo.

—Porque si hace falta me quedo aquí contigo. —Abre mucho los ojos al entender lo que le estoy expresando—. Llamo a mi representante y le digo que no vuelvo a los entrenamientos, que no voy a jugar con ellos esta temporada.

—¡No puedes hacer eso! Tienes un contrato.

—Pues a la mierda el contrato.

—Pero te pedirán una indemnización y… quedarás fatal, nadie más te va a querer en su equipo.

—¿De qué me sirve encontrarme en lo más alto de mi carrera si estoy solo? ¿No entiendes que lo único que me importa es estar contigo? Aquí o allí. Jugando al *hockey* o sirviendo hamburguesas. Pero contigo. Porque dejaste una huella en mí. Aquí —añado a la vez que agarro su mano derecha y la coloco sobre mi corazón, que late a gran velocidad—. Y ninguna distancia borrará tu huella, ¿entiendes? Por eso soy capaz de mandar a la mierda mi carrera.

Su respiración se acelera y no aparta su vista de mí. Sé que acabo de derribar todos los muros y se debate entre seguir huyendo o dejar de hacerlo. Me he abierto en canal y, si eso no sirve de nada, tendré que renunciar a lo nuestro. Pero todo lo que he dicho es verdad. Ojalá que elija venir conmigo. Pero estoy dispuesto a abandonarlo todo por ella.

Al igual que el otro día en el cuarto oscuro, me agarra para acercarme a su cuerpo y estampa su boca contra la mía. Es un beso desesperado y visceral. Nuestros dientes chocan, nos mordemos y las lenguas bailan mientras las manos se aferran al cuerpo del otro. Yo mantengo las mías en sus caderas para apretarla a mí y ella se agarra de mi camiseta como si tuviera miedo de caerse.

Se separa exclusivamente para tomar aire y está tan guapa con los labios hinchados y las mejillas sonrosadas que me cuesta contenerme para no volver a besarla.

—No puedes quedarte aquí. Tienes que volver.

—Si es necesario lo haré —le aseguro. Porque quiero que entienda que no pienso irme de aquí sin ella.

Sonríe. Vuelve a besarme y me rindo. La levanto a pulso y enreda sus piernas en mi cintura.

«Oh, joder».

Me la follaría aquí mismo, pero lo último que quiero es que su padre entre y nos pille en plena faena. Parece que ella se da cuenta porque se aparta y me pide con un gesto que la baje.

—Digo que no será necesario.

—¿El qué?

¿De qué coño está hablando ahora?

—Que renuncies a tu sueño.

—No pienso irme solo de aquí.

—Lo sé. Más vale que me digas qué necesito para poder viajar y residir allí. Visados y esa clase de cosas. Yo no tengo ni idea de esto, ni siquiera he salido de Maine.

—El lunes llamo al club y les pregunto. Tienen experiencia en estos temas.

Sonrío. Sonríe. Somos conscientes de qué significa este momento: que volvemos a ser inseparables, que vamos a estar juntos al otro lado del charco, que no podemos imaginarnos estar separados y nos duele la idea de no volver a vernos. Que queremos intentarlo.

Vuelve a besarme, pero esta vez es mucho más suave, lento, tierno. Permito que lleve el ritmo y me dejo arrastrar por la intensidad de lo que siento. Es brutal y demoledor. Sus manos me agarran la nuca y sus pulgares me hacen cosquillas en el cuello. Yo la abrazo por la cintura y la estrujo como si fuera a marcharse de un momento a otro. El silencio se llena de jadeos monosilábicos que se cuelan en mi oído y viajan directos a mi polla, la cual despierta y crece con cada roce de su pelvis contra mi pantalón.

Vuelve a apartarse para tomar aire nuevamente y siento que se me expande el pecho de lo feliz que soy en este mismo instante. Ya tenía una ligera sospecha, pero ahora tengo más que claro que ella es la mitad que me falta, la que encaja conmigo, que me completa y complementa, la que puede llevarme a lo más alto y también hundirme en la miseria más profunda. Soy más consciente que nunca de que ahora no podría alejarme de ella y de que todo el éxito profesional del mundo no vale una mierda si no está Holly en casa a mi regreso de cada partido.

Me agarra una mano y me guía escaleras arriba hasta su habitación, la cual está prácticamente igual que antes de irme. Quizá un poco más adulta y ordenada, pero sigo viéndola con doce años tumbada en el suelo a mi lado mientras comentamos los últimos partidos. Huele a nostalgia, a palomitas de mantequilla y refresco, a crayolas, a tinta y a papel. Enciende una guirnalda de pequeñas luces cálidas sobre el cabecero de la cama y apaga la lámpara del techo. El ambiente es bastante oscuro, pero cuando el ojo se acostumbra a la escasez de luz no echas nada en falta. Me parece perfecto.

Nos acercamos a la cama entre besos cortos mientras nos deshacemos de la ropa por el camino. Las respiraciones se tornan densas y sonoras, los latidos se aceleran, mi estómago se encoge y su cuerpo tiembla bajo el tacto firme de mis manos. Me parece tan sumamente perfecto este momento que temo que se estropee.

Mis dedos tantean el broche de su sujetador con recelo, aguardando un permiso que no tarda en llegar en forma de asentimiento. Los tirantes se sueltan y caen por sus brazos a la vez que dejan visibles unos pechos preciosos y generosos, aunque muy naturales. Mis pulgares van directos a los pezones ya erectos y Holly emite un pequeño gemido como respuesta que tiene un impacto directo en una parte concreta de mi anatomía.

Su cabeza se inclina ligeramente hacia atrás y aprovecho para lamer su cuello, ahora expuesto, mientras mis manos se enredan en su pelo. Volvemos a besarnos con la misma ternura que nos acompaña desde el salón hasta que ella choca con el borde de la cama. Se separa y sonríe. Guía mis manos hasta el borde de su tanga y me hace tirar hacia abajo.

—Eres preciosa —susurro muy cerca de su oído, y mis manos se pierden entre sus piernas.

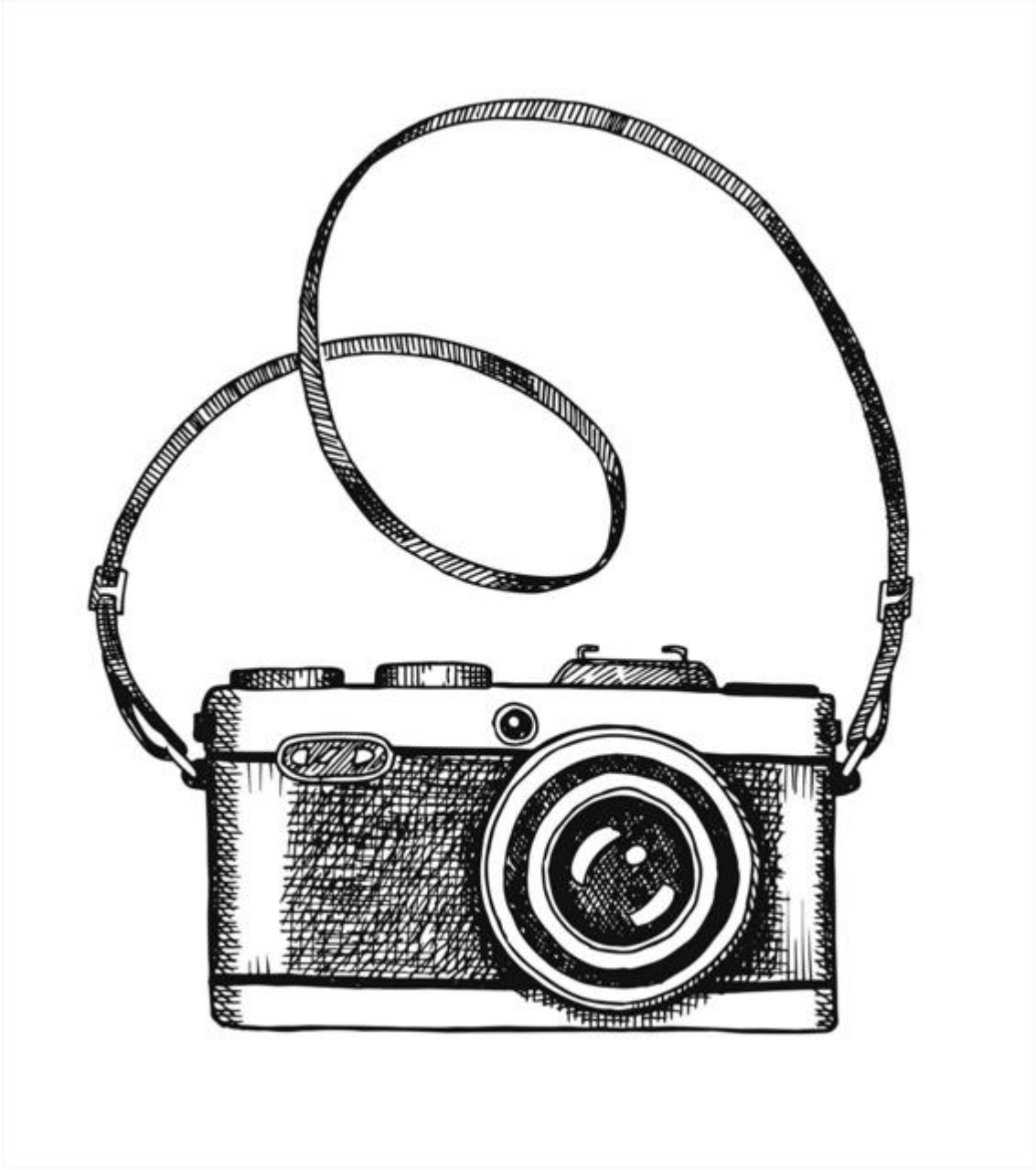
El gemido que emite me genera aún más necesidad de entrar en ella.

—Tú tampoco estás mal, Harris.

—No me llames así —suplico, y acompaño la petición de una mirada desesperada—. Contigo solo quiero ser Duncan.

Asiente y entreabre los labios dejando escapar el aliento.

—Pues entonces hazme sentir a mí como «solo Holly».



31. Solo Duncan, solo Holly

Holly

Sé a lo que se refiere con «solo Duncan». No quiere ser el famoso ni el jugador de *hockey* profesional. Conmigo solo quiere ser el chico zurdo que acababa con la mano llena de tinta al escribir, el que no

concebía estarse quieto, el bicho raro al que no le gustaba la langosta, el que se sabía todas las alineaciones de los equipos nacionales de los principales deportes, el que me arrastraba a todos lados, el que me enseñó a montar en bici, el que sabía leerme mejor que nadie, el que me dio y quitó todo en un mismo gesto.

Así como él sabe perfectamente lo que significa «solo Holly». La chica que le descubrió este pueblo, la que no perdía la sonrisa, la que siempre tenía las rodillas peladas por las caídas en el asfalto desgastado de la cancha de básquet, la que disfrutaba haciendo mil fotografías de todo lo que veía, la que no quería crecer, la que le echaba queso a todas las comidas, la que se burlaba del amor y soñaba con ser una mujer triunfadora e independiente. Nada que ver con la Holly que soy ahora, la mujer fácil, la que no se siente orgullosa de sí misma y se ha alejado del sueño que dibujó hace años.

—Siempre has sido «solo Holly» para mí. Lamento si alguna vez te he dado pie a entender otra cosa, no era mi intención.

Sus manos enmarcan mi cara y sus ojos escrutan mi reacción. Me besa y me sabe a promesa de sanación, de futuro y de reconciliación conmigo misma. Porque al fin entiendo lo que tanto él como mi padre trataban de explicarme. No debería avergonzarme de nada. No he hecho daño a nadie. No he cometido ningún delito. Solamente soy víctima de la doble vara de medir la moral y la honradez entre hombres y mujeres. Porque Mike se ha acostado con muchísimas chicas, pero nadie lo hace sentir como una mierda por ello. Es más, lo encumbran.

Por primera vez, me siento amada y no solo deseada. Intuyo que esto que está a punto de ocurrir entre nosotros no tiene nada que ver con lo que he hecho con otros. Que no soy un trozo de carne perfectamente sustituible. Que puedo ofrecer algo más que un rato de diversión.

No, nada de eso. Con él soy Holly y me quiere a mí, no a otra. Es un acto de unión y de amor.

Sin dejar de besarme y provocarme escalofríos con su lengua, me levanta y me coloca sobre la cama con mucha delicadeza. Su boca abandona mis labios para conocer el resto de mi cuerpo. Su

aliento y su saliva trazan un camino ardiente sobre mi piel. Las cosquillas que me provoca al llegar a la cintura me hacen reír y eso logra que esas mariposas que anidaban en mi estómago estén más revoltosas que nunca.

Cuando sus labios impactan sobre mi zona más delicada, me atraviesa una corriente que me hace gemir sin control. Con él no tengo que ser silenciosa o ruidosa, puedo ser solo yo, de modo que me dejo llevar por mis emociones.

Su lengua no deja de recorrerme y no necesita ayudarse de sus dedos para hacer que me vuelva loca. Sus ojos me miran hambrientos y deseosos de ofrecerme algo que nadie más ha logrado. Porque, en toda mi experiencia, nunca me he sentido como ahora. Es una primera vez en toda regla. La primera vez que hago el amor. Y es maravilloso.

El orgasmo me atraviesa y no contengo nada. Ni el gemido, ni la mueca de placer, ni mis manos estrujando las sábanas. Lo vivo de manera intensa y salvaje.

Él sube hasta mí y vuelve a besarme. Creo que podría pasarme el resto de mi vida enganchada a sus labios. Su cuerpo se pega al mío y su erección se clava entre mis piernas mientras su mano me acaricia el costado.

Me cuesta respirar y, con dolor, abandono sus labios. Intento que nos demos la vuelta, pero me lo impide.

—Solo Holly —murmura cerca de mi oído, y su voz suena más grave de lo normal.

Dibujo una sonrisa que solo me sale con él y me dejo llevar.

Su boca se desplaza nuevamente por mi cuerpo hablando un idioma que desconozco. Sus manos me regalan mil caricias y mis emociones se desbordan. Con él, todo adquiere un nuevo significado.

Al llegar a los tobillos, se pone en pie y se deshace de su última prenda. Lo observo entre asombrada y golosa, aunque la mirada que me dedica me deja claro que lo que tengo en mente va a tener que esperar. Vuelve a colocarse sobre mí, calentándome aún más, y sube recorriéndome nuevamente con labios y manos.

—Ojalá pudiera hacerte entender lo que tú significas para mí.

Sonrío y me derrito. Sé a lo que se refiere. O creo saberlo. Lo beso cuando llega hasta mí de nuevo tras leer en sus ojos todo aquello que no pronuncia. Su erección se roza contra la piel de mi zona más sensible y creo enloquecer. Me caliento tanto que temo consumirme.

De pronto, ambos llegamos a la misma conclusión y lo veo poner una mueca de desagrado.

—Busca alguno en mi mesilla —le indico con una sonrisa.

Él se aparta y baja de la cama. Ya estoy deseando que vuelva, pero me recreo en su imagen, en sus músculos, en el pelo que le cae por la frente, en la manera en que se muerde el labio y en sus ojos de asombro al abrir el último cajón.

—¿Qué tienes aquí? ¿Un *sex shop*?

Me aprisiono el labio con los dientes para controlar la risa. Tengo que admitir que le tenía auténtico pavor a este momento. Temía que, si un día llegaba a enamorarme y esa persona descubría todo lo que guardo ahí, saldría huyendo o cambiaría su concepto sobre mí. Duncan me mira con diversión mientras inspecciona el contenido: juguetes de toda índole, lubricantes de varios sabores y condones de muchos tipos y tamaños.

—Hoy solo quiero esto —informa enseñándome el envoltorio de un preservativo estriado—. Pero prométeme que otro día usaremos alguno de tus juguetes.

De mi boca solo sale una carcajada que le sirve de confirmación y me calla con un beso que me deja con ganas de más. Abre el plastiquito y se enfunda el condón de manera precisa y rápida, para volver a colocarse sobre mí y atacar mis labios de nuevo.

Cuela una mano entre nuestros cuerpos para rozarme el clítoris de manera agónica, y, cuando estoy a punto de suplicar, se introduce en mí con lentitud, permitiéndome adaptarme a él. Exhalo un suspiro y nuestros alientos, cada vez más densos, se entremezclan.

Gimo cuando empieza a moverse y me aferro a su espalda, con lo cual él profundiza un poco más y aumenta la velocidad.

—Joder, Holly, esto es… —Un gruñido con su consecuente mueca interrumpen la frase.

—Lo sé.

Increíble. Perfecto. Lo mejor que me ha ocurrido en la vida. Muy superior a cualquier cosa que pudiera imaginar.

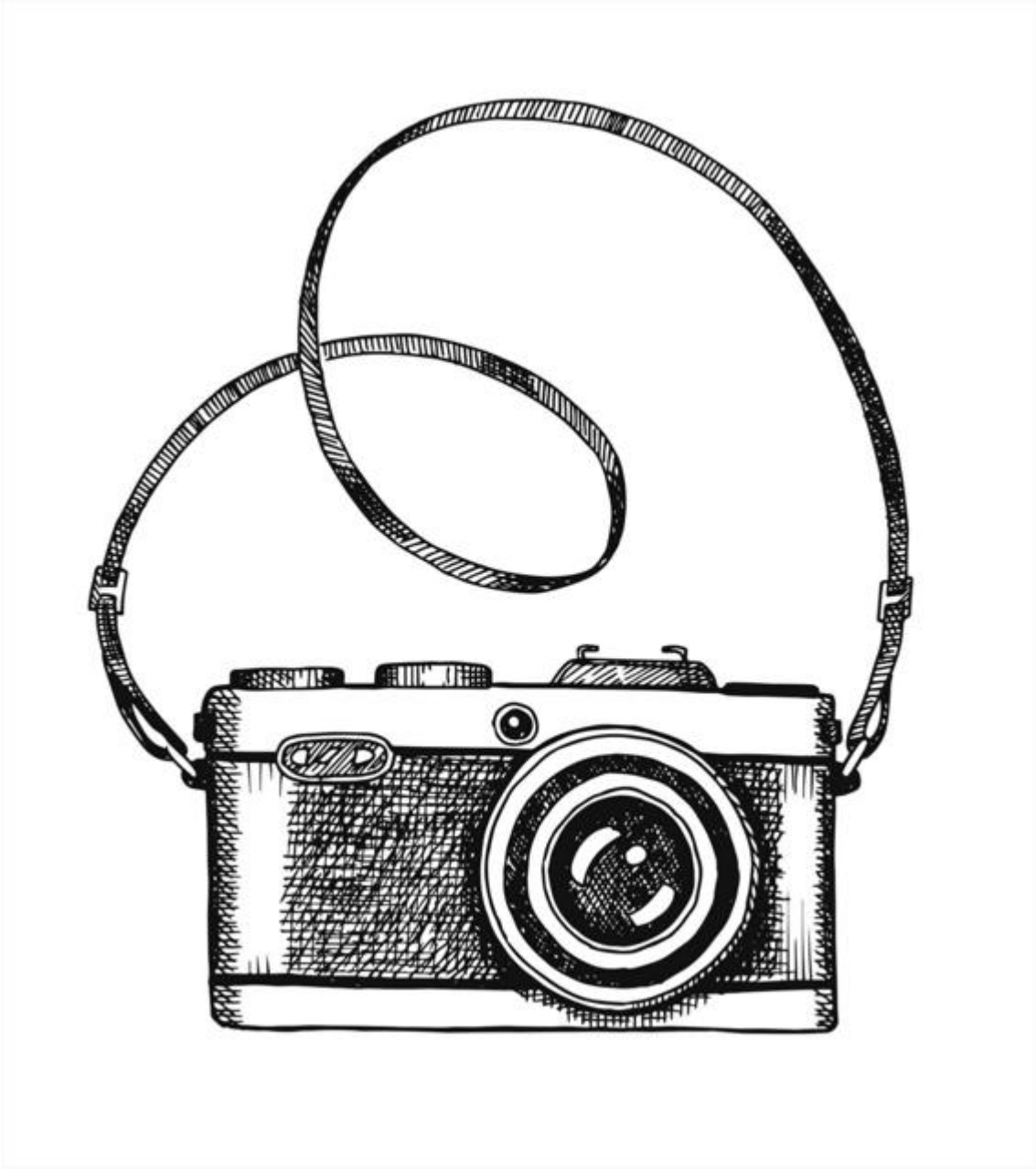
—Espero no decepcionarte —añade con cierta lástima.

—Imposible.

—Dime eso dentro de tres minutos.

Me río. Es surrealista que me esté descojonando así en medio de la mejor sesión de sexo que he tenido jamás. Pero con él puedo ser yo misma sin avergonzarme de nada.

—Mientras esos tres minutos sean los mejores de mi vida, como parece que está ocurriendo, no te convertirás en ningún fiasco —le aclaro recuperando la seriedad.



32. Algo más de tres minutos

Duncan

Logro controlarme y aguantar un poco más, aunque el placer de verme enterrado entre las piernas de Holly me resulta tan intenso y llevaba tanto tiempo sin follar que no he podido durar lo que ella se

merecía ahora mismo. Parecía un adolescente en su primera vez. Por eso mismo, la convenzo de bajar a la cocina a por provisiones para poder continuar después.

—¿Tú no has cenado o qué? —me pregunta viendo la cantidad de comida que pongo en mi plato.

—Claramente, soy un deportista en baja forma. Tengo que alimentarme mejor —bromeo en alusión a mi poco aguante en la cama.

—Deberías comer langosta —me azuza.

—No me ha hecho falta para llegar a donde estoy —reniego dando un bocado a algo que no sabría bien cómo definir.

—Es quiche. Lleva queso y beicon —especifica al ver mi expresión.

Beicon. Otra cosa que no como porque es pura grasa. Será muy típico aquí y actualmente ya en cualquier lado, pero los nutricionistas que han trabajado conmigo desde antes de dedicarme a esto siempre me lo han desaconsejado. Opinan que es mejor que consuma carne de calidad y grasas «de las buenas». Así que ni recuerdo la última vez que lo tomé. Decido ignorarlo porque esos dos trocitos que parece haber no van a suponer ningún problema.

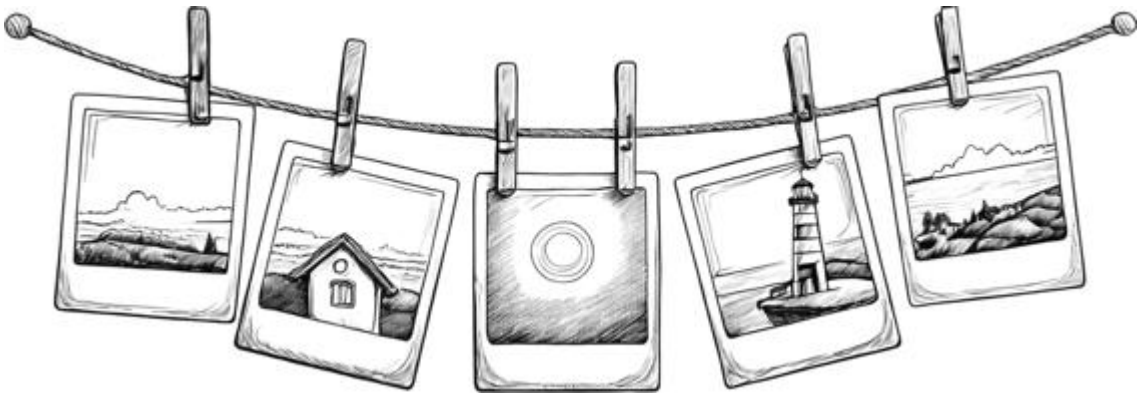
—¿Vas a saltarte tu dieta de deportista profesional?

Me río.

—Voy a hacer una excepción por hoy. No se lo cuentes a nadie. Pero entonces tendré que aumentar mi gasto energético de alguna manera antes de que termine el día —añado con un guiño.

Holly se muerde el labio y me mira con picardía.

—Más vale que te alimentes bien entonces, no quiero pillarte en baja forma de nuevo —se burla, y sus ojos brillan.



Abro los párpados completamente desubicado. Me cuesta hacerme a la idea de que despierto a su lado, desnudo, tras una noche en la que ambos hemos conectado como nunca, despojándonos de nuestros personajes y quedando solo nosotros.

Tras la segunda cena improvisada mientras Holly me acribillaba a preguntas sobre Europa y la vida allí, guardamos todas las sobras en la nevera y volvimos a su habitación.

Nada más cerrar la puerta, la acorralé contra la madera y ataqué sus labios mientras mis manos se afanaban por acariciar cada trocito de piel. Gemía contra mis labios, los cuales abandoné para poder mordisquearle el lóbulo de la oreja y sentir cómo se estremecía entre mis brazos.

Sin dejar de observarla, sujeté el bajo de su camiseta —la mía, en realidad— y se la saqué por la cabeza con parsimonia. Su cuerpo desnudo y precioso se encontraba frente a mí, suplicándome que le prestara atención. Su boca entreabierta, sus pezones erguidos y su piel erizada eran claras demostraciones de lo expectante y anhelante que se encontraba.

Alzó un brazo en dirección a mi mano y me acercó más a ella. Era como una diosa clamando su premio. Sentí sus dedos en torno a mi cintura, pelvis, abdomen y… «Ufff…». Agarró mi erección y la rodeó. Gruñí. Volví a besarla y dejé que jugara un rato conmigo, porque me encendía y retrocedía, volviéndome loco y deseándola aún más.

Aparté su mano y la levanté a pulso. Ella enredó sus piernas en mi cintura y nos dejamos caer sobre su cama nuevamente. Me

dediqué a ella en cuerpo y alma para disipar cualquier rastro de duda que pudiera quedarle a través de besos, caricias y palabras susurradas.

Cuando volví a entrar en ella lo hice de una sola vez, arrancándole un gemido intenso. Le perdí perdón con la mirada, aunque no pareció desagradarle el gesto. No obstante, no es como quería ser con ella esa vez. Por lo que fui moviéndome de manera lenta, repartiéndole algunos besos y caricias, mientras ambos jadeábamos al compás.

Entrelacé nuestros dedos y llevé las manos a la altura de su cabeza para seguir apoyándome sobre los codos. Ella levantó las caderas y anudó sus piernas alrededor de mi cintura. No sé si lo hizo por darse más placer o por pegarse más a mí, pero el ritmo cambió y percibí que su orgasmo empezaba a asomar.

Solté una mano y la coloqué en su culo a la vez que aprovechaba para aumentar la fricción entre ambos. Sus jadeos subieron de intensidad y su rostro empezó a enrojecerse hasta que la sentí dejarse llevar por el más absoluto de los placeres. Bajé el ritmo y nos recolocamos de lado, mirando hacia la misma pared. Encajé su espalda contra mi pecho y volví a ensartarme. No es la postura más cómoda del mundo, pero tenía claro que, si la quería probar con alguien, era con ella. Es demasiado íntima como para compartirla con cualquiera. Hicimos el amor de manera lenta —porque esa segunda vez pude aguantar hasta el final— hasta que ambos explotamos casi al unísono.

Holly duerme plácidamente a mi lado y no quiero despertarla. Así que me levanto y recupero mi ropa del suelo. Me visto sin preocuparme mucho por mi aspecto y salgo de la habitación. Mientras bajo por las escaleras, tarareo el estribillo de *Adore U,* de Khalid, y me repeino un poco con las manos los mechones que me caen por la frente.

Mi idea es ir a mi casa para hacer acto de presencia y luego volver antes de que piense que me he ido sin decirle nada. Pero el ruido de una puerta me detiene en seco. Me quedo bloqueado en medio de la cocina sin tener claro si tratar de huir para que Joe no

me pille —si es que se trata de él— o quedarme y que sea lo que tenga que ser.

Al oír sus pasos sé al instante que se trata de ella. Se ha puesto un *short* deportivo y una camiseta de tirantes con un top bastante informal debajo. Cuando me descubre a punto de salir corriendo, me observa con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—Sé lo que parece, pero no quería despertarte y… ayer no volví a casa… —me excuso de manera apresurada.

Ella sonríe y se le enternece la mirada.

—No juegues conmigo, Harris —me advierte con un deje de diversión.

—Solo en la cama.

—Espero que sepas jugar sobre otras superficies —me provoca mientras se acerca hacia mí.

—Algunas. Pero estoy dispuesto a aprender —añado guiñándole un ojo, y ella termina de acercarse a mí para besarme.

Enreda sus brazos tras mi nuca y la agarro de la cintura. Sin lugar a dudas, Holly es lo que me faltaba.

—Voy a casa un momento, ¿vale? —comento al apartarme de ella. No quiero hacerlo, pero debería ir. Quizá estén preocupadas, aunque no me hayan escrito.

Holly asiente y me dice que va a llamar a su padre. Que siempre desayunan juntos y es raro que no esté aquí.

Cuando entro en casa por la puerta del jardín, me doy cuenta del error. Mi madre, Gina y Joe me observan y me examinan como si fuera un criminal al que van a interrogar.

—Vaya, ¿dónde has pasado la noche? —pregunta mi hermana.

—Fuera —simplifico. Podría haber dicho que vengo de correr como todas las mañanas, aunque es demasiado obvio que no es verdad.

—¿Pudiste hablar con Holly? —continúa su particular interrogatorio. Los demás presentes se miran entre ellos de manera muy sutil.

—Más o menos. ¿Has acabado?

—No.

—Sí —rebato—. Has terminado.

—Vaya, será verdad que no hablaste con ella —murmura, y se mete una cucharada de cereales de colores en la boca.

Alzo las cejas, sorprendido por su respuesta, y me alegro de que me deje tranquilo. No tengo claro si Holly quiere que se enteren o no, o si quiere contárselo ella a su padre. Aunque, en honor a la verdad, creo que tanto Joe como mi madre no están muy convencidos con mis respuestas.

Cuando parece que van a romper el silencio miran hacia la puerta, que se abre, y entra Holly.

—Debí suponer que estarías aquí —le recrimina a su padre. Sus ojos analizan toda la estancia, aunque no se detienen mucho en mí —. Te estaba buscando para desayunar juntos.

—Puedes servirte lo que quieras, cariño —ofrece mi madre, señalando la mesa donde hay todo lo necesario para un desayuno completo: cereales de varios tipos, huevos revueltos, pan tostado, queso, beicon, leche y zumos.

La veo desconcertada y no sabe qué responder. Finalmente, tras otro repaso a los presentes, yo incluido, decide sentarse frente a su padre y yo hago lo mismo a su lado con naturalidad.

—Entonces ¿dónde fuiste después de hablar con Holly? —insiste mi hermana—. Seguro que con esos amigos tan idiotas que tienes.

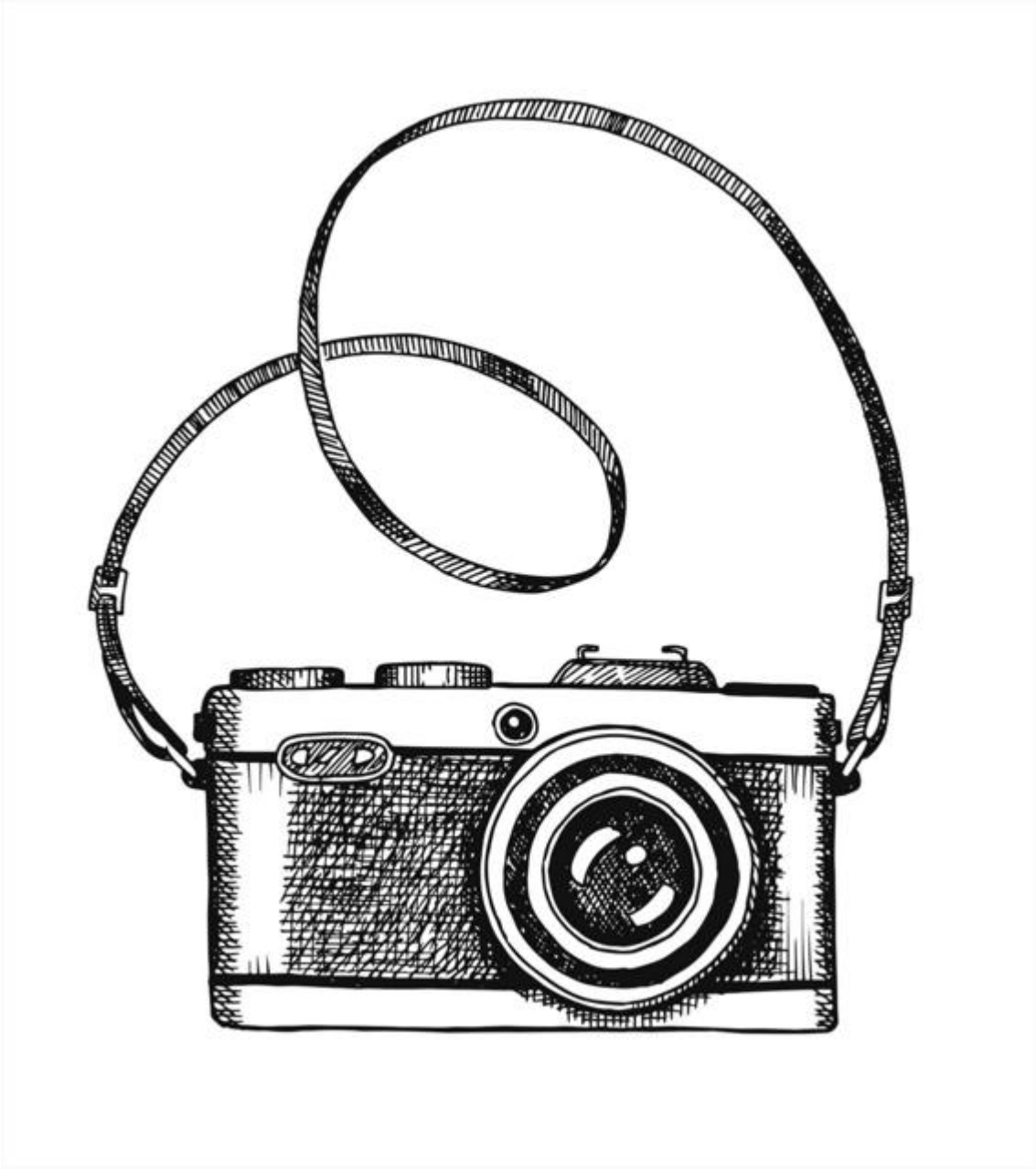
—Ya no son mis amigos, Mocosa. No después de lo que le han hecho —especifico señalándola con un movimiento de la cabeza.

Joe asiente como si hubiera acertado la respuesta, lo cual me da a entender que me aprueba.

—Pues entonces…

—Mocosa… —la interrumpo.

—Estuvo conmigo —responde Holly de manera tímida, y todas las miradas se posan sobre ella.



33. Nuestra familia

Holly

—Por eso te buscaba para desayunar contigo —le aclaro a mi padre.

Sé que ahora no se quedará solo y que, aunque lo suyo parezca reciente, no darían este paso si fuera un capricho. Aun así, sigo

teniendo la sensación de que lo estoy abandonando.

Mi padre se encoge de hombros y quiere hacerse el indiferente, pero le resulta imposible esconder esa sonrisa que me indica lo feliz que es con la decisión que he tomado.

—Bueno, algo imaginé cuando Duncan no regresaba. Por eso yo me quedé aquí.

Ahora sí, sonríe enseñando todos los dientes. Yo me tapo la cara, muerta de la vergüenza, y Gina silba de manera un poco escandalosa.

—Mocosa…

—¿Qué? Estáis juntos, ¿no? —Da unas palmaditas y, si no estuviera sentada, también saltaría—. ¡Oh! Holly se va contigo. Mierda —añade, cayendo en la cuenta.

—Esa boca —la regaña Ava, y ella gruñe. Duncan y mi padre se ríen, pero a mí me enternece que vuelva a quererme como cuando se fue.

—Hablaremos todos los días —le aseguro—. ¿Has visto? Ya vuelve a quererme más a mí que a ti —me burlo de Duncan y le saco la lengua.

El aludido se acerca y, tomando mi rostro entre sus manos, estampa su boca contra la mía. Amo a este hombre y que no se avergüence de tener estos gestos en público. No obstante, debo apartarme porque empieza a alcanzar un nivel de intensidad que es mejor mantener en privado.

Sonrío y él me mira con un gesto canalla. Como si le diera igual cualquier cosa que le diga mientras estemos juntos; y, siendo honesta, mientras siga dándome estos besos, no tengo intención de alejarme de su lado.

Con la cara roja, me aparto y trato de servirme algo de comida, aunque las manos me tiemblan ligeramente por los nervios. Porque estoy muy segura con la decisión que he tomado, pero también acojonada. Por el traslado a una gran ciudad, a otro país, a otro continente, a sumergirme en otra cultura, otro idioma y manera de vivir. Por dar este paso tan grande con alguien que conozco tanto pero que, a la vez, es un desconocido. Porque quizá Duncan tenga unas expectativas de cómo seré yo como novia que no pueda llegar

a cumplir. Porque quizá se cansará de mí, o yo me cansaré de él. Por sentirme sola cuando esté jugando partidos fuera, o que afloren inseguridades que hasta ahora nunca he tenido y permita que los celos lo estropeen todo. Por echar de menos a mi padre, mis amigos, la vida sencilla de este pueblo, mi independencia económica o no tener ningún tipo de atadura. Pero he llegado a la conclusión de que, sin Duncan, esta vida ya no me basta. Por eso me voy con él.

—He estado pensando en estudiar fotografía —explico buscando la mirada de mi padre.

—¿En serio?

Su sonrisa de felicidad y orgullo se me contagia y siento la mano de Duncan apretando la mía.

—Me gustaría ser fotógrafa deportiva —aclaro a todos los presentes.

—Claro que sí, siempre supe que tú ibas a brillar en lo que te propusieras —me anima Ava.

—Seguro que se te da genial —la sigue Gina.

—Bueno, con el periódico he cubierto algún evento. Pero quisiera poder dedicarme a ello de manera profesional, no como una mera afición.

—Voy a ser la envidia de todos mis compañeros —interviene Duncan. Lo miro con una ceja levantada, animándolo a que siga—. Si tú supieras cuántas veces tienen que explicarles las normas a sus parejas…

Todos reímos y él vuelve a besarme.

—¿Nos vamos…? —se burla Gina.

Nos apartamos, nos reímos y seguimos sirviéndonos el desayuno. Mi padre parece reanudar el tema de conversación que Duncan y yo interrumpimos con nuestra presencia y posterior noticia. Algo relacionado con sus planes de cara al futuro que ahora incluirán a Ava y a Gina. Por lo visto ya ha hablado con el director del instituto y no habrá problema en que su hijastra estudie aquí el próximo curso si presentan todos los documentos que les han pedido.

—También hemos pensado en vivir en nuestra casa mientras esta se encuentre en obras y luego mudarnos todos aquí —prosigue mi

padre.

—Bueno, eso está por ver aún —rebate Ava con un gesto que muestra lo poco convencida que está de ello.

—¿Por qué no, cielo? Es lo más práctico. Esta casa es grande, tenemos una habitación para nosotros, otra para Gina, una para la parejita de moda y otra para los nietos.

Escupo el sorbo de café que tenía en la boca.

—¿Qué has dicho? Mierda —añado al ver el estropicio, y me levanto para ir a buscar un trapo.

—No te preocupes —dice Ava, quien se acerca con una bayeta para limpiar la mesa.

—Y la otra casa la podemos alquilar y dejársela a Gina cuando sea grande —continúa ignorándome a mí por completo.

—¿Para mí sola? Sí, sí, sí. ¿Dónde hay que firmar? Mamá, dile que sí.

—A ver, a ver. No digo que no esté de acuerdo —se excusa Ava —. Simplemente no quiero precipitarme. Creo que hay que pensarlo bien y ver cómo avanza todo.

—Pues no te lo pienses mucho —pide la pequeña de la familia.

—Ey, tú tranquila, que, si esta gente no te da la casa de al lado, tu hermano te financiará un apartamento donde tú quieras —la tranquilizo mientras le guiño un ojo.

—¿Pero tú cuánto dinero te crees que tengo? —me recrimina el aludido.

—¿Es mentira? —lo reto.

Niega con la cabeza y su sonrisa delata el amor tan grande que siente por su hermana y lo dispuesto que está a darle cualquier capricho.

—¿Habéis pensado en la reforma? —quiere saber Duncan.

—A mí me gusta lo que tú tenías planeado. Eso creo que lo vamos a mantener, pero aprovecharíamos para cambiar los suelos y alguna distribución. Modernizarla. Si vamos a vivir aquí, me gustaría que fuera una casa nueva sin recuerdos.

—Pues entonces no te preocupes por el presupuesto.

—No vas a pagarlo tú, hijo.

—Es mi casa y sois mi familia. Quiero que todos estéis a gusto. Mañana llamaré al arquitecto para avisarle del cambio de planes.

—Duncan…

—Mamá, lo digo de verdad. Para algo tiene que servir estar tan lejos de vosotras. Si el dinero que gano no puedo usarlo para esto, ¿de qué me sirve ganar tanto?

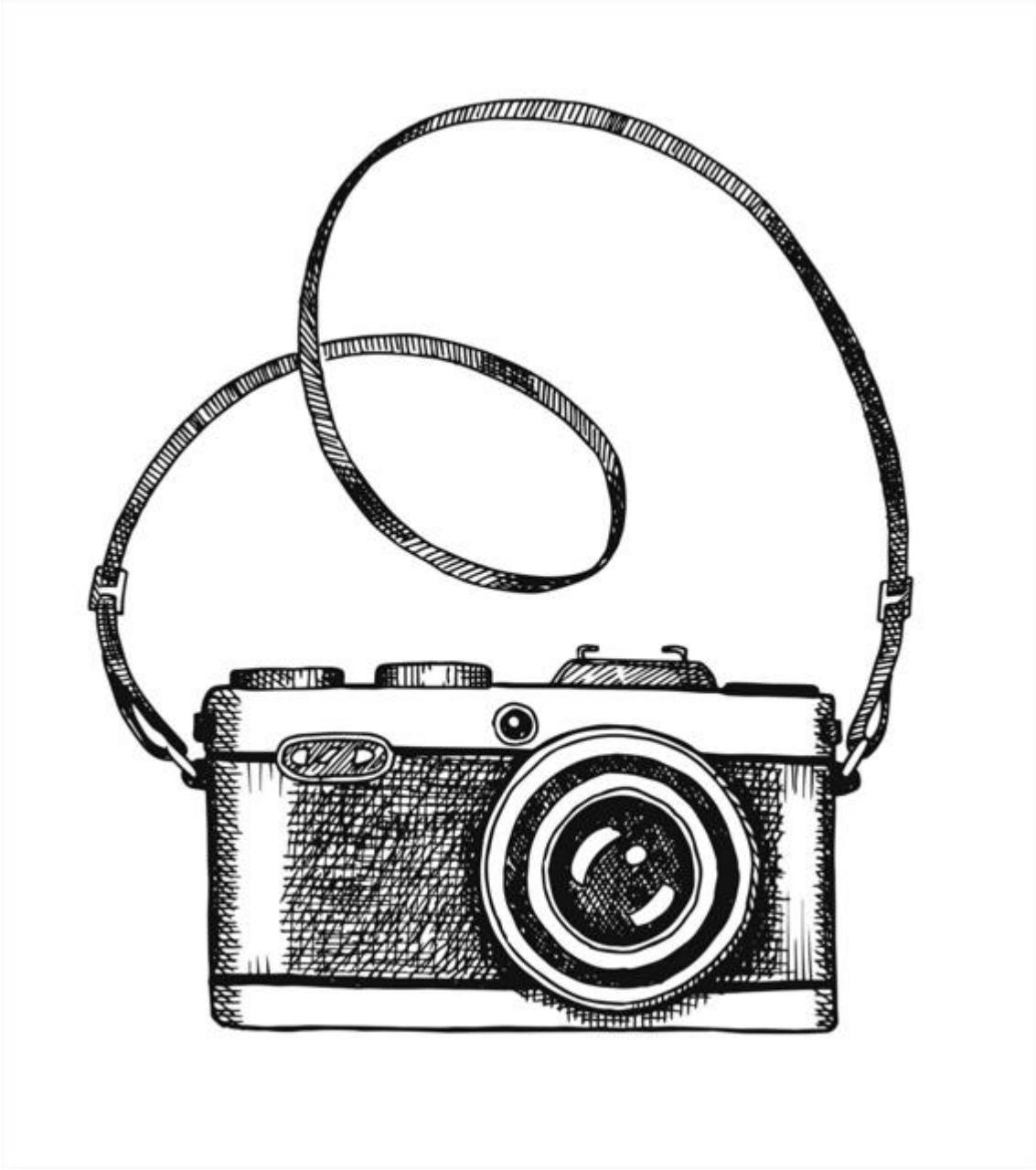
—Pero ahora tendrás otros gastos.

—Bah —hace un movimiento con la mano—, Holly no será cara de mantener.

Le doy un manotazo en el brazo.

—Tú no la has visto comer, yerno —se burla mi padre, y aprieto los labios.

Duncan se ríe. Me encanta ese sonido. Me encanta que esto sea mi familia ahora. Nuestra.



34. Estamos juntos

Holly

Entro en el Joe’s con una sonrisa tan grande que Jay me acorrala en la barra y me observa alzando las cejas varias veces. Me entra la risa y le doy un golpe en el hombro.

—¿Qué te pasa hoy? —pregunto, haciéndome la loca.

—¿A mí? ¿Tú no tienes nada que contar?

Contengo la sonrisa, aunque el color rojizo de mis mejillas me delata. Niego con la cabeza mientras voy a buscar mi mandil al despacho de mi padre. Pero a la vuelta sigue esperándome mientras prepara unas bebidas.

—Cómo debe de tener la polla para que no sueltes prenda… —murmura intentando que nadie más lo oiga.

—¡Jay! —exclamo demasiado alto, por lo que varios clientes se voltean hacia mí.

Mi compañero se ríe.

—Estas son para la ocho —me indica haciendo un gesto a la bandeja llena de bebidas que hay a su lado.

Las llevo, incapaz de controlar más la sonrisa, y a mi regreso sigue analizando mi expresión.

—Vale, estamos juntos —susurro cuando llego a su lado.

Jay gruñe de felicidad y corre para salir al otro lado de la barra y poder abrazarme.

—Por fin. Y que conste que no me hace gracia que te vayas… —Se aparta un momento y me inspecciona volviéndose serio de pronto —. Porque te vas con él, ¿verdad? —Asiento—. Menuda suerte que tienes, Miller. Espero que antes de irte compartas con nosotros los detalles.

—Anda, calla.

Según las indicaciones de otro compañero, me dirijo a tomar el pedido a una mesa de varios chicos y siento el efecto Duncan al no disfrutar de sus coqueteos.

—Guapa, ¿qué haces al salir de aquí? —pregunta uno de ellos. Uno con el que no me hubiera importado enrollarme hace un mes. Pero ahora me horroriza lo directo que es.

—Tío, déjala. ¿No ves que está incómoda? —lo reprende uno de ellos, y se lo agradezco con la mirada.

—Pues probablemente pasar tiempo con mi novio.

Trago saliva al darme cuenta de que acabo de decirlo en voz alta mientras Duncan pasa por mi lado de camino a una mesa para

comer con su madre y su hermana. La sonrisa que me dedica hace que mi corazón lata demasiado fuerte y, aunque me encantaría que me besara ahora mismo, agradezco que me deje trabajar.

—Oye, ¿ese no es…? —pregunta un tercero, señalándolo con la boca abierta.

—¿Vais a querer algo más? —lo interrumpo con ganas de largarme.

—Sí. ¿Me das tu número? —insiste el mismo de antes.

—¡Duncan Harris! Eso es. Austin, déjala. Sale con un jugador de *hockey.*

—Ya, claro, y está aquí sirviendo mesas.

Me enervo y aparco la simpatía un rato. A la mierda la propina.

—Las camareras no estamos en la carta y trabajo aquí porque mi padre es el dueño, por cierto. De modo que si no vais a querer nada más… —dejo en el aire el resto de la frase, la cual se sobreentiende, y doy media vuelta para trasladar el pedido a la cocina.

Recojo tres vasos de agua de la barra para llevarlos a la mesa donde están los Harris, pero Jay me detiene antes de irme.

—¿Necesitas que me encargue de esa mesa?

—Tranquilo, no son lo peor que ha entrado en este bar —le resto importancia con un gesto de la mano.

—Bueno, si necesitas ayuda, me lo dices y me encargo de ellos.

—Síííííí… —pronuncio como una niña pequeña.

Duncan se levanta cuando llego a su lado y estampa sus labios en los míos para saludarme. Como si no lleváramos toda la mañana besándonos. Al apartarse, sus manos agarran mis caderas sin mucha fuerza y yo aprovecho para colgar mis brazos de su cuello.

—¿Puedo continuar trabajando o vas a seguir marcando territorio? —bromeo enseñándole los dientes.

—Solo te ayudo a quitarte esos salidos de encima —responde con una sonrisa ladeada mientras les echa un ojo.

—Ya… —ironizo. Aunque estoy encantada.

Le doy un pico en los labios y me suelto. Él hace una mueca de frustración y se separa, aunque no se sienta.

—¿Sabéis lo que vais a querer? El especial de hoy es pollo con salsa *teriyaki* acompañado de arroz y pimientos asados.

—Un especial por aquí —pide Ava.

—Otro. ¿Hacéis algo que esté malo? —pregunta Gina con una mueca que interpreto como frustración, y la entiendo porque aquí se engorda muy fácilmente.

Me río.

—Te recomiendo que busques alguna manera de quemar calorías, pues en el Joe's se come demasiado bien. Y no lo digo porque trabaje aquí ni porque sea hija del dueño.

—No, no. Si algo tendré que hacer o acabaré como un tonel.

Todos nos reímos.

—¿Por qué no vienes a correr conmigo por las mañanas? —sugiere Duncan.

Gina esboza una mueca de disgusto.

—Porque es muy temprano.

—Pues sigue durmiendo, Tonelete.

Ahora cierra la boca e hincha las mejillas hasta ponerse roja. Está muy graciosa, pero me veo en la obligación de interrumpir porque estoy trabajando, aunque no lo parezca.

—¿Tú qué vas a pedir? —pregunto a Duncan girándome hacia él.

—Hamburguesa.

Voy a abrir la boca para solicitar más información, pero él ancla una mano en mi cintura y no me salen las palabras.

—Estoy seguro de que sabes cuál quiero —continúa con una voz demasiado sensual para este momento.

—California sin beicon —respondo como si estuviera en un concurso.

—¿Ves? —confirma con un guiño.

Sus labios se posan nuevamente de manera breve sobre los míos en el mismo momento que oímos la campana de la puerta. Al girarme, me encuentro a Mike, que nos observa sin mostrar ningún tipo de emoción. Bueno, algo similar a la decepción sí que parece que siente.

Hago un esfuerzo titánico por mostrarme impasible y no sé si lo logro, pero Duncan me suelta y vuelve a sentarse. Asiente de

manera casi imperceptible, pero sé que me está mostrando su apoyo a cualquier cosa que haga.

Llevo el pedido de los Harris a la cocina para que empiecen a prepararlo cuanto antes y, de vuelta, me acerco a la mesa de Mike.

—Así que estás con él. A pesar de todo.

Quiero ignorarlo. Debería hacerlo, de hecho. Porque estas últimas semanas solo me ha demostrado lo manipulador que es y que lo único que le importa de mí es que esté disponible para él. Seguirle el juego es, precisamente, lo que él pretende que haga. Ojalá viniera alguien a coserme la boca porque me conozco y no sé responder a esto con un simple «sí».

—Querrás decir a pesar de tus intentos por evitarlo.

Ahí está. Me siento orgullosa de mí misma por echarle en cara lo que pienso, aunque sé que tampoco se quedará callado.

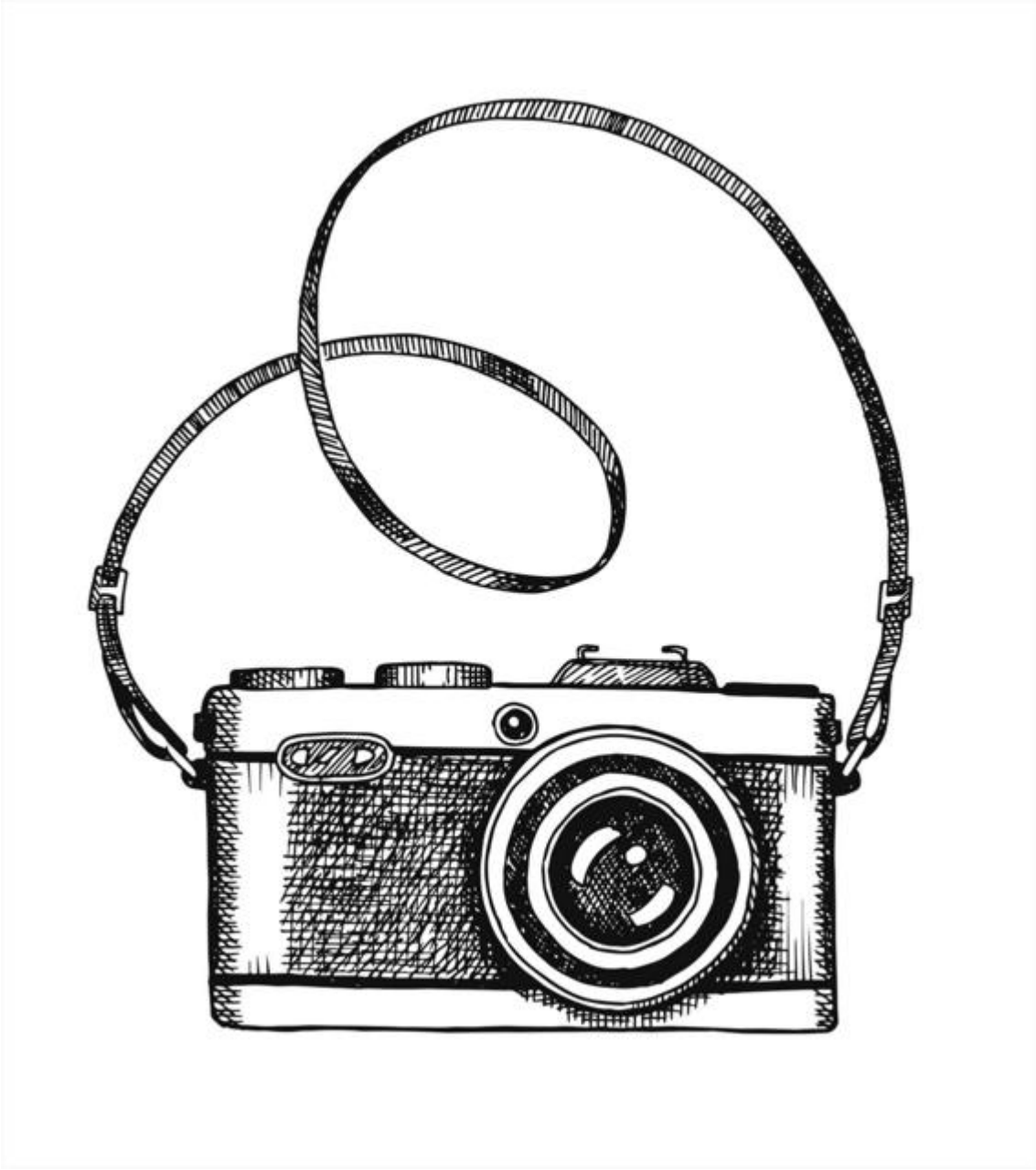
—Intento protegerte. Tú misma decías que no querías saber nada de ningún deportista, que todos son iguales… —me tienta y me muerdo la lengua.

—¿Has venido a comer?

—¿A qué si no? —rebate con una sonrisa que no me gusta nada.

Asiento y busco la ayuda de Jay, quien no necesita que le dé ninguna explicación, ya que él solo se ofrece a encargarse de su mesa tras ver la tensión con la que me acerco a la barra.

Mike y yo hemos crecido juntos. Lo conozco desde que nací, mucho antes de que Duncan llegara a este pueblo. Fuimos al mismo jardín de infancia y, al igual que todos los niños, jugábamos juntos en el parque mientras las otras madres charlaban y me echaban un ojo a mí también. Pero tengo que admitir que a este Mike no lo conozco de nada.



35. Una muestra

Duncan

No me da vergüenza admitir que mi hermana de once años me está dando una paliza al Wii Sports. A todos. Al golf, al tenis, al béisbol, a los bolos e, incluso, al boxeo. Cuando encontré la vieja consola en

una de las cajas del garaje no tardé en volverla a instalar. Hemos estado jugando varias veces a todos los juegos. Ella, para descubrir un «pasatiempo de viejos» —palabras suyas, no mías—, y yo, para reencontrarme con una de las pocas cosas que tenía aquí que lograban abstraerme de la vida. Y cuando hablo de «vida» me refiero a mi padre, sobre todo, a lo que él me repetía cada vez que tenía ocasión, a cómo no ejercía como tal la mayor parte del tiempo y a cómo trataba a mi madre, ya que cada vez se molestaba menos en disimular delante de su propio hijo lo mal marido que era. Al final, formaba parte de su adoctrinamiento. Según él, así era como había que tratar a las mujeres.

—¿Cómo puedes ser tan malo en todo? Este juego es de *boomers* y te está ganando una alfa.

—¿Alfa? —Arrugo el ceño—. ¿Así es como se llama tu generación?

Se encoge de hombros.

—Yo no le he puesto el nombre, está claro.

Me río porque es obvio que ella la habría llamado «generación única y espléndida» o algo así.

—Ni se te ocurra volver a llamarme *boomer,* Mocosa —le advierto recuperando la seriedad de golpe a la vez que la señalo con el dedo.

—*Boomer* —replica para, acto seguido, sacarme la lengua.

Le tapo la cara con mi mano, enorme en comparación, y ella grita mientras trata de apartarse.

—¡Eh! —protesta—. ¿Qué te pasa hoy?

Que necesito saber qué ha ocurrido con Mike. Han hablado unos segundos y no ha vuelto a dirigirle la palabra. Sé que, para ella, darse cuenta de cómo es él en realidad ha significado un golpe muy duro que tiene que seguir procesando. Entiendo que le cueste dejar de verlo como amigo porque lleva unida a él muchos años y le resulte difícil aceptar que él nunca fue como yo, sino un aprovechado manipulador que se alimentó de su dolor. Solo espero que pueda dejar eso atrás.

—Nada.

Ella me inspecciona como un agente del FBI examina a un posible criminal en una sala de interrogatorios. Es obvio que algo me

pasa, más allá de lo aburrido que me encuentro de pasar la tarde aquí, esperando a que Holly salga del Joe's.

—Es por Holly —adivina.

No puedo contener una sonrisa.

—Todo es por Holly últimamente —admito.

Me mira muy seria.

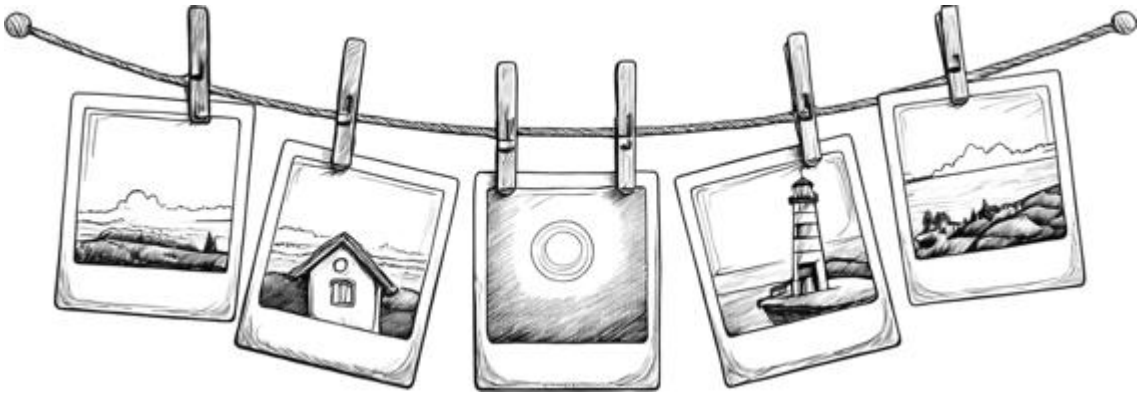
—He estado pensando en algo. Se trata de una cosa superromántica para que se enamore más de ti.

—Ya está enamorada de mí.

—Hazme caso. A las chicas nos gustan estas cosas.

Quiero seguir con este debate, pero me río y lo envío a la mierda. Me muero de curiosidad por saber qué idea tiene en mente y si difiere mucho de lo que ya tenía yo pensado.

—Soy todo oídos.



El sol empieza a caer cuando advierto el sonido de la llave en la cerradura. Las luces están encendidas y la casa huele a una mezcla de las velas aromáticas de coco y la comida que estoy cocinando en este horno con el que no me encuentro tan familiarizado.

Holly me mira pasmada mientras deja las llaves sobre un mueble de la entrada. Viste la misma ropa que ha usado para trabajar y las trenzas le han quedado algo despeinadas tras la dura jornada. Su rostro está enrojecido por el ejercicio de volver a casa con la bici y apuesto a que su nariz y sus mejillas están frías por la brisa vespertina que corre a estas horas. El maquillaje de los ojos está ligeramente difuminado y, aunque ella es probable que halle mil

imperfecciones, yo la encuentro radiante. Cada vez que la veo, me golpea la misma sensación reconfortante y de armonía en el pecho, como si, a su lado, todo encajara.

—Llegas justo a tiempo —digo a modo de saludo mientras avanzo hacia ella. Le doy un beso breve en los labios con mis manos en su cintura y la arrastro hacia el interior—. La cena está casi lista.

—¿Qué cena? ¿Has cocinado? ¿Aquí? —pregunta, aún extrañada de entrar en su casa y encontrarme trasteando en la cocina.

—En mi casa hay mucha gente y tu padre parece haberse mudado allí —resumo. No hace falta entrar en detalles y explicar que Joe casi me ha echado de mi propia casa.

—¿Tú sabes cocinar? —inquiere con una ceja levantada, ignorando adrede mi respuesta.

—Vivo solo.

—Ya, pero quizá solo comas precocinados o tengas a alguien que cocine para ti.

Niego con la cabeza y mis manos, que seguían en su cintura, se desplazan por la espalda para rodearla y acercarla aún más a mí.

—Estás a punto de descubrir cómo cocino —murmuro sobre sus labios antes de lanzarme a por ellos, pero la alarma del horno nos aparta y corro a apagarlo.

—¿Te ayudo en algo? —se ofrece, dispuesta a echarme una mano. O quizá solo quiere comprobar que no haya quemado la cena.

—Puedes terminar de poner la mesa, si quieres. Aunque no es necesario.

—Vale. Pero ¿te importa que me cambie primero? Apesto a grasa y cerveza.

—Como quieras —accedo con una sonrisa.

Me quedo embobado contemplándola mientras sube las escaleras y, justo cuando desaparece de mi vista, saco los pimientos rellenos para llevarlos a la mesa. Descorcho una botella del mejor vino rosado que he encontrado en este pueblo y sirvo un poco en cada copa. Acto seguido, y aunque ella se haya ofrecido a hacerlo, termino de poner la mesa porque, la verdad, solo quedaban los platos y los cubiertos.

Enciendo el altavoz portátil y selecciono una *playlist* en mi móvil. *Lose Control,* de Teddy Swims, inunda la estancia de una calidez especial y aprovecho para bajar un poco la iluminación. Me siento orgulloso por el resultado. Tengo que reconocer que la idea de mi hermana no ha sido mala y podía ser más inmediata. Yo había pensado en llevarla al lago a pasar una noche bajo las estrellas en un *camping* con unas cabañas que tienen el techo acristalado. Pero no había disponibilidad hasta poco antes de irnos, así que lo dejaré para más adelante.

Cuando oigo sus pasos por la escalera, me encuentra sirviendo su plato. Sus ojos se topan con los míos y casi se me corta la respiración. Está preciosa. Se ha soltado la melena y se ha puesto un vestido por las rodillas muy sencillo, pero muy *sexy.*

—¿Qué es todo esto, Duncan? —pregunta con el asombro bailando en sus ojos cuando llega a la mesa.

—Poco menos de lo que te mereces.

Ahora creo que la que se queda sin respiración es ella.

—Yo…

—No hace falta que digas nada. Sé que no podré hacer esto a diario porque tendré partidos y desplazamientos a otras ciudades. Pero quiero que cada vez que estemos juntos pueda ser especial. Esto es solo una muestra de lo que nos espera.

Holly me mira con mucha intensidad, impactada por cada una de mis palabras, buscando algo para decir. Aunque no logra pronunciar nada.

—¿Nos sentamos?

Ella asiente y ocupa la silla que le queda más cerca. Inspecciona lo que he preparado y sonrío para disimular un poco el sonrojo que me supone ese escrutinio.

—¡Vaya! Cocinas muy bien, Harris —suelta tras el primer bocado —. El queso feta le da un toque especial.

Me río.

—Se lo he puesto por ti, normalmente no le pongo.

—Porque sabes que, si no llevara queso, no tendrías mi aprobado —bromea.

—Exacto.

Sonríe. Sonrío. Podría estar así siempre, aunque sé que no será así. Me jode mucho, pero el tiempo que paso fuera de casa a veces es demasiado. Solo espero que eso no suponga un problema y acabe con nosotros.

Seguimos comiendo mientras hablamos de todo y de nada al mismo tiempo. Ella comenta algunas anécdotas en el Joe's y algunos encargos de fotografía para el periódico que le han fascinado. Yo hablo sobre mi trabajo y sobre cómo llegué hasta donde estoy ahora. Todo ello haciendo alguna referencia al futuro que nos espera.

—¿Alguna vez piensas en cómo serían las cosas si nunca te hubieras marchado? —pregunta de repente, y me toma por sorpresa.

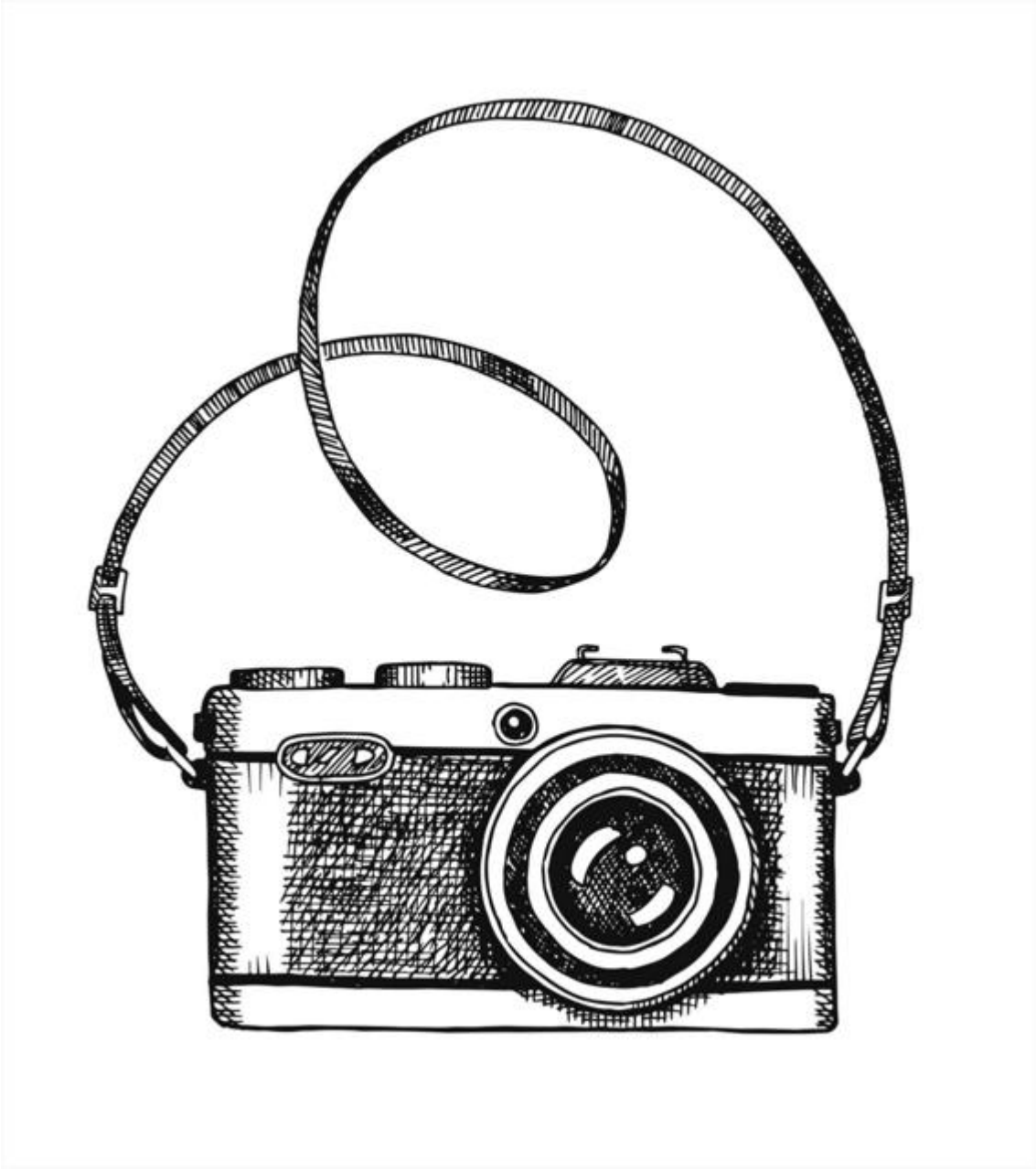
La observo con el tenedor a medio camino. Es una pregunta que no esperaba, aunque quizá siempre ha estado presente de alguna manera en nuestras conversaciones sin necesidad de pronunciar esas palabras.

—A veces —reconozco, dejando el tenedor en el plato—. Qué habría pasado si mi padre no nos hubiera obligado a irnos. Si hubiera sido alguien que respetara a su familia… Pero luego pienso que todo lo que ha ocurrido nos ha traído hasta aquí. —Ella me mira entrecerrando los ojos—. Es decir, si mi padre hubiera sido otro, nunca me habría mudado aquí y nunca te habría conocido. Si mi padre no hubiera sido un maltratador, es probable que hubiera venido él a ver a su madre en vez de arrastrarnos a todos aquí.

—Ah… —responde. Pero no dice nada más. Imagino que está procesando mis palabras.

Hago un gesto con la mano como si borrara algo.

—Olvídalo, Holly. Estamos juntos ahora.



36. No quiero que esta noche termine

Holly

Me gusta cómo suena esto. Y no me refiero solo al *Beautiful Things,* de Benson Boone, que ahora mismo está sonando por el altavoz. Sino a toda esta amalgama que creamos. Nuestras risas, nuestras

voces, nuestras respiraciones, nuestros besos… A cómo encaja dentro de un futuro en común. Porque nunca me he imaginado conviviendo con alguien que no fuera mi padre y ahora deseo más que nada «esto» en mi vida: una casa, una historia que contar, una profesión y a Duncan. Nunca me había percatado de que lo que tenía no era mío ni lo había elegido.

—Mike ha reconocido que ha tratado de separarnos.

Duncan me mira nada sorprendido ante tal afirmación y el gesto que hace me confirma la poca simpatía que le tiene ahora mismo.

—No lo ha dicho con esas palabras, pero asegura que solo quiere protegerme, aunque no sé muy bien de qué. —Niego con la cabeza soltando parte de mi frustración—. Solo quiero largarme de este pueblo y dejar atrás a todo aquel que se haya pasado la vida haciéndome daño, de manera intencionada o no —bufo.

Él toma mi mano con ternura y sus ojos se vuelven serenos. Su respiración es pausada y su pulgar traza algunos círculos sobre mi piel.

—Te entiendo. Yo ya pasé por eso.

Entrecierro los ojos porque no entiendo muy bien lo que quiere decirme.

—Me refiero a que ya tuve que despedirme de él como amigo, entender que nos llevábamos bien porque vivíamos en el mismo pueblo y nos gustaba el *hockey,* pero no había ningún otro nexo entre nosotros. Así que, cuando eso se cayó, me di cuenta de que no tenía que seguir esforzándome por mantener nuestra amistad.

Parece que quiere seguir hablando, aunque no dice nada más.

—De verdad creía que éramos amigos —admito derrotada.

—Lo sé.

—Pero ahora lo único que hago es recordar todos esos momentos en los que acudía a él porque lo necesitaba y se aprovechaba de mi vulnerabilidad para llevarme a donde quería. ¿De verdad soy tan estúpida?

—No —responde, y su mirada se entristece—. Solo estabas muy sola. Por mi culpa.

—Tenías que irte.

—Pero podría haber mantenido el contacto contigo y regresar cada verano.

Entreabro los labios y dejo escapar un gemido lastimero. Duncan se levanta y rodea la mesa para llegar hasta mí. Me ofrece una mano y tira de esta para abrazarme fuerte.

Su calor me envuelve y la suave vibración de su resuello contra mi sien me hace sentir segura. Levanto la cabeza lentamente, apoyándome en su pecho mientras lo miro a los ojos. Hay algo en su mirada, algo que siempre me ha desarmado, como si pudiera ver más allá de las barreras que suelo levantar. En este momento no hay necesidad de hablar, porque sus manos acariciando mi espalda lo dicen todo.

Me acerco un poco más y nuestras narices se rozan mientras mis dedos juegan distraídamente con el borde de su camiseta. El ambiente se ha vuelto denso, de repente, y me siento aliviada al darme cuenta de que entre nosotros no hay espacio para el miedo. Solo estamos él y yo, en este rincón del mundo, lejos de todo.

—No quiero que esta noche termine —susurro con la voz ahogada debido a nuestra cercanía.

Duncan me dedica una de esas sonrisas que parecen calmar cualquier duda. Con una mano acaricia mi mejilla, pasando los dedos por mi piel como si quisiera memorizarla. No responde con palabras, pero la forma en que sus ojos se detienen en los míos me da todas las respuestas que necesito.

Me inclino hacia él y lo beso despacio, explorando con cuidado, como si todavía quedara algo por descubrir entre nosotros. Sus labios se sienten ardientes y responden ejerciendo más presión poco a poco. Una ola de calor recorre mi cuerpo y su mano, todavía en mi mejilla, me atrae hacia él, profundizando el beso, volviéndolo intenso.

Mi piel se enciende bajo sus caricias a la vez que siento su otra mano deslizarse por mi espalda, bajando lentamente por mi cintura, apretándome contra él. Mi respiración se vuelve un tanto errática y el ritmo de sus labios hace que me olvide de todo lo demás. De alguna manera siento que cada roce y cada movimiento de nuestras

manos es una promesa no dicha, una promesa de todo lo que somos cuando estamos juntos.

Me separo apenas unas pulgadas, lo suficiente para mirarlo de nuevo. En sus ojos distingo un brillo que me hace sentir deseada, amada, cuidada y protegida. Mis dedos se enredan en su cabello mientras atraigo su frente contra la mía.

—Prométeme que no volverás a dejarme —suplico, y me muerdo el labio al darme cuenta de que estoy permitiendo que el miedo se vuelva a colar entre nosotros.

—Déjame demostrarte que eso no ocurrirá jamás.

Asiento. Respiro. Sonrío. Tiemblo. Escucho a mi cuerpo y lo beso nuevamente. Confío. Me dejo llevar por todas las emociones, por este huracán de categoría cinco, por este terremoto que rompe mis cimientos más sólidos.

Me empuja hacia atrás, hacia la isla de la cocina. Sus manos están en mis caderas y se arremolinan en el bajo de mi vestido. Sus dedos tantean la piel de mis muslos, ascienden en suaves caricias circulares que me roban varios jadeos desesperados. Al llegar al tanga, decide bajarlo de manera lenta y delicada mientras se agacha. Sus ojos me observan hambrientos y traviesos desde abajo provocando que el estómago me dé varios vuelcos.

Se levanta y queda a mi altura. Deseo que vuelva a besarme porque necesito sentir sus labios de nuevo. Pero me levanta y me sienta sobre la fría encimera de cuarzo. Sus labios se acercan a mi oreja, a mi mandíbula, a mi cuello. Su aliento baña mi piel y derrite mi interior. Sus manos descienden por mi cuerpo, invitándome a tumbarme. Obedezco, y lo siguiente que siento es su lengua sobre mi clítoris.

Me dejo llevar. Me permito sentir con intensidad este momento. Me atrevo a vislumbrar un futuro que me hace sonreír. Mi cabeza da vida a unas ideas en las que nunca había creído mientras mi cuerpo se estremece bajo sus caricias. El placer se arremolina bajo mi vientre y, consciente de ello, Duncan intensifica el trabajo de su lengua mientras me agarra más fuerte por los muslos.

He experimentado muchos orgasmos, no me avergüenzo de decirlo. Pero con él llegan a otro nivel. Me tiemblan las piernas y me

cuesta recuperar el aliento. Duncan me observa con una mirada de satisfacción mezclada con admiración que me produce escalofríos. Porque se siente orgulloso de llevarme al deleite más absoluto, pero, a la vez, mi propio placer alimenta su deseo.

—Vamos arriba —susurro cuando logro calmar mi respiración lo suficiente para combinar dos palabras juntas.

Duncan se piensa la respuesta, como si tuviera otros planes. Pero, finalmente, asiente sin añadir nada. Me tiende una mano y me ayuda a bajar. Me besa al impactar contra su torso. Un beso dulce, sin prisa, cargado de significado. Un tipo de beso que solo he podido experimentar con él.

Subimos de manera lenta por las escaleras acompañados únicamente del sonido de nuestros pasos. La música hace un rato que dejó de sonar, dando paso al silencio inundado de mis jadeos.

La habitación está iluminada ligeramente por la luz de la luna que entra por la ventana. Duncan cierra la puerta tras de sí y yo me giro hacia él. El silencio entre nosotros es agradable. Nos acercamos despacio, sin prisa, y con la emoción de que lo que estamos viviendo no se terminará esta noche.

Deslizo mis manos por el borde de su camiseta, tirando suavemente de ella hacia arriba para quitársela. Siento su piel cálida al tacto cuando paso mis manos por su pecho. Sus músculos se tensan bajo las yemas de mis dedos. Duncan me mira fijamente mientras posa sus manos en mi cintura y me atrae hacia él, barriendo la poca distancia que aún quedaba entre nuestros cuerpos.

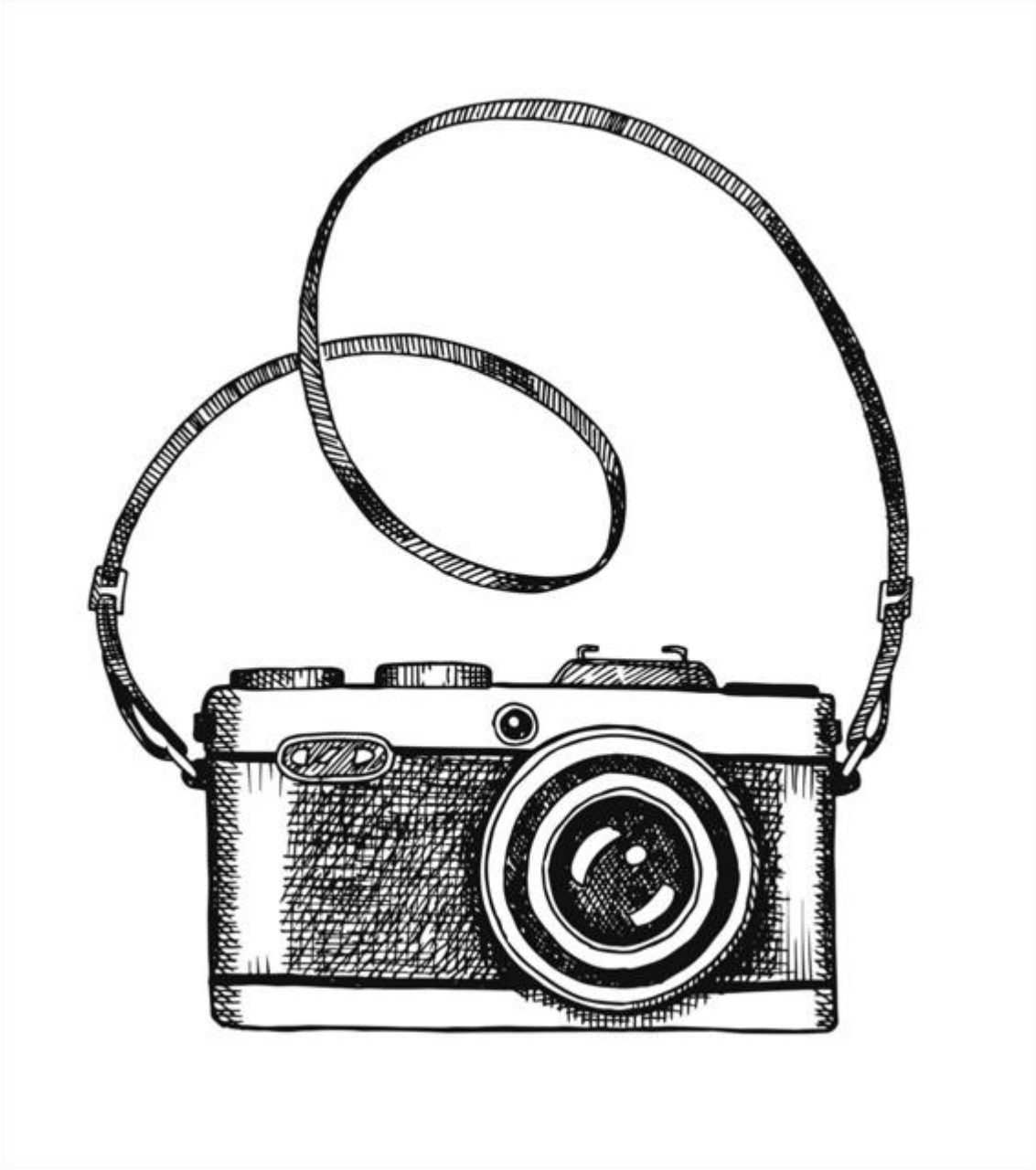
Me pierdo en la cercanía, en el olor de su piel, en la forma en que sus labios vuelven a encontrar los míos. Esta vez, el beso es más demandante y me detengo a saborear cada segundo.

Nos dejamos caer sobre la cama, envueltos en el calor que irradiamos el uno al otro. Mientras me rodea con sus brazos, cierro los ojos y apoyo la cabeza en su pecho, escuchando el latido acelerado de su corazón. Un ritmo que se acompasa con el mío.

—Te quiero, Holly —murmura con sus labios cerca de mi oído. Tras pronunciar estas palabras, dibuja un camino de besos por el cuello que erizan mi piel y me cortan la respiración.

—Yo también te quiero, Duncan Harris —respondo con una sonrisa en los labios.

Nos besamos nuevamente, unimos nuestras manos y entrelazamos nuestros dedos. Ojalá esta noche no acabara nunca. Ojalá todos nuestros días fueran exactamente así.



37. ¡Sorpresa!

Holly

«Estoy haciendo esto por Madison», me repito por cuarta vez desde que Amber se ha acercado a hablarme. Su sonrisa falsa me pone de los nervios y sé que sus intenciones no son nada buenas. Pero

también era su amiga y no podía permitir que mi enemistad con ella supusiera un problema.

Hace dos días, Caleb nos abordó a mí y a Jay en el Joe's. Nos comentó que había descubierto que hoy era el cumpleaños de Madison y quería hacerle una fiesta sorpresa. «Es un poco precipitado, pero haremos todo lo posible», fue mi respuesta. Jay carraspeó, nada convencido, pero le pudo la ilusión en la cara del nuevo veterinario. A mí también me ganó, no voy a mentir.

Lo primero fue preparar una lista de invitados y otra con las tareas. Yo me encargué de llamar a la gente, ya que nos conocemos desde niñas, y también de encargar algunas cosas. Ellos se dedicaron a comprar y a decorar la casa de Caleb para la ocasión. Trabajamos duro, pero conseguimos que no pareciera algo de última hora.

Lo más difícil para mí, sin embargo, fue contactar con algunas personas que me hicieron daño en su momento, pero que siempre se portaron bien con ella. En aquella época nuestra relación era distinta, éramos amigas, aunque no tanto como cuando todos se fueron a la universidad y nosotras nos quedamos aquí. Yo por mi padre y el bar, ella porque no quería irse y tampoco había ninguna carrera que le gustara. Así que, con el dinero de la herencia de sus abuelos, abrió su propio salón de belleza. En él, todas las mujeres del pueblo vamos a arreglarnos el pelo, las uñas o las cejas. Empezó sola y ahora tiene un par de chicas contratadas.

Amber y su grupo siempre estuvieron celosas de la fascinación que, según ellas, generaba en los chicos. Nunca entendieron que yo no pretendía llamar su atención, solamente tenía los mismos gustos que ellos.

—Entonces…, ¿sigues en el pueblo? —inquiere con ese aire de superioridad con el que pretende humillarme.

—Ajá, ayudo a mi padre y también hago algunos trabajos como fotógrafa para el *Maine Herald* —explico, consciente de que no la he convencido de que esto me hace feliz—. ¿Y tú? —pregunto por mera cortesía.

—Entré en Cinematografía en Bowdoin —aclara bastante sobreactuada y orgullosa.

—Vaya, ¡qué interesante! —exclamo fingiendo interés.

—¿Verdad?

Toda ella rezuma soberbia. Su voz, su sonrisa, su pelo, su manicura, su maquillaje, su bolso —falsificado—, su postura… Es incluso más insoportable que en el instituto. Es como un monstruo que crece a base de pelusillas de debajo del sofá.

Asiento y sonrío de manera muy falsa, aunque desea tanto que le ría las gracias que ignora mi actitud.

Duncan se acerca a mí y me rodea la cintura con un brazo. No me pasa desapercibida la expresión de incredulidad de Amber al vernos juntos, aunque trate de disimular y hacer como si esa noticia no le importara lo más mínimo.

—Creo que voy a saludar a Jimmy. Me alegro mucho de verte, Holly.

Se despide de mí agitando los dedos de una mano y acompañando ese ridículo gesto con una sonrisa que no oculta para nada su animadversión hacia mí. Quizá no haya sido tan buena idea invitarla. Quizá ella y Madison ya no se hablen tanto. Pero con tan pocos días no había mucha gente disponible para venir. Algunos están aquí de vacaciones antes de empezar el nuevo curso en la universidad mientras trabajan en negocios familiares echando un cable con los turistas. Pero muchos estudian en otros Estados y están trabajando para pagar sus carreras, de modo que no han podido asistir. Ya podría Amber pertenecer al segundo grupo.

—No parece que fuerais muy amigas —conjetura Duncan.

—No lo éramos. Según ella, no pudo ligarse al *quarterback* por mi culpa —murmuro.

—¿Y eso por qué?

Abro los ojos y pongo cara de apuro. Desvío mis ojos de los suyos porque no quería hablar de esto que nos ha separado desde que llegó. Niego con la cabeza e intento zafarme, pero él me lo impide.

—Dime qué ocurre, por favor.

—No quiero volver a sacar el tema.

—Holly, ya te he dicho mil veces que esas cosas no me importan.

—Pues entiende que es algo que me avergüenza contarte.

Va a responder algo, pero en ese momento Beth, la hermana de Jay, se acerca a nosotros muy sonriente y con un vaso en una mano.

—Hola, chicos —me saluda con un fuerte abrazo, y se ruboriza cuando Duncan se acerca a ella.

—Beth, ¿no? —pregunta él, deseando recordar bien su nombre.

—Sí. Siento lo de la feria. No soy así normalmente —se excusa con mucha vergüenza. Duncan hace un gesto con la mano para restarle importancia.

Ante una lista de invitados tan escasa, y para rellenar un poco más la fiesta, le pedí a Jay que llamara a su hermana, quien ha salido con nosotros algunas veces cuando estaba de visita en el pueblo. Es una chica muy especial y creo que llegará a ser una gran escritora.

—Me alegro por vosotros, hacéis buena pareja.

—Gracias —pronunciamos a la vez.

Sonrío y Duncan me estrecha un poco más hacia él.

—Hablando de buenas parejas, creo que debería presentarte a alguien —le propongo. Porque nunca había caído, pero tengo al candidato perfecto para ella. Espero poder organizarles una cita a ciegas antes de irme.

—No sé si es buena idea…

—¡Claro que sí!

—De verdad que no estoy buscando nada ahora mismo. Me gustaría vivir un poco antes de atarme a alguien…

—Eso decía yo… Hazme caso, lo mejor es tener a alguien a tu lado a quien le importes de verdad y con quien compartir tu vida.

—Ya, bueno, pero…

Sus palabras mueren cuando Caleb nos avisa para que nos callemos y nos pide que nos coloquemos en el otro extremo de la puerta.

—Mi amor… —susurra Duncan en mi oído sin dejar de acariciar mi brazo—, ¿quieres hablarme de lo de antes?

—No. Calla.

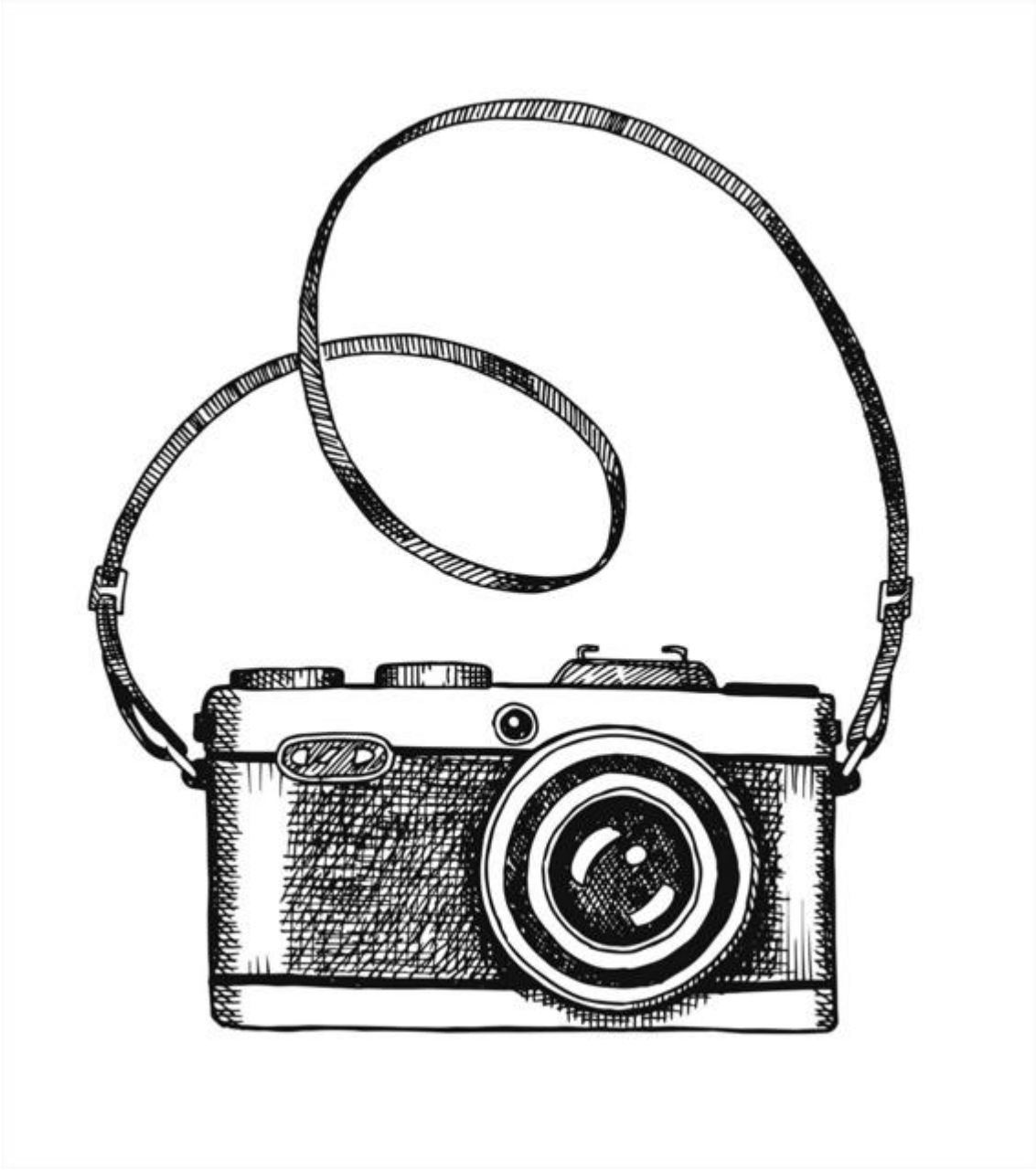
—Holly…

—Shhhh —Alguien pide silencio y las miradas de algunos se posan sobre nosotros.

Madison está a punto de entrar por la puerta y yo siento que voy a explotar antes de que llegue. Duncan sigue a mi lado, agarrándome con fuerza la mano para retenerme aquí mismo. Porque esta conversación no ha terminado y no quiere que salga corriendo en cuanto mi amiga entre por la puerta.

El silencio es turbio. Tanto que, cuando Caleb abre la puerta y Madison entra, no me sale voz para gritar:

«¡Sorpresa!».



38. Necesitas otra clase de chica

Duncan

Training Season, de Dua Lipa, se oye por todo el salón, aunque el ruido de risas y conversaciones dificulta oír la música. O al revés, según se mire. La casa está llena de luces y decoraciones. Las

guirnaldas de colores cuelgan de lado a lado y un gran cartel que reza *Happy Birthday* preside el comedor. Holly y Jay han hecho un gran trabajo, aunque Caleb no se ha quedado atrás. Thor, su labrador, ladra contento a su lado mientras se deja acariciar por Madison, quien sigue en *shock* por la sorpresa que su novio y sus amigos le han preparado.

Holly ha ido a abrazarla nada más entrar y no he considerado correcto retenerla. Tenemos todo el tiempo del mundo para hablar, no hace falta hacerlo aquí, rodeados de gente. Voy a dejar que disfrute este momento con sus amigos y compañeros de instituto que hace tiempo que no ve. Parece entusiasmada por reencontrarse con algunos asistentes y no le voy a chafar esto.

Me retiro un momento para acercarme a la mesa de *snacks.* Me estoy sirviendo un sándwich y algunos *pretzels* cuando siento una presencia a mi lado.

—Duncan, ¿verdad? —pregunta una voz femenina y juguetona.

Alzo la vista y me encuentro con la chica que antes estaba hablando con Holly. La verdad es que me había olvidado de ella, pero ahora que la tengo enfrente la recuerdo perfectamente.

—Correcto, Duncan —respondo serio y educado—. ¿Y tú eres…?

—Amber. Nos vimos en el instituto alguna que otra vez.

Se ríe y se acerca un poco más de lo que me gustaría. Puedo oler el perfume tan empalagoso que lleva y hay algo en su postura que no me gusta. Me pone en alerta.

—Es posible, no recuerdo gran cosa de aquella época —comento con toda la intención de zanjar esta conversación y salir de aquí.

—Vaya… —prosigue, ubicándose frente a mí, bloqueando mi huida—. Me sorprende que hayas acabado con Holly. No es exactamente la chica discreta que alguien tan mediático como tú necesita.

Frunzo el ceño. Intuyo a dónde quiere llegar y no se lo voy a permitir.

—No sé qué pretendes, pero no estoy interesado en averiguarlo —resuelvo con la voz firme.

Ella ríe, como si lo que acabo de decir le pareciera gracioso.

—No lo tomes a mal. Simplemente digo que ella siempre sabía cómo llamar la atención. Sobre todo de los chicos, ya me entiendes, con esos escotes y esa actitud tan inocente y vulnerable —especifica con retintín—. Siempre la seguían como cachorros y ella disfrutaba con ello. Supongo que nunca te enteraste porque estabas muy lejos de aquí…

—Si estás buscando que piense mal de Holly, pierdes el tiempo —aseguro haciendo valer mi autocontrol y callándome la respuesta que merece—. Estoy con ella porque la quiero, porque conozco cómo es realmente y sé que no hay nadie mejor para mí.

—Eres un buen chico, Duncan. Lástima que no sepas toda la verdad.

—Deberías buscar a otra persona para tener esta conversación —sugiero a la vez que miro alrededor para comprobar si la gente nos está observando—. A mí no me interesa —la corto antes de que diga más cosas que no quiero oír. Si alguien tiene que hablarme del pasado de Holly, que sea ella misma. Lo demás son chismes y juicios de valor.

Amber se acerca un poco más a mí y sus ojos se pasean por la sala como si estuviera a punto de revelar un gran secreto.

—Corrían muchos rumores sobre ella, sobre las cosas que hacía con los chicos a escondidas, en los baños, en los vestuarios…

—Eso parece el típico cotilleo de instituto, ¿no crees, Amber? La mayoría de esas historias no eran más que eso, historias.

—Tal vez —acepta, y se moja los labios con mucha sensualidad —. Pero algunas cosas sí eran ciertas. Seguro que Mike puede confirmarte cuáles son puro invento y cuáles son fieles a la realidad —añade con una sonrisa que no vaticina nada bueno.

Que mencione a aquel que ha tratado de separarnos y que contribuyó en gran medida a corromper a Holly no me mola ni un pelo. Me hace pensar que tanto él como ella inventaron esos chismes de instituto para hacerle daño y que algún provecho tenían que sacar al minar su autoestima.

Trato de escabullirme por el lateral como si me encontrara en un partido he *hockey* y quisiera arrebatarme el disco, pero ella se

acerca más a mí. Su mano roza mi brazo de manera sutil, aunque lo suficiente para incomodarme.

—¿Sabes? Siempre me pregunté qué le veíais a una chica como ella. Está claro que sabe cómo satisfacer vuestros instintos más primarios, pero ¿quién querría compartir la vida con alguien a quien todos los demás han visto desnuda?

—Amber…

—Una figura mediática como tú necesita a alguien a su lado con un pasado más limpio. Para no vivir con el miedo de que salga a la luz alguna foto comprometida que haga tambalear tu carrera deportiva —continúa a la vez que su mano se desplaza lentamente hacia mi pecho.

Quiero dar un paso hacia atrás, pero choco con la mesa. Intento huir por la derecha, aunque ella me agarra fuerte del brazo y me lo impide. Podría usar mi fuerza para zafarme, pero lo veo innecesario y desproporcionado.

—¿Qué estás haciendo, Amber? —cuestiono con mi mano sobre sus dedos para tratar de soltar su agarre. No surte efecto, si bien logro que suavice la presión que ejerce.

—Vamos, Duncan. Sabes perfectamente lo que va a ocurrir si sales con ella. Necesitas otra clase de chica…

La presión que ejerce mi mandíbula me duele, pero no tanto como le tiene que atormentar a Holly oír esta clase de comentarios en su día a día. No me sorprende que no quiera hablar de ello conmigo.

Amber ignora mi enfado y se muerde el labio. Es una chica bastante guapa, pero esta actitud le borra cualquier atractivo de un plumazo. Su insinuación me hace arder por dentro de la rabia que siento. No tiene ni idea de lo que Holly vivió, ¿cómo se atreve a juzgar su vida? No creo que ella sea un ejemplo de buen comportamiento.

Sus manos se agarran de mi camiseta a la altura del pecho y se pone de puntillas tratando de alcanzar mis labios. Me echo para atrás a la vez que me suelto de su agarre. Ella emite un chillido que alerta a los demás. De repente, todos los asistentes nos miran y me acojona que piensen lo que no es.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo, Amber? —cuestiona Madison, como si adivinara lo que acaba de ocurrir.

La aludida se endereza de golpe, disimulando la humillación de sentirse rechazada.

—Solo estábamos hablando —explica con un gesto de la mano que denota hastío, aunque puedo ver cómo acaba de perder toda esa confianza en sí misma que tenía hasta hace apenas unos segundos.

Madison me observa y lee en mi mirada que su amiga miente. Holly llega hasta nosotros y nos escruta a ambos tratando de averiguar lo ocurrido.

—No. Estabas intentando hacerle daño a Holly —rebate la cumpleañera.

—Por favor…, ¿cómo crees eso?

—Mírame a los ojos y júrame que no tratabas de manipular y seducir a Duncan.

Amber abre mucho los ojos, sintiéndose acorralada, y su labio tiembla. Está a punto de hablar, aunque finalmente no dice nada.

—No te lo voy a permitir. Siempre fuiste una envidiosa y no soy capaz de recordar por qué me caías bien en el instituto. ¿Sabes qué? Si el *quarterback* que tanto te molaba no te hacía ni caso no era porque Holly le comiera el rabo, algo que nunca hizo, por cierto —aclara antes de provocar más comentarios, aunque no puedo evitar atragantarme con mi propia saliva—, sino porque le parecías una chica sosa y demasiado vanidosa que malgastaba el tiempo metiéndose con alguien que para él era importante, como Holly. Porque era demasiado leal con sus amigos y fue de los pocos chicos que no se aprovechó de ella. Lástima que tuviera que irse también —añade, y no me pasa desapercibida la mirada que me echa al pronunciar esa última palabra.

Amber, completamente humillada y sin una respuesta para rebatir a Madison, se da la vuelta y sale disparada por la puerta sin despedirse de nadie. Un grupo de chicas, que imagino que son amigas suyas, la siguen, aunque los demás permanecemos bastante inmóviles para hacer o decir algo.

—Lo siento —murmura la cumpleañera para que solo Holly la oiga, pero yo estoy tan cerca que me llega su voz perfectamente.

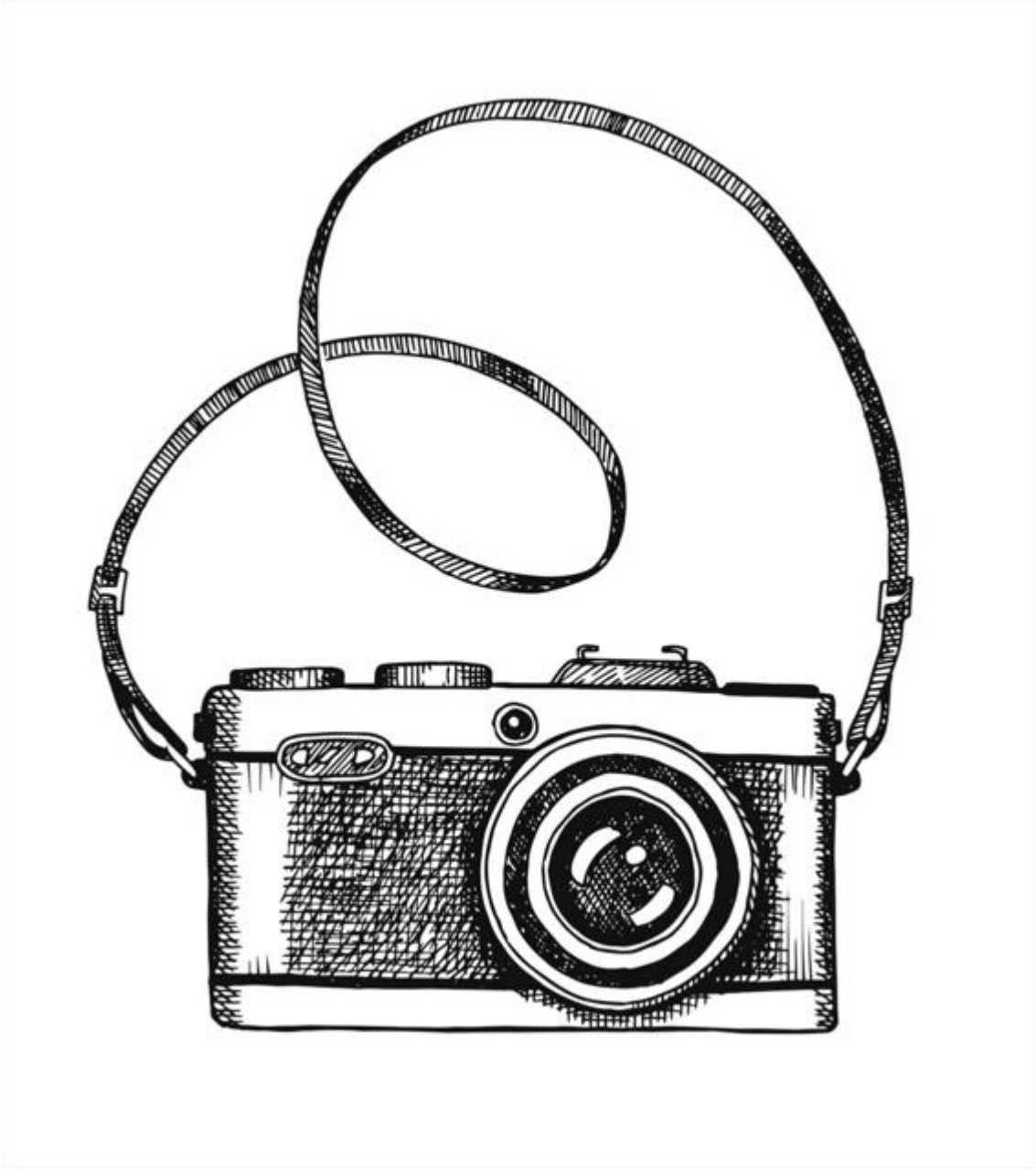
No sé si se refiere a Amber o a lo que ha dicho, pero Holly niega y le resta importancia sin dejar de mirarme. Tiene miedo de mi reacción, lo sé. Le acojona que lo que me haya dicho Amber me afecte. Su mirada triste me obliga a dar un paso hacia ella. Y otro y otro más hasta que quedo a una distancia escasa, aunque prudente. Sujeto su mano y dibujo círculos sobre su dorso con mi pulgar.

—Tu pasado es tuyo. Si quieres compartirlo conmigo, hazlo, pero no voy a presionarte para ello. Y si un día decides contarme algo, te escucharé sin juzgarte, ya lo sabes. Porque ya te he dicho lo que me importa de ti, lo que me gusta de ti. Lo demás no me afecta en nada.

Holly deja escapar un suspiro. Creo que he logrado borrar su preocupación, pues me está sonriendo.

—¿Te encuentras bien?

Ella asiente y termina de acercarse a mí para cubrir mis labios con los suyos. Oigo unos silbidos que ignoro adrede. Creo que Madison está celebrando que su amiga es feliz y que la estúpida de Amber no ha logrado romper esto que tenemos. Ni ella ni nadie, porque la quiero y no pienso permitir que nada nos vuelva a separar.



39. Un sueño hecho realidad

Holly

«Tengo que comunicarte algo. Es importante». Sus palabras son las responsables de que haya salido de casa sin desayunar y me haya

metido en el coche con el simple mensaje de que tenía «un asunto del periódico» para no alarmar a nadie.

El trayecto hasta el *Maine Herald* es de algo más de tres horas, pero la música de mi adolescencia me acompaña y hace que sea menos tedioso. Cuando aparco en uno de los sitios habilitados para visitantes, *Youngblood,* de 5 Seconds of Summer, llena el espacio del viejo Honda Accord que me dio mi padre cuando conseguí este trabajo. Aunque supongo que era su excusa para comprarse una *pick-up.*

Los nervios han calado en mí y se me caen las llaves al suelo cuando voy a cerrar el vehículo.

«Porras».

Me obligo a caminar hasta la puerta principal del edificio sintiendo mis piernas flojas, a punto de desestabilizarse en cualquier momento. Suerte que no llevo tacones, ya que esta profesión es muy «de campo» y lo mejor es ir cómoda. De modo que he salido de casa tal cual iba, con unos pantalones *beige* de corte *mom,* una camiseta de tirantes negra y unas Converse a juego. Sencillo, neutro y, según cómo lo mires, arreglado. Ideal para la ocasión. Si fuera otra clase de reunión profesional, en otra empresa, para otro trabajo, habría optado por otro *outfit,* una falda y tacones, aunque no sepa caminar sobre ellos. Pero no era necesario y tampoco sé de qué me van a hablar.

Cuando alcanzo la recepción, Bridget me sonríe y me entrega la tarjeta temporal para poder acceder mientras me explica que Camden me está esperando. Subo por el ascensor con un nudo en el estómago y los escasos cuatro pisos se me hacen eternos.

Al salir, voy directa a su despacho y golpeo la puerta con los nudillos para hacerle ver que ya estoy aquí, pues nunca suele cerrar.

—¡Holly! Qué bien que ya hayas llegado, pasa.

—¿Cierro? —pregunto, dado que no sé hasta qué punto lo que vaya a contarme es confidencial.

—Sí, claro.

Entro y me saluda con un apretón de manos bastante formal. Me pide que tome asiento en uno de los sillones que tiene frente a su escritorio y hace lo propio en el suyo.

—Intentaré ser breve. —Camden siempre tan directo—. En los últimos meses hemos tenido algunas bajas de fotógrafos que hemos sorteado pidiendo más encargos a los *freelancers,* como habrás podido darte cuenta. —Asiento porque es verdad que había notado que me llamaban más y, de manera ingenua, pensé que se debía a que les gustaba mi trabajo—. Con lo que no contábamos era con que a nuestro fotógrafo principal de deportes le harían una buena oferta para incorporarse al *Sports Illustrated* al final del verano y nos dejaría sin plantilla suficiente para hacer todos los reportajes que necesitamos de cara a la siguiente temporada.

Me quedo sin palabras y creo que solo soy capaz de pestañear un par de veces. ¿Qué quiere decirme y qué tiene eso que ver conmigo?

—Holly, por si no te has dado cuenta, te estoy ofreciendo el puesto —añade tras un rato de silencio. Debía de pensar que era obvio, aunque a mí no me lo pareciera.

—¿A mí?

—Tienes talento para esto.

—Pero no formación ni… experiencia en partidos.

—Pues te formas. Y sí la tienes.

—Un partido.

—Y quedaron unas fotos cojonudas.

—Seguro que hay gente más preparada que yo…

—¿Sabes qué busco en un fotógrafo de deportes? —Lo miro tratando de adivinar la respuesta, pero la verdad es que no tengo ni idea. Yo hubiera dicho que alguien que lleva en un puesto similar varios años y con unos cuantos títulos de diferentes escuelas y especializaciones—. Alguien que sepa cuándo va a ocurrir una jugada importante, que está atento, que disfruta del partido, que sabe perfectamente qué imágenes voy a querer publicar. Eso busco. Y tú eres la más indicada. Lo demás, formación, experiencia… —hace un gesto con la mano como si no importara para nada—, eso se adquiere. Pero es muy difícil enseñarle lo demás a un fotógrafo, incluso al más sobresaliente de los alumnos de la escuela más prestigiosa. Si no conoce el deporte desde dentro…

—Pero, disculpa —añado al darme cuenta de que lo acabo de interrumpir—, no soy la única persona del mundo a la que le apasione cualquier deporte y además sea buena en esta profesión.

—Pero a ti ya te conozco. Ya has trabajado para nosotros.

Cierro la boca porque me acaba de dejar sin argumentos. Supongo que tendré que trabajar ese síndrome del impostor en algún momento.

—Entiendo que debas pensártelo porque tendrías que mudarte aquí, pero necesito que me des una respuesta en una semana como mucho, ¿vale?

Mudarme. Eso no lo había pensado. Espera…, ¿mudarme? Si me voy con Duncan no puedo aceptar este trabajo. ¿Tenía que llegar esta oferta justo ahora?

—¿Aquí? —pregunto para ganar tiempo.

—Claro —confirma entre risas—. Es inviable que vivas tan lejos.

Asiento con una sonrisa nerviosa porque juro que no sé qué hacer. Es la maldita oportunidad de mi vida. Trabajar de lo que quiero, salir del pueblo, vivir en la ciudad y que nadie me conozca ni me juzgue. Pero es incompatible con la vida que estaba trazando junto a Duncan. Irme con él, estudiar fotografía de verdad y luego, quizá, conseguir un trabajo como este.

Me pide que me lo piense bien y me recuerda que le conteste lo antes posible cuando hago el amago de responder. Pero mis palabras mueren antes de salir en el momento que él se levanta dispuesto a despedirse de mí porque seguramente tiene muchísimo trabajo.

Al salir de su despacho, casi me choco con Jake, quien me sujeta por ambos brazos porque voy tan despistada que ni lo he visto.

—¡Qué susto! —exclamo, llevándome una mano a la boca mientras sonrío de puro alivio.

—Vaya, ¿a qué se debe tu presencia por aquí? —inquiere alzando las cejas, lo cual me da a entender que no lo desconoce.

—Tú sabes algo ¿verdad?

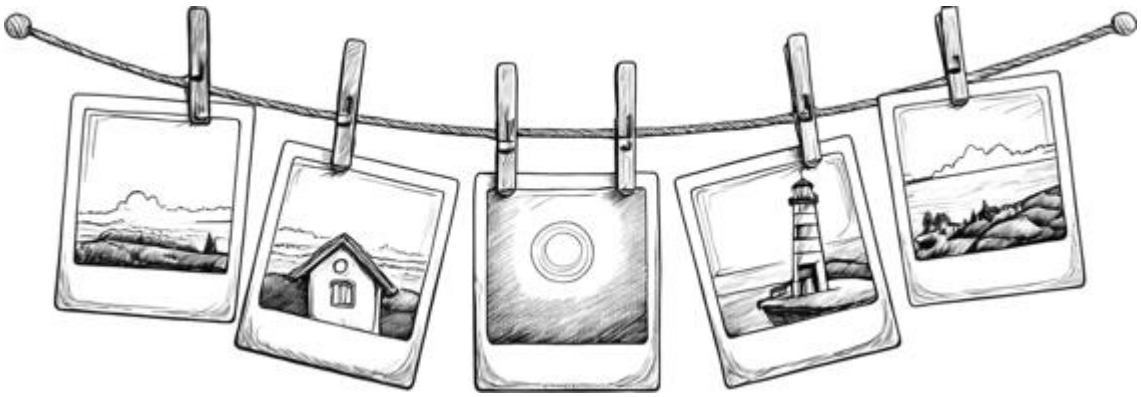
—Trabajo en la sección de deportes. El fotógrafo principal se va y tú estás saliendo del despacho de Camden. Me parece muy obvio —

comenta con una sonrisa de listillo.

—Deberías ser detective, no se te escapa ni una.

Ambos reímos.

—Oye, ya que estás aquí, ¿te parece si tomamos un café juntos y nos ponemos al día? —propone, y acepto con una sonrisa bastante sincera.



—Entonces…, ¿te han ofrecido el puesto?

—¿No te parece raro? —inquiero.

—La palabra que estás buscando es «maravilloso» —me corrige entre risas.

—Sí, es un sueño hecho realidad —aseguro, pasándome una mano por el pelo, tratando de procesarlo todo—. Pero creo que hay gente más adecuada para el puesto.

—Dime que estás de broma —pide, nuevamente serio.

—¡No! ¿Tú también?

—Es que no lo entiendo. No veo a nadie mejor que tú.

—Eso es porque somos amigos.

—Holly, si Camden te lo ha ofrecido es porque te ve como la mejor opción. No lo haría si fuera algo malo para el periódico.

—Tengo dudas.

—¿Dudas? ¡Es una oportunidad increíble! Trabajarías en un periódico importante, irías a ver los partidos gratis, trabajando, claro —se corrige a sí mismo—, pero es tu sueño. Trabajar de esto, ¿no? Lo hemos hablado muchas veces.

—Ya…

—Holly…, ¿hay algo más? —pregunta, de repente, y mis ojos se clavan en los suyos.

Suspiro y asiento.

—Estoy saliendo con Duncan —le confieso, sorprendida por la rapidez con la que salen mis palabras.

—¡Vaya! O sea, que yo tenía razón —responde, bastante orgulloso de sí mismo.

—Me voy con él. Esa era la idea. Pero ahora, con esto…

Jake parece darse cuenta de mi conflicto interno y coloca su taza de café sobre la mesa, la cual estaba sosteniendo a la espera de poder dar algún sorbo.

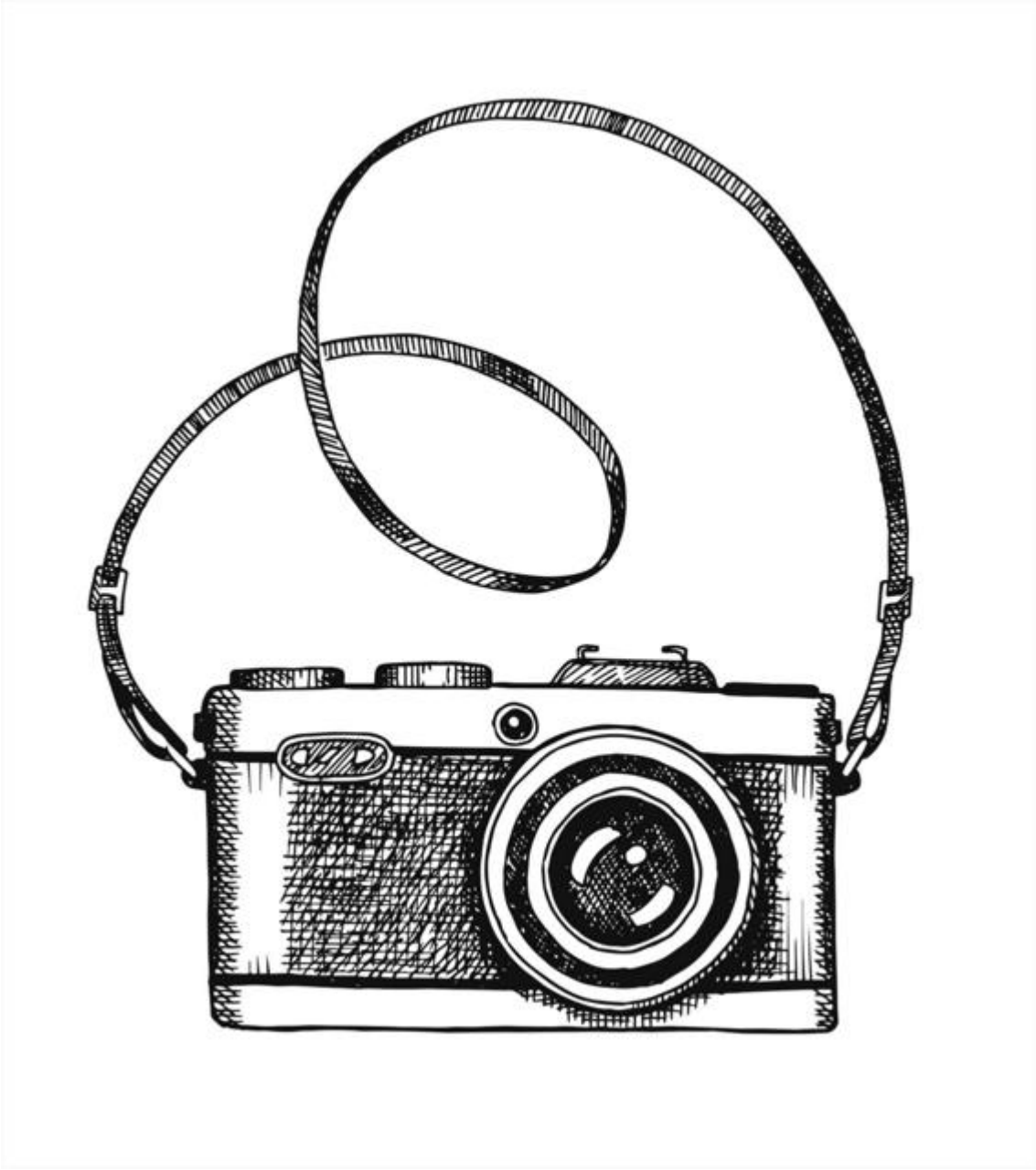
—Mira, puedo ver lo complicado que es esto. Él vive muy lejos ahora mismo y tú te debates entre irte con él o apostar por tu sueño. Yo lo tendría clarísimo, pero entiendo tus dudas. Creo que, antes de tomar ninguna decisión, deberías hablar con él. Más que nada porque su reacción te dará la información más valiosa.

—No sé si te entiendo.

—A ver, no me malinterpretes, ¿vale? —Se estira hacia atrás en su silla y separa ambas manos—. Harris parece un buen chico y se nota que te quiere. Pero ¿aceptaría que quisieras perseguir tu sueño? No digo que tengas que hacerlo o que tengas que renunciar. Digo que, si tú le planteas la opción y no lo acepta, pues ahí tienes la demostración de que estarías renunciando a algo por alguien que no entiende que eso es importante para ti. Y, solo entonces, decide.

Sus palabras resuenan en mi mente mientras asiento de manera muy lenta. Tiene razón y no lo había pensado de esa manera. Si renuncio a esto, tiene que ser por algo que de verdad vale la pena, no por un capricho o por la ilusión de una historia de amor que se quedó a medias. No puedo renunciar por algo que no sé si tiene futuro. Llevamos unos días increíbles en los que pasamos todo el tiempo juntos. Pero queda poco más de una semana para irnos y me entran muchas dudas respecto a algo que parecía tener clarísimo.

—Supongo que tienes razón.



40. Incertidumbre

Duncan

Este es uno de esos momentos por los que vale la pena vivir. Estoy disfrutando de mis últimos días en East Harbor antes de volver a

Suecia para los entrenamientos. Con ella. Porque ahora mismo no contemplo otra opción.

Hemos decidido ir a dar una vuelta para aprovechar que su padre le ha permitido salir antes del bar. «Hay poca gente», le ha dicho. «Además, hay cierto inglés por ahí que lleva horas ocupando una mesa sin consumir apenas nada». No he podido hacer otra cosa que reírme al oírlo. De modo que le he entregado su cámara, la cual no me ha costado mucho encontrar, y le he pedido que me haga un álbum del pueblo para recordarlo durante el invierno.

Llevamos una hora, quizá un poco más, deambulando por las calles. Holly sostiene su cámara con ambas manos, con ese cuidado y concentración tan propios de ella que me hacen sonreír de pura nostalgia. El sol va cayendo mientras dibuja un espectáculo rosado sobre nuestras cabezas. El cielo a esta hora es maravilloso. De repente, una idea me viene a la mente y no puedo callarme.

—¿Qué tal una minisesión de fotos? Aquí, en el pueblo, como en los viejos tiempos —propongo, y me preparo para la mueca de sorpresa que sé que va a dibujar.

Holly alza las cejas y sonríe divertida, queriendo contener una carcajada.

—¿Hablas en serio? —pregunta confundida.

—Completamente —afirmo, dándole un suave codazo en el costado—. No todos los días puedo conseguir a la mejor fotógrafa para mí solo.

Holly pone los ojos en blanco, pero finalmente accede. En cuanto me apunta con la cámara, sé que la tengo en el bote. Me apoya contra una pared de paneles de madera color burdeos a juego con el cielo y me muero de ganas de que me bese, pero, en vez de eso, se aparta y empieza a ajustar el enfoque. Maldigo en silencio porque sé que aprovechará la ocasión para jugar conmigo.

La miro fijamente mientras trabaja y casi puedo ver a la Holly de hace años, la que se escondía detrás de la cámara mientras yo intentaba descifrar sus pensamientos. La misma Holly que me robaba el aliento con solo una mirada y que, sin ser consciente, me tenía completamente atrapado.

Se aleja un par de pasos, se arrodilla en un ángulo y, entrecerrando los ojos, me pide que adopte una postura despreocupada.

—Perfecto, mira hacia allí un segundo —me indica señalando hacia su izquierda.

Pero soy incapaz de obedecer. Solo puedo observarla a ella trastear con ese aparato que considero que está obsoleto. Un buen teléfono hoy en día hace unas fotos cojonudas. Pero qué voy a decir yo, que no tengo ni idea.

Al volver la vista a mí me regaña y hago lo que me pide sin poder borrar mi sonrisa. La cámara hace clic y el sonido rompe el momento. Vuelvo a mirarla con la misma intensidad de antes y la misma sonrisa de idiota enamorado. Pero Holly parece incómoda por un momento y deja de sostenerme la mirada. O quizá me lo haya parecido. Cuando vuelve a levantar la cámara, su expresión cambia nuevamente, como si también estuviera recordando los días en que salíamos a hacer fotos juntos por puro placer, ignorando que estábamos construyendo algo mucho más grande.

—¿Te acuerdas de cuando me convenciste para subir al tejado de aquel café? —Le señalo un establecimiento en el que servían sándwiches y batidos a cualquier hora del día.

—¡Eh! Yo también subí. Las fotos desde allí arriba fueron increíbles.

—Subiste con mi ayuda.

—Bah… —Le resta importancia con un gesto muy gracioso. Siempre se hacía la mayor, la fuerte y la valiente. Siempre quería poder hacer lo mismo que yo y rechazaba mi ayuda hasta que veía que no podía ella sola.

Aún tengo el recuerdo vívido de sus dedos en mi brazo mientras me indicaba cómo colocarme y su voz pronunciando «perfecto», cuando, en mi opinión, no había nada más perfecto que ella.

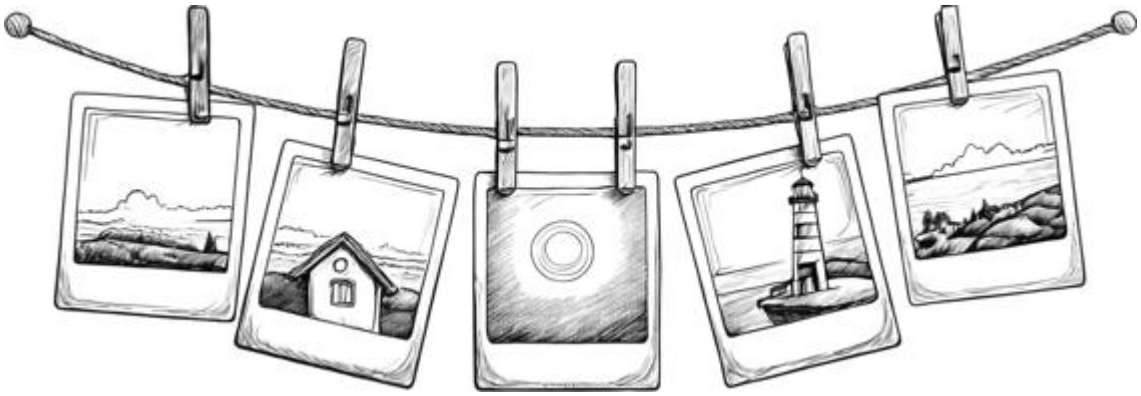
—Nunca pensé que te atrevieras a hacerlo, eras demasiado «buen chico» —murmura a la vez que me enfoca para seguir con la sesión.

—Y seguías sin entender que hubiera hecho cualquier cosa por ti —confieso, porque es verdad que ya, incluso entonces, estaba tan

loco por ella que no me hubiera negado a nada.

Holly baja la cámara lentamente y se queda en silencio. Mis palabras la han descolocado y no era lo que pretendía, pero es que es cierto. Y seguiría haciendo cualquier cosa por ella, me lo pidiera o no. ¿Creéis en el destino? Porque pienso que estaba destinado a conocer a esta chica que tengo frente a mí, a residir junto a ella, a hacernos amigos, a vivir una historia increíble. No puedo esperar a ver qué más nos depara el futuro.

Sopla una ligera brisa y se le sale un pequeño mechón de cabello que tenía atrapado tras la oreja. Me acerco a ella hasta que no queda espacio para el aire, coloco mis manos en sus mejillas y estampo mi boca contra la suya en un beso que dice todo lo que mis palabras callan.



El ruido de los cubiertos metálicos rozando la porcelana de la vajilla es lo único que nos acompaña ahora mismo. Hoy es un día raro, ya que difícilmente Holly y su padre pueden cenar con nosotros, pero Joe ha delegado la tarea de cerrar el bar en algún empleado para regalarle a mi madre una cena familiar. Sobre la mesa hay una fuente de pasta gratinada con mucho queso y otra de ensalada multicolor, así como una jarra de limonada casera, otra de agua y varios refrescos. Es una imagen idílica que tiene los días contados y siento una punzada en el pecho al hacerme consciente de que, llevándome a Holly a Suecia para que estemos juntos, le quito la oportunidad de este tipo de comidas con más gente. Los días buenos estaremos los dos juntos. Cuando tenga que irme fuera,

estará sola. No tendrá a sus amigos ni a su familia. Solo espero que pueda adaptarse a la ciudad y hacerse amiga de las otras parejas de los jugadores.

Holly está a mi lado, riéndose junto a Gina, quien se muestra muy animada —y feliz de romper el silencio— hablando sobre su nueva mejor amiga del pueblo.

—Quiere ser cantante, una estrella del pop como Dua Lipa. Dice que quiere viajar a muchos lugares —explica con entusiasmo, y aprovecha para contarnos las cosas que su amiga le ha dicho que hay en cada uno de esos lugares que quiere visitar.

—¿A que lo adivino?, tú también quieres ser cantante —me burlo.

—No lo sé. Me gustaría algo artístico. Pintora, escritora… o fotógrafa, como Holly —improvisa con una mirada brillante.

La aludida sonríe con orgullo, aunque parece distraída con algo.

—Siempre le gustó fotografiar. Desde muy pequeña. Por eso quiere aprender más y dedicarse a ello de manera profesional —confirma Joe—. ¿Tienes algún objetivo para el futuro? —le pregunta a su hija, que se encuentra frente a él.

La cuestión flota en el aire y me doy cuenta de que Holly no se muestra del todo cómoda. Quizá no estoy tan al tanto de sus metas como debería, algo que me hace sentir como el peor novio al centrar nuestro futuro en mi sueño y mi carrera deportiva.

Holly se encoge de hombros y dirige su mirada al plato. Quiere evitar el tema, lo cual solo hace crecer mi inquietud. Ella siempre ha sido muy apasionada en lo que hace y no me extrañaría que se planteara algo distinto a lo que ha hecho hasta ahora.

—Creo que me gustaría hacer algún proyecto artístico algún día, o trabajar en un periódico importante.

No puedo evitar sentir una ligera incomodidad al constatar que ella tiene sus propios sueños también. Supongo que al llegar de nuevo al pueblo no me dio la impresión de que abarcara algún tipo de ambición.

—Tranquila, eres muy joven y tienes mucho tiempo y muchas opciones por delante. Lo bueno de tu carrera es que puedes ir

donde quieras, ¿verdad? —interviene Joe, claramente muy a favor de que su hija viva todo lo que tenga que vivir.

Lo admiro y estoy muy de acuerdo. Ella misma me confesó que ni siquiera había salido de Maine. Es obvio que debería conocer mundo ahora que puede y yo espero poder ofrecérselo.

—¿Dónde te imaginas trabajando? —pregunta mi hermana, y su fascinación me lleva de manera inmediata a imaginar el escenario: Holly, lejos de mí, trabajando en lugares a los que no pueda acompañarla debido a mi profesión.

Me inquieto y empiezo a entender los motivos por los que Holly parece estar tan distraída desde esta mañana, que ha vuelto de un asunto del periódico. No obstante, no quiero que me lo note. No quiero influir en sus decisiones.

—Nunca lo he pensado —responde de manera vaga, aunque estoy convencido de que lleva bastante tiempo meditándolo.

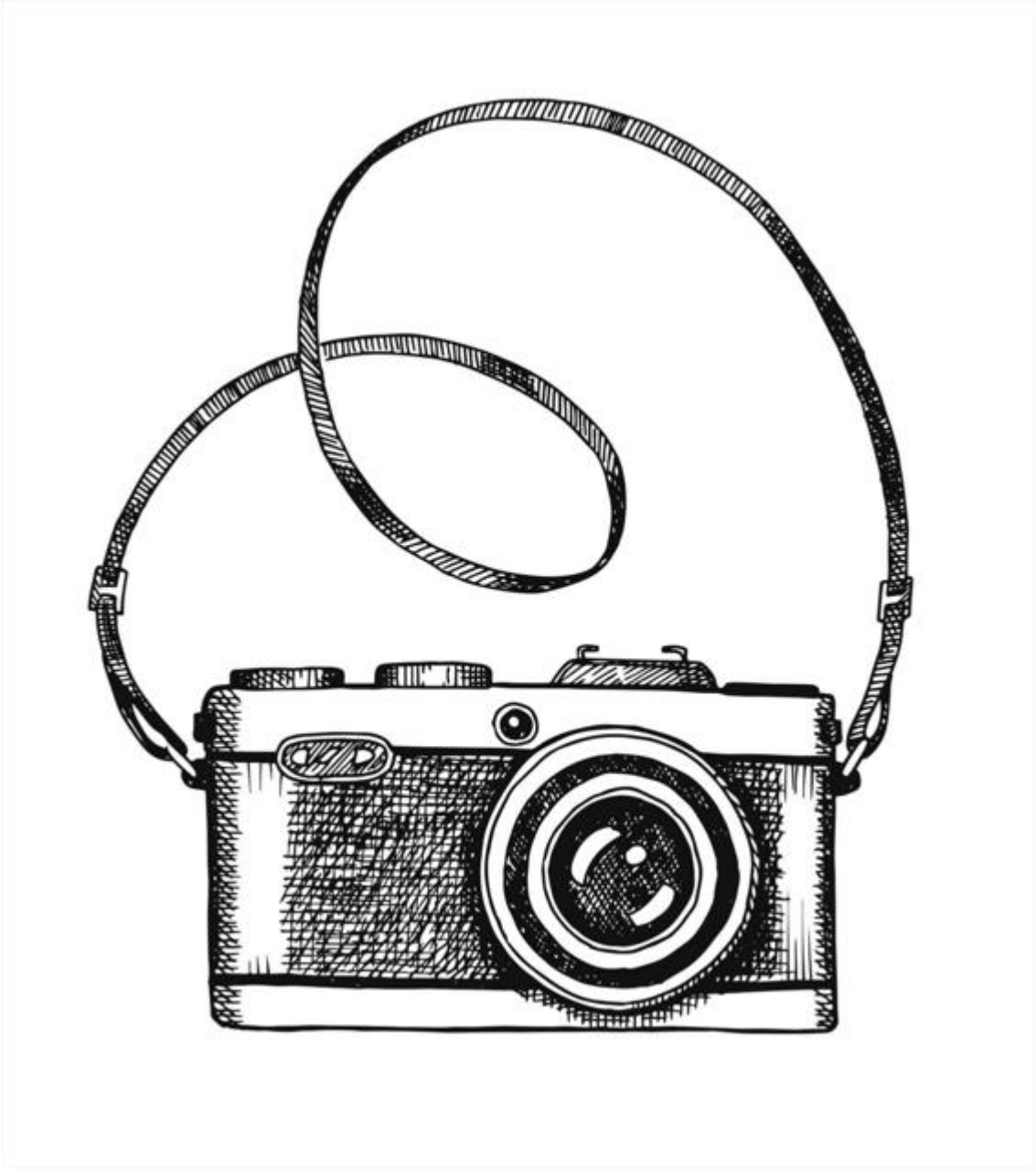
—Bueno, da igual. Hagas lo que hagas, sabes que aquí siempre tendrás a gente apoyándote. Yo la primera, ya lo sabes —la anima Gina, sin ser consciente de lo que sus palabras acaban de impactar en mí.

Holly asiente y sonríe, aunque percibo cierto atisbo de duda. Un reflejo casi invisible. De repente lo veo claro. Ella ya está pensando en una opción, una que quizá no es compatible con una vida juntos.

Cuando la conversación se vuelve hacia otros temas y noto cómo Holly se relaja, trato de ignorar ese detalle y de recordarme a mí mismo que estamos bien; que, si hubiera un mínimo problema o duda, lo hablaríamos y lo resolveríamos como adultos. Pero esa incertidumbre se queda ahí, envenenándome poco a poco.



SEMANA 4



41. Miedo

Holly

Parece mentira que hayan pasado exactamente tres semanas desde que llegó Duncan al pueblo para poner mi mundo patas arriba y hacerme ver que la vida tranquila que tenía no era lo que quería.

Gracias a él, a su regreso y a todo lo que significa tenerlo de vuelta, me he dado cuenta de que albergo sueños y aspiraciones, que este pueblo no está tan hecho a mi medida como creía y que necesito luchar por lo que quiero. Pero nunca he tenido tantas dudas respecto a lo que de verdad quiero.

Esta semana con él ha sido mágica. Me he sentido querida, válida, importante y, sobre todo, respetable. Duncan ha logrado revertir todo el daño que las malas lenguas habían causado en mi autoestima. Con él, solo soy Holly, una chica de veinte años a la que le gusta dejar constancia de la belleza de los paisajes naturales, de las personas y de la vida cotidiana, que disfruta con sus amigos o viendo un partido y que no necesita gastar mucho dinero para ser feliz.

Por otro lado, tengo en mi mano la opción de dedicarme a aquello que tanto me gusta y tener un trabajo que me apasione, uno que me haga sonreír cada mañana cuando el despertador suene. Un trabajo que me motive y me haga sentir que valgo para algo. Aunque, también, un trabajo que me alejará de él.

Soy muy consciente de que tengo que hablar con Duncan sobre esto. Sobre todo, porque la conversación de ayer por la noche lo alertó de que algo me ocurría, aunque tratara de no incomodarme con su preocupación. Me está dando tiempo y se lo agradezco.

Acabo de terminar mi turno y estoy agotada. Mike me llama al salir, pero no tengo ganas de hablar con él después de todo lo ocurrido y de cómo me ha tratado. No obstante, hay algo en su tono de voz y su postura que capta mi atención. No puedo evitar detenerme y observarlo. Está apoyado en el lateral de su *pick-up,* con las manos metidas en los bolsillos y una expresión seria en el semblante. No hay rastro de malicia y puedo intuir que quiere hablarme de algo importante. De modo que me acerco, cruzando los brazos sobre mi pecho mientras el viento nocturno y frío del puerto sopla suave.

—¿Qué ocurre, Mike? —pregunto al alcanzarlo en un tono que suena a reproche y a hastío.

—Me gustaría hablar contigo. —Su voz transmite calma e, incluso, vulnerabilidad, y eso me pilla un poco desprevenida. Él

jamás se ha mostrado así—. Sobre lo que ha ocurrido entre nosotros.

—Creí que había quedado claro la última vez que nos vimos —ladro a punto de girarme y poner fin a esta charla sin sentido.

—No estoy aquí para discutir contigo —me interrumpe, levantando una mano en el aire—. Solo te pido que me escuches un momento. Por favor.

Sus pequeños ojos grises me miran con tanta desesperación que no puedo hacer otra cosa que quedarme. Asiento, echo todo el aire y la tensión que acumulaba y me relajo.

—Holly —empieza, frotándose la nuca, algo que me alerta de lo nervioso que está y de lo mucho que le cuesta empezar esta conversación. Lo cual me da una pista de lo importante que es esto para él—. Soy muy consciente de que me he portado como un auténtico capullo. —Alzo las cejas porque me sorprende este nivel de honestidad y autocrítica. No es alguien conocido por su capacidad de reconocer sus propios errores—. Metí la pata hasta el fondo. La cagué mucho y lo siento. No era mi intención hacerte daño.

Sus palabras salen de manera atropellada, como si tuviera miedo de no poder terminar su discurso. Sus ojos buscan conectar con los míos, aunque no sé si estoy dispuesta a perdonarlo aún. Todos esos comentarios tan hirientes, el modo en que me ha tratado y el daño que me ha hecho de manera consciente todavía duelen. Pero, si está aquí ahora diciéndome esto, tengo que suponer que es cierto. Porque no podría tener otro motivo.

—No sé qué pretendes que diga, Mike —respondo con cautela—, pero no es tan simple.

—Lo sé, Holly. —Deja escapar un suspiro de alivio al comprobar que no contesto con una negativa rotunda—. No te pido que me perdones de inmediato. Solo quiero que sepas que me importa lo que te ocurra y que me sigo preocupando por ti.

Lo observo callada, con una ceja ligeramente levantada, porque sus palabras parecen la excusa perfecta para hacer daño. Otra vez. Él se remueve incómodo, algo que empieza a inquietarme.

—Lo que quiero decir es que… he oído que te vas con él a Europa. Y me preocupa. No lo conoces apenas, lleváis juntos un par

de días. —Su voz cambia y se vuelve más tensa, como si tuviera mucho cuidado a la hora de elegir cada palabra—. Sé que piensas que lo conoces, pero hace muchos años que no sabes nada de él. ¿Y si no es como crees?

Frunzo el ceño y cruzo los brazos un poco más fuerte. En parte por el frío, en parte por mantener una actitud defensiva.

—Todos sabemos cómo es Duncan.

—No sabemos cómo es «ahora». Hace años que dejó el pueblo. La gente cambia. Puede que ya no sea el de antes. No sabes cómo es vivir con él ni mucho menos cómo te va a tratar cuando estéis solos, lejos de todo el mundo.

Sus palabras me golpean el estómago, pero me niego a que lo note. Es cierto que llevamos muy poco tiempo juntos, pero me ha demostrado lo que siente por mí. No puedo creer lo que está insinuando. Mike solo está tratando de separarnos otra vez y, encima, está recurriendo a algo repugnante. Es caer demasiado bajo, incluso para él.

—Duncan no es como su padre —aseguro con la voz firme. No permito que las dudas aniden en mi interior.

—Todos los maltratadores se venden como buenas personas al principio —afirma con mucha seguridad, y siento cómo algo empieza a romperse. Se crea una pequeña grieta por la que empieza a colarse la desconfianza. Soy incapaz de decir nada más e invierto mis esfuerzos en intentar que no se note lo tocada que me acaba de dejar—. No estoy diciendo que lo sea —continúa—. Pero ¿y si lo fuera? ¿Y si no te das cuenta hasta que estés allí sola, sin tu familia ni tus amigos? No quiero que te pase nada, ¿entiendes?

Niego con la cabeza y doy un paso hacia atrás. Esto no tiene ningún sentido. Me obligo a recordar por qué estoy enfadada con él para evitar que más dudas se cuelen por esa grieta y se haga más grande. Tengo que zanjar esto y largarme de aquí. Ahora.

—Él nunca me haría daño.

Creo que no he sonado nada convincente porque el temblor incontrolable de mi labio les resta credibilidad a mis palabras. Aunque perfectamente podría deberse al frío, él sabe que no es así. Me conoce demasiado y lo aprovechará para su favor.

—¿Crees que no es violento? Porque a mí y a los chicos estuvo a punto de pegarnos el otro día cuando viniste a vernos a su casa, ¿recuerdas? Esa mirada y esos puños no eran nada pacíficos.

—Solo quería defenderme, como siempre —les resto importancia a sus palabras porque continúa manipulándome y no puedo seguirle el juego una vez más.

—Es posible. Pero ¿y si un día vuelve a ponerse así de violento? ¿Y si se atreve a…? —insiste, dando un paso hacia mí y clavando sus ojos en los míos. Como si fuera consciente de que, con esta simple pregunta, la grieta se hace más grande al abarcar esa posibilidad que antes no existía—. ¿Y si cuando quieras volver es demasiado tarde? ¿Cómo crees que Bill engatusó a Ava? —concluye suavizando su voz.

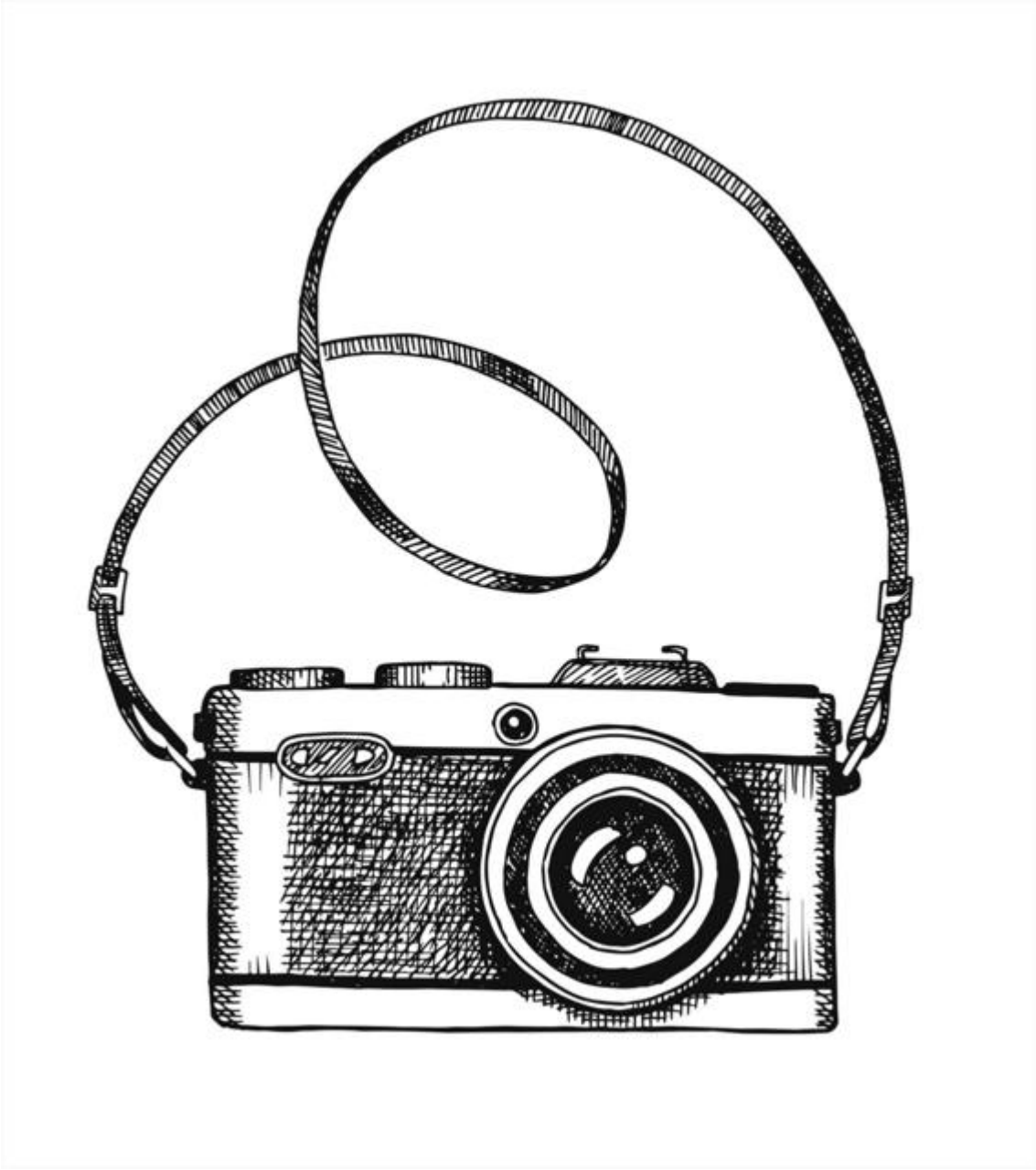
—Yo…

Creo que a estas alturas soy incapaz de disimular el miedo que se me ha instalado en el cuerpo. Porque tiene razón. Todos los maltratadores son encantadores al principio. Todos van en busca de víctimas vulnerables. Todos intentan alejarte de tu entorno. El caso de Ava me sirve de ejemplo y yo… no lo conozco realmente. Lleva años fuera de mi vida, tantos que podría haberse convertido en cualquier cosa, incluida la viva imagen de su padre.

Mike percibe mi confusión y aprovecha el momento para terminar de acercarse a mí. Posa una mano en mi brazo de manera muy suave, como si quisiera consolarme.

—Solo piénsalo, ¿vale? —murmura—. No quiero que te precipites, que te vayas con él y que te des cuenta demasiado tarde de que has cometido un error.

Lo observo paralizada y veo el miedo en sus ojos. El mismo miedo que empieza a envenenar cada uno de mis pensamientos y que hace que me esté costando respirar. Un miedo que no sabía que podría tener y que se mezcla con las dudas que ya acumulaba. Un miedo que lo cambia todo.



42. Odio

Duncan

Normalmente me gusta la brisa nocturna que sopla en verano en East Harbor. Pero hoy es algo más fresca de lo habitual y tanto mi madre, como Gina y como yo, nos hemos visto obligados a ponernos

una sudadera para abrigarnos mientras disfrutamos de una animada charla en el jardín trasero. En una semana estaré volviendo a Estocolmo y las echaré muchísimo de menos, de modo que aprovecho al máximo cada segundo con ellas para crear recuerdos que me acompañen todo este tiempo que esté sin verlas.

No soy consciente de que Holly está detrás de mí hasta que oigo su risa por la última anécdota que mi hermana ha contado.

—¡Vaya! ¿Ya has salido de trabajar? —pregunto sorprendido. Aunque por su cara entiendo que no es tan temprano como me parece. Será que el tiempo en buena compañía se pasa volando.

—Muy gracioso —ironiza—. Ava, Gina, buenas noches —las saluda con una sonrisa que parece no tener para mí.

Yo me levanto y me pongo frente a ella. La abrazo y le doy un pico en los labios, pero ella se queda inmóvil entre mis brazos. Alzo las cejas porque no entiendo qué pasa. Ella carraspea.

—¿Entramos? —pregunta señalando su casa con un movimiento de cabeza.

Entonces me fijo en cómo sus manos abrazan su propio cuerpo, dándose calor. Solo tiene frío. Me despido de mi madre y mi hermana y la acompaño hasta la vivienda.

—Hay una cosa de la que quiero hablarte —suelta de repente tras cerrar la puerta que da al patio trasero.

Sus manos se entrelazan frente a sus piernas y su nerviosismo se me contagia, aunque intento mantenerme sereno.

—¿De qué se trata?

Ella respira hondo, reuniendo el valor necesario para afrontar la situación.

—Ayer no fui a un reportaje. Tuve una reunión con el editor, Camden. Ha habido una baja y quiere que yo sea la nueva fotógrafa principal de la sección de deportes.

Sus ojos brillan al darme la noticia y quiero alegrarme. Desearía abrazarla, levantarla del suelo y dar vueltas con ella. Decirle que se lo merece porque no hay nadie mejor para ese puesto, que se lo ha ganado. Salir ahí fuera y contárselo a mi familia, a los vecinos y a todo el mundo. Pero no soy capaz de hacer nada de eso.

—¿Qué has respondido? —pregunto en su lugar.

—Aún nada. Tengo una semana para tomar una decisión.

Ella estudia mi reacción y está atenta a mi respuesta, aunque no soy capaz de elaborar una ahora mismo. ¿Qué se supone que debo decir?

—Entonces no lo tienes claro.

—No.

—Teníamos un plan, Holly. Íbamos a irnos juntos y estudiarías desde allí.

—Lo sé. Pero esta es una oportunidad del aquí y ahora. Es real.

—¿Y qué vamos a hacer tú y yo?

—No puedes ponerme en esa situación.

Mierda, eso no lo puedo decir, va a acabar mal.

—Entonces no lo tienes claro.

—No.

—Deberías aceptar. Es tu sueño.

—¿Y nosotros?

—Lo arreglaremos.

—¿Cómo?

Es una maldita trampa, no hay ninguna respuesta válida. Creo que estoy tardando demasiado en responder por cómo me mira Holly, de modo que me obligo a decir algo, lo que sea.

—No puedo elegir por ti, es tu futuro.

—No pretendo que lo hagas. Solo quería comunicártelo. Lo he estado pensando mucho. Voy a aceptar esa oferta.

¿Queréis que os diga que me alegro? Pues no. Me jode mucho porque me había hecho a la idea de estar juntos todo el tiempo que mi trabajo permitiese y ya no será así. Obviamente siento que se lo merece porque es muy buena en esto, claro que me lleno de orgullo al ver que sus metas se logran, pero, joder, nunca me había imaginado que nuestros sueños nos iban a separar de esta manera.

Suspiro y expulso una tonelada de aire sintiendo su escrutinio en cada pequeño gesto. Es como si estuviera en un maldito examen.

—Vaya, entonces ya lo tienes decidido —respondo y, aunque intento que las palabras no impriman ni sarcasmo ni reproche, creo que no soy capaz de lograrlo del todo.

Estoy quedando como un idiota, pero no sé cómo arreglarlo. La respuesta correcta no me sale, aunque tampoco quiero parecer un egoísta al que solo le importa su carrera. No obstante, si sigo hablando en ese tono es lo que va a pensar.

—No ha sido una decisión fácil de tomar —me reprocha. Vaya, se ha enfadado, con razón, por mi respuesta.

—Lo siento, no quería decirlo así. Es una gran oportunidad para ti, estoy muy orgulloso, de verdad…

—¿Pero? —me interrumpe con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Me cuesta hacerme a la idea de que no vendrás conmigo. Había planificado muchas cosas y ahora… supongo que tengo que aceptar que va a ser distinto, que… tendremos que ver cómo encajamos esto en nuestra relación.

Ahora es ella la que se queda muda, como si no esperara esta respuesta. Su postura cambia y se vuelve tensa. De repente, me esquiva la mirada y no tengo ni idea de qué está ocurriendo.

—¿Qué sucede? —pregunto con cautela, inclinándome hacia ella para que nuestras miradas se encuentren, pero sus ojos titubean y se desvían de nuevo. El nerviosismo es tan palpable ahora que evidencia que hay algo más en todo esto.

Ella da un paso hacia atrás y alzo las cejas. ¿Ahora también se aleja de mí?

Doy un paso hacia ella y ella vuelve a hacer lo mismo, manteniendo la distancia. Su mirada cambia nuevamente, así como sus gestos y su postura.

—¿Holly?

—Creo que no tiene sentido que sigamos juntos.

«¿Qué?»

No quiere que lo note, pero empieza a respirar de manera acelerada cuando la decepción se instala en mi mirada. Relajo mi postura y apoyo una mano en mi cintura.

—No lo entiendo.

Niega con la cabeza.

—La distancia nos hará daño.

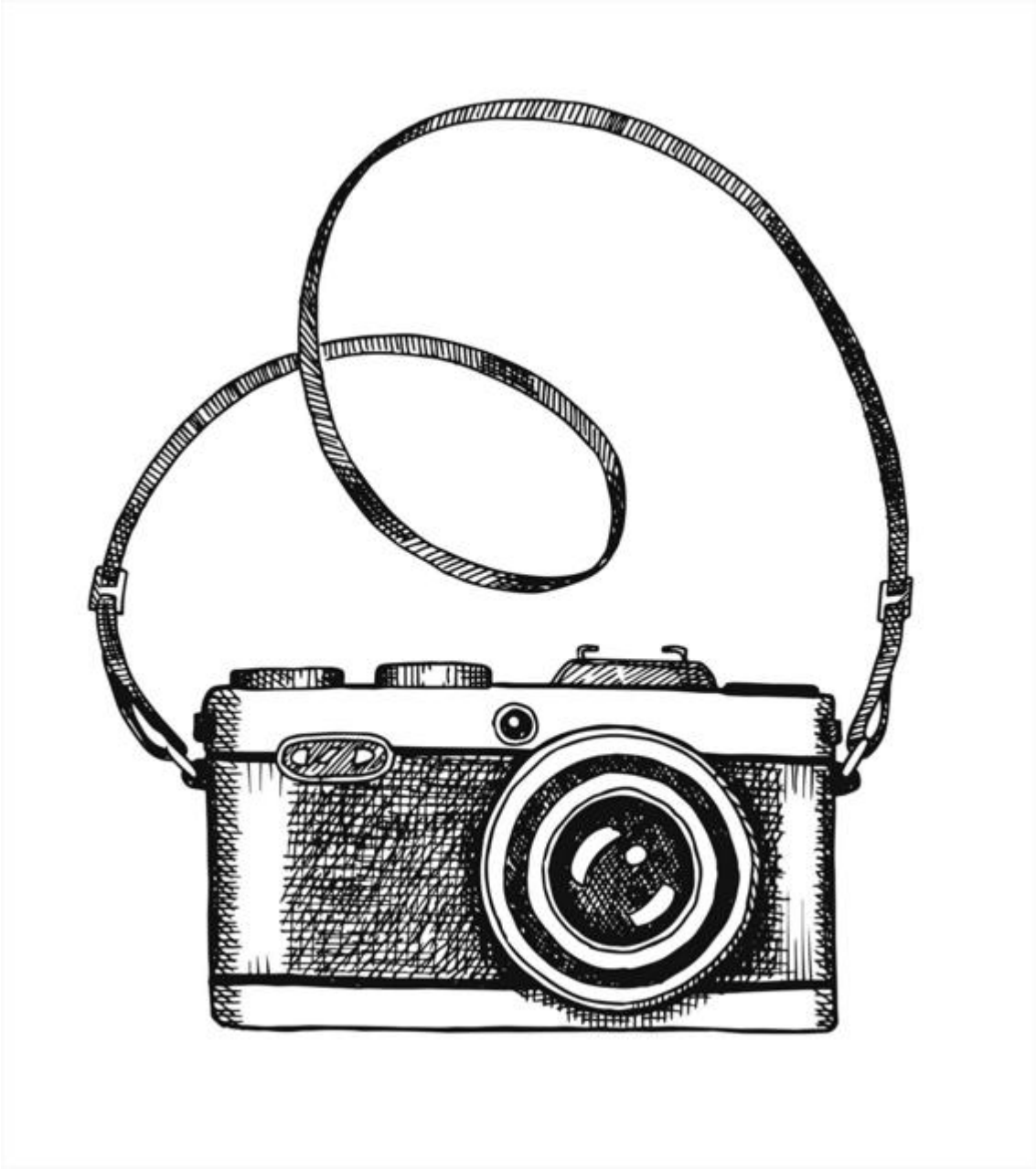
Quizá tenga razón, pero creo que hay algo que no me está contando y pienso averiguarlo.

—Holly, te conozco. Hay algo más, dime la verdad —suplico acercándome a ella y logrando posar mi mano sobre su mejilla.

Su cuerpo tiembla y da otro paso más hacia atrás, confirmando mis sospechas. Retrocedo y creo una distancia con la que parece sentirse cómoda, a juzgar por su cambio de actitud. Me duele que necesite alejarse, ya que pensé que buscaría mi contacto, no todo lo contrario.

De repente, no sé por qué ocurre esto —supongo que porque es algo que también me ha dado miedo a mí mismo más de una vez—, lo veo muy claro. Pero no sé de qué manera puedo convencerla sin que parezca un intento de manipulación.

Y, de nuevo, el odio que siempre he sentido por ese ser que no puede llamarse «padre» regresa a mí.



43. Lo siento

Holly

Nunca pensé que sentiría miedo de él y quizá las palabras de Mike me hayan sugestionado, pero lo he sentido. No ha sido agradable decirle nada de todo eso, mucho menos sintiéndome acorralada y

temiendo su reacción como si realmente fuera alguien violento. Sigo pensando que él no es así, que jamás me haría daño, pero no podía evitar buscar una distancia de seguridad con él y no puedo sentirme más aliviada cuando es él mismo quien da varios pasos hacia atrás para no incomodarme. Si hace esto no puede ser malo, ¿verdad?

—Esto es por mi padre —concluye. Mis ojos se abren de par en par por lo fácil que lo ha adivinado. No le he dado ninguna pista, creo.

Se me corta la respiración y me da miedo responder algo. Mis ojos me traicionan desviándose hacia varios lados de la casa, buscando la manera de huir porque creo que no ha sido buena idea venir aquí con él. Mi padre se ha instalado con Ava y no vendrá a rescatarme.

—Holly, sé que cualquier cosa que te diga ahora mismo sonará a manipulación, por eso voy a quedarme aquí, en la cocina, y no voy a acercarme a ti mientras hable. Luego me iré, ¿de acuerdo?

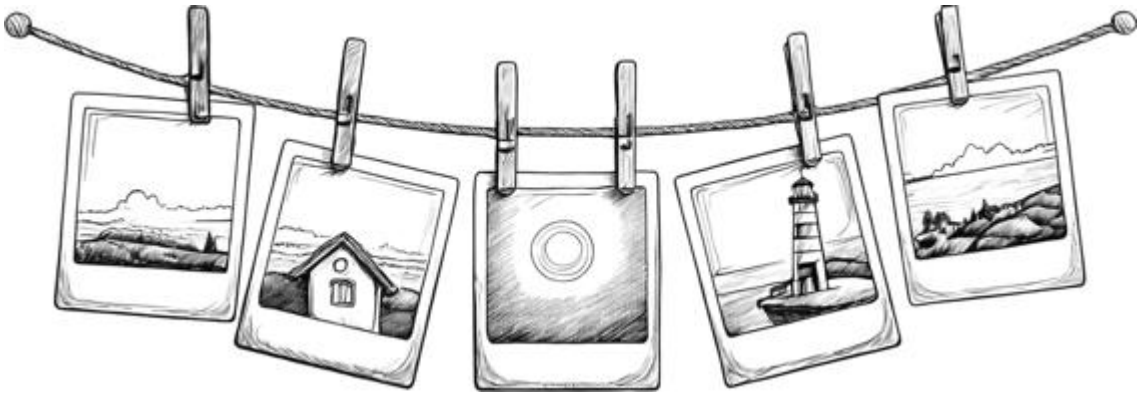
Asiento. No sé si me ha convencido o no. Pero estoy saturada ahora mismo y necesito que se vaya.

—Odio a mi padre y no sentí nada de lástima cuando se murió. Lo odio por lo que le hizo a mi madre y porque por su culpa tuve que irme de aquí. Lo odio porque intentó convertirme en él y era algo que me repugnaba. Lo odio por su desprecio a mi hermana, a quien nunca consideró hija suya. Lo odio porque a mí también me da miedo convertirme en él y me obliga a medir cada cosa que digo y hago de manera constante. Y ahora también lo odio porque jamás le hubiera gustado que saliera contigo y parece que, incluso ya muerto, nos separa.

Respiro aliviada y conmocionada, aunque no voy a hacer ni decir nada aún por precaución. Espero que sea verdad lo que dice, siento que lo es. Pero, como bien ha dicho, podría estar manipulándome.

Se frota la cara con ambas manos, frustrado, como si fuera consciente de que lo que acaba de decir podría haberlo dicho alguien como su padre.

—Es una buena oportunidad y me alegro por ti. De verdad —confiesa con mucha tristeza en los ojos, y va hacia la puerta sin mirar atrás ni una sola vez.



Me despierto sobresaltada por el ruido de cacharros en la cocina. Tardé mucho en dormirme, dado que me pasé horas dándole vueltas al asunto. Me da miedo equivocarme con Duncan, pero también me da miedo confiar ciegamente.

Salgo de la cama y al abrir la puerta me llegan las voces de Ava y mi padre, que supongo que han venido a desayunar a casa. Me siento aliviada al comprobar que son ellos y no Duncan, pues aún no sé cómo digerir esta nueva realidad con él. ¿Debo seguir temiéndolo?

—Buenos días, cariño —me saluda mi padre con un beso en la mejilla.

Sonrío y me siento observada. Me percato de que estaban haciendo café y huevos con beicon mientras iban sacando cosas de la nevera. Mis ojos repasan el resto de la planta baja y lo que se ve del jardín desde la ventana. No hay nadie más.

Los miro a ellos y, por cómo me observan y por lo extraño que me parece que estén aquí, me doy cuenta de que lo saben, aunque no sé si todo.

—No está aquí —me confirma mi progenitor, indicándome que me siente.

—Lo sabéis —conjeturo, y ellos asienten apenados.

—Todos estamos muy orgullosos de que hayas logrado este trabajo —explica mi padre—. Todos —repite, por si no me había quedado claro la primera vez que también incluye a ese inglés que seguramente está en la casa de al lado subiéndose por las paredes

—. Es una noticia estupenda. —Miro a Ava, quien asiente con una sonrisa bastante sincera, aunque algo triste—. Estoy muy de acuerdo en que tienes que aceptarlo.

—El problema no es ese.

—Lo sabemos.

—Holly —llama mi atención Ava, con su mano sobre la mía. Mi padre aprovecha para terminar de preparar el desayuno, como si fuera algo pactado—, pocas personas te entenderán como yo. Ese miedo que sientes es horrible, paralizante, dominante… Sé que no has podido evitar pensar en mí al imaginarte sola en otro continente, lejos de tu entorno. Pero Duncan no es Bill, te lo aseguro.

Abro la boca para interrumpir, aunque ni siquiera sé qué decir.

—No tengo ningún interés en que sufras lo mismo que yo, créeme.

—Sé cómo es, pero… todos son así al principio, ¿verdad?

Ava niega con la cabeza.

—Bill no. No es que se mostrara violento, pero tampoco era encantador. Y no lo conocía en absoluto, pudo crear una máscara temporal y como me quedé embarazada… —se detiene de repente y supongo que le cuesta hablar de ello.

—No tienes que contarme nada.

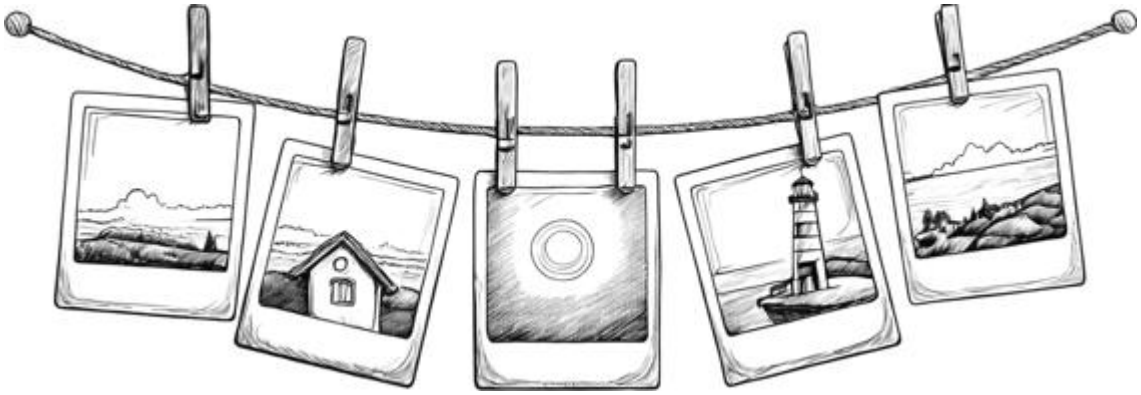
—Tú lo conoces desde que erais niños. Sigue siendo el mismo, lo he visto con otras chicas. Todos te entendemos, ¿vale? Es normal que sientas ese miedo. Ha sido todo un poco precipitado, te han entrado dudas con esa magnífica oferta laboral. Pero también esperamos que escuches a tu corazón.

Mike me la ha vuelto a jugar. Me ha vuelto a manipular y ha dado donde más duele. Ha usado su carta de amigo preocupado y se ha valido del caso de Bill para infundirme este miedo irracional. No sé cómo puedo ser tan estúpida de dejarme influir por alguien que claramente no ha parado de separarnos a Duncan y a mí desde que este último volvió.

No me doy cuenta de que cierro mi mano en un puño hasta que Ava me mira con bastante preocupación. Solo entonces soy consciente del error que he cometido.

—¿Me odia? —murmuro, presa del pánico.

Ava me sonríe relajada.
—Venga, ve a verlo.



Los suaves golpes en el cristal de la puerta lo alertan de mi presencia y alza la cabeza, la cual estaba apoyada sobre sus brazos en la mesa, completamente abatido. Sus ojos se abren, sorprendidos, seguramente porque no confiaba en que viniera a verlo.

Se levanta de manera apresurada y camina hasta mí, aún sin creer que esté frente a él, y abre la puerta.

—¿Puedo pasar o me odias a mí también? —pregunto con una sonrisa nerviosa esperando que no me mande a paseo.

No dice nada, pero se aparta para dejarme entrar. Aunque está tan cerca que su olor me llega con demasiada facilidad al pasar por su lado. Me detengo junto a la mesa e inspecciono el espacio. Duncan parece adivinar mi pensamiento al llamar a su hermana y pedirle que vaya con Joe y su madre.

Enseguida oigo ruido de pasos y la veo bajar por la escalera. Nos mira con curiosidad y se despide de Duncan con una simple mirada.

Cuando desaparece por la puerta sonrío de puros nervios y empiezo a juguetear con mis dedos. Él me observa con cautela.

—No sé ni cómo empezar… —admito—. La verdad es que me da bastante vergüenza mi comportamiento de ayer. No sé por qué llegué a creer eso… En el fondo sabía que no eres así, pero… —me muerdo el carrillo porque no quiero mencionar el nombre de aquel que me ha vuelto a traicionar— de repente me vi reflejada en tu

madre, alejada de todo el mundo y sin nadie a quien acudir. No sé por qué, yo…

—Lo entiendo. Me dolió mucho que pensaras así, pero supongo que es comprensible —confiesa, y su dolor impregna cada palabra.

—Lo siento —murmuro.

Me mira en silencio y doy un paso hacia él, mostrándole que no tengo miedo y que lo que fuera que se apropiara ayer de mi mente fue algo temporal. Sé que él no es así, mi corazón me lo dice. Doy otro paso, y otro, y otro, hasta que quedo cerca de él, aunque sin rozarnos.

—Lo siento mucho —repito—. Ojalá pudiera dar marcha atrás.

—No tiene importancia —me tranquiliza con la voz rota.

—Sí la tiene —rebato.

—Holly, de verdad, lo entiendo. Lo importante es que estés aquí ahora, sin miedo. Porque ya no me temes, ¿no?

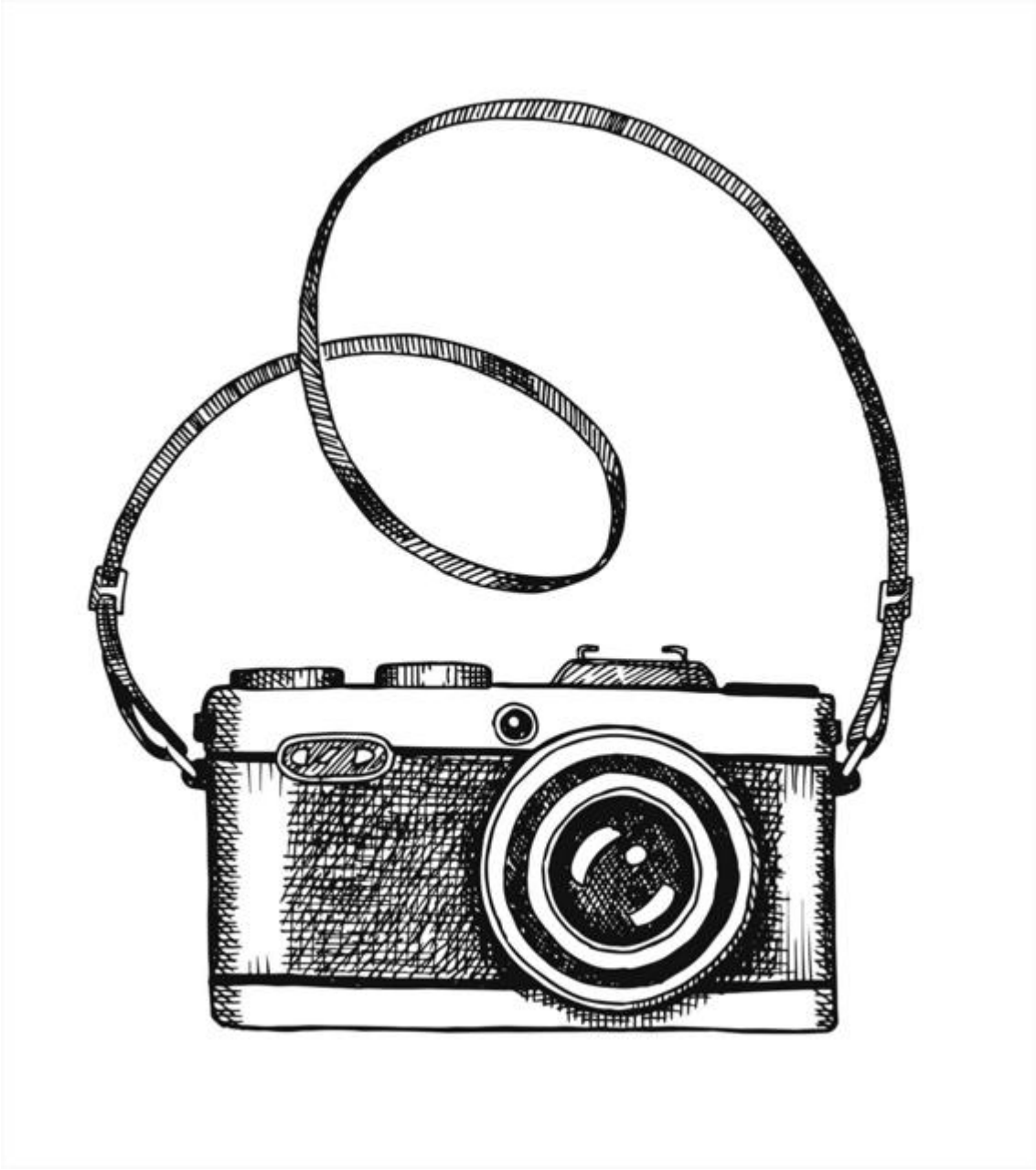
Sonrío y mi mano busca la suya, el simple roce vuelve a generar la chispa y nuestros dedos se entrelazan con facilidad. Ambos damos medio paso y nuestros pechos chocan. Sus ojos no se pierden ninguno de mis movimientos. Alza la mano hasta mi mejilla y la mía cae hasta su cintura para atraerlo un poco más hacia mí.

—Te quiero, Holly. Te juro que puedo lidiar con una relación a distancia, será temporal, ambos estaremos luchando por nuestro sueño, sobreviviremos a eso. Pero me acojona darte miedo y no saber qué puedo hacer para remediarlo.

—Debería haberle hecho caso a mi corazón y a mi instinto, en vez de dejarme llevar por miedos infundados. Te quiero. ¿Podrás perdonarme?

—Depende, ¿puedo besarte? —pide con una sonrisa a la espera de que le dé permiso. Pero, en vez de eso, me pongo de puntillas y estampo mis labios contra los suyos, disfrutando cómo sus brazos me rodean y me aprietan contra él.

No sé cómo pude dudar de esto.



44. Te echaremos de menos

Holly

Entro en casa de Jay con una sonrisa imposible de disimular. Debería estar triste porque en unos días Duncan se marchará y yo volveré a quedarme aquí hecha polvo. Bueno, esta vez la historia será un poco

diferente. Hemos pasado la mañana resolviendo cómo sobrellevar esta enorme distancia en nuestra relación y hemos acordado que trabajaré de lunes a domingo para acumular esos días de descanso hasta tener una semana entera libre y poder visitarlo en Europa. Será agotador para mí, pero es la única manera de vernos todos los meses. Y luego hemos follado mucho para aprovechar el tiempo.

El silbido que me dedica al verme me hace sonrojarme porque me imagino lo que va a decir.

—Alguien ha matado a otro alguien a polvos. ¿Sigue vivo?

—Respiraba cuando salí de casa —bromeo, y lo abrazo para saludarlo.

Nos reímos y caminamos hasta la cocina, donde Madison ya está controlando las *pizzas,* que acaban de hacerse en el horno, y yo dejo las latas de cerveza en la nevera.

—Vaya, vaya, ¿y esa cara de muerte por sexo? ¿Nos hemos perdido algo?

—Algo, pero ahora os pongo al día.

Les cuento lo que ha ocurrido en mi vida durante las últimas setenta y dos horas mientras ponemos la mesa entre todos y no paran de interrumpirme, como es lógico, porque de nuevo he vuelto a omitirles demasiada información.

—¿Entonces gastarás tus únicos días libres en ir a ver a tu amorcito y pasarás olímpicamente de nosotros? —pregunta Madison en un tono que pretende dar lástima, aunque no es capaz de controlar la sonrisa. Me doy cuenta de que solo está riéndose de mí por terminar siendo una de esas chicas enamoradas hasta las trancas de las que tanto me burlé en el instituto.

—¡Venga ya! Podéis venir a verme a Portland siempre que queráis, estaré a tan solo tres horas. Y haremos muchas videollamadas.

—Eso espero, que, si ya no vamos a vernos todos los viernes, al menos contactes con nosotros cada vez que ocurra algo.

—Lo siento —pido perdón nuevamente juntando las palmas de mis manos.

—Te perdono porque sé que algún día me invitarás a tu casa en Europa. ¿Qué? —pregunta al ver cómo me empiezo a reír—. Yo

también quiero viajar y ver mundo, y si es con mi amiga-barra-novia de una estrella del *hockey* y le sobra la pasta, pues mejor. Me gustan los hoteles caros.

—¡Tendrás morro!

Ella y Jay estallan en carcajadas y yo los miro con los ojos abiertos como platos.

—Te está tomando el pelo —aclara mi amigo—. Joe me ha informado de que te ibas a mudar a Portland y se lo he contado a Madison. Hemos pensado en gastarte una pequeña broma por enterarnos los últimos.

Esbozo una mueca de indignación y me río con ellos.

Espresso, de Sabrina Carpenter, suena por el altavoz mientras disfrutamos de las *pizzas* y nos seguimos poniendo al día sobre nuestras vidas.

—He conocido a un chico —anuncia Jay con una sonrisa enorme.

—¡Wow! ¿Aquí en el pueblo? —pregunto con mucha emoción. Es un chico estupendo y se merece tener a alguien tan especial como él en su vida.

—No, pero vive en Ellsworth. No es que tenga que conducir tres horas cada vez que quiera verlo.

—¡Eh! —me quejo lanzándole un trozo de pan—. ¿Cómo se llama?

—¿A qué se dedica?

—¿Tienes una foto?

—¿Cuándo lo vamos a conocer?

—Chicas…

—¿Habéis follado ya?

—Qué bruta eres, Holly —me reprende Madison, aunque estoy convencidísima de que ella se muere por saber lo mismo que yo.

—A ver, cotillas —nos llama al orden Jay entre risas—. Se llama Yiannis, es de origen griego y trabaja como enfermero de urgencias. Es muy guapo, tiene una belleza clásica y solo hemos salido un par de veces.

Madison y yo nos miramos preguntándonos mentalmente si eso significa que se han acostado o no, pero él nos dedica una sonrisa

que viene a decir que no va a contarnos nada más.

—Vaya… —me quejo—. ¿Y tú con el veterinario?

—Holly, eres demasiado morbosa…

—Que-qué-tal-con-él —especifico vocalizando mucho, y disfruto de verla sonrojarse porque seguro que más de una imagen ha pasado por su cabeza.

Jay se troncha de risa y casi se atraganta con la cerveza, pero parece que no habrá que correr al hospital. O quizá es lo que pretendía, ya me entendéis, para ir a ver a ese bombón del que no quiere hablarnos.

—Bien.

—¿Bien? —pregunto, alzando una ceja.

—Es un chico estupendo, no tengo quejas.

—Es malo en la cama —murmuro acercándome a Jay.

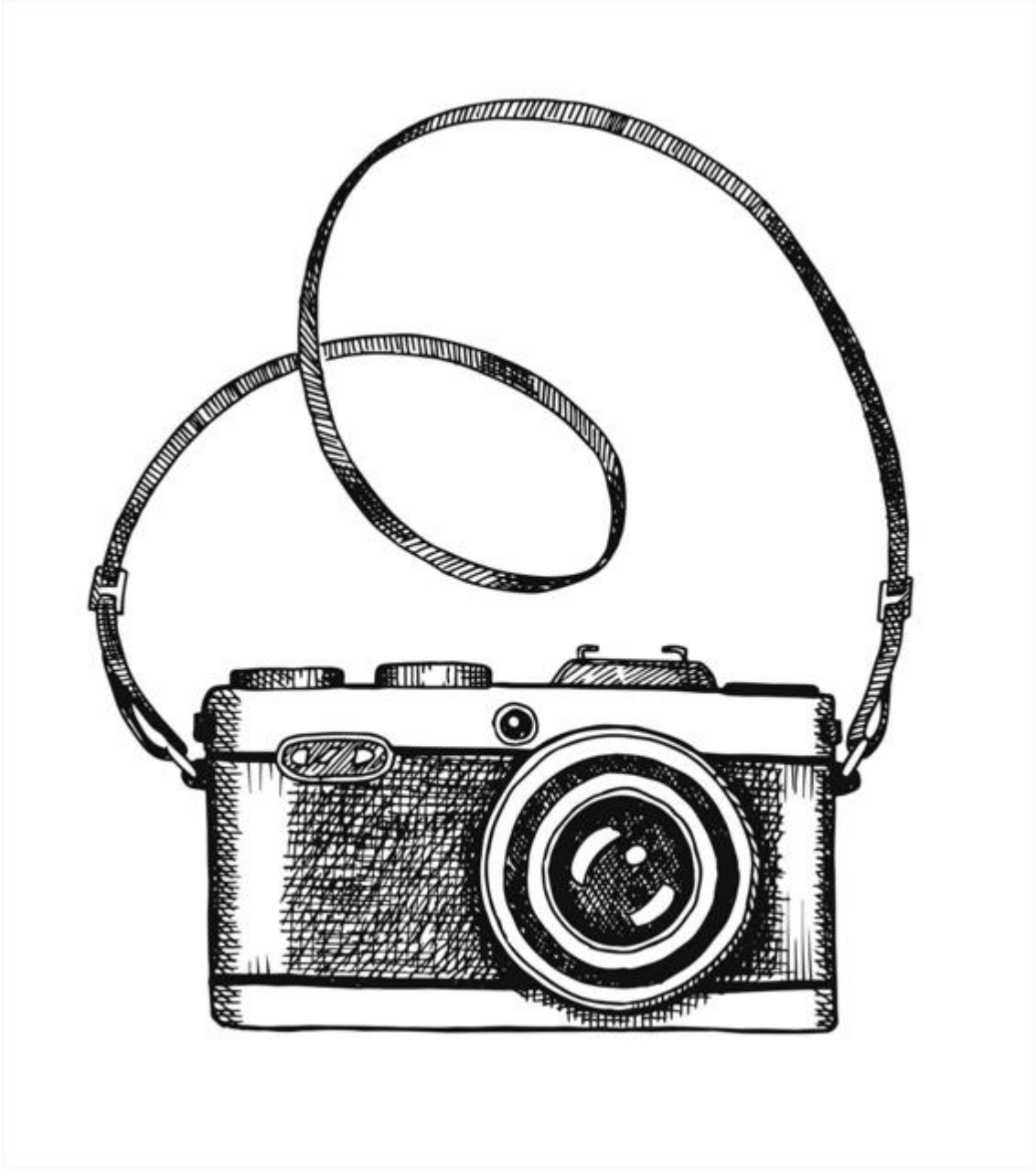
—¡No es verdad! —se queja mi amiga, y yo sonrío de manera malvada porque he conseguido lo que pretendía desde el principio—. ¡Oh! Qué mala eres, Holly Miller —me acusa señalándome con el dedo.

—¿Y qué tal el deportista de moda, eh?

—Un diez. No puedo quejarme, la verdad. No me debe ningún orgasmo —respondo satisfecha.

—Perra… —Madison hace una bola con la servilleta y me la lanza. Pero no tiene peso suficiente para llegar hasta a mí y me descojono, provocando las risas de los demás.

—Te echaremos de menos, pero nos alegramos mucho por ti —dice Jay, cambiando de tema, y casi me hace llorar. Yo también los echaré muchísimo de menos.



45. Solo lanzo discos

Duncan

El ruido del bar nos ensordece al entrar mientras el ambiente cálido y esta nube de alcohol que parece reinar aquí me golpean, pero el

cuerpo se acostumbra rápido. Caleb y yo empezamos a caminar y logramos acercarnos a la barra, donde pedimos unas cervezas.

Me cae bien este chico. Congeniamos en la fiesta sorpresa de Madison y creo que podríamos ser buenos colegas. Me alegra haber encontrado a alguien aquí que me quite ese sentimiento de mierda que lo oscurece todo cuando pienso en Mike y en aquellos que un día fueron mis amigos. Con él no me une el deporte, aunque le gusta verlo, pero coincidimos en muchos otros aspectos, incluso en la manera de ser. Por eso le pedí que me acompañara, ya que nuestras chicas nos han dejado colgados por su cita ineludible de los viernes, algo que me parece estupendo. A los buenos amigos jamás hay que dejarlos atrás.

Llevamos hablando un rato de nuestras cosas y Caleb no para de mirarme con una sonrisa incrédula, la misma con la que me mira desde que me conoció.

—Eres el primer famoso con el que salgo a tomar algo, ¿sabes? —comenta entre risas. Su tono es bromista, pero hay un deje de admiración que lo hace sincero.

—¿Famoso, yo? Vamos, solo soy alguien que lanza discos de caucho vulcanizado, nada del otro mundo —respondo en un intento de restarle importancia al hecho de estar aquí conmigo, pero ambos sabemos que tiene razón.

En el pueblo solo soy Duncan y no llamo la atención, pero los que no son de aquí y han venido a ver actuar a este grupo es evidente que se están preguntando si soy yo de verdad o alguien que se me parece. Algo completamente lógico, porque con esta iluminación podría ser cualquier persona. Me encojo de hombros y le doy otro sorbo a la cerveza ante la mirada alucinada de Caleb.

—Dices eso porque eres humilde y no una de esas estrellas endiosadas, pero ambos sabemos que no pasas desapercibido en ningún lugar.

—Quizá en Inglaterra o Suecia, pero aquí soy un jugador extranjero que juega en una liga extranjera y nadie me conoce.

—¡Venga ya! ¿No has vivido aquí un montón de años? ¿No tienes pasaporte americano? ¡Eres de aquí! De vez en cuando sale alguna

noticia tuya y los aficionados al *hockey* te conocen porque, aunque juegues en otro país, eres de los mejores.

Hago un movimiento con la mano porque no me gusta que la gente le dé tanta importancia. Sí, estoy en un gran equipo y allí soy bastante conocido, pero no es por lo que me quise dedicar a esto. Siempre me gustó este deporte, así que me esforcé al máximo por mejorar día tras día y lograr mis objetivos. Me siento orgulloso de ver dónde he llegado porque nadie me ha regalado nada. Pero jamás lo hice por ser famoso o ganar mucho dinero. La fama está sobrevalorada, lo mejor es poder caminar por la calle sin que te reconozcan.

—¿Sabes? Por eso precisamente te valoran tanto como jugador, porque tienes los pies en la tierra, eres bueno, te concentras en los partidos, ganas, pero no te crees superior a nadie por ello.

—Porque no lo soy —insisto—. Como te he dicho, solo lanzo un disco sobre el hielo; no salvo vidas, no apago fuegos, no formo a las nuevas generaciones, no meto a delincuentes en la cárcel…, ni siquiera me encargo de que la gente reciba su correo o pueda desplazarse de un lado a otro. Lo mío es algo muy superficial y, si mañana el mundo se va a la mierda, adivina quién no va a servir para nada.

—Guapo, rico, simpático, humilde... No me extraña que las tengas a todas locas —comenta palmeándome el hombro.

—Con que lo esté una en concreto ya me conformo —rebato alzando el botellín, y le doy un último trago.

Caleb parece satisfecho con mi respuesta, ya que asiente y se termina su cerveza.

Antes de pedir otra, siento unos brazos finos y femeninos rodeando mi cintura. Doy un pequeño brinco y me giro veloz, pues, aunque mi nuevo amigo lleva razón y no tengo problemas para ligar porque normalmente me buscan más ellas a mí que no al revés, no suele gustarme esa invasión del espacio físico. Además, ahora mismo solo quiero a una chica tan cerca de mí.

Y es esta que tengo enfrente, que me mira extrañada al creer que iba a reconocerla. Mis manos se anclan en su cintura y mi boca va directa a la suya. Siento cómo se relaja entre mis brazos.

Al apartarme, me mira como si no hubiera nadie más en el bar, aunque yo tampoco siento que hubiera nadie más. Ni siquiera otros dos tortolitos a mi lado y un chico que se ve completamente fuera de lugar.

—¡Vaya! ¿Me echabas de menos? —pregunta con una sonrisa divertida.

—Tal vez… —respondo apretándola un poco más a mí.

—Me ha dicho que aquí es donde venís después de vuestra cena y hemos querido daros una sorpresa —declara Caleb.

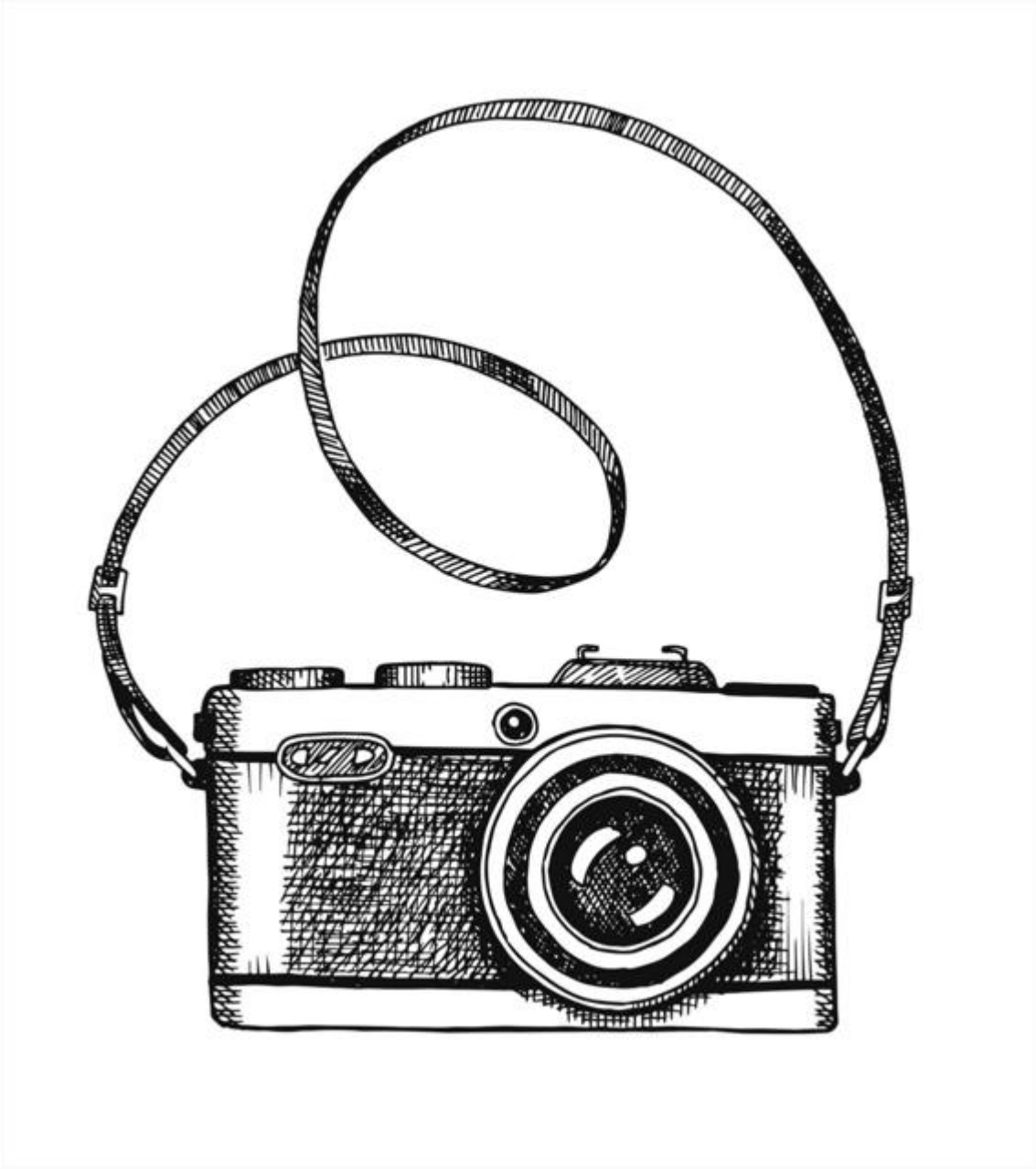
—¿Y vais a quedaros? —quiere saber Madison con los ojos brillantes.

Voy a responder que sí, pero cruzo una mirada con Jay y otra con el veterinario, quien creo que llega a la misma conclusión que yo.

—Pienso que deberíamos irnos, es vuestra noche —determino, aunque soy incapaz de quitarle las manos de encima a mi chica.

Ella sonríe y vuelve a besarme. Sigo sin poder soltarla. Me besa otra vez y es Jay quien nos aparta con un «prometo que llegará pronto a casa para que podáis hacer cosas indecentes antes de que se haga de día».

No nos queda otra que reírnos.



46. La imagen que tienes de mí

Holly

El aroma del café recién hecho inunda la cocina de los Harris mientras todos nos sentamos a desayunar alrededor de la mesa de madera maciza. La luz del sol entra a raudales por la ventana, dando

un brillo dorado a la estancia. Me encuentro al lado de Duncan, quien roza mi mano con la suya en una caricia sutil que me hace sentir especial. Me giro hacia él y sus ojos me miran divertidos y provocadores. Sabe que no puedo evitar reír y eso es lo que pretende. Como cuando éramos niños y aspiraba a ganarle algún día al juego de aguantarnos las miradas. Nunca lo logré.

Mi padre está sirviendo una nueva ronda de café mientras Ava trae más pan tostado y comenta lo mucho que le gusta el clima en este pueblo y que esta es, sin duda, su época favorita. Todos asentimos y a ninguno nos sorprende estar de acuerdo. Me encanta cómo encajamos las dos familias.

Ayer nos levantamos pronto para lo tarde que nos acostamos. Jay cumplió con su promesa, pero teníamos que aprovechar el tiempo que nos queda juntos, así que, al llegar a casa, Duncan me llevó a la habitación antes de que me diera tiempo de decir nada.

Puede que durmiéramos unas cuatro o cinco horas solamente, pero mi chico tenía una sorpresa preparada: quería llevarme a Portland para ver algunos apartamentos. Protesté al descubrir los precios de los que había seleccionado, pero su respuesta fue: «Sé que tu padre, Ava y Gina vendrán a verte casi cada fin de semana, necesitarás dos habitaciones más. Es mi familia, así que yo pagaré el alquiler». Me dejó tan descolocada que tuve que aceptar y regresamos al pueblo con un contrato de arrendamiento bajo el brazo. También aproveché la visita a la ciudad para ir a ver a Camden y firmar el contrato tras asegurarme de que no ponía objeción alguna en mis demandas sobre los días libres.

De repente, suena el teléfono de Duncan. Él parece decidido a ignorar el mensaje, como si no deseara perturbar uno de los últimos momentos que nos quedan juntos. Pero, al leerlo a través de su reloj inteligente, se levanta de manera apresurada y corre escaleras arriba hacia su habitación.

La atmósfera del desayuno ha cambiado radicalmente. Se percibe tensión, ya que todos sabemos que esa reacción significa que hay alguna clase de problema y solo espero que no sea nada grave ni que se convierta en otro inconveniente más que tenemos que resolver como pareja.

Gina, la más inocente de todos y menos consciente de lo que ocurre, comenta algo de una serie que ha empezado a ver, arrastrada por su nueva mejor amiga, aunque ninguno escuchemos lo que está diciendo, algo que parece molestarla.

Cuando empieza a protestar por nuestro comportamiento, Duncan aparece de nuevo frente a nosotros con la cara blanca y visiblemente nervioso. Diría que quiere contarnos lo que ocurre, pero le cuesta tragar saliva. Mira a todos, aunque se centra en mí.

—Necesito hablar contigo —me pide al fin.

No pinta bien, pero asiento y me levanto. Lo sigo en silencio hasta su habitación con el miedo metido en el cuerpo.

«Es una mala noticia, seguro».

—¿Ha ocurrido algo? —pregunto, obligándome a romper este silencio.

—Sí, pero no tiene por qué afectarnos, ¿vale? Es solo que, estando juntos, considero que tienes derecho a saberlo.

Lo miro escéptica porque no es lo que transmite. Es como cuando el dentista te promete que no te va a doler.

—Amanda, mi ex, me ha pedido que la llame. Decía que era importante y urgente.

—¿Por eso has salido corriendo con esa cara de preocupación?

—Básicamente porque no hemos vuelto a hablar de nada desde que rompimos. Me ha parecido muy raro.

—¿Y qué quería?

Duncan deja salir algo así como una tonelada y media de aire.

—Está embarazada.

Dos palabras bastan para ahogarme. Necesito aire de manera urgente y, antes de que mi cuerpo empiece a fallarme, me siento en el borde de su cama. Él se arrodilla frente a mí, sujeta mi cara con ambas manos y varios mechones quedan atrapados.

—No significa nada, ¿vale? Ya te lo he dicho, te lo cuento porque no pienso ocultarte nada de mi vida.

—¿Es tuyo? —pregunto para asegurarme, aunque de no ser así supongo que no me lo habría contado.

—Ella dice que sí.

Se me encoge el estómago y hago lo más difícil del mundo: apartar sus manos, levantarme y poner distancia entre nosotros. Él quiere acercarse a mí, pero se lo impido estirando el brazo hacia el frente.

—Entonces debes estar con ella.

—Holly, es a ti a quien quiero.

—Ese bebé tiene un padre y no permitiré que lo abandones.

—¿Abandonar? —pregunta en una octava más alta, claramente extrañado por mis palabras—. ¿Quién ha hablado de eso? Si de verdad es mi hijo, lo será a todos los efectos, cuidaré y me haré cargo de él. Pero jamás volveré con Amanda. No siento nada por ella.

Sus palabras deberían de tranquilizarme, aunque siga sin estar de acuerdo del todo. Está claro que habla la herida de abandono por mí y que muy poca gente me entenderá. No quiero ser la culpable de que ese bebé se sienta abandonado por su padre, no quiero estar en medio de una posible reconciliación, no quiero que Duncan desatienda sus nuevas obligaciones. No obstante, ha dicho algo con total inocencia que, lejos de serenarme, hace bullir algo dentro de mí.

—¿Si de verdad lo es? —cuestiono. No me puedo creer que lo ponga en duda.

—Voy a necesitar comprobarlo.

—Pero era tu novia.

—Hace meses que rompimos y no me ha dicho nada hasta ahora. No tengo manera de saber de cuántas semanas está. Podría haber ocurrido mientras estábamos juntos o después.

—¿Por qué iba a mentirte con eso?

—No seas tan inocente, por favor… —me acusa en un tono que suena más a burla que a otra cosa.

—No te pongas en plan famosillo, Harris —lo reprendo entrecerrando los ojos—. Salisteis juntos. No se trata de una chica con la que te acostaste y que aparece meses después diciéndote que tiene un hijo tuyo —rebato ofendida.

—Puede haberse acostado con cualquiera cuando rompimos. Obviamente no voy a fiarme solo de su palabra cuando existe la

posibilidad de que lo único que quiera de mí sea mi dinero. No soy tan estúpido.

—Con cualquiera… —murmuro sin fuerzas para gritar.

—¿Por qué te pones de su parte? ¿Por qué estamos discutiendo sobre esto?

—¿Y si yo apareciera un día diciéndote que estoy embarazada? ¿Así es como reaccionarías, pidiéndome una prueba de paternidad?

—¿Qué? No me puedo creer que estés cuestionando esto, Holly. No tiene nada que ver. Tú eres mi novia.

—Y ella también lo fue.

—¿Estás embarazada? ¿Por eso te pones así?

—¡No! —estallo—. ¿Es que no entiendes lo duro que es que la persona con la que compartías tu vida dude de tu palabra?

—¿Y tú no entiendes que rompimos y era libre de acostarse con otros, que han pasado meses y podría ser de cualquiera?

—Perfecto. Entonces, si rompemos y dentro de un tiempo te digo que vas a ser padre, ¿vas a desconfiar de mí?

Se queda mudo, supongo que porque no esperaba este giro. Su silencio me duele porque me está confirmando lo que no quiero oír, que él dudaría de mi palabra, como haría cualquier otro hombre.

Asiento y le aparto la mirada.

—Nunca pondría en duda nada que viniera de ti —responde con mucha calma, pero demasiado tarde.

—Mientes —lo acuso con mis ojos humedeciéndose—. Si fuera verdad, no habrías cavilado tanto la respuesta. Pero en realidad crees que, si rompemos hoy mismo, mañana me estaré acostando de nuevo con medio pueblo, ¿verdad? Entonces, en el caso de que me quedara embarazada, podría ser de cualquiera.

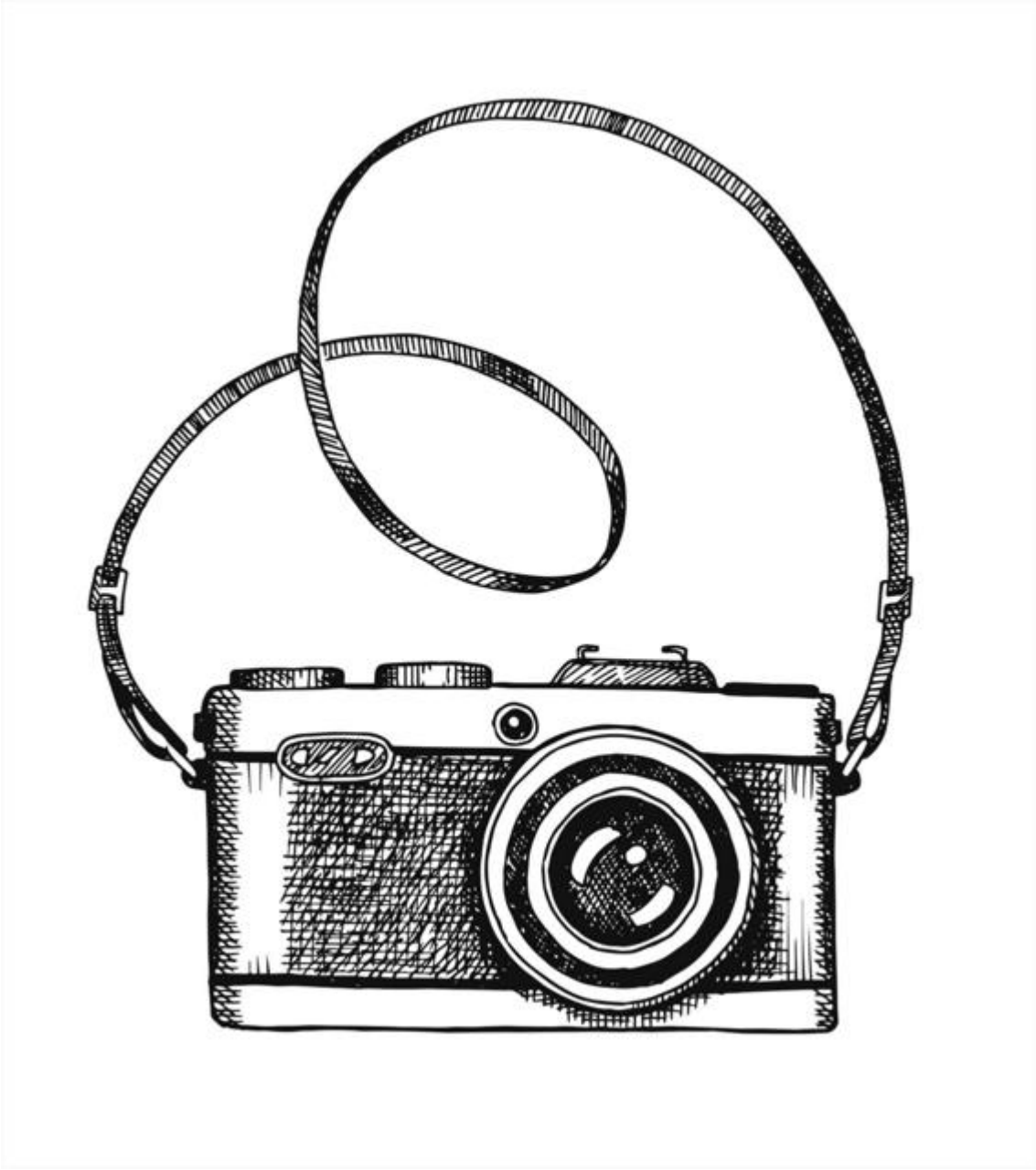
—Holly…

—Basta —lo interrumpo. No quiero oír nada más—. Me acabas de dejar muy clara la imagen que tienes de mí.

—Tú no eres ella. No es la misma situación…

No dejo que siga hablando y salgo de la habitación con los ojos encharcados. Bajo los escalones todo lo deprisa que puedo y salgo de casa sin molestarme en explicarle nada a los demás. Cuando oigo

su voz no me detengo, corro hacia ningún lugar hasta que se cansa y deja de seguirme.



47. Tiene todo que ver

Duncan

Menuda puta mierda. ¿Cómo ha podido terminar así esta conversación?

Vuelvo a entrar en casa arrastrando los pies y con la mente alborotada repitiendo una y otra vez lo que he dicho porque no entiendo en qué momento se ha descontrolado tanto. ¿Realmente he dicho algo que pudiera malinterpretarse? ¿Algo que la ofendiera?

Tres pares de ojos me observan en silencio a la espera de que les cuente algo que les sirva de explicación a lo que acaba de ocurrir. Aún de pie, apoyo las manos sobre la madera y me inclino hacia delante.

—¿Nos cuentas qué has hecho esta vez o lo tenemos que adivinar? —pregunta Gina pretendiendo ser graciosa, aunque el tono que usa me pone de mal humor.

—Amanda está embarazada. —Oigo cómo se les corta la respiración. Joe me mira sin mostrar ninguna emoción, supongo que esperando a tener más información antes de decidirse a cortarme los huevos por haberle hecho daño a su hija—. Se supone que no iba a ser ningún problema —empiezo a divagar—. Quiero decir que no iba a dejar a Holly por ello…

—¿Amanda es alguna antigua novia? —deduce Joe.

Mi madre coloca su mano sobre la de él para que la mire y hace un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Lo dejamos hace meses, ¿y ahora me viene con esto? —pregunto a nadie en concreto.

Su silencio me pone de los nervios y me tapo la cara con ambas manos para amortiguar un gruñido de frustración. Me siento y, ya más relajado, continúo la explicación.

—De manera ingenua pensé que no iba a significar nada. Puede que vaya a tener un hijo. Muy bien, ya veremos legalmente en qué se traduce esto, pero de ninguna manera va a implicar que yo vuelva a salir con ella. Lo dejamos por un motivo.

Mencionarlo me lleva al momento en que nuestra relación se volvió explosiva. Amanda era azafata de congresos y la conocí en un evento al que fuimos con el club. No buscaba nada en ese momento, pero me llamó la atención su belleza nórdica y su voz aterciopelada. Quizá por eso, y animado por uno de mis compañeros de equipo, me atreví a quedar con ella al terminar la jornada. Me sorprendí a mí mismo queriendo repetir y así fue como empezamos a salir. Nunca

llegamos a vivir juntos y, debido a nuestros trabajos, pasábamos mucho tiempo separados. Recuerdo que insistía demasiado en formalizar lo nuestro, compartir casa… Su madre también hablaba mucho de futuro, algo que me agobiaba sobremanera. Ella era algunos años mayor que yo y entiendo que estuviera en otra etapa, pero yo me veía muy joven para todo eso. Mis negativas parecían ser gasolina para sus celos e inseguridades, que crecieron hasta que llegaron a ser un problema y decidí romper con ella.

—¿Entonces? —pregunta mi madre, interrumpiendo mis cavilaciones.

—Pues que Holly ve eso como si estuviera abandonando a mi hijo. No es capaz de ver que esto no guarda ninguna relación con su madre. No pienso desaparecer, es solo que… la quiero a ella, joder.

—¡Has dicho una palabrota! —exclama Gina, señalándome, y no puedo evitar sonreír.

Me levanto, voy a buscar mi cartera y vuelvo con un dólar en la mano. Se lo entrego, como hacemos cada vez que decimos tacos. Mi hermana es la policía y la recaudadora de impuestos. Alguna vez se ha apiadado de nosotros y nos lo ha pasado por alto, aunque no suele ser lo normal.

—Hay algo más, ¿verdad? — conjetura mi madre, supongo que por ese poder que tienen de adivinar lo que les ocurre a los hijos.

Asiento y suspiro.

—Se ha enfadado porque pongo en duda la palabra de Amanda. Según ella, no tiene ningún motivo para mentirme y, encima, le ha molestado que le recalque lo obvio: que puede tener mucho interés en que yo sea el padre.

Mi madre me mira casi con decepción por ponerme en plan famosillo, aunque, en el fondo, sabe que tengo razón; pero Joe parece adivinar hacia dónde ha ido la conversación.

—Porque le has señalado su mayor miedo y lo que más odia de sí misma —añade este.

Lo que yo decía. Nuestros padres nos conocen y él conoce a su hija más que nadie.

—De verdad que esto no tiene nada que ver con ella —me excuso.

—Tiene todo que ver, muchacho.

Él también está molesto y lo entiendo, porque si yo tuviera una hija y estuviera en la misma tesitura me enfadaría mucho con el susodicho.

«Mierda».

—Ella es mi novia, es una situación completamente distinta.

—¿Dudarías de ella? —exige con firmeza en la voz y unos ojos poco amigables. Juro que jamás me había mirado así.

—No es comparable, Joe…

—No estás respondiendo y me jode admitir que seas esa clase de chico. No me extraña que se haya largado si le has dado a entender que sí lo harías, porque no puede haberse sentido más juzgada —me reprocha señalándome con el dedo mientras se levanta y va en busca de su hija, haciendo caso omiso de la petición de mi madre para que se calme.

Mi hermana creo que no ha terminado de entender lo que ha ocurrido y nuestra progenitora me mira con lástima, de modo que me levanto y me voy a mi habitación porque necesito estar solo y no escuchar pensamientos ajenos gritándome lo increíblemente idiota que soy. Ah, no, que esos son los míos propios.

Media hora después de darle vueltas a todo, tomo una decisión —no sé si acertada o no— y se la comunico a mi madre. Joe sigue sin querer mirarme, aunque por su gesto intuyo que se alegra. Normal, yo también querría perderme de vista.

—¿No crees que es mejor intentar hablar con Holly y arreglar las cosas? —pregunta ella, apenada por mi apresurada marcha.

—Ahora mismo no me deja ni acercarme. Voy a arreglar este asunto con Amanda de una vez y luego…

—Luego le explicarás a mi hija que te has hecho una prueba de ADN y que resulta que no es tu hijo, así que todos contentos —ironiza de manera seca.

—Joe, por favor… —suplico.

—Es mi hija a quien has insultado. Da gracias a que quiera a tu madre, porque si no…

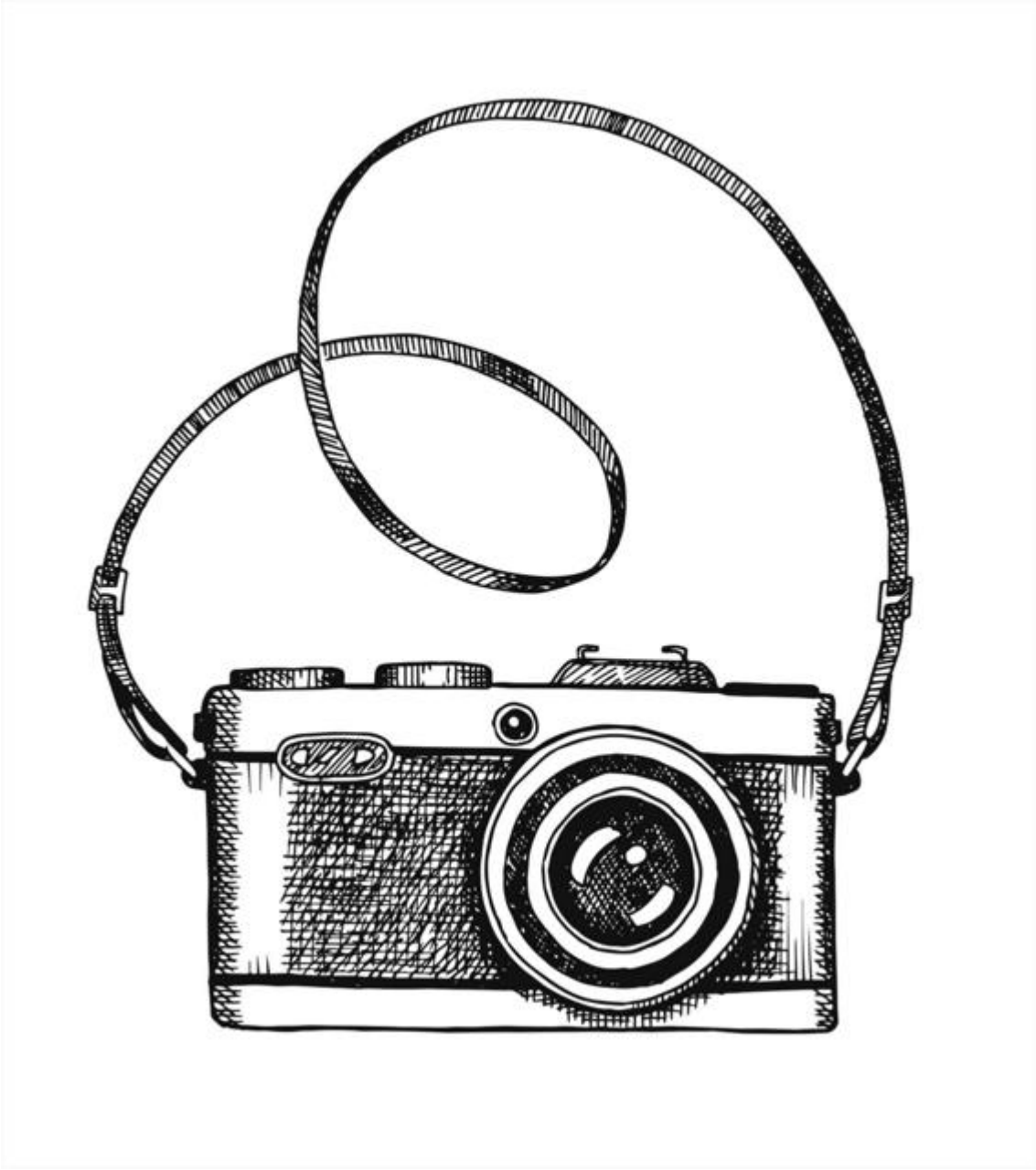
—Tranquilo —le pide esta, poniendo la mano nuevamente sobre la de él, en un gesto tierno de comprensión muy propio de mi madre.

—Yo la quiero. Ha sido un malentendido…

—Me hubiera esperado esto de Mike, no de ti. —Sus palabras me golpean el esternón y no puedo respirar—. ¿Sabes? Ella eligió irse a Portland en vez de contigo porque lo último que quiere es ser la novia mantenida del deportista de moda. —«Lo sé, joder. Y eso es precisamente lo que no me deja explicarle. Por ello la situación no tiene nada que ver»—. ¿Tú crees que te pediría una responsabilidad que no te corresponde? —pregunta, levantándose y acercándose a mí.

Joe en esta actitud intimida un huevo, que lo sepáis. Detrás de ese hombre bonachón, se esconde un padre que mataría por su hija. Y lo haría sin despeinarse.

Trago saliva y sigo sin poder hablar porque tengo una bola en la garganta que me lo impide. Pero él cree que no respondo porque dudo de su hija, algo que yo no haría jamás. Porque tiene razón en todo lo que dice, y lo único que puedo hacer es irme de aquí y luego ya buscaré la manera de volver con ella. Porque si una cosa tengo clara es que esta vez no voy a renunciar a Holly.



48. No puedo yo sola

Duncan

Tras más de veinticuatro horas sin dormir, lo más inteligente sería meterme en la cama y descansar. Pero he venido hasta aquí por un

motivo en concreto y no creo que pueda conciliar el sueño hasta que termine con este asunto.

Dejo las maletas en el recibidor de casa y pido un taxi que no tarda ni diez minutos en llegar. Le doy la dirección y pone rumbo enseguida sin poder creerse que está llevando a Duncan Harris en su coche. El hombre, entre ilusionado y asombrado, no para de parlotear de manera nerviosa sobre *hockey* y el equipo en el que juego, repitiendo varias veces que es un gran fan. No me gusta ser maleducado y trato de responderle con la mayor simpatía posible, pues lo último que quiero es mostrarme como el típico deportista famosillo engreído. Nunca lo he sido y no voy a empezar ahora. Me habla de su familia, de que van a vernos a todos los partidos que pueden, aunque su hijo menor prefiere el fútbol. Me río. Le cuento que cuando volví a Inglaterra yo era el único niño de mi clase que jugaba al *hockey.* Con esto, coge confianza y empieza a hacerme preguntas como si fuéramos colegas de toda la vida, aunque por suerte nada demasiado personal.

El trayecto dura una media hora y le doy una buena propina. Me ha caído bien, me ha hecho el camino agradable y se la merece porque ha conducido de manera responsable. Decidido, me encamino hacia el portal. Llamo, la puerta se abre y entro en el edificio. Subo las escaleras hasta el segundo piso y Amanda me espera en la puerta con una sonrisa.

—Sabía que vendrías. No eres de los que falten a su honor como hombre.

Me recibe con un abrazo demasiado efusivo y se aparta al percibir la tensión en todo mi cuerpo.

—No lo soy —afirmo, y entro en su piso sin esperar a que me dé permiso—. Pero tampoco soy un ingenuo.

Le cambia la cara y cierra la puerta.

—Si has venido a insultarme, es mejor que vuelvas por donde has venido —comenta vagamente mientras camina hacia el salón.

No la veo tan afectada como cabría esperar, lo cual me hace suponer que todo esto es un teatro.

—Me gustaría ver los informes y alguna ecografía.

Pone los ojos en blanco y chasquea la lengua.

—¿Ahora eres médico?

—No, su padre. Quiero implicarme.

Sus ojos me examinan con atención, aunque los míos también lo hacen con ella. Parece que ninguno nos fiamos del otro y buscamos cualquier cosa que nos llame la atención. Ella parece muy tranquila y cómoda, aunque hay algo en su mirada que me alerta.

—Me alegro de que lo hagas. —Suspira y deja escapar un montón de aire—. Ay, cariño, te he echado de menos —declara acercándose a mí para abrazarme de nuevo, y no puedo evitar echarme para atrás.

Dibuja una mueca de disgusto que no puede disimular y empiezo a darle forma a una idea. Está montando esto para que vuelva con ella.

—Me refiero a que me haré cargo. No solo en el plano económico, me gustaría ser un padre presente. Pero tú y yo no vamos a estar juntos.

—¿Porque ya tienes a otra? —tantea con perspicacia.

—Porque tú y yo terminamos hace meses.

Chasquea la lengua nuevamente. Empiezo a perder la paciencia.

—Está bien. Pero el hijo de Duncan Harris necesitará ir a un buen colegio y vivir en una buena casa… y un montón de cosas más que tendría si estuviéramos juntos.

—Lo entiendo, y lo tendrá. Si es mi hijo —añado, porque tengo que dejarle claro que no va a obtener un cheque en blanco.

Su cara me recuerda a Holly, porque ahora sí empieza a parecer ofendida, aunque, si de verdad fuera yo el padre, me habría facilitado los informes que le he pedido con anterioridad.

—Ya te he dicho antes que…

—¿De cuánto estás? —la interrumpo.

—De cinco meses.

—Pues tendrás alguna ecografía o algo, ¿no?

Me esquiva la mirada y se atusa el pelo.

—Cariño, has decidido que solo enviarás dinero y pasarás algo de tiempo con el bebé.

—Sí, y sin una prueba de paternidad tampoco tendrás eso.

—¿Cómo te atreves?

—Te voy a pedir una cita para una prueba de ADN fetal. No es invasiva, según tengo entendido es una simple extracción de sangre. Lo pagaré yo, no te preocupes. Pero no pienso asumir ninguna paternidad que no me corresponda.

—No pienso someterme a ninguna prueba.

—Pues entonces no tenemos nada más que hablar —anuncio dándome la vuelta y dispuesto a marcharme de aquí. No tiene sentido seguir discutiendo; si no me facilita las cosas para que la crea, asumiré que no soy el padre.

—Iré a la tele.

—Muy bien.

—¿En serio crees que todo este *show* mediático le irá bien a tu carrera? —Me detengo. No la estoy viendo, pero diría que sonríe—. Porque yo creo que te perjudicará mucho que el Duncan Harris simpático y humilde que todos adoran resulte ser un cabrón que abandona sus responsabilidades.

Cuando me doy la vuelta, la veo con una sonrisa maliciosa que sé que me va a traer problemas.

—No te van a creer —le advierto. Aunque no estoy tan seguro de ello y empiezo a temer que vaya a cumplir su amenaza, que su orgullo vaya a destrozar mi carrera.

—Ya lo veremos.

Me contempla despreocupada, con la mirada de alguien que sabe que tiene todas las papeletas para ganar.

—Si estás de cinco meses, como dices —añado a propósito, y resopla nuevamente—, ¿por qué me lo cuentas ahora y no cuando te enteraste?

La veo cavilar tanto que me resulta obvio que le está costando inventarse algo. Niego con la cabeza y reemprendo mi marcha. Ni me interesa saberlo.

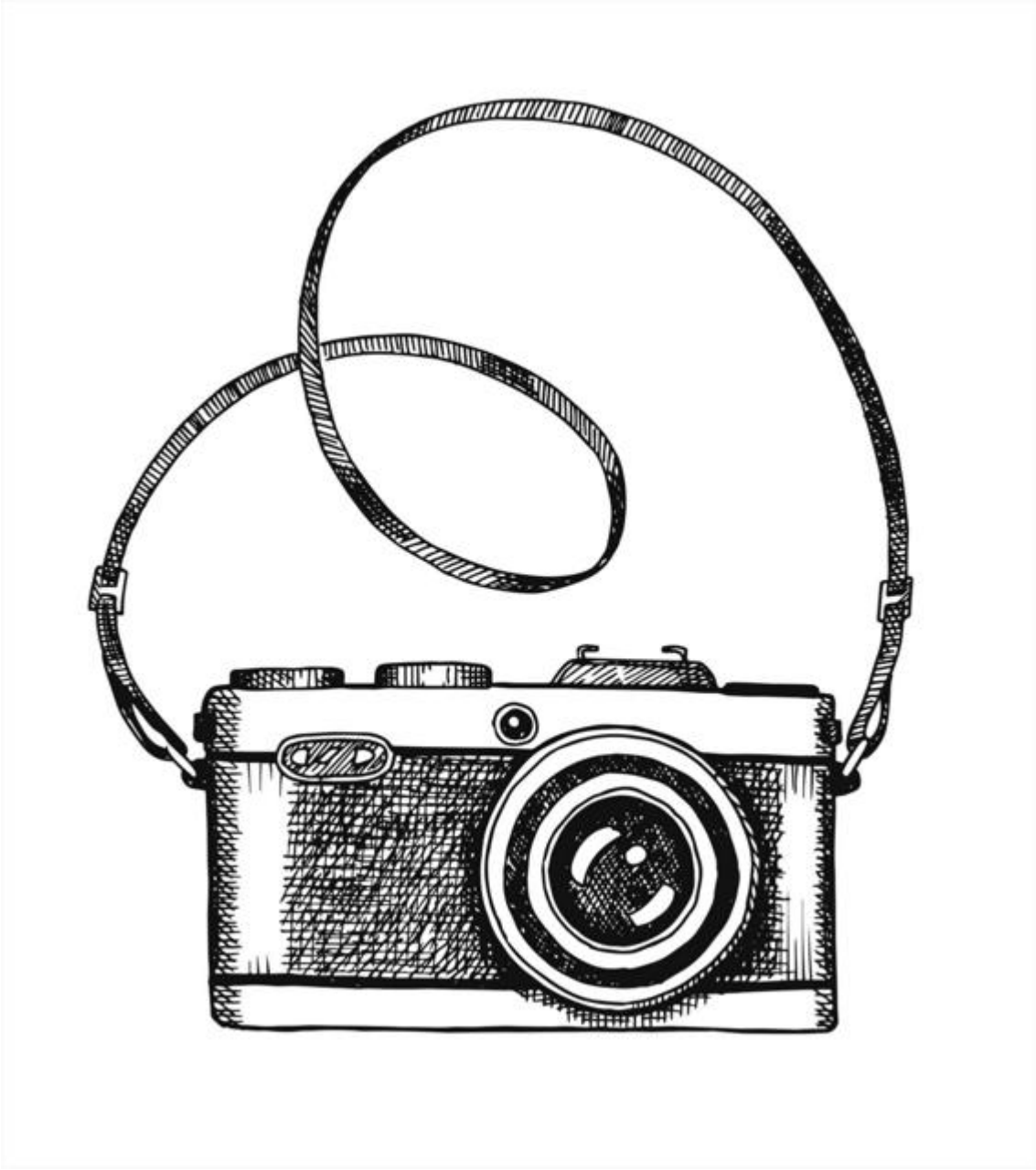
—Porque precisamente sabía que esto iba a ocurrir. ¿Cómo me ibas a creer, si ya no estábamos juntos? ¿Cómo te ibas a hacer cargo, si seguro que tendrías una nueva novia? ¿Cómo iba a atarte aquí, si sueñas con fichar por un equipo americano?

Sus palabras logran conmoverme. Resulta obvio que podría tener sus razones para no haberme dicho nada. Pero lo ha terminado

haciendo.

—Pero lo has terminado haciendo —repito, esta vez en voz alta.

—Porque… —sus ojos se humedecen y por primera vez desde que he entrado dudo de si estoy obrando bien con este asunto—, porque no puedo yo sola.



49. Muñeca rota

Holly

El sonido de vasos chocando y las conversaciones cruzadas llenan el bar. Es mi último turno aquí, antes de mudarme a Portland y empezar a trabajar en el periódico, y no sé cómo sentirme al

respecto. Por un lado, estoy emocionada por lo que me espera allí, por dedicarme a algo que me hace feliz, por vivir en la ciudad y aprender a dormir con todo ese ruido que debe oírse allí. Salir a la calle y que nadie me reconozca es un sueño que jamás pensé que cumpliría. No estar en boca de todos, viendo cómo juzgan mi comportamiento día tras día, es algo que me hace especial ilusión.

Por otro lado, me duele abandonar este pueblo, a mi padre, a mis amigos y todo lo que conozco. Me da miedo no ser capaz de adaptarme, parecer una pueblerina, perderme por sus calles, echar de menos todo lo que ahora aseguro odiar.

Aunque lo que más me pesa en el pecho es haber descubierto que para Duncan soy la misma oveja descarriada que para los demás. El viejo Mustang. Alguien en quien no puedes confiar porque podría haber estado con cualquiera. Y, para acabar de arreglarlo, huyó a Europa a exigir la prueba de paternidad que tanto necesita para hacerse cargo de sus obligaciones. Me parece tan humillante que el que ha sido tu novio desconfíe de ti de esta manera…

—Holly, ¿me rellenas esto? —pregunta uno de los parroquianos habituales del bar, a la vez que levanta su jarra vacía desde el otro lado de la barra.

—Dame un segundo —pido mientras sigo sirviendo las bebidas de un par de mesas.

No sé por qué lo hago, pero mis ojos se desvían hacia la puerta cada cinco minutos. Vale, sí sé por qué. Porque sigo esperando que Duncan entre en el bar e ilumine mi mundo con solo una sonrisa. Aunque sé que eso no va a ocurrir porque se largó a un millón de millas de distancia. Sin avisarme. Sin que pudiéramos poner fin a lo nuestro. O arreglarlo.

Cuando la puerta se abre, el corazón se me acelera ante la posibilidad de que lo imposible ocurra, pero no puedo estar más enfadada con el destino cuando descubro a quien entra.

La mujer que me trajo al mundo y poco más viene hasta mí. Lleva su apagada melena rubia suelta y luce un aspecto mejor que el de la última vez que la vi. Va a hablarme, pero decido que es un buen momento para llevar estas bebidas a los clientes y no hacerlos esperar. Sí, también es una manera de hacer tiempo.

—¿Podemos hablar?

Hago como que no la oigo y relleno la jarra de Arthur. Cualquier cosa que le haga entender que estoy ocupada y no puedo perder el tiempo hablando con gente que no me importa —y a la que no le importo—. Por eso me convierto en la empleada del año al proponerme atender a todas las mesas a tiempo y limpiar la barra varias veces.

—Es importante, Holly. Creo que puede interesarte —insiste.

—Yo creo que no —la corto.

—¿Conoces a este chico…, Mike, el del taller?

Siento un escalofrío en la nuca y detengo mis pasos. La observo fijamente. Su semblante es serio y no parece nerviosa.

—¿Qué pasa con él? —escupo. Nada bueno puede venir de ese individuo y tampoco me fío de mi madre. Digo… esta señora.

—Había decidido volver a casa, ya que tú… —«Sí, que no te hago ni puto caso. Pues el que te mereces». Le hago un gesto para que siga, porque entiendo lo que me quiere decir y no me apetece hablar de ello. Ella y yo no somos nada—. Bueno, el coche hacía unos ruidos raros y paré por un taller para que lo revisaran, ya que el trayecto es largo y no me gustaría que me fallara en mitad de la carretera.

—Un momento —le pido—. Jay, ¿puedes encargarte? Será rápido.

Él asiente y se encarga de unos clientes que me estaban haciendo señas para que los atendiera. Dirijo mi vista de vuelta a la mujer que tengo enfrente con muy pocas ganas de seguir escuchando porque no sé qué tiene de interesante su relato.

—Entré en el taller y no vi a nadie, aunque oí una voz masculina que parecía hablar con alguien por teléfono. Al principio no escuché porque me parece un poco de mala educación, hasta que me di cuenta de que hablaba de ti.

Vale, ahora tiene pinta de ponerse interesante. Cierro la boca, que parece que mi mandíbula inferior se había quedado descolgada, y le pido con la mirada que continúe.

—No tengo ni idea de quién era la otra persona, pero le oí decir claramente: «La última idea ha funcionado de verdad. Ha costado,

pero Holly ya no está con Duncan y él se ha largado del pueblo».

«¿Qué?».

Me falta el aire. Me ahogo. No puedo creer lo que estoy oyendo. Todavía me cuesta asimilar que Mike no es la persona que creí que era, pero que haya estado maquinando planes para separarnos hasta que lo ha conseguido es demasiado. Necesito saber por qué lo ha hecho. Y, sobre todo, qué tiene que ver con esto, porque no ha podido dejar embarazada a la ex. O quizá no lo está y Duncan me mintió. O a él también le mintió alguien. Mierda, seguro que todo es mentira, y yo defendiendo a esa chica.

—¿Estás segura? —suplico con el corazón encogido.

—Tengo cáncer, pero los oídos todavía me funcionan perfectamente.

Traga saliva y sé que se debate entre contarme algo más o no.

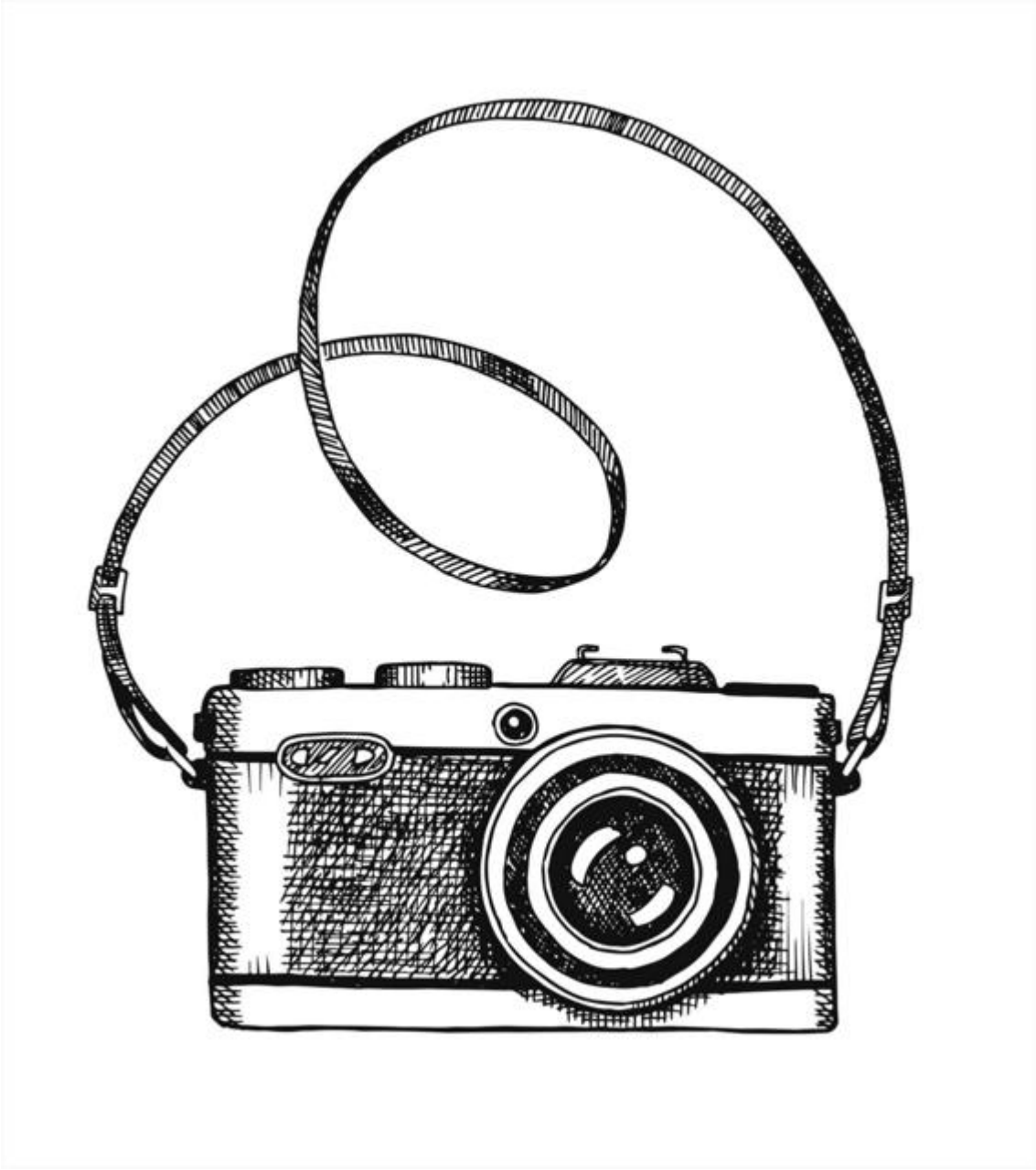
—Continúa —exijo, y no soy dulce ni simpática.

Estoy clavando las uñas en la barra, pero es que esta tensión me está matando.

—Me duele decirte esto; al fin y al cabo, eres mi hija.

—Qué-más-ha-dicho —gruño.

—«No te preocupes, en nada vuelve a ser la muñeca rota que se deja hacer de todo».



50. No quiero que él lo tenga todo

Holly

El taller huele a aceite, a metal y a humo, una mezcla que me revuelve el estómago a medida que avanzo por el lugar. Las herramientas colgadas en las paredes reflejan la luz tenue que entra

tanto por la amplia puerta como por las pequeñas ventanas altas que nadie ha lavado en años, y suena alguna canción de moda que se emite por la radio. Me paro en seco al oír una carcajada masculina proveniente del fondo. Es él.

Respiro hondo y avanzo, centrando mi atención en cómo mis zapatos pisan de manera firme el suelo de cemento. Mike está inclinado sobre el capó de un coche, con las manos cubiertas de grasa, mientras habla con Bryce, quien está de pie a su lado. Este le hace una señal y el otro se gira con una sonrisa ladeada en el rostro.

—¡Vaya! —me saluda como si nada, limpiándose las manos en un trapo antes de apoyarse contra el coche—. Qué agradable sorpresa —pronuncia en un tono repulsivo que haría huir a cualquiera.

—Vete —exijo a su amigo. No me encanta estar aquí y quiero que sea rápido. Bryce es un chico bastante corpulento y, ahora mismo, me intimida demasiado la manera en que me mira, como si fuera el caramelo más apetecible del mundo.

Él me observa de arriba abajo con los brazos cruzados como si mi ropa fuera a evaporarse por ello y, por un momento, dudo que me vaya a hacer caso. Pero chasquea la lengua y se larga tras despedirse de Mike con unas miradas que hablan por sí mismas. No entiendo cómo hubo una época en la que disfrutaba con ellos. Ahora solo me dan asco.

Cuando me aseguro de que ya no está en el taller, me giro de nuevo hacia el que consideraba mi amigo hasta hace no mucho, con demasiado dolor en el pecho, y lo veo en una actitud muy despreocupada, aún recostado sobre el lateral del coche.

—No tengo todo el día, muñeca. Como ves, estoy bastante ocupado —me apremia señalando la cantidad de coches aparcados de cualquier forma.

—¿Es verdad? —pido con firmeza, aunque mis dedos me traicionan jugando con el bajo de mi camiseta.

—¿El qué? —pregunta de manera inocente, fingiendo no tener ni la más remota idea de lo que le hablo, cuando es obvio que lo estaba comentando con su amigo antes de que yo los interrumpiera.

—Que has logrado que Duncan se marche y ya no estemos juntos. Porque solo quieres que vuelva a ser la muñeca rota con la

que jugáis todos.

Su carcajada es tan fuerte que retumba contra las paredes y puedo sentir la vibración bajo mis pies.

—¿De dónde sacas eso?

—Me lo ha contado mi madre. —La palabra «madre» me quema la garganta al salir, pero ignoro el hecho de que no me suena extraño—. Te oyó decírselo a alguien.

—¿Y la crees? Vamos, Holly, esa mujer no ha estado presente en tu vida.

—Eso no importa. Quiero que me digas la verdad, que me mires a la cara y me digas que no tienes nada que ver en todo esto.

Sus ojos se estrechan y su sonrisa se vuelve tensa. Parece que estuviera decidiendo cómo manejar la situación.

—¿De verdad has venido hasta aquí para esto?

—Mike, basta de mentiras.

Él se aparta del coche y relaja la postura. Se acerca a mí y, aunque quiero alejarme, mis piernas no responden.

—Holly, Holly… Qué lástima, con lo bien que nos lo pasábamos tú y yo… —murmura acariciándome un brazo. Me aparto de inmediato y él dibuja una sonrisa calculadora.

—Me repugnas —escupo.

—No solías decir eso cuando te comías mi polla como una profesional.

Aunque sus palabras me den arcadas, estoy mucho más preocupada por el temblor incontrolable de mis piernas, algo que no le pasa desapercibido y que le hace mirarme con más ganas.

—Éramos amigos, Mike —me obligo a decir—. ¿No deberías alegrarte por mí?

—¿Amigos? —Suelta una risa sarcástica—. Nunca lo hemos sido. —Abro los ojos y ahogo un suspiro—. Eso es lo que tú creías y yo me esforcé en fingir porque sabía que podría sacar provecho de ello.

Sus palabras me golpean y no puedo disimular mi decepción. Por su mirada, es evidente que está disfrutando.

—Fue tan fácil coger esa muñeca rota y terminar de destrozarla… Tan fácil manipularla, hacerle creer que no valía nada y que con nosotros estaba bien…

Me cuesta contener las lágrimas. Sus palabras duelen porque soy consciente por primera vez de lo que todos veían menos yo. Lo que mi padre lleva años advirtiéndome y nunca quise aceptar. Que soy idiota por creer que había un corazón como el mío en su pecho. Que solo buscaba mi vulnerabilidad para poder moldearme como ha querido.

La primera lágrima cae y le siguen un par más. Me las limpio de manera brusca y me jode no ver ni un atisbo de arrepentimiento en él. Porque, para mí, sí era mi amigo. Confiaba en él.

—¿Por qué tantas molestias en separarnos? ¿Es solo para recuperar tu maldito juguete?

Niega con la cabeza con la arrogancia propia de alguien que tiene el control de la información que quiere que sepan los demás y la que no.

—¿Por qué? —pregunta con amargura—. ¿Quieres saber por qué? —Sonríe con malicia y se acerca nuevamente a mí—. Porque me jode la idea de que él lo tenga todo y yo nada. Porque él cumplió su sueño de ser jugador profesional, de estar en un gran equipo, tiene fama, dinero… Si hay algo que puedo quitarle, lo haré. Porque no quiero que él tenga todo lo que soñó mientras yo me pudro en este taller por culpa de una lesión que me arrebató mi futuro, ¿lo entiendes ahora, Holly?

Lo miro horrorizada, sintiendo cómo el dolor se transforma en confusión y, sobre todo, en rabia.

—¿Todo esto es por envidia? —lo encaro y me acerco a él—. Erais amigos, Mike, amigos. Compañeros de equipo, de clase, pero, ante todo, amigos. Él no tiene la culpa de que te lesionaras, al contrario, lo pasó fatal porque quería que triunfarais los dos. —Bufo y niego con la cabeza—. Es que no me lo puedo creer. ¿Y qué tengo que ver yo en todo esto?

—¡Todo, Holly! —grita, aunque ya no me asusto—. Porque os vi besaros. Descubrí ese lugar secreto que compartíais y os vi. Me jodió que tuviera que irse porque era mi amigo y el único que me daba fuerzas para seguir adelante en mi recuperación. Así que hui con la intención de perderme y me encontré con que la chica que me molaba jamás me haría caso porque estaba enamorada de otro.

—¡¿Qué?! —exclamo completamente sorprendida. Reconozco que no veía venir esta confesión, pero ahora todo cobra sentido—. O sea, que era verdad que le dijiste que estabas enamorado de mí para alejarnos. Que por tu culpa dejó de hablarme. ¿Te sentiste mejor hundiéndome en la mierda?

—No quería hacerte daño, pero la verdad es que así fue más fácil estar contigo.

No quiero seguir escuchando. No quiero conocer más detalles. Me cuesta creer lo que oigo y empiezo a pensar que estoy en una pesadilla.

Su mirada cambia y se vuelve más serena. Vuelve a parecerse al Mike que siempre he conocido, aunque sé que, después de esto, nada volverá a ser como antes nunca más.

—Me enamoré de ti. Hasta en eso Duncan y yo teníamos que compartir gustos. Pero tú nunca me ibas a mirar de esa forma y, de hecho, nunca pasó. Me alivió pensar que él no te tendría, pero, como yo tampoco iba a tenerte, decidí convertirte en lo que eres y que no fueras de nadie. —Me llevo la palma de la mano a la boca para acallar un gimoteo. No puedo creer nada de lo que está diciendo—. Y funcionó hasta que su padre la palmó y él decidió volver. Porque en cuanto os vi me di cuenta de que, si no hacía nada, acabaríais juntos y él conseguiría la última pieza que le faltaba para ser feliz del todo.

Me cubro la cara con ambas manos y niego con violencia.

—No es cierto. Dime la verdad, Mike —suplico a punto de romperme.

—Querías la verdad y es esta, muñeca. Primero intenté que creyera que estábamos juntos, luego jugué a ambas bandas con tu fama, te hice desconfiar de él y, como nada pareció funcionar, contacté con su ex, me enteré de que estaba embarazada y le hablé de mi maravilloso plan para recuperarlo.

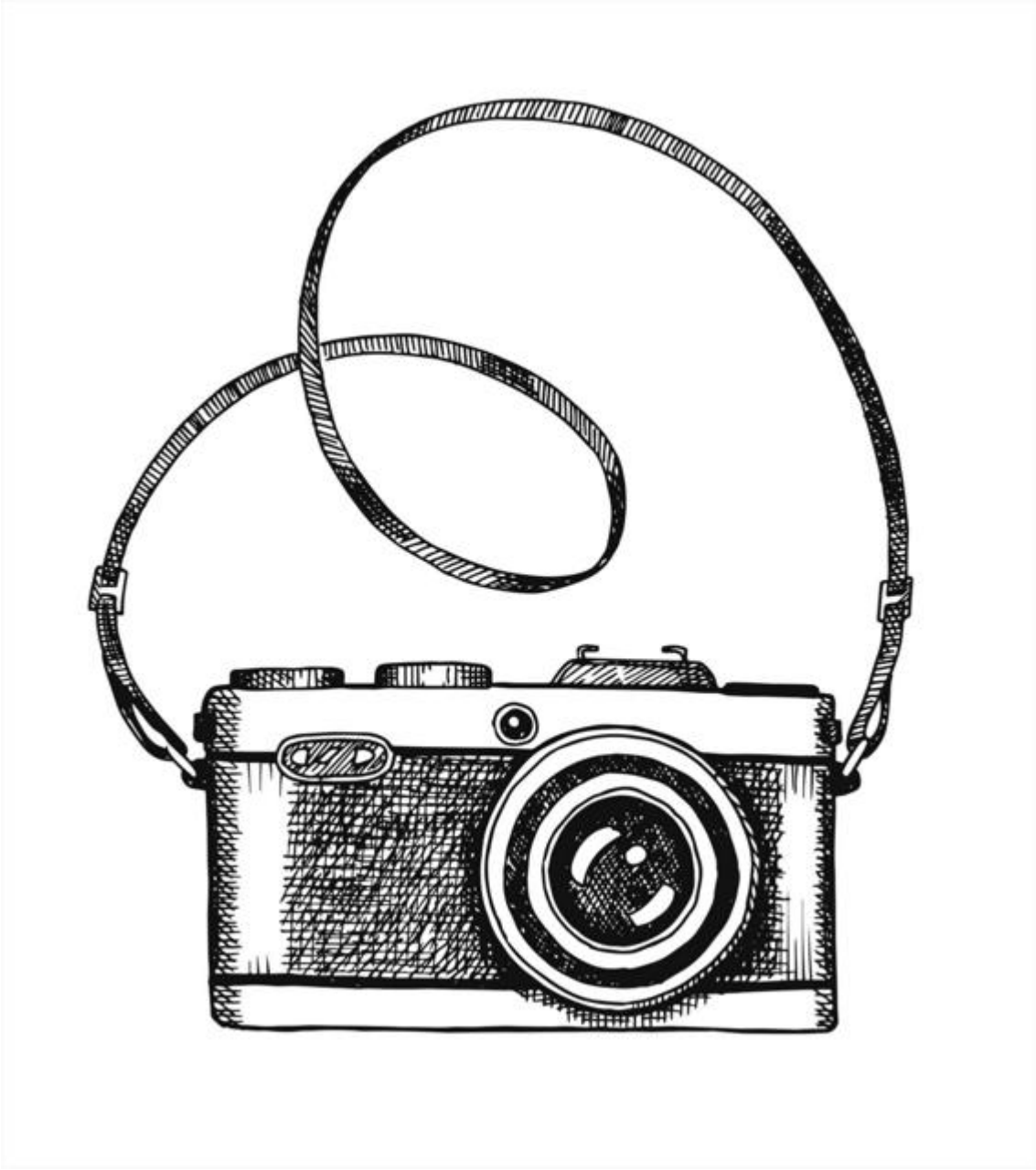
—¿No es el padre? —cuestiono, y parece que he encontrado la última pista para aclararlo todo.

—Reconozco que hubiera estado bien, pero no.

Él sonríe satisfecho y yo estoy tan rota que no me salen las palabras. Lo miro con los ojos rojos, por la rabia y por las ganas de

llorar, porque las lágrimas me escuecen.

—No vuelvas a dirigirme la palabra. Nunca.



51. Nuestro hogar

Duncan

Me termino el último pistacho y tiro las cáscaras a la basura. Miro por la ventana por inercia y descubro alguna mata nueva en el jardín, una en la que no me había fijado hasta ahora y que

seguramente plantaron mientras estuve fuera. El segundero del reloj de la cocina me pone de los nervios y no sé qué hacer ahora mismo con el tiempo libre. Hace poco que he llegado a casa tras el entreno y estoy agotado. Todavía siento arder mis músculos, y eso que salía a correr varias millas casi a diario durante mis vacaciones para no perder la forma física.

Vuelvo al salón y pongo uno de los vídeos que el *coach* nos pidió que viéramos durante esta semana. Quiere que los visualicemos y los analicemos para luego comentarlos con él.

Ya llevo varias notas escritas en mi cuaderno cuando se oye el timbre. No espero a nadie, pero podría ser cualquier repartidor, por lo que opto por pausar el vídeo y desplazarme hasta el recibidor. Al mirar por la pantalla del portero automático no puedo creer lo que ven mis ojos.

—¿Holly? —pregunto nada más descolgar.

—Tu hermana me ha chivado dónde vives.

Abro la verja de fuera sin esperar a que me lo pida y salgo al porche para recibirla porque sigo sin creérmelo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —balbuceo cuando llega hasta mí.

—Te lo acabo de decir, tu hermana…

—Me refiero a aquí, en Estocolmo. ¿No tenías que estar en Portland, trabajando para el periódico?

—Les he pedido empezar más tarde porque tenía que resolver un asunto en la otra punta del mundo.

La miro asombrado porque sigo alucinado de que haya venido hasta aquí, más aún con la manera en que terminaron las cosas. Pensé que jamás querría volver a verme y acaba de meterse unas diez horas de avión. Para venir aquí. A verme. A hablar.

La invito a pasar y la guío hasta el salón. No me pasa desapercibida la cara de alucine con la que mira hacia todas partes.

—Vaya, Harris, sí que estás forrado. Esta casa es enorme, tiene que valer una fortuna —exclama con una sonrisilla.

—Es de las más pequeñas de este barrio, en realidad —explico restándole importancia.

—Debías de sentirte atrapado en East Harbor. Este salón es como toda tu casa de allí —se burla, y me encanta. Porque, aunque sé que

solo está haciendo tiempo para decirme lo que haya venido a decirme, que me hable como siempre lo ha hecho solo puede significar que no me odia como cuando me largué hace unos días.

Ella termina de admirar todo el interior y se fija en el enorme jardín trasero que se ve desde el salón. Y yo disfruto viendo la cara con la que lo observa todo porque sé que le encanta y que no le importaría vivir aquí algún día. Aunque no debo hacerme ilusiones, pues no tengo ni idea de si esto significa que lo vayamos a arreglar.

Cuando sus pupilas vuelven a posarse en mí me pilla mirándola embobado y sonriente, pero recupero la seriedad enseguida al darme cuenta de que va a decirme lo que la ha traído hasta aquí.

—Todo fue una trampa de Mike, desde el principio. Desde que hace siete años nos vio besarnos en nuestro refugio. Y yo he sido tan idiota de dejarme manipular por él durante todo este tiempo.

Empieza a relatarme una historia de traición, envidias y manipulación que hace que me hierva la sangre. No puedo creer que alguien a quien siempre consideré un hermano haya sido capaz de destrozar la vida de una persona tan inocente y pura como Holly por celos. Porque él se resistió a aceptar que ella no lo quisiera del mismo modo. Y que haya hecho todo esto por separarnos para hacerme daño porque, en vez de alegrarse por mí como haría un colega de verdad, le jode que él no haya podido hacer otra cosa más que encargarse del taller de su padre. Como si todo eso fuera mi culpa.

Y, si me duele a mí, no me quiero imaginar cómo le habrá sentado toda esta información a Holly.

—Contactó con tu ex y le hizo creer que volverías con ella porque tenía un plan. No eres el padre. Me siento estúpida por defenderla y por no entender que el hecho de que para mí seas solo Duncan no significa que no haya quien te vea como otra cosa. Debería haber sabido que si tenías dudas era por algo y que no tenía nada que ver conmigo.

Abro los ojos ante esta nueva información que no sé cómo encajar. Me siento liberado y estúpido por llegar a creer que Amanda pudiera estar diciendo la verdad al verla así de vulnerable. Me di la vuelta y me despedí de ella con un despreocupado «hablaremos en

otro momento» que ella debió interpretar como que la creía, aunque, en realidad, solo quería ganar tiempo para encontrar la manera de gestionar el asunto.

Me acerco a Holly, enmarco su cara con ambas manos y pego mi frente a la suya. Su respiración se vuelve más pausada, nada que ver con lo agitada que estaba hasta ahora debido a los nervios por contarme una situación tan horrible.

—Yo debería haber respondido más deprisa, pero no me esperaba esa pregunta y quería asegurarme de que de mi boca salieran las palabras correctas. Pero, como ya te aseguré, tú no eres ella. Eres solo Holly. Confío en ti, pero tienes que confiar en mí tú también.

—Me pudo la inseguridad.

—Lo sé. Pero me da absolutamente igual con cuántos hombres hayas estado, ni si has estado con varios a la vez.

—Mierda, ese rumor también lo oíste.

—No importa si es verdad o no. Nada de eso hará que deje de confiar en ti. Solo Holly, solo Duncan, ¿recuerdas?

Ella asiente y sus manos temblorosas se aferran a mi cintura.

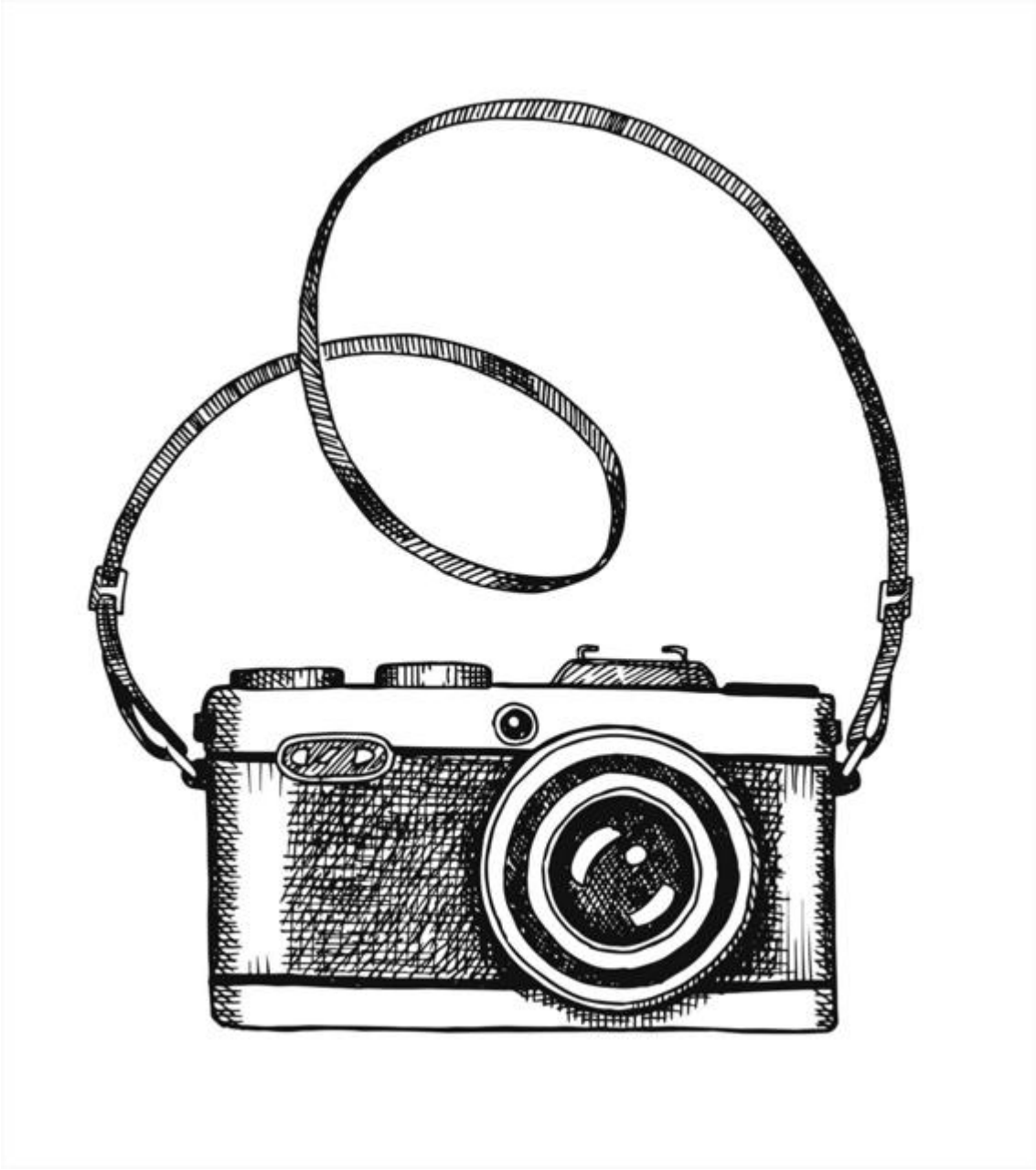
—¿Puedo besarte ya? —pido con cautela y con un temor al rechazo que no sabía que tenía.

—Estás tardando, Harris.

Mis labios se lanzan a por su boca y mi cuerpo se pega al suyo con mucha necesidad. La levanto y sus brazos se agarran a mi cuello mientras sus piernas se enredan en mi cintura. Sonrío de pura felicidad contra su boca y la llevo hacia mi dormitorio para aprovechar el poco tiempo que tenemos juntos. No me lo ha dicho, pero estoy convencido de que se irá mañana mismo. Porque ha venido a resolver esto, pero tiene que volver a su trabajo, aunque lo que más desearía es que no tuviera que irse nunca de mi cama.

La ropa vuela y los jadeos inundan el interior de estas cuatro paredes. Vuelve a hacer algún comentario sobre el tamaño de la casa y me río. En serio, no es tan grande, aunque en East Harbor no haya ninguna así. Le muerdo el lóbulo de la oreja mientras mis dedos ya están haciéndola gemir y me obligo a guardar esta imagen

para que me acompañe en las noches solitarias que me esperan hasta verla de nuevo. Hasta que regrese a nuestro hogar.



52. Punto final

Duncan

Acabo de dejar a Holly en el aeropuerto, no sin antes asegurarme de meterla en primera clase para que pueda dormir recostada durante el vuelo de vuelta y llegar descansada. Me ha costado más que nada

en el mundo despedirme de ella. Mucho más que aquella vez con catorce años. Mucho más que la decisión de no mantener el contacto con ella para no hacernos más daño al no poder estar juntos. Mucho más que mudarme solo a otro país con diecinueve años y muy poca experiencia en la vida.

Ha sido una noche increíble que, por suerte, no se ha convertido en un simple «adiós», sino en un «hasta pronto». Porque volverá en unas semanas. Porque hablaremos todos los días. Me he quedado con las ganas de hacerle un *house tour* completo, pero me ha asegurado, entre risas, que la próxima vez que vuelva me dejará que le enseñe cada habitación del «castillo». Que esta vez no quería desperdiciar el tiempo inflando mi ego al admirar el enorme tamaño de todo, no fuera cosa que me creyera que iba con segundas.

—¿Crees que esto es precisamente pequeño? —pregunté con la voz ronca, apretándola contra mí, haciéndole notar mi miembro hinchado y clamando entrar dentro de ella nuevamente.

Se rio, me besó y volví a hacerle el amor de tal manera que no le quedara ni la más mínima duda de lo que siento por ella y para apartar cualquier idea de no regresar a casa que pudiera quedarle.

Pero, ahora que se ha ido, me toca volver a la vida normal. Lo cual me cuesta, pues mi cabeza no para de pedirme que haga algo que no quiero hacer. Por eso, mis dedos actúan sin mi permiso y me doy cuenta, demasiado tarde, del error que esto supone.

—¿Qué cojones quieres, Duncan? Son las cuatro de la mañana —responde Mike al tercer tono con la voz grave y somnolienta. Suena cabreado. Bien, yo también lo estoy.

—Quiero respuestas.

Hay un silencio breve y, después, un gruñido.

—¿Ahora? Estaba durmiendo.

—¿Cómo puedes dormir tan tranquilo después de lo que has hecho? —mascullo.

—¿De qué demonios estás hablando?

—No te hagas el idiota, lo sabes perfectamente —gruño, paseándome por el salón, intentando calmarme, aunque es imposible—. ¿Por qué, Mike? ¿De verdad lo hiciste todo por celos? ¿Por envidia?

Estalla en una risa falsa. Me arrepiento de haberlo llamado porque solo ha servido para darle más munición y se nota que disfruta la conversación como el hijo de puta que es. Debería dejarlo pasar, el asunto se ha solucionado y aclarado. Holly y yo estamos juntos. No sé qué pretendo con todo esto.

—¿Celos? No digas tonterías.

—Intentaste separarnos porque no soportabas verme tener algo que tú nunca tuviste. No se trata solo de Holly, es todo, ¿verdad?

—No me vengas con discursos de *coach* barato —contesta con el tono más duro que antes—. Tú siempre lo has tenido todo fácil. Desde el puto principio. Talento, oportunidades, una carrera fuera del pueblo. Todo ha llegado a ti como por arte de magia.

—¿Fácil? ¿De verdad crees que lo mío ha sido fácil? Que mi padre maltratara a mi madre y tener que volver a Inglaterra con catorce años ha sido la hostia de fácil, ya ves.

—Claro, porque eres el único en el mundo que lo ha pasado mal —ironiza, y pongo los ojos en blanco.

—Éramos amigos. Me jodió que te lesionaras y dejar de entrenar juntos. Te acompañaba a rehabilitación siempre que podía. Mi sueño era que ambos ficháramos por un gran equipo. Si hubiera sido al revés, me habría alegrado por ti.

—Que fácil es hablar cuando lo tienes todo. Me gustaría verte en mi situación —escupe.

—No te pega el papel de víctima.

Rebufa.

—A ti en cambio te queda genial —ironiza de nuevo, y me pongo de los nervios—. Pobre Duncan, se tuvo que ir del pueblo porque su padre era un monstruo y tuvo que empezar en un nuevo lugar, sin Holly —paladea cada palabra como si disfrutara de mis desgracias.

—Ni la mientes —bramo.

Se ríe y yo me tenso como un gato cuando se le eriza el pelo de la espalda.

—¿Sabes…? Sí, lo hice. Te jodí porque podía hacerlo. Porque Holly era una niña rota que necesitaba llenar un vacío y yo estaba ahí para llenárselo. —Se ríe por el doble sentido rebuscado e hiriente.

—Eres un cabrón —escupo, sintiendo cómo mi mandíbula se tensa hasta el punto de doler.

—Sí. ¿Y qué?—responde sin un atisbo de arrepentimiento, y yo me reprendo por haberlo llamado porque, claramente, no iba a lograr nada—. La vida no es justa. Tú ganaste. Tienes a Holly, tu jodida carrera, una familia que te quiere, un pueblo que te admira, amigos de verdad…

—Tú tenías un amigo de verdad y decidiste joderlo.

—No podíamos ganar los dos —rebate con la voz amarga. Es la primera vez desde que me ha descolgado que parece albergar algún tipo de sentimiento.

Suspiro y niego con la cabeza. No pienso ceder.

—No quiero que vuelvas a acercarte a nosotros nunca más.

—Tranquilo, no pienso quedarme a ver vuestro final feliz —suelta justo antes de colgar, y yo siento un regusto amargo subir por las paredes de mi esófago.

Seguiría regodeándome en mi odio hacia aquel que fue casi como un hermano, pero el timbre de casa sonando sin parar me desquicia y me obliga a abrir, aunque no quiera a nadie aquí, mucho menos a ella.

Amanda entra como un vendaval, haciendo repiquetear los tacones contra el suelo de madera.

—Te he traído unas facturas. El número de cuenta está en un *post-it.*

Me estampa varios papeles contra el pecho y se lleva las manos al vientre para acariciarlo.

—¿Qué es esto, Amanda? —pregunto al ver algunas compras bastante caras de artículos para bebés.

—Prometiste hacerte cargo —alega con aparente molestia en la voz.

—No hasta que tenga la prueba de paternidad —le recuerdo.

Contiene un falso gemido de sorpresa. Qué gran actriz se ha perdido este país.

—Duncan Harris, si esto es lo que quieres te advierto que no tendré ningún inconveniente en acudir a la prensa.

—Perfecto.

Sonrío y se pone nerviosa. No se esperaba esta respuesta.

—Muy bien, pues… no digas que no te lo advertí —me reta con la voz vacilante, y regresa hacia la puerta.

—Ten cuidado. Si resulta que no es cierto, puedo demandarte por injurias y calumnias.

Se detiene y veo desde aquí cómo traga con dificultad.

—Pero… —balbucea— tú no harías eso, ¿verdad?

—Deberías tener cuidado cuando eliges a tus aliados. A veces son malas personas que no dudarán en traicionarte.

Abre mucho la boca al darse cuenta de que sé que me está mintiendo a la cara. Se cubre con ambas manos y no tardo ni dos segundos en darme cuenta de que está llorando.

—¿Por qué haces esto? —pregunto con calma acercándome a ella.

Amanda solloza y, cuando se aparta las manos de la cara, sus ojos están tan rojos e hinchados que soy consciente de que, aunque nada lo justifique, está arrepentida de verdad.

—No me siento orgullosa de ello. Fuiste lo mejor que me ocurrió y la cagué al dejarme manipular por mi madre. Ya sabes cómo es, nunca seré lo bastante guapa, ni lo bastante lista. Me machacó haciéndome creer que no era suficiente para ti y que tenía que «atraparte» —entrecomilla con los dedos— antes de que te dieras cuenta de ello. —Alzo las cejas. Sí, su madre es una narcisista de manual, aunque conmigo se deshacía en halagos—. Al final acabaste dejándome precisamente por eso. —Asiento. Suspira—. Después, todo empeoró. Me humillaba constantemente, me llamaba tonta e inútil, que no llegaría a nada en la vida, que tuve en bandeja el pasaporte a la fama y la riqueza y lo eché a perder, que jamás tendría otra oportunidad así.

Se desploma; debería sentir lástima, pero no soy capaz.

—¿Eso fui para ti?

Sus ojos se abren. No se esperaba esta pregunta.

—No. Bueno, al principio, quizá, sí. Por eso escogí esta profesión. Porque mi madre siempre me ha educado para «cazar algún rico». —Carraspeo. Me incomoda este alarde de sinceridad, a pesar de

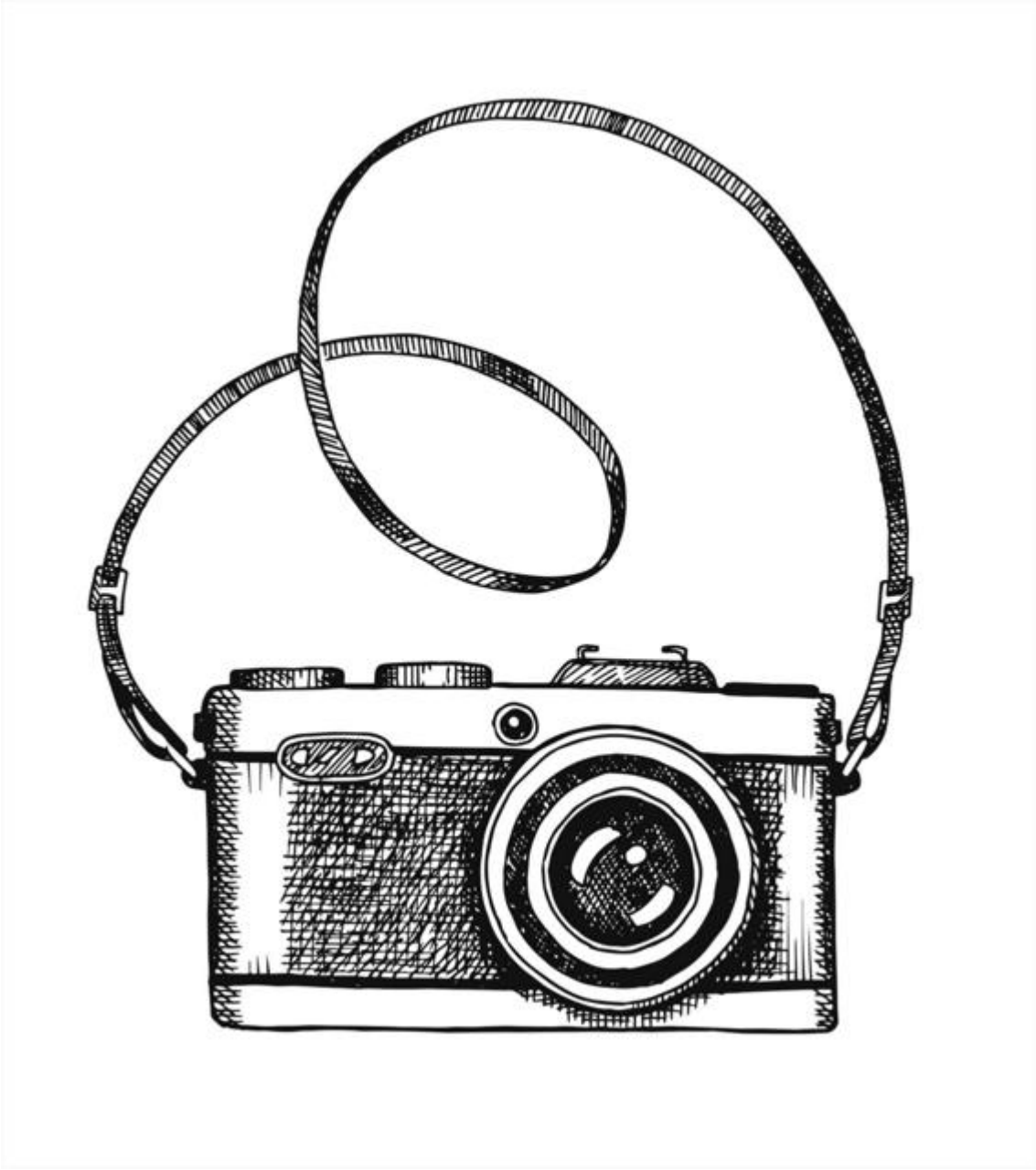
haberlo pedido—. Pero luego… —Su mirada se desvía y deja la frase en el aire. Da igual, no es que me interese mucho eso ahora—. Este chico…, Mike, me escribió en un momento en el que estaba hundida. Debería sentirme dichosa porque por lo visto un embarazo es sinónimo de felicidad —expone con sarcasmo—. Pero mi madre no paraba de recriminarme que me hubiera quedado preñada de alguien común, que eso era lo que debería haber hecho contigo si hubiese sido más lista. No lo hice porque no quería conservarte de ese modo. Tú me importabas. Y lamento haber caído tan bajo como para recurrir a esto y pretender que volvieras conmigo, cuando está claro que nadie quiere a alguien tan tóxico como yo en su vida.

Nuestros ojos quedan conectados durante algunos segundos hasta que aparto la mirada y percibo su incomodidad.

—Hazle un favor y no seas como tu madre —le aconsejo señalando su vientre—. Sé que eres mejor que ella.

La acompaño hasta la puerta, dolido por lo que acaba de confesar y, a la vez, sintiéndome afortunado por haber podido librarme de ellas, por no tener ningún vínculo que nos una para siempre. No le deseo ningún mal a Amanda, sé que es buena chica, aunque debería ponerle límites a su madre.

Nos despedimos en silencio y sin ningún tipo de contacto físico. Es un adiós en toda regla. Un punto final que me permite empezar otro capítulo en mi vida, con otra persona.



Epílogo

Holly

Un año después…

El sol de verano acaricia mi piel mientras llegamos. East Harbor está igual a como lo dejamos, con el mismo olor a mar y el mismo aire frío de las montañas, con la misma gente paseando tranquilamente o tomando un gofre en la calle principal. Con los turistas saliendo a hacer deporte por los senderos de la montaña para terminar en el Joe's tomándose una langosta pescada tan solo varias horas antes. Todo parece igual de tranquilo y amigable que siempre.

Aparcamos frente a casa y salimos a estirar las piernas, pues llevamos en el coche un buen rato más las interminables horas de los vuelos y necesito caminar con urgencia. No sé cómo Duncan ha sido capaz de conducir hasta aquí.

Antes de que podamos abrir el maletero, me llega un mensaje de mi antiguo compañero Jake y lo abro enseguida, porque seguimos siendo muy amigos y seguramente me escriba para preguntarme qué tal el viaje y si nos vemos un día de estos para tomar algo. Pero solo hay una imagen. Una que me deja sin habla: una foto de él y Beth —la hermana de Jay—. Ambos sonríen y ella lleva escrito sobre su barriga un sencillo *Baby on board* mientras él la rodea por atrás. No me lo puedo creer.

—¡Duncan! —lo llamo con un chillido y doy saltitos de alegría en el sitio—. Mira esto —añado acercándole la pantalla a la cara.

—Vaya…

—Y tú que no dabas un dólar por ellos…

—Se rompió el condón.

—No seas malo…

—Vamos, Holly. Jugaste a ser celestina y lo lograste. Pero llevan juntos unos meses, eso no es planificado.

Sí, así es. Sabía que eran la pareja perfecta y vivían en la misma ciudad. Casi. Así que hice que coincidieran en una fiesta y el destino hizo el resto.

—¿Qué más da? Van a tenerlo. Míralos. ¿Esa es la cara de alguien que no quiere un bebé en su vida?

Duncan se frota la barbilla mientras vuelve a observar la imagen.

—¿Me quieres decir algo aparte de esto?

Entrecierro los ojos.

—No.

—Bien.

—¿«Bien»? ¿He respondido bien? ¿Y si hubiese respondido otra cosa?

—Estaría bien también —zanja.

Me cruzo de brazos mientras él se apresura a bajar las maletas del coche. Ha sido un año muy duro, en el que hemos pasado más tiempo separados que juntos; que yo trabajaba sin parar con tal de obtener una semana entera de días libres para ir a ver a Duncan a nuestra casa; que nos hemos echado de menos, hemos llorado y hemos tenido sexo por videollamada; que he querido renunciar en más de una ocasión; que he tenido que adaptarme a la vida en la ciudad estando sola y a los vuelos largos. Pero ha valido la pena porque creo que hemos establecido una relación más sólida de lo que pudiéramos soñar.

Además, hace un mes me llegó una oferta laboral en el principal periódico deportivo de Suecia para empezar en agosto. De modo que terminé en el *Maine Herald* y volví a nuestra casa para ver al equipo de Duncan ganar el trofeo Le Mat al proclamarse campeón de los *play-offs.* Fue emocionante vivirlo desde las gradas, sobre todo cuando me llevó con él al hielo, al igual que el resto de los jugadores, para celebrarlo con aquellos a quienes consideran familia.

De modo que, a partir de ahora, sí vamos a estar juntos, viviendo juntos y alcanzando nuestras respectivas metas profesionales juntos.

Terminamos de bajar las maletas y recorremos el camino hasta casa de nuestros padres —la antigua casa de Duncan, ya reformada —, pero la puerta se abre antes de que lleguemos a llamar. Mi padre, Ava y Gina se abalanzan y se pelean entre ellos por abrazarnos.

Tres días después…

El sol de mediodía calienta mis mejillas mientras las risas y el aroma de carne asada llenan el aire del patio trasero de casa. Hay algo mágico en regresar a East Harbor, un lugar donde las preocupaciones parecen diluirse y el tiempo se mide en momentos compartidos, en vez de horas o minutos.

Me gusta cómo ha quedado la casa y me encanta que en nuestro dormitorio hayan podido hacer un hueco tanto a las cosas de Duncan como a las mías, como si hubieran fusionado nuestras habitaciones de adolescentes para convertirla en un espacio común y más adulto, en el que ambos podamos mirar al pasado y recordar lo que nos unió.

Caleb es el centro de atención, como siempre, contando una de sus hilarantes anécdotas de su trabajo en la clínica veterinaria.

—Ahí estaba yo, con la linterna en la mano, tratando de convencer a ese gato para que saliera de su escondite —relata, gesticulando con entusiasmo mientras Jay intenta contener la risa—. Cuando, por fin, consigo atraparlo, el pequeño se revuelca y me da un zarpazo que casi pierdo un ojo. Mirad, todavía tengo la marca. —Señala una pequeña cicatriz de su cara situada un poco por encima del pómulo.

Todos nos reímos porque hay que reconocer que a exagerado no le gana nadie.

—Eso es lo que pasa cuando vas de héroe, cariño —bromea Madison dándole un beso en la mejilla, y la mirada de él se enternece por unos segundos.

—Lo peor de todo es que volvió al día siguiente y ni se inmutó al verme, yo creo que se burlaba de mí.

Más risas.

Madison lo mira desde su perspectiva, envuelta en sus brazos y con una sonrisa que no puede ocultar.

—Tal vez deberías enfocar tu negocio a los perros —sugiere mi padre—. Parece que los gatos tienen algo contra ti.

—¿Y perderme la emoción del peligro? Ni hablar.

Su chica y yo negamos con la cabeza mientras los demás se carcajean.

Jake, que se encuentra al otro lado del jardín vigilando la parrilla con Duncan, levanta la mano para llamar su atención.

—¡Eh, Caleb! Si lo de ser veterinario no te funciona, siempre puedes probar suerte con la comedia.

Las risas se mezclan con el aroma de las hamburguesas recién hechas. Jake se acerca con una bandeja llena de carne y verduras a la brasa y Beth lo sigue. Es surrealista pensar que esta pareja empezó como una loca idea mía. Sin embargo, funcionó.

—No quiero presumir, pero este bebé es claramente mi mayor logro —se jacta con orgullo mi antiguo compañero de trabajo mientras deja la bandeja sobre la mesa.

—Claro, porque Beth no tuvo nada que ver en eso, ¿verdad? —comenta Ava con un tono burlón, lo que provoca más risas.

—¿Vais a venir para la feria de verano? —le pregunto a Jake.

—La duda ofende —responde eufórico—. Pienso apuntarme a algo y te advierto que te voy a ganar —insinúa señalándome con el dedo.

—No te lo crees ni tú —me río.

—Vaya que sí. Y si te pones a hacer fotitos a tu novio mientras participa y se distrae, también lo ganaré a él.

—Suerte con eso, Mathews —interviene Duncan acercándose a mí, y me rodea desde atrás con ambos brazos sobre mi abdomen.

—Nadie gana a Duncan —explica Madison.

—El año pasado casi no lo logra —rebate.

—Pero para este tengo a la mejor pareja —añade, justo antes de darme un beso en la mejilla.

Sonrío de pura felicidad. Pienso competir con él para volver a ser los Duncan y Holly del pasado. Y también contra él, aunque sé que no podré ganarle, a menos que se me ocurra alguna manera de distraerlo.

Jake y yo compartimos una mirada cómplice por lo que significó para nosotros la feria del año pasado, aunque por suerte supimos darnos cuenta a tiempo —quiero decir, antes de hacernos daño— de

que lo único que podía haber entre nosotros era amistad. De hecho, seguimos llevándonos genial y hemos prometido hablar todas las semanas. Espero sinceramente que sea feliz con Beth y que tengan un bebé tan guapo como ellos.

La conversación cambia y todos nos recolocamos alrededor de la mesa para empezar a atacar la comida que los hombres se han encargado de preparar en esta cena que es tan especial para nosotros. En nuestra casa, con nuestra familia y nuestros amigos. Celebrando que estamos juntos, que hemos vuelto, que mi padre y Ava son felices, que Madison y Caleb han dado un paso más en su relación —es decir, viven en la misma casa, ellos y todos sus animales— y que Jake y Beth van a ser padres. Que Jay…, bueno, eso dejaré que os lo cuente él.

—Me alegra haber vuelto aquí —comenta Duncan cerca de mi oído para que solo lo oiga yo—. Este lugar siempre será especial.

—Lo sé. Siempre será nuestro hogar.

Duncan me recoge un mechón para colocarlo tras mi oreja y me da un beso en la mejilla que me estremece.

—Mi hogar es donde estés tú —susurra cerca del lóbulo con una voz ronca que me pone la piel de gallina, para después separarse y mirarme con una intensidad que haría temblar a cualquiera—. Aunque da igual lo lejos que estés porque ninguna distancia…

—… borrará tu huella —terminamos los dos al unísono.

Cómo empieza: East Harbor 2

Llevo recabando información de East Harbor desde que mi abuela me confesó el secreto mejor guardado de esta familia, dos días antes de respirar por última vez. Puede que tengan razón mis tíos y solo fueran desvaríos de una anciana senil. Pero algo dentro de mí se niega a creer que estuviera loca. La manera en que me miró y cómo me habló me hacen pensar que jamás fue tan sincera. La verdad no es algo común en mi familia, siempre me he criado en un mar de falsedad y mentiras. No obstante, todo lo que dijo tiene sentido y sería la razón que explicaría todo.

East Harbor es un pequeño pueblo ubicado en una islita pegada a la costa de Maine, a tres horas de Portland. Un lugar que desconocía hasta hace poco. Tiene una fuerte tradición pesquera y un gran turismo de cruceros en verano. Su principal producto es la langosta. He estado viendo imágenes y me parece una maravilla. Me muero de ganas por mudarme allí, seguro que es mucho más tranquilo que esto.

Sigo haciendo las maletas, mientras reviso la lista de tareas para asegurarme de no dejar nada pendiente, no desearía volver hasta aquí por una tontería. Quizá esto es la mayor locura que he cometido en toda mi vida. Quizá, no. Lo es, seguro. Jamás he sido tan impulsiva e irresponsable, pero hay algo que me incita a hacerlo, algo que me dice que allí están todas las respuestas que busco.

Ojalá pueda encontrarme a mí misma.

Tu opinión es muy importante

¡Muchas gracias por llegar hasta aquí!

A continuación, se te pedirá que valores este libro. Si has disfrutado y te has emocionado con la historia de Duncan y Holly, te tengo que pedir un favor: puntúala mediante las estrellas —si dejas una reseña eres una lectora VIP—. Solo son unos segundos y a mí me ayuda a crecer.

Nos vemos en la siguiente historia.

Otras obras publicadas



HASTA QUE EL SOL DEJE DE BRILLAR

¿Recuerdas aquel *crush* que tuviste en el instituto? Imagínate que vivisteis una historia preciosa y prohibida y ahora vuelve 5 años después de largarse.

¿Cuánto tiempo puede mantenerse a salvo un **secreto**?

No uno de esos que le cuentas a tu amiga a los ocho años. No. Un secreto de los gordos, de los que llevas ocultando demasiado tiempo porque, de salir a la luz, toda tu vida podría cambiar en un segundo.

Sofía quería estudiar Medicina. Tenía todo lo necesario para ello, entusiasmo y unas notas que le permitirían escoger carrera y universidad a su antojo. Hasta que aquello alteró todo su mundo.

Pablo regresa a su ciudad natal después de cinco años huyendo de los recuerdos. Y lo que le queda claro cuando la ve de nuevo es que nada ha cambiado y que necesita volver a formar parte de su vida como sea.

Él sabe que no obtendrá su perdón tan fácilmente y ella es consciente de que su vuelta solo significa una cosa: **problemas.**

¿Qué vas a encontrar en esta historia?

- ♥ Un amor que perdura a través del tiempo.
- ♥ Un secreto que lo cambia todo.
- ♥ Amistad & Familia.
- ♥ Personajes secundarios carismáticos.
- ♥ Narrado en dos tiempos.



DONDE NOS REENCONTRAMOS

LA HISTORIA DE AMOR QUE DESEARÍAS VER EN LA GRAN PANTALLA.

¿Qué puedes esperar del mundo, de la vida y de las personas cuando todo lo que has aprendido en los primeros años es que no eres importante?

Desde muy joven, Vicky conoce el dolor, el rechazo y la soledad mejor que nadie. Pero también conoce el amor. Uno de esos tan grandes e intensos que te destruyen al acabarse.

Luis no solo fue su mejor amigo desde los tres años. Se convirtió en su amante, su compañero de vida y el muelle al que amarrarse cuando los pensamientos turbios amenazaban con destruirla. Pero todo eso quedó atrás.

Ahora lleva años luchando contra sus propias pesadillas. ¿Podrá el amor salvarla de nuevo o estará rota para siempre?

¿Qué vas a encontrar en estas páginas?

- ❤ Un amor que nunca muere.
- ❤ Salud mental & *Bullying.*
- ❤ Amistad & Familia.
- ❤ Personajes que vas a amar u odiar.
- ❤ Altas dosis de emoción.

Nota de la autora

Si ya me has leído anteriormente, sabrás lo mucho que me gusta dar visibilidad a ciertos temas, y esta vez no iba a ser menos. En esta ocasión ha sido el turno del *bodycount,* la violencia de género y el abandono.

Sé que son temas que pueden generar controversia y debate, pero he intentado tratarlos con la máxima sensibilidad y respeto. Mi intención no es glorificar ni banalizar ninguna de estas situaciones, sino explorarlas desde una perspectiva humana y realista, mostrando las diversas caras que pueden adoptar y las implicaciones que pueden suponer. A lo largo de la historia, mis personajes se enfrentan a estas problemáticas de manera directa o indirecta, y tienen que lidiar con sus propias emociones, miedos y traumas. Por supuesto puede que sean temas mucho más complejos de lo que yo he mostrado y que no sean la realidad del cien por cien de las personas que los viven. Esto no es nada más que una historia de ficción en la que se muestra solo una parte y solo un punto de vista.

Como siempre, he intentado documentarme lo máximo posible para ofrecer una visión lo más fiel y precisa de la realidad. Sin embargo, no he dudado en tomarme alguna que otra licencia literaria para adaptarla a las necesidades de la trama cuando lo he requerido.

Y ahora, como es costumbre, quiero pedirte un favor muy especial. Si esta historia te ha tocado el corazón, si te ha hecho reír, llorar o reflexionar, te invito a compartir tus impresiones conmigo y con otras lectoras. Una pequeña reseña, una recomendación a tus amigas, un simple comentario en mis redes sociales... Cualquier gesto, por pequeño que sea, me ayudará a llegar a más personas y a seguir creando historias que te hagan soñar y creer en el amor.

Recuerda que tu apoyo es mi mayor recompensa y el motor que me impulsa a seguir escribiendo.

Agradecimientos

No lo sabes, pero llevo diez minutos con esta página en blanco. No porque no sepa qué escribir ni a quién incluir, sino porque ya son seis libros y no quiero repetirme ni extenderme demasiado.

Quiero agradecerle a mi fan número uno, mi marido, que siga apoyándome en este sueño, que me haga promoción entre sus amigos y conocidos, que escuche mis ideas locas y que se lea todas y cada una de mis historias.

Muchas gracias a mis lectoras cero (@lecturasdeunsiurell, @dreamingofmimibooks, @laurabooksblogger, @las_historias_de_lola), por acompañarme en esta nueva aventura y ayudarme a redondear esta historia con vuestras indicaciones. Nos vemos en el siguiente.

Me gustaría mencionar también a una persona que está en mi vida desde hace pocos años, pero que tiene un don especial para pulir tramas. Irene Moya-Angeler, muchas gracias por cuestionar todos los giros y conflictos y por ayudarme a que todo tenga sentido.

A las chicas del reto de escritura (vosotras sabéis quiénes sois). Muchas gracias por todas las horas de risas en Telegram, consejos, preocupaciones compartidas, debates absurdos y cualquier otro método de procrastinación. Quizá tenéis algo que ver con que siga escribiendo (aunque pierdo mucho tiempo y vosotras también).

Infinitas gracias a todos los amigos y familiares que seguís comprando mis libros. Me tenéis que querer mucho para gastaros tanto dinero en mí.

Muchas gracias a las lectoras que me han conocido a través de este libro o de otro y han querido leerse los demás.

Muchas gracias a las lectoras que empezaron con el primero y han esperado con ansia cada lanzamiento.

Muchas gracias a las que me leéis y compartís vuestras lecturas. Seguro que alguien me leyó porque lo vio en algún *post* o vídeo de

una lectora que, a su vez, me conoció por redes sociales.

Muchas gracias si has decidido leer este libro de manera legal.

Y, por supuesto, un millón de gracias a los que habéis ayudado a poner bonita esta historia con una buena corrección, portada, maquetación, etcétera.

Angels Alemany

Tras varios años trabajando en algo que no me llenaba, decidí salir de mi zona de confort y montar mi propio negocio mientras empezaba a escribir mi primer libro: *Lunas y estrellas.*

Desde entonces, miles de historias viven en mi cabeza a la espera de ser plasmadas. Me enamoré tanto de las palabras que ya no pude abandonar esto que empezó como un simple *hobby* y que ahora considero como mi profesión. Actualmente, compagino el caos de la maternidad con mis nuevos proyectos literarios.

Soy una enamorada de la novela romántica contemporánea y eso es lo que escribo. Mis historias son tiernas y bonitas y seguro que te vas a emocionar con ellas.

Te animo a que te suscribas a mi *newsletter* para enterarte de todas mis novedades y ofertas antes de que lo publique en redes. Si aún no me sigues, te dejo los enlaces aquí debajo.

¡Muchas gracias!